Mary Westmacott

Conocida como

Agatha Christie

Retrato inacabado

Celia fue una niña feliz, una joven solicitada, una esposa amante y entregada. Su vida era, ella misma lo reconocería más tarde, vulgar, pero marcada por una timidez congénita que la llevaría a hacer de su madre la única referencia psicológica. Y esa dependencia solo la podrían romper los propios sinsabores de la historia de Celia. Cuando se descubre habiéndolo perdido todo, la sombra del suicidio amenaza con oscurecer su destino. Pero la aparición de Larraby, un exitoso pintor dispuesto a escucharla y comprenderla, le ofrece una segunda oportunidad para ser feliz. ¿Podría Celia reconciliarse con su pasado para, por fin, alejar las nubes que se ciernen sobre su futuro?

Mary Westmacott

Retrato inacabado

ePub r1.2
Titivillus 30.12.14

Título original: *Unfinished portrait*
Mary Westmacott, 1934
Traducción: Pablo Mañé Garzón
Diseño de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Preámbulo

Mi querida Mary:

Te envío esto porque no sé qué hacer con ello. Realmente, pienso que en cierto modo deseo que vea la luz del día. A veces nos suceden cosas así. Supongo que el verdadero genio ha de atesorar sus cuadros, no dejándolos salir de su estudio, ni mostrándoselos a nadie. Yo nunca he sido así, aunque también es cierto que nunca he sido un genio, sino tan solo el señor Larraby, el que pinta retratos, ese joven prometedor.

Bueno, querida mía, ya sabes lo que se siente al separarse uno de algo que quiere porque lo hizo bien. Y que si lo hizo bien fue porque era feliz haciéndolo. Es una de las razones por las que tú y yo fuimos amigos, según creo, aunque sin duda tú sabrás más que yo sobre este punto. Al fin y al cabo tú eres la escritora, no yo.

Cuando leas el manuscrito advertirás que he seguido el consejo de Barge. ¿Recuerdas? «Prueba otro medio de expresión», me decía. Éste es un retrato. Muy malo probablemente, puesto que no conozco el nuevo medio que he adoptado. Si tú piensas que no vale para nada, te tomo la palabra. Pero si consideras que contiene, así fuera en íntima medida, algo del significado que, en nuestra opinión, forma la base fundamental de todo arte… bueno, en tal caso no veo por qué no habría de publicarse. He dado a los personajes sus nombres reales, pero tú podrías inventarles otros. ¿A quién podría importarle algo? No a Michael, ciertamente. ¡En cuanto a Dermot nunca se reconocería! Está hecho de otra pasta. Sea como fuere, de acuerdo con lo que dijera la propia Celia, su historia es de las ordinarias: algo que a cualquiera podría sucederle y de hecho le sucede. No es su historia la que me ha interesado, sino Celia misma. Sí, Celia misma…

La verdad es que traté de captarla pintándola sobre mi tela.

Pero como no fue posible, traté de retenerla acudiendo a otro medio. Un medio que no es el mío —todas estas palabras y frases, comas y puntos aparte— para el que es preciso dominar el oficio. ¡Estoy seguro de que notarás enseguida *que ça se voit*!

Sabes, he tratado de verla desde dos ángulos. Primero, desde el mío, y luego desde el suyo. A causa de las peculiares circunstancias de veinticuatro horas, pude, por momentos, ponerme en cierto modo en su lugar y verla tal como ella se veía. He de decir que las dos perspectivas no siempre coincidían, hecho que me resultó particularmente desafiante y que me interesó de manera especial. Quisiera ser Dios para conocer la verdad.

Sin embargo, el novelista puede ser Dios con relación a los personajes que crea. Los tiene en su poder y puede hacer con ellos cuanto le plazca… En fin, eso es al menos lo que él cree, porque en verdad son capaces de sorprenderle. Me pregunto si el verdadero Dios encuentra, a su escala, algo parecido… Sí, es algo que me pregunto a veces…

Bien, querida, no divagaré más. Haz lo que puedas por mí.

Tuyo siempre,

J. L.

Libro primero

La isla

Hay una isla solitaria,
apartada,
en medio del mar,
donde las aves descansan
en el curso de un largo viaje
hacia el Sur.
Duermen una noche
y luego siguen su vuelo
hacia los mares meridionales…
Yo soy una isla apartada
en medio del mar,
y un pájaro de tierras lejanas
descansó en mis ramas…

1. LA MUJER EN EL JARDÍN

¿Sabe usted lo que se siente cuando se conoce algo perfectamente bien y, sin embargo, por mucho que uno se esfuerce, se ve incapaz de recordarlo?

Esa sensación me embargaba a lo largo del blanco y serpenteante camino a la ciudad. Me perseguía desde que salí de la terraza que dominaba el mar desde los jardines de la villa y se hacía más fuerte a medida que adelantaba. Más fuerte y también más apremiante. Por fin, en el punto en que la avenida bordeada de palmeras bajaba hacia la playa, me detuve. Es que, sabe usted, me decía que era ahora o nunca. Aquella pequeña cosa oscura que anidaba en algún rincón de mi cerebro tendría que ser sacada a la luz, analizada, investigada e inmovilizada para que yo supiese qué era. Tenía que mantenerla fija ante mí ahora… o sería demasiado tarde.

Hice lo que siempre se hace cuando se trata de recordar algo. Pasar revista a los hechos.

La caminata por el camino que subía a la villa. Volaba el polvo arrastrado por el viento y el sol me daba con fuerza en la nuca. No, nada por ese lado.

Los jardines de la villa… sombríos y refrescantes gracias a los grandes cipreses, que oponían sus masas oscuras contra el cielo luminoso; la senda abierta entre el verde del césped y que llevaba a la terraza, donde estaba el asiento desde el cual se dominaba el mar. La sorpresa y el ligero fastidio que sentía al constatar que una mujer lo ocupaba.

Por un momento me había recorrido cierta impresión de embarazo. Había vuelto la cabeza y me miraba. Una inglesa. Tenía que decir algo… alguna frase que sirviese para cubrirme la retirada.

—Hermosa vista.

Eso era lo que yo había dicho: nada más que aquella tontería

convencional. Y ella respondió con las palabras exactas y el tono no menos adecuado ante la situación, propio de cualquier mujer bien educada.

—Encantadora —había dicho—. ¡Y qué magnífico día!

—Sí, aunque hay que caminar mucho desde la aldea.

Asintió, afirmando que así era, efectivamente. Y que había mucho polvo.

Y eso había sido todo. Nada más que un cortés intercambio de tópicos entre dos ingleses que se encuentran en el extranjero sin haber sido presentados y que no esperan volverse a ver. Volví sobre mis pasos, recorrí un par de veces los terrenos de la villa, admiré los naranjos de una especie no muy vulgar y emprendí el camino de vuelta.

Eso había sido todo, repito. Y sin embargo, no, no era todo. La impresión de saber algo muy bien sin poder recordarlo estaba en mí.

¿Eran sus maneras? No: todos sus gestos fueron absolutamente normales y agradables. No había hecho ni dejado de hacer lo que el noventa y nueve por ciento de las mujeres habrían hecho en su caso.

Con excepción… no, ciertamente; no había mirado en ningún momento mis manos.

¡Eso! Extraño, lo que acabo de escribir. Me asombra a mí mismo releerlo. Rarísimo. Lo más raro del mundo. Trataré de explicarme.

No había mirado mis manos. Y ocurre que, sabe usted, estoy acostumbrado a que las mujeres miren mis manos. Son tan rápidas, las mujeres; y tienen el corazón tan benevolente… Me conozco muy bien la expresión que sin tardanza les viene al rostro. Benditas sean, o malditas. Piedad, discreción, propósito de no mostrar que lo han advertido. Y el inmediato cambio en sus maneras, que se tornan especialmente gentiles.

Pero aquella mujer no había advertido nada porqué nada había visto.

Me puse a pensar más profundamente en ella. Curioso detalle: no hubiese podido describirla ni cuando acababa de darme la vuelta dejándola a mi espalda. Así, un poco a la ligera, hubiese dicho que era más bien rubia y de unos treinta y tantos. Eso era todo. Pero mientras recorría el camino de vuelta, su imagen había ido

creciendo en mí, enriqueciéndose, hasta transformarse en algo parecido a una fotografía que se revela en un laboratorio. (Éste es uno de mis más remotos recuerdos: mi padre, y yo a su lado, revelando negativos en nuestro sótano).

Nunca olvidaré lo apasionante que aquello era. El papel blanco bañado en el líquido revelador y, de pronto, las pequeñas manchas que aparecían, se ampliaban, se iban oscureciendo rápidamente. Era fascinador porque era incierto. La placa se oscurece pronto, pero se sigue sin poder saber a qué corresponde exactamente: solo se ve una alternancia de luz y de sombra. Cuando se reconoce y se comprende a qué corresponde entonces ves la rama de un árbol, un rostro o el respaldo de la silla, y puedes decir si está del revés o del derecho. Puedes mover el negativo y colocarlo como es debido. Entretanto lo fotografiado se hace cada vez más nítido, hasta que comienza a oscurecerse tanto que, de nuevo, se pierde la imagen.

Pues bien, con esta descripción he dado la mejor prueba de mi capacidad para narrar lo que me sucedió. Mientras bajaba de vuelta a la aldea, el rostro de aquella mujer se me iba revelando con mayor precisión y nitidez. Vi sus pequeñas orejas muy pegadas a los lados de su rostro y los largos pendientes de lapislázuli que de ellas colgaban; recordé con todo detalle los grandes rizos rubios que cruzaban caprichosamente parte de su frente y corrían hacia los límites superiores de sus orejas, cubriéndolas; percibí el contorno de su cara y el espacio que había entre sus ojos; volví a ver aquellos ojos, que eran de un azul claro y desvaído; tuve de nuevo ante mí sus pestañas cortas y oscuras, sin duda pintadas, y las cejas delineadas a lápiz que esbozaban aquel gesto de ligera sorpresa al notar mi presencia; vi su rostro pequeño y cuadrado; la línea algo dura de su boca.

Los rasgos se presentaban a mi memoria de manera gradual, confusos y sin sobresaltos. Iban definiéndose igual que la placa fotográfica: poco a poco.

Lo que sucedió después no puedo explicarlo. La superficie de la placa, sabe usted, se borró. Es que había llegado al punto en que, por excesiva permanencia de la placa en el revelador, ésta se oscurece.

Sin embargo, aquello no era una placa fotográfica, sino un ser humano. No importa. El revelado continuó y la imagen se fue

detrás… o se metió *dentro*. No sé cómo explicarlo, pero usted ya me entiende. Y si no es así, no puedo ser más explícito; me cuesta explicarlo.

Supe la verdad desde el principio, supongo. La supe desde el momento en que la vi. El revelado tenía lugar dentro de *mí*. La imagen llegaba a mi conciencia procedente de mi subconsciencia…

Sabía, pero no era capaz de decir qué era lo que sabía. ¡Hasta que, de pronto, me llegó! ¡Vi cómo surgía de la negra blancura! Una mota de sombra y enseguida la imagen.

Me volví y me puse a correr por la cuesta del largo y polvoriento camino. Estaba en plena forma, pero me parecía que no iba bastante rápido. Pronto llegué a la villa. Cruzando el gran portal, me dirigí presuroso a los cipreses y pronto encontré la pequeña senda que llevaba a la terraza cortando la extensión de césped.

La mujer estaba exactamente en el mismo lugar donde la dejara.

Yo estaba sin aliento. Jadeante me dejé caer en el asiento a su lado.

—Escúcheme —le dije—. No sé nada de usted. Ni siquiera conozco su nombre. Pero he de decirle que no debe hacerlo. ¿Me entiende? No debe hacerlo.

2. LLAMADA A LA ACCIÓN

Pienso que lo más extraño fue el hecho de que ella no pretendiera oponer a mis palabras ninguna línea convencional de defensa. Esto lo creo ahora, después de pensarlo de nuevo. Hubiera podido decir, por ejemplo: «¿Pero qué diablos está diciendo usted?», o también: «No sabe lo que dice». También hubiera podido quedarse callada y contemplarme con aspecto de decir alguna de esas frases u otras parecidas. Hubiera podido paralizarme con una sola mirada glacial.

La verdad era que ella estaba más allá de lo circunstancial. Había alcanzado lo básico. En aquellos momentos nada de cuanto alguien dijera o hiciera le podía resultar sorprendente.

Estaba muy serena y se la veía dispuesta a razonar… eso era precisamente lo que me parecía aterrador. Es posible enfrentar un talante, un estado pasajero de ánimo que, cuanto más violento es, más se presta para aceptar una reacción sensata. En cambio, una determinación calmada y controlada es muy diferente. Ésta se ha impuesto lentamente en el ánimo y no está dispuesta a abandonar el campo así como así.

Me contempló con actitud reflexiva sin decir nada.

—De todos modos —dije yo—, ¿me dirá usted por qué?

La mujer inclinó la cabeza, como si comprendiera que la pregunta era justa.

—Simplemente, porque me parece lo mejor.

—Es ahí donde se equivoca usted —repuse—. Se equivoca por completo.

Permaneció imperturbable a mis palabras, dichas en un tono casi violento. Parecía demasiado tranquila y distante como para reparar en mi vehemencia.

—He pensado el asunto con bastante detenimiento —me dijo—. Y creo que *realmente* es lo mejor. Simple, fácil… y rápido. No estorbaría a nadie.

Esta frase era reveladora. Mostraba que era una persona «bien educada». La «consideración por los demás» le había sido predicada como algo deseable.

—¿Y después? —pregunté.

—Bueno, es un riesgo que hay que correr.

—¿Cree usted en el más allá?

—Me temo que sí —fue su lenta respuesta—. Sí. Si no hubiese un más allá, todo sería demasiado simple. Ponerse a dormir… pacíficamente y no despertar más. En realidad, sería algo tan encantador…

Sus ojos se entrecerraron ensoñadoramente.

—¿De qué color estaba empapelada su habitación cuando era usted niña? —pregunté de pronto.

—Malva. El motivo que se repetía era una planta de malvas enroscada en torno a una columna. —Se sobresaltó—. ¿Pero cómo pudo pensar en eso ahora mismo?

—Me la imaginé allí, eso es todo. ¿Qué pensaba usted del cielo, siendo niña?

—Llanuras verdes… valles verdes, con ovejas y un pastor. Ya sabe usted: las palabras del cántico. Eso de «Las ovejas pueden pacer…».

—¿Y quién se lo cantaba? ¿Su madre o su nodriza?

—Mi nodriza. —Sonrió débilmente—. El Buen Pastor. ¿Sabe usted que no creo haber visto nunca a un pastor, en realidad? Sin embargo, cerca de nuestra casa había un terreno donde pacían dos corderos. —Hizo una pausa—. En la actualidad, hay un enorme edificio de pisos.

Extraño, pensé. Si aquel terreno no se hubiese empleado para edificar, acaso esta mujer no estaría ahora aquí.

—¿Tuvo una niñez feliz? —proseguí.

—Oh, sí, claro. —No había modo de equivocarse sobre la autenticidad de su asentimiento—. Demasiado feliz.

—¿Es posible ser demasiado feliz?

—Pues creo que sí. Aunque a costa de desconocer lo que se nos podría venir encima. Yo nunca concebí por entonces que algo malo pudiera sucederme.

—Parece haber pasado usted por alguna trágica experiencia —sugerí.

Hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, no lo creo. Lo que me sucedió es, según creo, lo que normalmente ocurre a las personas. Nada extraordinario, sino la estúpida rutina que conforma la vida de infinidad de mujeres. Yo no he sido particularmente desgraciada. Fui… tonta. Y en el mundo no hay lugar para los tontos.

—Amiga mía —dije—, óigame. Sé de lo que estoy hablando porque yo también he estado donde usted está ahora. He sentido lo mismo que usted ahora: que la vida no merece ser vivida. He conocido la cegadora desolación que deja solo un camino a la vista y le digo que es algo que pasa. El pesar no dura siempre. Nada dura. Solo hay un elemento que consuela y cura: el tiempo. Venga, dele al tiempo su oportunidad.

Había hablado fervorosamente. Pero de inmediato advertí que me había equivocado.

—Usted no entiende —repuso—. Comprendo lo que quiere decirme. Yo misma me he visto en esa situación. De hecho, ya hice el intento una vez… sin resultado. Y luego me felicité de que así hubiese sido. Esto es diferente.

—Cuénteme.

—Es algo que se fue imponiendo en mí de manera muy lenta. No sé cómo explicarle… Es que no es fácil exponer el asunto de manera clara. Tengo treinta y nueve años; soy fuerte y saludable. Las perspectivas eran que viviría por lo menos hasta los setenta años… Quizá más… Pero ni siquiera puedo pensar en eso ahora. Eso es todo. Otros treinta y nueve años largos y vacíos…

—Pero no serán vacíos, amiga. En eso se equivoca usted. Sin duda algo volverá a florecer para llenarlos de sentido.

Me miró.

—Eso es precisamente lo que más temo —repuso con voz débil —. Con solo pensar en la posibilidad comprendo que no podría enfrentarla.

—En realidad es cobarde.

—Sí —aceptó enseguida—. Siempre he sido muy cobarde. A menudo me ha parecido extraño que los demás no lo hayan visto tan claramente como yo. Sí. Tengo miedo, miedo…

Sé produjo un silencio.

—Después de todo —dijo— es natural. Si una chispa salta del

fuego y va a quemar a un perro, éste la temerá en el futuro. No puede saber cuándo saltará otra y, ante la duda, está sobre aviso. Es su forma de ser inteligente. Solo el tonto de remate piensa que el fuego es únicamente algo grato y cálido, sin pensar que también puede quemar. Y que deja cenizas.

—¿De modo que es la posibilidad de volver a ser feliz lo que usted no quiere encarar?

La frase sonó extraña cuando la emití y, sin embargo, sabía que no lo era tanto como podía haber parecido. Sé algo de nervios y cerebros. Tres de mis mejores amigos fueron alcanzados por la metralla en la guerra. Sé lo que es la mutilación porque yo mismo la he sufrido. Me refiero a la mutilación física; pero también existe la mutilación mental. El mal no se percibe una vez curada la herida, pero allí está. Es el punto débil, la veta donde un golpe seco puede significar el fin. Ya no estás entero.

—Todo pasará con el tiempo —insistí.

Pero fingí tener un aplomo del que carecía. La cura superficial no llega a la raíz y la cicatriz siempre está allí para recordárnoslo.

—Usted se niega a correr un riesgo —continué— y, sin embargo, asume otro que es sencillamente colosal.

—Pero es algo completamente distinto —dijo con menos calma y un toque de ansiedad—. Es cuando uno sabe cómo es una cosa que se niega a correr el riesgo. Un riesgo desconocido implica algo atractivo, algo que se parece a la aventura. Después de todo, la muerte podría no ser nada…

Era la primera vez que se pronunciaba aquella palabra. La muerte…

Y entonces, también por vez primera, una natural curiosidad pareció despertar en ella. Volvió la cabeza.

—¿Cómo lo supo usted?

—No estoy seguro de poder explicárselo —respondí—. He pasado… bueno, he pasado lo mío, yo también. Supongo que reconocí los síntomas.

—Ya veo.

No mostró interés en saber cuál había sido mi propia experiencia, y creo que fue en aquel momento cuando resolví ayudarla. Yo he tenido tanto de la otra parte. Quiero decir, tanta comprensión, tanta piedad, tanta compasión femenina… Sentía la

necesidad, aunque de momento no lo supiera, de dar algo de mi parte. Ya había recibido lo suficiente.

No había ternura en Celia, ni compasión. La había gastado toda a cambio de nada. Tal como ella misma decía, se había conducido tontamente. Al final se sintió tan desgraciada que no le quedaba piedad para distribuir entre los demás. Aquel nuevo y duro gesto de su boca era el tributo a los sufrimientos que debió soportar. Era inteligente y, de inmediato, supo que también a mí me habían «sucedido cosas». Estábamos iguales. No se tenía así misma compasión y no se proponía usarla conmigo. Mi desgracia no era para ella otra cosa que la razón por la cual pude averiguar algo que su rostro no enseñaba a cualquiera.

Era, lo advertí en aquel momento, una niña. Su verdadero mundo era el que la rodeaba de cerca. Deliberadamente había vuelto a su universo infantil guiada por el deseo de encontrar refugio contra la crueldad del mundo.

Su actitud era enormemente atractiva para mí, porque era la que yo estaba necesitando. Nada menos, sabe usted, que una llamada a la acción.

Pues bien, decidí actuar. Mi temor era dejarla sola, de modo que no la dejé. Resolví pegarme literalmente a ella, como la lapa proverbial. Volvió paseando conmigo hasta la aldea y se mostró bastante relajada. Sentido común era lo que le sobraba y pude comprender, perfectamente que su propósito inicial quedaba de momento frustrado. No es que lo abandonase sin más, solo lo pospuso. Lo supe sin que ella tuviese necesidad de explicarme nada.

No entraré en detalles porque ésta no es una crónica pormenorizada. Quiero decir que no me pondré ahora a describir la pequeña aldea española donde nos encontrábamos, ni el menú que nos sirvieron en su hotel. Me limitaré a decir que di ordenes de que llevaran allí mis maletas, dejando el hostal donde me hospedaba.

No. Quiero atenerme a lo esencial. Sabía que iba a tener que estar junto a ella hasta que algo sucediera, hasta que, como fuera, abandonara su resistencia y capitulara.

Como he dicho, me quedé con ella, muy cerca. Cuando se dirigió a su cuarto, dije:

—Le daré diez minutos. Si para entonces no baja, subiré.

No me atreví a darle más tiempo. Sabe usted, su habitación

estaba en la cuarta planta y acaso dejara a un lado su «consideración por los demás», que era parte de su educación esmerada, y optara por meter en un jaleo al gerente del hotel, saltando por la ventana en lugar de hacerlo por el barranco.

Como el tiempo señalado pasó, resolví ir a su habitación. Me recibió sentada en la cama. Su cabello rubio pálido estaba ahora peinado hacia atrás. No creo que viese nada extraño en el modo de comportarnos ambos. Por mi parte, nada me pareció raro. Si así le resultó a la gente que se alojaba en el hotel, es algo que ignoro, aunque; de saber que yo había subido a su habitación a las diez de aquella noche y salido de ella a las siete de la mañana siguiente, sin duda habrían llegado a inequívocas conclusiones. De todos modos, el punto no me interesaba.

Mi misión —una misión que me había impuesto por propia voluntad— consistía en salvar una vida, de modo que no podía perder tiempo salvando reputaciones.

Bueno, tomé asiento junto a ella, en la cama, y hablamos.

Hablamos toda la noche.

Una noche extraña. Nunca pasé una noche como aquélla.

No le hablé de sus problemas, fueran los que fuesen. En lugar de eso comenzamos desde el principio: las plantas color malva que decoraban las paredes de su habitación de niña, los corderos en el campo y el valle que se extendía ante la estación, donde crecían las flores silvestres.

Al poco tiempo, ella comenzó a monopolizar la conversación. Yo había dejado de existir para transformarme en una especie de aparato registrador, que si estaba allí era para que le hablaran.

Hablaba como dirigiéndose a Dios o a ella misma. Quiero decir, sin pasión ni acaloramiento. Los recuerdos desfilaban por sus palabras sin incidentes que necesariamente los relacionaran. Toda su vida se iba armando, por decirlo así, y sus palabras oficiaban de puente entre episodios de contenido altamente significativo.

Pensándolo bien, es algo extraño considerar el tipo de cosas que recordamos con particular detalle: la selección es extraordinariamente caprichosa. Pruebe usted mismo, tomando como guía algún año particular de su vida. Recordará cinco, acaso seis episodios. Probablemente carecen por completo de importancia, pero son los que le han quedado. ¿Por qué? ¿Por qué son los que su

memoria ha preservado de entre la infinidad de hechos ocurridos durante aquellos trescientos sesenta y cinco días? Algunos de ellos ni siquiera tuvieron importancia para usted en el mismo momento en que los vivía. Sin embargo, de alguna manera se las han apañado para sobrevivir, para acompañarle durante el resto de la vida.

Puedo decir que fue en aquella noche cuando obtuve la visión íntima de Celia. Ahora puedo hablar desde una posición privilegiada, parecida a la del mismo Dios. Trataré de ser exactamente fiel.

Me dijo, sabe usted, todo lo que importaba y también lo que no importaba nada, porque en realidad no quería hacer una narración literaria.

En efecto…, pero yo sí que quería obtener una versión coherente del conjunto. De ahí que llegara a percibir fugaces verdades sobre algo que ni ella misma era capaz de ver.

Eran las siete de la mañana cuando la dejé. Había terminado por volverse de costado y quedarse dormida como una niña pequeña. El peligro más inmediato había quedado atrás.

Se hubiese dicho que le había quitado un gran peso de encima para echarlo sobre mis propios hombros. Ahora estaba segura…

Más tarde, aquella misma mañana, la llevé al barco y me despedí.

Y fue entonces cuando sucedió. Quiero decir, eso que parece contener todo el asunto.

Tal vez me equivoque… Acaso no fuera más qué un incidente trivial…

De todos modos, no quiero describirlo ahora.

No hasta que trate de ser como Dios y en la empresa acierte o fracase.

No hasta que la fije en mi tela o, mejor dicho, a través de este medio de comunicación que no me resulta familiar…

Palabras…

Palabras entretejidas…

Sin pinceles, sin tubos de colores. Nada de todo eso tan querido y familiar para mí.

Un retrato en cuatro dimensiones, puesto que en tu arte, Mary, no solo hay espacio, sino también tiempo.

Libro segundo

La tela

«Prepara la tela. El tema está a tu lado».

1. HOGAR

Celia, acostada en su pequeña cama, contemplaba las flores color malva que adornaban las paredes de su habitación. Se sentía feliz y soñolienta.

Un biombo se extendía a sus pies. Con él se dulcificaba la luz que la niñera tenía encendida. Invisible para Celia, Nannie leía la Biblia. Su lámpara era un poco particular. Un brazo de bronce muy elegante, rematado por una pantalla rosa de porcelana. Si nunca olía mal era porque Susan, la criada, ponía especial empeño en que así no fuera. Susan era una buena chica y Celia lo sabía. Su único defecto era que no podía andar como todo el mundo. Siempre iba brincando de acá para allá, con el resultado de que una y otra vez tropezaba con alguna mesilla, tirando al suelo lo que había sobre ella. Ya había hecho pedazos algunos pequeños adornos. Era alta y sus codos tenían el color de la carne cruda. Por alguna misteriosa asociación de ideas, a Celia le recordaban el trabajo duro[1].

Un leve susurro retumbaba monótonamente en el silencio del cuarto. Nannie decía en voz baja las palabras que leía y aquello parecía arrullar y tranquilizar a Celia. Sus párpados se hicieron más pesados…

Se abrió la puerta y Susan entró llevando una bandeja.

Trataba de moverse silenciosamente, pero sus zapatos chirriaban delatando su presencia.

Dijo en voz baja:

—Siento mucho traerle tan tarde la cena, señora.

Nannie se limitó a asentir.

—Chist. La niña duerme.

—Oh, no la despertaría por nada de este mundo, puede usted estar segura, señora —repuso Susan asomando la cabeza por el biombo mientras se oía su pesado respirar.

—Es lista, ¿no es así? Mi sobrinita no es ni la mitad de avispada.

Volviéndose, Susan acudió con su especial modo de desplazarse hasta la mesa donde cenaba Nannie. Se oyó el ruido de una cuchara al caer al suelo.

—Muchacha, trata de no moverte siempre a saltitos —dijo Nannie con voz suave.

—Sí, señora; pero es que no lo hago adrede —repuso Susan.

Dejó el cuarto andando de puntillas, con lo cual sus zapatos hicieron más ruido que nunca.

—Nannie —llamó cautelosamente Celia.

—Sí, querida, ¿qué quieres?

—No estoy dormida, ¿sabes?

Nannie rehusó aceptar la indirecta.

—No, querida —se limitó a decir.

Hubo una pausa.

—Nannie.

—¿Sí, querida?

—¿Está buena la cena?

—Sí, muy buena, querida.

—¿Qué comes?

—Pescado hervido y tarta.

—¡Oh! —repuso Celia mimosa.

Otra pausa. Luego Nannie apareció por el borde del biombo. Era una mujer pequeñita, de pelo gris, aunque este poco se le veía debajo de una toca que llevaba anudada bajo la barbilla. Tenía un tenedor en la mano, entre cuyas púas había un minúsculo trozo de tarta.

—Ahora te portarás como una niña buena y te dormirás rápidamente —dijo la mujer en tono de advertencia.

—Oh, sí —replicó Celia con reverencia.

¡Cielos! El trocito dulce estaba entre sus labios. ¡Qué delicia!

Nannie desapareció tras el biombo y Celia se volvió al lecho. Las flores de color malva bailoteaban a la luz vacilante de la lumbre, mientras el regusto de la tarta la llenaba de placer. Tranquilizadores susurros. Alguien más estaba ahora en el dormitorio. Delicioso.

Celia se quedó dormida.

Celia cumplía tres años y todos estaban tomando el té en el

jardín. En la mesa había una bandeja con dulces rellenos de nata. Solo se le permitía comer uno. En cambio Cyril podía devorar tres. Era casi un hombre: había cumplido ya catorce años. Quería más, pero su madre se opuso.

—Ya está bien, Cyril.

Siguió lo de siempre. Cyril preguntaba por qué una y otra vez.

Una arañita roja, algo microscópica, corrió por el mantel blanco.

—¡Mira! —dijo su madre—. Una arañita de la suerte. Corre hacia Celia porque es su cumpleaños. Eso significa que tendrá buena fortuna.

Celia se sintió excitada e importante. Cyril empleó su mente indagadora en el nuevo tema.

—¿Por qué traen suerte las arañas, mamá?

Después se marchó y Celia se quedó a solas con su madre. Ahora la tenía para ella sola. Le sonreía a través de la mesa. Era una sonrisa apenas esbozada, no de esas que dicen a una que es una preciosa niñita.

—Madre —dijo Celia—. Cuéntame un cuento.

Le encantaban los cuentos de su madre. No eran como los que narraban los demás. Los otros, cuando les pedía que le contaran alguno, salían siempre con la Cenicienta, Pulgarcito o la Caperucita roja, Nannie relataba historias sobre José y sus hermanos o Moisés en el desierto. Solo ocasionalmente hablaba de los pequeños del capitán Stretton en la India. ¡En cambio su madre!

Para comenzar, una nunca podía adivinar, por mucho que imaginara, cuál sería el cuento. Podía referirse a ratones, pero también a niños, o a princesas. Todo podía ser… Lo malo con los cuentos de la madre era que nunca aceptaba repetirlos. Decía (y esto a Celia le resultaba incomprensible) que no podía recordarlos.

—Muy bien —dijo—. ¿Cuál te contaré?

Celia contuvo la respiración.

—El de los «Ojos Brillantes» —propuso— o del «Rabo Largo y el queso».

—¡Oh! Los he olvidado por completo. No. Te contaré uno nuevo.

Dejó vagar su mirada por encima de la mesa, sin reparar en nada concreto. Sus grandes ojos rasgados le brillaban en el perfecto rostro ovalado y largo. Su nariz delicada apuntaba ligeramente hacia lo alto. Su expresión era tensa mientras se concentraba.

—Ya —dijo, animándose de pronto, como si regresara de una larga ausencia—. Este cuento se llama «La vela curiosa»…

—¡Oh! —dijo Celia.

La palabra escapó de su boca junto con su aliento entrecortado. Ya estaba absorta. ¡La vela curiosa!

Celia era una niña extremadamente seria. A menudo pensaba en Dios y deseaba ser buena para ir al cielo. Cuando jugaban a los deseos y ella debía formular uno, pedía siempre ser buena. Era, lamentablemente, una mojigata. Pero eso sí, se guardaba para ella su mojigatería.

Hubo un tiempo en que temió mucho ser «mundana» (palabra perturbadora y misteriosa). La idea la asaltaba, por ejemplo, al contemplarse al espejo vestida de muselina almidonada, con una vistosa banda color oro. Así la vestían para que bajara al comedor, cuando los mayores estaban en los postres. Sin embargo, puede decirse que en general se sentía conforme consigo misma.

Pensaba pertenecer a los elegidos. Estaba *salvada*.

Sin embargo, su familia le inspiraba terribles escrúpulos. Era casi intolerable solo plantearlo, pero no estaba del todo segura de su madre. ¿Y si ella no iba al cielo? Tremendo y doloroso pensamiento.

Las leyes, de todos modos, estaban ahí y no había más que seguirlas. Jugar al *croquet* los domingos era impío y, por supuesto, también lo era tocar el piano, a menos que fuesen cánticos. Celia hubiese preferido la muerte, una muerte de mártir, antes que empuñar un mazo de *croquet* el día del Señor. Los otros días de la semana, darle al azar a la pelota de madera por todo el jardín era el mayor de sus placeres.

No obstante, su madre jugaba al *croquet* los domingos, y también su padre, que, además, tocaba el piano. ¡Y qué piezas! Una de ellas era una canción que él mismo acompañaba, cuya letra decía:

Se fue a casa de la señora C
y con ella bebió té
mientras el señor C
estaba en la ciudad.

¡Ciertamente, aquello no era un cántico piadoso! Celia se sentía

profundamente preocupada. Interrogaba ansiosamente a Nannie y la pobre mujer se veía en aprietos para darle alguna respuesta adecuada.

—Tú padre y tu madre son tu padre y tu madre —le repuso al fin—. Lo que ellos hacen, bien hecho está. Tú no tienes por qué criticarlos, ni pensar más en el asunto.

—Pero jugar al *croquet* los domingos está mal.

—Sí, querida. Así no se observa la fiesta del Señor.

—Pero entonces…

—No es cosa tuya. Eso no te incumbe. Ocúpate de tus propias obligaciones.

Así que cierto domingo, cuando su padre le tendió él mazo, movió insistentemente la cabeza para rechazarlo, aunque aquél pensaba darle con ello un placer.

—¿Qué es lo que…?

Su mujer le interrumpió.

—Es Nannie —murmuró—. Le ha dicho que eso no se hace los domingos. Luego miró a Celia.

—Está muy bien, hijita. No juegues si realmente no te apetece.

Sin embargo, otras veces le decía cariñosamente:

—Sabes, querida, Dios nos ha dado un mundo maravilloso y quiere que seamos felices en él. Su día es un día muy especial. En el transcurso de él podemos deleitarnos con muchas cosas. Solo que no hemos de trabajar para otros, para la servidumbre, por ejemplo. De todos modos, divertirnos un poco es algo perfectamente permitido.

Celia quería muchísimo a su madre, pero sus opiniones sobre la materia no lograban convencerla. Prefería atenerse a las de Nannie. Ella sabía.

No obstante, dejó de preocuparse por su madre. Ésta tenía siempre cerca de ella, en la pared de su dormitorio, una pintura que representaba a San Francisco y también un librito llamado *La imitación de Cristo* en su mesita de noche. Dios mío, se decía Celia, el Señor bien podía perdonar aquello de jugar al *croquet* los domingos.

Era su padre el que seguía dándole que pensar y hasta la inquietaba sobremanera, porque a menudo hacía bromas sobre temas y personajes sagrados. Una vez, durante la comida, hizo una pesada broma sobre un sacerdote y un obispo. Todos se rieron. Pero

a Celia no le resultó graciosa, sino simplemente sacrílega.

Al fin no pudo aguantarse más. Llorando, le dijo a su madre al oído lo que la atormentaba.

—Pero, mi niña, tu padre es un hombre muy bueno y muy religioso. Cada noche se pone de rodillas y dice sus oraciones como si fuese un crío. Es uno de los mejores hombres del mundo.

—Se burla de los sacerdotes y de los obispos —repuso Celia—. Y juega al *croquet* los domingos. Y también canta canciones profanas. Me aterra pensar que se condene y vaya al infierno.

—¿Y qué puedes saber tú del infierno? —le preguntó su madre, con voz algo airada.

—Es donde van los impíos.

—¿Quién te ha estado atemorizando con estas historias?

—No estoy atemorizada —le dijo Celia un poco sorprendida—. Yo no iré al infierno. Seré siempre buena e iré al cielo. Pero —y aquí sus labios temblaron— quisiera que también papá fuese con nosotras.

Entonces su madre le habló largo rato sobre el amor que Dios nos tiene y sobre su bondad infinita. Le aseguró que Él nunca sería tan despiadado como para enviar a la gente al fuego eterno.

Sin embargo, no pudo convencer a Celia. Había un cielo y había un infierno, como había corderos y había cabras. ¡Si al menos pudiese tener la seguridad de que su padre no era una cabra descarriada!

Había cielo e infierno. Tal era uno de los hechos indiscutibles de la vida. Igual como el pastel de arroz, como lavarse las orejas, como saber decir «sí, gracias» o «no, gracias».

Celia soñaba muy a menudo. Muchos de sus sueños eran simples episodios graciosos o extraños, una mezcla de los sucesos del día. Algunos sueños eran particularmente agradables, como, por ejemplo, los que sucedían en lugares que ella conocía bien, pero que el sueño transformaba.

Sería difícil explicar por qué le resultaban a Celia tan atractivos. Y sin embargo, de alguna manera extraña, lo eran.

Había cerca de la casa un valle que se extendía a los pies de la estación. En la vida real, las vías del ferrocarril corrían por allí,

pero en sus sueños era un río el que se precipitaba por donde estaban los rieles, atravesando un terreno siempre lleno de flores silvestres que se extendían hasta el bosque. Y cada vez que le venía aquel delicioso sueño, ella decía:

—¡Qué raro! No sabía que… Yo siempre pensé que por ahí pasaba el ferrocarril.

Y en lugar del ferrocarril veía el valle encantador y verde, atravesado por la corriente.

En otras ocasiones, contemplaba campos de ensueño al fondo del jardín, donde, en realidad, se alzaba la fea caseta de ladrillos rojos. Pero lo más apasionante de todo eran las habitaciones secretas dentro de su propia casa. A veces se llegaba a ellas pasando por la despensa. Otras, de un modo inesperado, desembocaban en el estudio de su padre. Lo cierto era que estaban siempre allí, aunque a veces se le olvidaran por completo durante un tiempo. Cuando volvían, nunca dejaban de suscitar en ella un estremecimiento familiar, aunque siempre resultaban diferentes; y siempre provocaban en ella la misma alegría al reconocerlas…

Luego, eso sí, estaba el único sueño malo: el del hombre con el fusil. Llevaba el pelo ensortijado y polvoriento y vestía un andrajoso uniforme azul y rojo. Lo más aterrador de él era que las manos no le salían: de sus brazos asomaban dos *muñones*. Cada vez que el hombre del fusil se presentaba en sus sueños, Celia despertaba llorando y gritando. Era lo mejor porque entonces despertaba sana y segura en su propia cama, cerca de la cual estaba la de Nannie. Todo estaba bien.

No existía una razón especial para que el hombre con el fusil le pareciese tan aterrador: no hacía ademán de dispararle con su arma, que era, más que nada, un símbolo, no una amenaza directa. No. Lo malo era que había algo en su rostro. Sus ojos fríos, duros y muy azules miraban con gesto siniestro, capaz de provocar náuseas de espanto.

Y luego estaban esas cosas en las que uno piensa durante el día. Nadie podía adivinar que mientras Celia andaba serenamente por el camino iba en realidad montada en un corcel blanco. (Sus ideas sobre lo que era un corcel resultaban un poco vagas. Se imaginaba algo así como un supercaballo con las dimensiones de un elefante). Cuando recorría la senda al pie del estrecho muro de ladrillos que

abrigaba los plantíos de pepinos, se decía que hollaba el borde de un precipicio, en el fondo del cual se abría un abismo insondable. A veces era una duquesa, otras princesa, pastora o doncella menesterosa.

Todo aquello hacía muy interesante la vida de Celia. Todos decían que era «una niña muy buenecita», porque siempre estaba tranquila, era feliz jugando sola y nunca importunaba a los mayores pidiéndoles que la divirtieran.

Las muñecas que le regalaban no eran reales a sus ojos. Sí que jugaba con ellas, pero un poco como quien cumple una tarea necesaria y porque Nannie así se lo pedía. No ponía especial entusiasmo en su juego.

—Es tan buena niña —decía Nannie— que, aunque carezca de imaginación, poco importa. No se puede tener todo. El niño Tommy, hijo del capitán Stretton, no cesaba de acribillarme a preguntas.

Celia preguntaba pocas cosas. La mayor parte de su mundo estaba dentro de su propia cabeza. El mundo exterior no excitaba su curiosidad.

Algo que sucedió cierto día de abril iba a enseñarle a temer el mundo exterior. Celia y Nannie habían salido al campo en busca de flores silvestres. El día era claro y soleado. El intenso azul del cielo apenas estaba surcado por tenues nubéculas. Las dos fueron siguiendo los rieles del ferrocarril (por donde corría un río en los felices sueños de Celia), mientras ascendían por la falda de la pequeña colina en busca de un tramo de terreno donde las flores eran tan abundantes que formaban como una espesa alfombra amarilla. Al llegar se pusieron a cogerlas. El día era radiante y las flores olían deliciosamente a limón fresco, aroma que Celia prefería a todos los otros.

De pronto, parecido al hombre del fusil de sus sueños, surgió un hombre inmenso, con rostro rojizo y vestido de pana. Su voz era áspera y poderosa.

—¿Qué hacéis aquí? —dijo.

Su mirada era colérica y el ceño fruncido acentuaba su fuerza.

—Éste es terreno de propiedad privada. Quienes lo invaden se

exponen a la ley.

—Lo siento mucho —dijo Nannie—. Puedo asegurarle que no sabía lo que usted acaba de afirmar.

—Pues largo de aquí. Rápido.

Y mientras ambas se apresuraban a volver sobre sus pasos, el hombre gritó:

—Os meteré en agua hirviendo. Os quemaré vivas. Podéis estar seguras. Os herviré vivas si aún estáis en esta propiedad dentro de tres minutos.

Celia se precipitó en dirección a su casa, tropezando y agarrando con fuerza la falda de Nannie. ¿Por qué no se apresuraba? El hombre vendría enseguida a cogerlas. Las metería en un gran caldero lleno de agua hirviendo. Sentía los mareos del terror mientras trataba de ir más aprisa. Todo el cuerpo le temblaba mientras corría con pasos vacilantes. ¡Ya se acercaba! ¡Ya llegaba a por ellas! Las herviría… Se sentía mal. ¡Rápido, rápido!

No tardaron en llegar de nuevo al camino. Celia dejó escapar un gran suspiro.

—Ya… ya no puede cogernos —murmuró.

Nannie la miró sobresaltada por la extremada palidez de su rostro.

—Pero… pero ¿qué pasa, queridita mía? —preguntó.

De pronto pareció darse cuenta de lo que le estaba sucediendo a Celia.

—¿No te habrá asustado eso que dijo de que nos herviría? No era más que una broma… Ya lo sabes…

Movida por la innata habilidad de los niños para engañar a los mayores, Celia aseguró, muy seria:

—Oh, claro, Nannie. Ya sabía yo que se trataba de una broma.

Pero pasó mucho tiempo antes de que llegara a dominar el terror que sintiera aquel día. Y ya nunca en su vida pudo olvidar aquel episodio.

El pánico fue algo horriblemente *real*.

Para su cuarto cumpleaños le regalaron un canario, que recibió el poco original nombre de Goldie. Pronto el pajarito se habituó a su ama y a cuanto le rodeaba. Tanto que solía posarse en el dedo de

Celia. Ella le adoraba. Es que no solo era su canarito, al que daba alpiste y otras semillas, sino también su compañero de aventuras. Eran la esposa de Dick, una reina, y el príncipe Dicky, su hijo. Los dos iban por el mundo y corrían toda suerte de aventuras. El príncipe Dicky era muy guapo, llevaba vestiduras de terciopelo amarillo y gastaba guantes negros, también de terciopelo.

Un poco más tarde, aquel mismo año, casaron a Goldie. Su esposa recibió el nombre de Dafne. Era una hembrita grande, con muchas plumas marrones. No podía decirse que fuera hermosa. Por el contrario, sus movimientos eran torpes y toda su apariencia inspiraba poco atractivo. Volcaba el pequeño cubo donde se le servía agua y estropeaba los objetos sobre los que se posaba. Aunque salía de la jaula, nunca fue tan mansa y graciosa como Goldie. El padre de Celia la llamaba Susan porque, como la criada, solía moverse con dificultad y poner en peligro las cosas.

Susan solía azuzar a la pareja con una cerilla «para ver lo que hacían», como decía ella. Los pájaros se asustaban nada más verla y en cuanto la veían aproximarse, volaban espantados a prenderse en la reja opuesta de la jaula. Susan hallaba motivos de risa en las cosas más extrañas. Una vez se rió mucho al encontrar una cola de ratón en la trampa que ella había preparado para cazar al roedor.

Susan quería mucho a Celia. Jugaba con ella al escondite y se divertía saliendo bruscamente de detrás de algún cortinaje gritando «¡Bu!». Pero Celia no estimaba particularmente a la doncella. Era tan grandota y torpe… Prefería con mucho a la señora Rouncewell, la cocinera, una mujer enorme, casi monumental, que parecía la serenidad en persona. Nunca llevaba prisa. Se movía ceremoniosamente por la cocina, ejecutando su trabajo como si de un meticuloso ritual se tratara. Aunque nunca corría, la comida siempre estaba lista a la hora exacta: ni un minuto antes ni uno después. Rouncy, cómo Celia la llamaba, no tenía imaginación. Si la madre de Celia le preguntaba:

—Bueno, ¿qué sugiere usted hoy para la cena?

Rouncy respondía siempre con la misma frase:

—Pues, señora, podríamos hacer un buen pollito y pastel de jengibre.

La señora Rouncewell preparaba magníficos *soufflés, vau'vents*, cremas, salsas y toda clase de pastas. Aunque se tratara de

complicados platos franceses, siempre se las arreglaba para que le quedasen bien. Aun así, nunca sugería nada excepto pollo y pastel de jengibre.

A Celia le encantaba ir a la cocina, que, como la propia Rouncy, era amplia, limpia y acogedora. Una atmósfera serena impregnaba los lares de aquella mujer que, en medio de tanta limpieza y amplitud, atendía a su trabajo masticando suavemente. Siempre estaba comiendo, pellizcando de aquí de allá.

—Y bien, señorita, ¿qué le gustaría? —decía a veces al ver Celia penetrar en su reino.

Entonces, con una amplia sonrisa que le ocupaba el rostro, se encaminaba a un armario en cuyo interior guardaba un frasco. Lo abría y con gesto pausado depositaba un puñado de pasas de uva en las dos manitas que Celia mantenía muy juntas y ahuecadas. Otras veces le daba un trozo de queso o de pan untado con miel. También podía ser un trocito de tarta de jamón. De todas maneras, siempre tenía algo para Celia.

Celia llevaba sus delicias al jardín y en un lugar frondoso, junto al muro que limitaba los terrenos de la propiedad, se escondía secretamente entre los arbustos. Era una princesa invisible a los ojos de sus enemigos, a la que sus devotos seguidores le habían llevado exquisitas provisiones en medio del silencio de la noche…

En el cuarto de costura, situado en el piso superior, Nannie cosía. A Celia le encantaba poseer su lugar secreto y seguro en el jardín y sentirse dueña del mismo. En su escondrijo, nada tenía que temer, puesto que allí no existían estanques ni lugares peligrosos o sucios. Nannie envejecía y por eso le gustaba estar sentada con sus labores mientras pasaba revista a sus recuerdos, pensando en los pequeños de la familia Stretton a los que cuidara años atrás y que ahora se habían transformado en hombres y mujeres hechos y derechos. La niña, *miss* Lilian, estaba ya casada y los chicos, Roderick y Phil, estaban en Winchester. Sus pensamientos recorrían amablemente la senda que llevaba a aquellos años ya pasados…

Cierto día, sucedió algo terrible. Goldie no aparecía por ninguna parte. Como estaba tan acostumbrado a la casa y a sus habitantes, la puerta de su jaula siempre estaba abierta para que pudiese

revolotear a su gusto por el cuarto de los juguetes. Solía posarse sobre la cabeza de Nannie y jugar con las cintas de su toca.

—Bueno, bueno, señor Goldie —decía ella con dulzura—, ya sabes que eso no me gusta.

Otras veces detenía el vuelo sobre el hombro de Celia para coger algún grano de alpiste. Desde allí estiraba mucho el cuello para llegar a los labios de la niña, donde ésta colocaba su manjar. Era como un crío echado a perder por el celo de los mayores. Si no se le prestaba toda la atención que reclamaba, solía enfadarse y emitir desagradables graznidos.

Y ahora, día terrible, Goldie no estaba en ninguna parte. La ventana de la habitación permanecía abierta; con seguridad, había escapado por allí.

Celia no cesaba de llorar, aunque su madre y Nannie trataban de calmarla.

—Tal vez vuelva, cariñito.

—Solo ha salido a dar una vueltecita. Pondremos su jaula junto a la ventana.

Pero Celia no se consolaba. Los pájaros silvestres picaban a todo el que consideraban extraño a su entorno hasta matarlo. Ella lo sabía. Alguien se lo había contado alguna vez. Goldie estaría ahora muerto, tirado en algún lugar, bajo los grandes árboles. Ya nunca más su piquito vendría a comer de su boca. Lloró y lloró todo el día. Ya no comería su cena ni merendaría. Su jaula permaneció abierta junto a la ventana muchas horas, pero él no volvía.

Por fin llegó la hora de ir a dormir y Celia no tardó en verse en su pequeña cama blanca. Aún sollozaba como un autómata, mientras su madre le cogía las manitas. En aquellos momentos, prefería la presencia de la madre a la de Nannie. Su niñera le había dicho que sus padres le regalarían otro pajarillo; pero su madre la conocía mejor: sabía que ella no quería otro pajarillo. Al fin y al cabo ya tenía a Dafne. Lo que ella quería era que Goldie volviera. ¡Oh! Goldie, Goldie, Goldie… Se había marchado para siempre. Los otros pájaros le habrían matado a picotazos. Apretó la mano de su madre con mucha fuerza y su madre hizo lo mismo con la suya.

De pronto, en medio del silencio apenas interrumpido por la entrecortada respiración de Celia, se oyó un ligero sonido. Era el piar de un pájaro.

El señor Goldie bajó planeando desde la guía de las cortinas, donde había estado holgazaneando todo el día.

Celia no olvidaría en toda su vida aquel momento de increíble y sublime gozo. Desde entonces, cuando alguien era presa de alguna preocupación, se decía en la familia:

—Vamos, ánimo. ¡Recuerda a Goldie y su escondite en lo alto de las cortinas!

Los sueños protagonizados por el hombre del fusil sufrieron cambios. En cierto modo se fueron haciendo aún más aterradores.

El sueño solía comenzar bien. Podía tratarse de un almuerzo campestre o de una fiesta infantil. Y de pronto, cuando mejor iban las cosas, una extraña sensación se apoderaba de la niña. Algo malo sucedía en alguna parte… ¿Qué era? Naturalmente, el hombre del fusil. Pero no se trataba de él, en realidad. Uno de los invitados era el hombre del fusil…

Lo más pavoroso era que cualquiera podía resultar ser el hombre del fusil. Allí estaban todos alegres, charlando y riendo y de pronto surgía la evidencia de que papá, mamá o Nannie, cualquiera con quien ella estuviese hablando, podía sufrir una horrible metamorfosis. Miraba atentamente los ojos azul acero de su madre y luego sus manos: por allí, ¡horror!, aparecían los repugnantes muñones. No era mamá, ni Nannie, sino el hombre del fusil… Y Celia se despertaba llorando con todas sus fuerzas…

No se lo podía decir a nadie. Ni a Nannie, ni a su madre. Bastaba contarlo para que perdiera su contenido espeluznante. De hacerlo, le responderían:

—Bueno, hijita querida, has tenido un mal sueño, nada más. ¡Cálmate!

Y la acariciarían. Celia seguía llorando sin querer volverse a dormir, porque quizá volviera el mal sueño.

Se decía desesperadamente en medio de la noche oscura:

—Mamá no es el hombre del fusil. No lo es. Sé que no lo es. Es mamá.

Pero durante la noche, en medio de las sombras y con el sueño rondándola, era difícil estar segura de nada. Acaso nada fuese como parecía y Celia lo supiese desde el principio.

—Señora, la niña tuvo anoche otro mal sueño.

—¿De qué trataba, Nannie?

—De un hombre con un fusil, señora.

Pero Celia interrumpía:

—No era cualquier hombre, mamá: era «el hombre del fusil». Mi «hombre del fusil».

—¿Y temías que te disparara, queridita? ¿Era eso lo que temías?

Celia, estremeciéndose, negaba con la cabeza. No podía explicarlo.

Su madre no trataba de que lo hiciera. En cambio, le decía suavemente:

—Cariñito, aquí, con nosotras, estás segura. Nadie te puede hacer daño.

Era reconfortante.

—¿Qué significa aquella palabra de allí, Nannie? La que está en el anuncio, la grande.

—Allí dice «reconfortante», cariño. Dice: «Prepárese una reconfortante taza de té».

Y así día tras día. Celia mostraba una insaciable curiosidad por las palabras escritas. Ya conocía las letras, pero su madre no era partidaria de que los niños aprendieran demasiado pronto a escribir.

—No comenzaremos a enseñarle a leer hasta que cumpla los seis años.

Pero sus teorías sobre educación no siempre resultaban en la actualidad tal como ella las había planeado. Cuando Celia tenía cinco años y medio ya leía todos los libros de cuentos que corrían por el cuarto de los juguetes y los anuncios que veía por las calles. Cierto que a veces se enredaba con las letras. Mirando a Nannie le decía:

—¿La palabra justa es «codicioso» o «egoísta»? No puedo recordarlo.

Como leía por imágenes de palabras y no letra por letra, la ortografía iba a ser siempre para ella algo complicado e inseguro.

Leer la deleitaba. Le abría muchos nuevos mundos de hadas, de brujas, de duendes y de gnomos. Su pasión eran los cuentos de

hadas. Los que tenían que ver con la vida real de los niños no le interesaban mucho.

No había muchos niños de su edad para jugar. Su casa se encontraba en una zona poco frecuentada y los automóviles eran por entonces escasos. Por allí vivía una niña, Margaret McCrae, que era un año mayor que ella. Margaret la invitaba de vez en cuando a tomar el té en su casa. Pero Celia suplicaba que no la obligasen a ir.

—¿Por qué, hijita? ¿No eres amiga de Margaret?

—Oh, sí.

—¿Entonces?

Por toda respuesta, Celia movía negativamente la cabeza.

—Es tímida —decía Cyril con desdén.

—Es absurdo eso de negarse a ver a otros niños —sostenía su padre—. No es natural.

—Acaso Margaret la moleste —replicaba su esposa.

—No, no es eso —exclamaba Celia.

Y rompía a llorar.

No podía explicarlo. Simplemente no podía. Sin embargo, los hechos eran claros. Margaret carecía de todos los dientes delanteros y hablaba con rapidez, emitiendo como resultado un conjunto de silbidos y sonidos que Celia no acertaba a descifrar. Lo mejor sucedió cierta vez en que ella y Margaret estaban dando un paseo.

—Te contaré un hermoso cuento, Celia —le había dicho.

Y enseguida empezó a hacerlo entre soplidos confusos. Hablaba de alguna «prishesha y su manssana milagrosha». Celia la escuchaba y sufría. De tanto en tanto, Margaret se interrumpía para preguntarle si le gustaba su cuento y Celia, ocultando cortésmente el hecho de que no tenía ni la menor idea de lo que le narraba, hacía lo posible por contestar algo que la otra consideraba como un comentario inteligente. Entretanto, como era su costumbre en tales casos, rezaba para sí.

«Oh, Dios mío, que llegue pronto la hora de volverme a casa. Que Margaret no se entere de que soy incapaz de entenderla. Que pueda irme pronto. ¡Por favor, Dios mío!».

Dejar que Margaret se enterase de que sus palabras eran incomprensibles le parecía a Celia una tremenda crueldad. Margaret no debía enterarse nunca de aquello.

Sin embargo, la tensión era casi intolerable. Al llegar de vuelta a

su casa se la veía pálida y llorosa. Todos pensaban que no quería a Margaret, cuando en verdad sucedía precisamente lo contrarío. Si no quería verla era porque temía que Margaret supiera de su defecto.

Nadie la entendía. Absolutamente nadie. Celia se sentía extravagante, llena de pánico y muy sola.

Los martes tenía clase de danza. La primera vez que asistió a ella se sentía temerosa. La habitación estaba llena de niños. Había niños mayores vestidos con ropas deslumbrantes de raso y seda.

En medio de la estancia, con las manos enfundadas en largos guantes muy blancos, *miss* Mackintosh dirigía la sesión. Era la mujer más temible y, a la vez, más atractiva que Celia había conocido hasta entonces. Le parecía altísima, la persona más alta del mundo. (Con el tiempo resultó que *miss* Mackintosh tenía una estatura normal. Si parecía lo contrario, se debía a sus largas y ceñidas faldas, a su porte extraordinariamente erguido y a su dominante personalidad).

—¡Ah! —dijo *miss* Mackintosh—. Tú eres Celia. ¡*Miss* Tenderlen!

Miss Tenderlen, una criatura de aspecto ansioso, que danzaba maravillosamente pero que carecía de personalidad, se apresuró a acudir como si fuese un inquieto perrillo.

Celia fue puesta en sus manos y no tardó en verse en fila, con un extraño aparato en sus manos. Era una banda elástica color azul pastel con un asa en cada extremo. Luego llegaron los misterios de la polca y, por fin, todos tomaron asiento para ver el espectáculo ofrecido por un grupo de brillantes niños que realizaban un fantástico baile al compás de pequeños tambores, mientras sus trajes de seda despedían destellos.

Luego se anunciaron los lanceros. Un niño pequeño, con ojos negros y traviesos corrió hacia Celia.

—Oye, ¿quieres ser mi compañera de baile?

—No puedo —repuso ella con pesar—. No sé bailar los lanceros.

—¡Qué lástima!

Pero ya acudía a ellos *miss* Tenderlen.

—¿Que no sabes? No, claro que no, querida, pero vas a aprender a bailarlos. Ven, aquí tienes a tu compañero.

Su compañero era un niño de pelo rubio ceniciento con el rostro poblado de pecas. Frente a ellos estaba el de ojos negros con la compañera que le habían asignado. Al encontrarse juntos en medio de la danza, dijo a Celia en tono de reproche:

—No has querido bailar conmigo. ¡Lástima!

Un dolor, que con el tiempo llegaría a serle familiar, recorrió el cuerpo de Celia. ¿Cómo explicar las cosas? Cómo decir: «Si es que yo quería bailar contigo. Hubiese preferido estar a tu lado. Todo esto es una equivocación».

Por primera vez, experimentaba la tragedia propia de las niñas de su edad: ¡la del compañero equivocado!

Pero las vueltas de los lanceros les separaron. Una vez más se encontraron en la gran cadena. El niño le dirigió una mirada de profundo enfado, oprimiendo su mano en el breve encuentro. Nunca más volvió a la clase de baile y Celia no llegó siquiera a enterarse de su nombre.

Cuando cumplió siete años, Nannie se marchó de la casa. Tenía una hermana, aún más vieja que ella, que se había puesto gravemente enferma. Nannie tuvo que ir a cuidarla.

Celia lloró inconsolablemente. A diario, le escribía cartas apasionadas, cortas, redactadas sin cuidado y ortográficamente inadmisibles; sin embargo, le costaba muchísimo redactarlas.

Su madre le decía cariñosamente:

—Sabes, hijita, no es preciso que escribas diariamente a Nannie. Ella no espera tanto de ti. Dos cartitas por semana serían suficientes.

Pero Celia negaba enfáticamente con la cabeza.

—Nannie podría pensar que la he olvidado. Y yo nunca la olvidaré. Nunca.

Su madre dijo a su marido:

—La niña es muy tenaz en sus afectos. Es una lástima, realmente.

Y su padre repuso:

—Un buen contraste con Cyril.

Cyril, que estaba en un colegio, nunca escribía a sus padres, a menos que le obligaran a hacerlo o que deseara algo. Pero su encanto era tal que todas sus pequeñas imperfecciones le eran perdonadas.

El obstinado recuerdo que Celia guardaba de Nannie llegó a preocupar a su madre.

—No es natural —decía—. A su edad tendría que olvidar rápidamente.

Nannie no fue reemplazada. Susan recibió el encargo de bañar a Celia todas las noches y de despertarla con el desayuno por las mañanas. Cuando estaba ya vestida, iba al dormitorio de su madre, que siempre desayunaba en la cama. Celia recibía una pequeña tostada con jalea y luego se ponía a jugar con un pequeño y gordo pato de porcelana en el baño preparado para su madre. Su padre estaba normalmente en su propio dormitorio, tras la puerta cerrada. A veces la llamaba para darle un penique, que Celia introducía en una pequeña hucha de madera pintada. Cuando ya estaba llena, se ponía todo en una caja fuerte, y cuando los ahorros sumaban una cierta cantidad, Celia podía comprarse algo que realmente le gustara con su propio dinerillo. El objeto de la compra constituía una verdadera preocupación en la vida de Celia. Los objetos favoritos variaban de una semana a otra. Primero era una peineta de carey con incrustaciones para que su madre se la pusiera en su pelo moreno. Susan se la había enseñado una vez, cuando pasaban ante un escaparate.

—Toda gran señora debiera llevar una peineta como ésa —había dicho con voz reverente.

Luego estaba aquella falda plegada, de seda, adecuada para asistir a las clases de baile. Constituía otro de los sueños de la niña, porque solo años más tarde podría bailar el tipo de danzas que requieren falda plegada. Sin embargo, el día llegaría, después de todo.

Y también estaban aquellos zapatos de raso, que descubriera cierta vez. (Ni siquiera había sospechado que aquello se usara para bailar). Y la caseta que podría tener en el jardín. Y el poni. Cualquiera de aquellas deliciosas posibilidades estarían a su alcance el día que tuviera lo suficiente en la caja fuerte de su padre.

Durante el día jugaba en el jardín, haciendo rodar su aro (que tanto podía ser un coche de caballos como un tren expreso), trepando por los árboles con agilidad, pero también con cautela, o escondiéndose en ciertos lugares que ella conocía bien, protegidos por arbustos espesos. Allí tejía sus interminables fantasías. Si el

tiempo estaba lluvioso se quedaba leyendo en el cuarto de los juguetes o pintando sobre viejas ilustraciones del *Queen*. Entre la merienda y la cena solía jugar con su madre. A veces hacían casas con mantas o toallas que extendían sobre unas sillas. Se guarecían debajo, entraban y salían. Otras veces soplaban pompas de jabón. Nunca sabía de antemano en qué consistiría el juego del día. Solo estaba segura de que iba a ser maravilloso, algo que una nunca hubiera podido imaginar por sí sola, algo que su madre, y nada más que ella, era capaz de poner en práctica.

Por las mañanas tenía clases y éstas la hacían sentirse importante. Su padre le enseñaba aritmética. Le encantaban los números y también oír a su padre cuando éste afirmaba:

—Esta niña tiene un verdadero cerebro matemático. No tendrá que contar con los dedos, como tú, Miriam.

Y su madre empezaba a reírse y decía:

—Las cuentas nunca se me han dado bien, realmente.

Celia comenzó por sumar, pero no tardaría mucho en hacer restas también. Y multiplicaciones. Las divisiones le daban cierta satisfacción personal, porque le parecían operaciones únicamente para personas mayores a causa de las dificultades que planteaban. Su libro teñía también un capítulo titulado «Problemas». A Celia le encantaban los problemas. Tenían que ver con niños, manzanas, corderos y otras cosas que siempre los transformaban en asuntos apasionantes.

Tras la clase de matemáticas venían las copias, sacadas de un libro de ejercicios. O bien su madre escribía una línea en el extremo superior de la página y Celia debía repetirla una y otra vez, hasta llegar al final de ella. A la niña no le, interesaba gran cosa el ejercicio, pero a veces su madre escribía graciosas frases, como «Los gatos tuertos no pueden toser a su gusto», y Celia reía a sus anchas. Seguía un ejercicio de ortografía. Eran simples palabras, pero le resultaban fastidiosas. En su anhelo por no cometer faltas siempre escribía letras de más, con el resultado de que a veces no se entendía el sentido.

Por las noches, después de que Susan la había bañado, su madre entraba en el cuarto de los juguetes para dar a Celia el último beso del día. «Las buenas noches de mamá», llamaba Celia a tal ceremonial y, una vez cumplido, trataba de no moverse en su cama,

para que a la mañana siguiente el beso estuviera aún vivo en su mejilla. Sin embargo, por alguna razón, nunca lo estaba.

—¿Quieres que te deje una pequeña luz encendida, cariñito? —preguntaba su madre.

No. Celia nunca quería luz. Le agradaba la oscuridad tranquila e íntima que propiciaba su sueño. Le parecía que la oscuridad era amistosa.

—Bueno, tú no eres de las que tienen miedo de la noche y de las sombras —le decía Susan a menudo—. En cambio mi sobrinita se pone a chillar en cuanto le apagan la luz.

La sobrinita de Susan, pensaba Celia sin decirlo, tenía necesariamente que ser una niña muy desagradable. Y un poco tonta, además. ¿Por qué temer a la oscuridad? Lo único realmente temible eran los sueños porque transformaban los sucesos reales en algo confuso y desordenado. Si despertaba en medio de la noche porque se le aparecía el pavoroso hombre del fusil, ella tenía su recurso: saltaba de su lecho y corría hacia el dormitorio de su madre. Conocía perfectamente el camino, aun en medio de las más espesas sombras. Entonces su madre la cogía en brazos, la llevaba de nuevo a su camita blanca y permanecía a su lado, diciéndole:

—Ese hombre del fusil no existe, hijita. Aquí estás segura.

Y así Celia volvía a dormirse sabiendo que su madre había hecho que la paz volviese a reinar. Poco después ya estaba en el valle cogiendo flores silvestres y diciéndose triunfalmente:

—Ya sabía yo que por aquí no corre ningún ferrocarril. Desde luego, siempre ha habido un río.

2. EN EL EXTRANJERO

Seis meses después de la marcha de Nannie, su madre comunicó a Celia una novedad apasionante. Harían un viaje a Francia.

—¿Me llevaréis?

—Sí, cariño.

—¿Y Cyril?

—También vendrá.

—¿Y Susan y Rouncy?

—No, ellas no. Sólo papá, mamá, Cyril y tú. Papá no se siente muy bien y el médico quiere que haga un viaje al extranjero este invierno. Dice que ha de ir a un país más cálido.

—¿Hace calor en Francia?

—En el sur, sí.

—¿Es bonito, mamá?

—Bueno, es un país con montañas. Y en los picos de las montañas hay nieve.

—¿Porqué?

—Porque son muy altas.

—¿Qué altura tienen?

La madre trataba de explicarle cómo eran las altas montañas… Pero Celia no podía imaginárselas. Había estado en el faro de Woodbury, pero el faro de Woodbury mal podía ser considerado como una montaña.

Todo aquello era muy estimulante. En especial la preparación de las maletas. Tendría para ella sola una gran maleta de cuero verde oscuro, que llevaba dentro unas botellitas y unos pequeños departamentos donde se ajustaban el cepillo de dientes, el peine y el cepillo para la ropa. ¡Hasta llevaba un relojito pequeño y un tintero!

A Celia le parecía que aquélla era la más preciada de sus posesiones.

El viaje fue maravilloso. Para comenzar, el paso del canal de la Mancha. Su madre bajó al camarote mientras ella se quedaba en cubierta con su padre, lo cual la hacía sentirse mayor y muy importante.

Pero Francia, cuando pudo verla de cerca, le resultó un poco decepcionante. Se parecía a todos los demás lugares que ya conocía, aunque los mozos de equipaje, vestidos de azul intenso y hablando nerviosamente en francés, sí que le parecieron interesantes. Subieron a un tren alto. Debían dormir durante el viaje, lo cual, pensaba Celia, sería otro episodio maravilloso.

Ella y su madre tenían un compartimento, mientras Cyril y su padre ocupaban el de al lado.

Cyril se mostraba, naturalmente, muy tranquilo y superior. Ya tenía dieciséis años y estaba empeñado en no mostrarse sorprendido ante nada. Hacía preguntas con tono indolente, aunque no lograba disimular el hecho de que también él sentía curiosidad por la gran Francia.

—¿Veremos montañas muy altas, mamá? —preguntó Celia.

—Sí, cariño.

—¿Muy, muy altas?

—Sí, muy altas.

—¿Más altas que el faro de Woodbury?

—Mucho más altas. Tan altas que la nieve se acumula en sus cimas.

Celia cerró los ojos tratando de imaginarlas. Montañas, inmensas colinas que subían y subían, tanto que tal vez no llegase a ver dónde terminaban. Celia buscaba y rebuscaba en su imaginación, tratando de hacerse una idea, aunque solo fuera de las laderas de aquellas inmensidades.

—¿Qué sucede, hijita? ¿Por qué tuerces así el cuello? —preguntó su madre.

Celia movió la cabeza.

—Pensaba en esas grandes montañas.

Luego llegó el momento de ir a la cama. A la mañana siguiente despertarían en el sur de Francia.

A las diez llegaron a Pau. Se formó un gran lío a la hora de reunir todo el equipaje. Eran muchos bultos; no menos de trece baúles muy grandes e innumerables maletas pequeñas.

Finalmente salieron de la estación y se dirigieron al hotel. Celia miraba en todas direcciones.

—¿Dónde están las montañas, mamá?

—Allá, hijita. ¿No ves la hilera de cumbres nevadas?

—¿Eso?

Recortándose en el cielo podía verse un zigzag de retazos blancos que parecía recortado en papel. Una línea irregular y baja. ¿Dónde estaban aquellas inmensidades que se elevaban hasta las nubes, muy por encima de la cabeza de Celia?

Una amarga sensación de desencanto la asaltó. Realmente, montañas…

Cuando, por fin, superó su desilusión, Celia se divirtió mucho en Pau. Las comidas eran exquisitas. Por alguna extraña razón se llama *table d'hôte* a una larga mesa en la cual se alineaba toda clase de manjares exóticos y deliciosos. En el hotel había dos niñas más: un par de gemelas que tenían un año más que Celia. Se llamaban Bar y Beatrice y pronto se hicieron íntimas de ella. Siempre se las veía a las tres juntas. Gracias a las gemelas, Celia descubrió, por vez primera en sus ocho solemnes años, la delicia de las travesuras. Las tres se negaban a comer naranjas, arrojando las pepitas a los soldados que pasaban debajo del balcón ataviados con sus alegres uniformes azules y rojos. Cuando los hombres alzaban la vista con expresión colérica, se escondían y no podían descubrirlas. Otras veces se dedicaban a echar montoncitos de sal y de pimienta en las bandejas donde se depositaban las delicias de la *table d'hôte*, provocando la ira de Victor, el anciano camarero. También solían esconderse bajo las escaleras para hacer cosquillas en las piernas de las damas que subían o bajaban, sirviéndose de plumas de pavo. Pero la mayor hazaña del trío tuvo lugar cierta vez en que alarmaron a la poco amable camarera del piso hasta causarle verdadera consternación. La habían seguido hasta su cubil, donde se alineaban escobas, fregonas y cubos. Cuando la mujer más distraída estaba, la asustaron súbitamente con gritos. La camarera, enfrentándose, descargó sobre las niñas un verdadero torrente de

palabras en su incomprensible idioma y, volviéndose de repente, las encerró en la habitación.

—Fue más lista que nosotras —dijo Bar con amargura.

—Me pregunto cuánto tardará en liberarnos.

Se miraban con gesto sombrío. Los ojos de Bar relampagueaban de rebeldía.

—No he de aceptar que esa bruja pueda más que nosotras. Tenemos que hacer algo.

Bar era la que hacía de caudillo. Sus ojos se posaron en la microscópica y única ventana que se veía en el recinto.

—¿Podríamos escapar por la ventana? Ninguna de nosotras es gorda. Mira bien, Celia. ¿Hay algo ahí fuera?

—Un caño de desagüe. Y es bastante fuerte como para andar por él.

—Bien. Aún podremos con Suzanne. ¡Vaya ataque le va a dar cuando le caigamos encima!

Con cierta dificultad pudieron abrir la ventana y una a una fueron saliendo al exterior. El caño de desagüe estaba al final de una cornisa de, aproximadamente, un pie de ancho y estaba limitado por un saliente de unas dos pulgadas. Abajo se abría un precipicio de cinco pisos.

La señora belga que ocupaba el número treinta y tres envió un mensaje a la señora inglesa del cincuenta y cuatro: ¿estaba al corriente de que las hijitas de la señora Owen andaban por la cornisa del quinto piso?

La agitación que siguió le pareció a Celia extraordinaria y bastante injusta. Nunca se le había advertido que estaba mal eso de andar por las cornisas.

—Podrías haber caído y matarte —le reprochó su madre.

—Oh, no, mami. Había mucho espacio. Se podían colocar los dos pies juntos.

El episodio quedó como uno de esos hechos inexplicables, en que los mayores arman un gran jaleo sin que haya motivo suficiente.

Celia tendría, naturalmente, que aprender francés. Cyril ya recibía lecciones de un joven que acudía diariamente al hotel. Para

Celia se contrató a una señorita que la llevaba todos los días a dar paseos por los alrededores, hablándole en francés. En realidad era inglesa. Su padre era el propietario de la pequeña librería que solo vendía libros anglosajones. Sin embargo, toda su vida había transcurrido en Pau y hablaba su propio idioma tan bien como el francés.

Miss Leadbetter era una señorita muy refinada. Su idioma, cuando hablaba en inglés, era entrecortado y preciso. Hablaba lentamente, con gentileza condescendiente.

—¿Ves, Celia? Aquélla es una tienda donde se hace y se vende pan. Es una *boulangerie*.

—Sí, *miss* Leadbetter.

—¿Ves, Celia? Por allí va un perrito que se dispone a cruzar la calle. ¿*Un chien qui traverse la rue. fait*
Qu'est-ce
qu'il
? Es decir, ¿qué hace?

Miss Leadbetter no acertó con este último intento. Los perros son criaturas poco delicadas, que suelen provocar rubores en las jóvenes muy finas. En este caso, el perrito se abstuvo de cruzar la calle, prefiriendo abocarse a cumplir tareas más urgentes.

—Mira para otro lado, querida.

—No sé decir en francés lo que está haciendo.

—No tiene importancia, y no es muy agradable. Mira, allí enfrente hay una iglesia. *Voila une église*.

Las caminatas eran largas, tediosas y monótonas.

Quince días después, la madre de Celia resolvió despachar a *miss* Leadbetter.

—Es una señorita imposible —dijo a su esposo—. No sé cómo se las ingenia para transformar en insípidas las cosas más apasionantes.

Celia estuvo de acuerdo y también su padre, quien opinó que para aprender bien el francés la niña tendría que contar con una preceptora francesa. A Celia no le atraía particularmente la idea de la francesa. En ella estaba arraigado el insular disgusto por todo lo extranjero. Sin embargo, si era tan solo para pasear… Su madre le aseguró que le gustaría *mademoiselle* Mauhourat, nombre que le pareció a Celia extraordinariamente gracioso.

Mademoiselle Mauhourat era alta y algo gruesa. Vestía siempre un atuendo que consistía en una serie superpuesta de ligeras capas de tela que le llegaban a la cintura. Con los bordes de esta vestimenta barría los objetos que había encima de las mesas.

En opinión de Celia, Nannie hubiese dicho que aquella mujer daba saltitos como Susan.

Pero *mademoiselle* Mauhourat era muy afectuosa.

—¡Oh! ¡*La chére mignonne*! —decía—. ¡*La chére petite mignonne*!

De rodillas frente a Celia se puso a reír muy cerca de su rostro de la manera más contagiosa del mundo. Aquello no le agradaba mucho a Celia que permanecía fiel a su británica serenidad. *Mademoiselle* la desconcertaba.

—*Nous allons nous amuser. ¡Oh, comme nous allons nous amuser!*

Se repitieron, pues, los paseos. *Mademoiselle* Mauhourat hablaba sin cesar mientras Celia soportaba estoicamente el fluir constante de palabras incomprensibles. *Mademoiselle* era muy buena…, pero cuanto más buena se mostraba, más disgustaba a Celia.

A los diez días, la niña cogió un resfriado y tuvo un poco de fiebre.

—Creo que sería mejor que no salierais hoy —dijo la madre—. *Mademoiselle* podrá entretenerte aquí.

—No —exclamó bruscamente Celia—. No. Dile que se marche.

Su madre la contempló con atención. Celia conocía bien aquella mirada indagadora, extraña y luminosa.

—Muy bien, hijita; así lo haré.

—Ni siquiera le permitas que suba a esta habitación —imploró Celia.

Pero en aquel preciso momento se abrió la puerta y *mademoiselle* Mauhourat entró en escena, vestida con su habitual montaña de capas.

La madre de Celia le habló en francés y *mademoiselle* dejó escapar palabras de pesar y comprensión.

—¡Ah, la *pauvre mignonne*! —exclamó cuando la madre de Celia la puso al corriente de la enfermedad—. ¡*La pauvre, pauvre mignonne*!

Celia miró desesperadamente a su madre, haciéndole gestos ansiosos.

Dile que se marche, decían sus muecas. Dile que se marche.

Por suerte, una de las incontables capas de *mademoiselle* Mauhourat arrastró un jarrón con flores y toda su atención se centró en las correspondientes disculpas.

Finalmente salió de la habitación.

La madre de Celia se dirigió hacia la niña.

—Querida, no debiste hacer tales gestos. *Mademoiselle* solo pretendía ser amable. Pudiste haber herido sus sentimientos.

Celia miró a su madre, muy sorprendida.

—Pero mamá —repuso—. ¡*Si te hacía gestos en inglés*! Ella no podía comprenderlos.

No lograba entender por qué su madre reía de aquel modo.

Aquella noche Miriam dijo a su marido:

—Tampoco esta mujer nos sirve. A Celia no le gusta. Me pregunto…

—¿Qué?

—Nada. Esta mañana, en casa de la modista, vi a una chica y pensaba en ella.

Cuando volvió a casa de aquélla para una prueba, habló con la muchacha. Solo era una de las aprendizas. Su trabajo consistía en estar junto a la modista para ir dándole los alfileres. Tenía unos diecinueve años. Sus cabellos eran negros y los llevaba peinados hacia arriba, en un moño que llevaba firmemente sujeto en la parte superior de la cabeza. Su nariz era respingona y su rostro saludable y rosado tenía una expresión alegre.

Jeanne se asombró muchísimo cuando la dama inglesa le habló, preguntándole si no quería ir con ella a Inglaterra. Dijo que no sabía qué pensaría *maman* sobre el asunto. Entonces Miriam le pidió la dirección de su madre para ir a hablar con ella personalmente.

Los padres de Jeanne regentaban un pequeño bar, muy limpio y ordenado. *Madame* Beaugé escuchó con verdadero asombro la propuesta de la señora inglesa. ¿Trabajar su hija como doncella de la dama y cuidar de su niñita? Jeanne carecía de experiencia. Era bastante tímida y torpe. En cambio, si fuese Berthe, que era mayor… Pero la dama quería a Jeanne. Resolvió que lo mejor sería llamar al señor Beaugé y consultarle. El hombre opinó que los padres no debían interponerse en el camino de la chica. El sueldo era bueno, mucho mejor que el que ganaba en casa de la modista.

Tres días después la muchacha, muy nerviosa y alegre, llegó al

hotel para hacerse cargo de sus nuevas funciones. La pequeña de quien debía cuidar la asustaba un poco. Jeanne no sabía una palabra de inglés. Mejor dicho, sí. Conocía toda una frase: *Good morning, Mees*.

Por desgracia, su pronunciación era tan mala que Celia no la comprendió. La ceremonia de vestirla tuvo lugar en silencio. Celia y Jeanne se miraban como dos perrillos que acaban de encontrarse. Jeanne le cepillaba el pelo, enrollándolo entre sus dedos. La niña no dejaba de observarla.

—Mamá —dijo Celia durante el desayuno—. ¿No puede Jeanne decir nada en inglés?

—No.

—Es extraño.

—¿No te gusta Jeanne?

—Oh, sí, es muy simpática —dijo Celia. Pensó un momento—. Dile que no me peine con tanto miramiento.

Al cabo de tres semanas, Celia y Jeanne ya podían entenderse bastante bien. Cierto día, cuando ya hacía casi un mes que la chica trabajaba para los ingleses, encontraron durante un paseo unas cuantas vacas.

—¡*Mon Dieu*! —exclamó Jeanne—. ¡*Des vaches, des vaches! ¡Maman, Maman*!

Cogiendo con fuerza la mano de Celia, la llevó corriendo a refugiarse tras un banco rústico que había cerca de allí.

—¿Qué pasa? —preguntó Celia.

—*J'ai peur des vaches*.

Celia la miró con dulzura.

—Si llegamos a ver más vacas —le dijo— ponte detrás de mí.

Después de aquel episodio se hicieron muy amigas. Celia consideraba que Jeanne era una compañera muy entretenida. Hizo vestidos nuevos para sus muñecas y con aquel motivo surgieron infinitos temas de conversación. Jeanne era a veces *femme de chambre*, por cierto, muy impertinente; otras, hacía las veces de mamá o de papá (un señor militar que se atusaba constantemente los bigotes). Las muñecas y Celia eran las niñas, siempre pensando en hacer travesuras. En cierta ocasión, Jeanne encarnó a un cura y así recibió las confesiones de Celia, tras lo cual la condenó a cumplir tremendas penitencias. Todo aquello le encantaba a Celia,

que no se cansaba de implorar que el juego se repitiera.

—No, *no, mees. C'est tres mal ce que j'ai fait la*.

—¿*Pourquoi*?

Y Jeanne le explicaba.

—Porque me he burlado del señor cura y eso es un pecado muy grave.

—¡Oh, Jeanne! ¿No podrías hacerlo una vez más? La última. ¡Fue tan gracioso!

La buena de Jeanne decidía entonces poner en peligro su alma inmortal y repetía toda la escena de manera aún más cómica.

Celia fue conociendo a toda la familia de Jeanne a través de sus narraciones. Supo de Berthe, que era *tres sérieuse*; de Louis, su hermano mayor, un chico *si gentil*; de Édouard, persona muy *spirituel*, y de la pequeña Lise, que acababa de hacer su primera comunión. También le habló Jeanne del gato familiar, animal tan cuidadoso que era capaz de andar por entre los vasos de la estantería sin volcar ni uno. También solía echarse a descansar entre ellos, cuando la clientela del bar no exigía gran uso de vasos y copas.

Por su parte, Celia le contó de Goldie, su canario, y de Rouncy y Susan. Le describió el jardín y le habló de lo que harían en cuanto volvieran todos a Inglaterra. Jeanne nunca había visto el mar. La idea de ir en barco de Francia a Inglaterra la aterraba.

—*Je me figure* —dijo Jeanne— *que j'aurais horriblement peur. parlons past Parlez-moi de votre petit osseau*
N'en
.

Un día Celia se encontraba dando un paseo con su padre, cuando oyeron una voz procedente de uno de los asientos que se veían a la entrada de uno de los hoteles.

—¡John! ¡Pero si es el viejo amigo John!

—¡Bernard!

Un hombre corpulento, con expresión simpática en el rostro, venía hacia ellos con la mano tendida hacia el padre de Celia.

Resultó ser mister Grant, uno de los más antiguos amigos del padre de Celia. Hacía algunos años que no se veían y ninguno de los

dos tenía la menor sospecha de que el otro estuviera en Pau. El matrimonio Grant se hospedaba en otro hotel, pero a partir de aquel día, y después del almuerzo, se reunían con los padres de Celia para tomar café.

A los ojos de Celia, la señora Grant era la mujer más maravillosa que jamás hubiera visto. Sus cabellos parecían de plata y los llevaba exquisitamente peinados. Sus ojos eran de un profundo color azul. Tenía rasgos delicados, aunque definidos y su voz era aguda y clara. De inmediato Celia inventó un nuevo personaje para sus juegos con Jeanne. Se llamaba la reina Marise y guardaba estrecha semejanza con la señora Grant. Sus devotos súbditos la adoraban. Sus enemigos habían intentado asesinarla tres veces, pero siempre se salvó gracias a su devoto servidor Colin, a quien la reina Marise le otorgó un título nobiliario. El manto de la coronación era de terciopelo verde oscuro y en la cabeza llevaba una corona incrustada de diamantes.

Sin embargo, el señor Grant no fue considerado como rey. Celia le estimaba y pensaba que era alguien muy agradable. Pero su rostro le resultaba demasiado rojo y gordinflón. En eso era muy distinto de su propio padre. Este lucía una distinguida barbita que, cuando se reía, se elevaba por los aires graciosamente. Su padre, pensaba Celia, era precisamente como debe ser un padre: jovial, amigo de bromas y poco interesado en hacerte sentir tonta, cosa que parecía divertir a veces al señor Grant.

Con los Grant se encontraba el hijo del matrimonio, Jim, un alegre escolar de rostro pecoso. Siempre reía y mostraba un carácter bondadoso. Sus ojos redondos y azules le daban un aspecto como de sorpresa permanente, porque siempre los llevaba muy abiertos. Adoraba a su madre.

Jim y Cyril parecían dos perros que no se conocían. Por supuesto, el primero respetaba al hermano de Celia, pues Cyril era dos años mayor y estaba ya en la escuela secundaria. Ninguno de los dos prestaba mayor atención a Celia, puesto que ella, naturalmente, solo era una niña.

Al cabo de unas semanas, los Grant se volvieron a Inglaterra. Celia había oído al señor Grant que decía a su esposa:

—Me sorprendí al ver a John. Casi no le reconozco. Y eso que, según me ha dicho, se encuentra mucho mejor desde que está aquí.

Más tarde Celia preguntó a su madre:

—¿Está enfermo papá?

Cuando su madre respondió, puso una expresión un tanto rara e incierta.

—No, claro que no, hijita. Ahora se encuentra perfectamente. Solo que la humedad y la falta de sol de Inglaterra le hacían daño.

Celia se sintió feliz al saber que su padre no tenía enfermedad alguna. Pensándolo bien, tenía que haberse dado cuenta por sí misma, puesto que nunca le había visto en cama. Ni siquiera recordaba haberle visto estornudar, ni quejarse de dolores de ningún tipo. Sí que tosía a veces, pero, sin duda, eso era debido a que fumaba mucho. Así se lo había dicho su madre.

Pero la expresión de su madre cuando respondió a su pregunta le parecía… bueno, algo rara.

En mayo se marcharon de Pau y fueron a instalarse en Argeles, al pie del Pirineo, por poco tiempo. De allí siguieron hacia Cauterets, una aldea situada al pie de la montaña.

En Argeles Celia se enamoró. El objeto de su pasión era Auguste, un niño que trabajaba como ascensorista en el hotel donde se hospedaban. No Henri, el otro ascensorista, un chico rubio que a veces hacía bromas con Celia, Bar y Beatrice (también ellas fueron con sus padres a Argeles), sino Auguste, que tenía dieciocho años y era alto, delgado, pálido y de aspecto bastante sombrío.

No prestaba atención a los pasajeros a quienes llevaba de abajo para arriba y viceversa. Celia nunca tuvo valor para hablarle. Nadie, ni siquiera Jeanne, sabía de su amor romántico. Por la noche, en la cama, imaginaba escenas en las que salvaba la vida de Auguste, cuyo caballo se desbocaba y corría ciegamente a todo galope, o bien le ayudaba a salvarse de un naufragio en el que todos los demás perecían. Para ello tenía que nadar manteniendo al mismo tiempo la cabeza de Auguste, fuera del agua. En otros casos era él quien la salvaba a ella de algún incendio, aunque esta escena no la satisfacía demasiado. El momento culminante del episodio sobrevenía cuando Auguste, con lágrimas de profundo agradecimiento, le decía:

—Ha salvado usted mi vida, *mademoiselle*. ¿Cómo podré agradecérselo?

Fue una pasión breve, aunque violenta. Al cabo de un mes se marcharon a Cauterets y allí Celia se enamoró de Janet Patterson.

Janet tenía quince años. Era una niña simpática y buena, de pelo castaño y ojos azules. Su expresión era bondadosa. No podía decirse que fuera guapa o que, de algún modo, llamara la atención. Era muy atenta con los niños pequeños y nunca se aburría de jugar con ellos.

La mayor ambición de Celia era llegar a ser mayor y parecerse a su ídolo. También ella llevaría alguna vez una blusa a rayas, con cuello y lazo y peinaría sus cabellos en una trenza atada en el extremo con una ancha cinta negra. Además, Janet tenía eso tan misterioso que es el cuerpo desarrollado. A cada lado de su pecho la blusa se le inflaba de manera muy notoria. Celia, que era una niña menuda y delgaducha (a su hermano Cyril le gustaba hacerle bromas llamándola «pollo huesudo», lo cual siempre le hacía llorar) se sentía apasionadamente enamorada de las redondeces saludables. Algún día, algún día glorioso, sería mayor y también ella ostentaría en los lugares apropiados esas protuberancias envidiables.

—¿Cuándo tendré un pecho con esos dos globos que tenéis las personas mayores, mamá?

Su madre la contempló.

—¿Por qué me preguntas eso? ¿Es que acaso los necesitas?

—Oh, sí.

—Cuando tengas catorce o quince años. Es decir, la edad de Janet.

—¿Podré tener también una blusa a rayas?

—Tal vez, aunque no me parecen muy elegantes.

Celia la miró con gesto reprobatorio.

—Pues a mí me parecen preciosas. ¡Oh, mamá! ¡Dime que tendré una blusa azul a rayas cuando cumpla los quince años!

—Sí, de acuerdo, si para entonces aún deseas tener una.

—Naturalmente que querré.

Salió para ver a su ídolo, pero, para su desolación, se encontró con que Janet se había marchado a dar un paseo con su amiga Ivonne Barbier. Celia odiaba a Ivonne Barbier. Tenía de ella unos celos insufribles. Ivonne era muy bella, muy elegante y muy coqueta. Aunque solo tenía la edad de Janet, aparentaba unos dieciocho años. Cogiendo a Janet del brazo, le hablaba en tono de

intimidad.

—*Naturellement, je n'ai ríen dit a maman. Je lui ai répondu…*

—Vete, querida —le dijo Janet con un simpático ademán—. Ivonne y yo estamos ocupadas en estos momentos.

Celia se retiró de mala gana y con tristeza. ¡Cómo odiaba a aquella horrible Ivonne!

Para colmo de males, dos semanas más tarde Janet y sus padres dejaban el hotel de Cauterets. Su imagen se fue desvaneciendo lentamente de los recuerdos de Celia. Lo que le quedó fue el ansia de que llegara el día en que podría tener un pecho de mujer.

Cauterets era un lugar sumamente divertido. Estaba situado al pie mismo de la montaña. Sin embargo, ni aun allí las montañas le resultaban tal como ella las imaginara. Hasta el fin de su vida fue incapaz de admirar del todo un paisaje montañoso. Siempre le quedó aquella sensación de haber sido engañada. Los placeres que ofrecía Cauterets eran variados. Por las mañanas hacían una larga caminata bajo el ardiente sol, llegando hasta La Ralliere, donde tanto su padre como su madre bebían sendos vasos de un agua sucia que sabía muy mal. Luego iban a comprar barritas de *sucre d'orge*. Eran como unos palitos retorcidos y de diferentes colores y gustos. En general, Celia prefería los de *ananas* y su madre otros, de color verde, que sabían a anís. Curiosamente su padre no comía *sucre d'orge*. De toda aquella variedad de gustos, ninguno le apetecía. Parecía más enérgico y alegre desde que habían llegado a Cauterets.

—Este lugar me va de maravilla, Miriam —dijo un día—. Me siento un hombre nuevo.

—Pues nos quedaremos aquí tanto como podamos —le repuso ella.

También su madre parecía más alegre. Reía con mayor frecuencia. La preocupación que solía mostrar frunciendo el entrecejo fue desapareciendo gradualmente. Ahora veía poco a Celia. Confiada en que la niña estaba a gusto con Jeanne y en que ésta cuidaba bien de ella, se entregaba por entero a velar por el bienestar de su marido.

Después de la excursión mañanera, Celia solía volver con Jeanne al hotel, atravesando los bosques. Iban por estrechos y

serpenteantes senderos que zigzagueaban continuamente. A menudo Celia utilizaba de tobogán las escarpadas laderas, con desastrosos resultados para sus pantalones.

—*Oh, mees, ce n'est pas gentille ce que vous faites la. Et vos pantalons. ¿Que dirait madame votre mere?*

—*Encoré une fois, Jeanne. Une fois seulement.*

—*Non, non. ¡Oh, mees!*

Después del almuerzo, Jeanne se ponía a coser y Celia iba a la plaza, donde se encontraba con otros niños. Una chiquilla llamada Mary Hayes había sido seleccionada como compañera apta para Celia.

—Es muy bonita —decía la madre de Celia—. Tiene buenos modales y parece muy dulce. Es una excelente amiguita para Celia.

Celia encontraba a su amiga extraordinariamente tediosa y solo jugaba con ella cuando no podía evitarlo. Era buena y amable, pero la aburría. La compañera de juegos preferida era una pequeña norteamericana llamada Marguerite Priestman. Venía de un estado del oeste y tenía al hablar un acento extraño que encantaba a Celia. Sabía juegos completamente desconocidos hasta entonces por ella. La acompañaba siempre su niñera, una mujer enorme, extraña y de bastante edad, que llevaba un gran sombrero negro cuyas alas oscilaban al compás de su andar. Siempre estaba diciendo la misma frase:

—Y ahora te quedarás junto a Fanny. ¿Me has entendido bien?

En cierta ocasión Fanny llegó en misión de rescate. Tenía lugar una disputa entre las amigas y las encontró llorosas, discutiendo con calor.

—Bueno, ahora contadle a Fanny de qué se trata —dijo la mujer.

—Le estaba contando un cuento a Celia y ella me dice que no es cierto. Sin embargo yo sé que lo es.

—Cuéntaselo a Fanny.

—Es maravilloso. Se trata de una niña pequeña que creció en un bosque solitario, completamente sola, porque el médico nunca fue a por ella, ni la puso en su maleta negra que…

Celia la interrumpió.

—Eso no puede ser cierto. Marguerite dice que a los niños les encuentran, cuando son bebés, en los bosques y que los médicos les meten en sus maletas para llevarlos a sus padres. Eso es mentira.

Son los ángeles quienes los llevan a sus madres durante la noche y los colocan en las cunas, junto a ellas.

—Son los médicos.

—Son los ángeles.

—No.

—Escuchad, niñas.

Fanny había levantado una gran mano.

Las niñas prestaron atención. Los ojillos expresivos, de Fanny iban astutamente de una a otra, mientras trataba de encontrar un modo rápido y claro de poner fin a la discusión.

—No tenéis por qué excitaros de ese modo. Marguerite tiene razón y también tú, Celia, porque a los niños ingleses, los llevan los ángeles y a los norteamericanos los doctores.

¡Claro! ¡Pero qué simple! Celia y Marguerite se miraron radiantes de alegría y otra vez se volvieron a hacer amigas.

—¡Qué bien lo has hecho Fanny! —murmuró la propia Fanny.

Y volvió a su labor preferida, que era hacer punto.

—Ahora ya puedo seguir con mi cuento, ¿no es así, Celia?

—Sí —repuso Celia—. Venga, que luego te contaré yo uno de un hada de ópalo que salió de la semilla de un melocotón.

Marguerite volvió a coger el hilo de su historia. Pero Celia la interrumpió a poco de reiniciarla.

—¿Qué es un «escarpio»?

—¿Un «escarpio»? Hale, no vas a decirme que no sabes lo que es un «escarpio».

—No. ¿Qué es?

Explicar aquello era difícil. De todo cuanto argumentó Marguerite, Celia solo sacó en limpio que un «escarpio» era eso: «un escarpio». A partir de entonces y durante mucho tiempo, el escarpio era una fiera de fábula que tenía que ver con el continente americano.

Solo mucho más tarde, cuando ya era una señorita, comprendió de pronto.

—Pues claro. El «escarpio» de Marguerite Priestman era un escorpión.

Y tuvo la sensación de haber perdido algo para siempre.

En Cauterets se cenaba muy temprano, a las seis y media. Celia podía sentarse a la mesa con los mayores. Luego solían salir y reunirse en torno a mesas pequeñas y redondas. Una o dos veces por semana, un mago hacía trucos.

Celia adoraba al mago. Le gustaba hasta su nombre. Era, le había dicho su padre, un *prestidigitateur*.

Celia repetía las sílabas muy lentamente, para sí misma.

El mago era un hombre delgado y llevaba una larga barba, muy negra. Con unas cintas de colores en sus manos, hacía las cosas más inverosímiles. Medían metros y metros, pero él se las sacaba de la boca. Terminada la diversión, anunciaba que se iba a celebrar una «pequeña lotería». Comenzaba por pasar entre los asistentes una bandeja de madera, donde cada uno depositaba el dinero que quisiera, a modo de contribución. Luego los números ganadores se anunciaban y se concedían los premios previamente establecidos: un abanico de papel, una linterna pequeña y un ramo de flores, también de papel. Algo tenían los niños para hacerse con los premios. Casi siempre eran ellos quienes los obtenían. Celia esperaba ansiosamente sacar el abanico de papel. Sin embargo, nunca lo logró, aunque es cierto que dos veces le tocó la linterna.

Cierto día su padre le preguntó:

—¿Qué dirías si fuésemos hasta la cima de aquella montaña tan grande?

Y señalaba con el dedo una de las cumbres montañosas que se veían detrás del hotel.

—¿Ir contigo, papá? ¿Hasta arriba del todo?

—Sí. Iremos montados en mulos.

—¿Qué es un mulo, papá?

Su padre le explicó que un mulo era algo que se parecía a un burro y también a un caballo. A Celia le excitaba mucho la perspectiva, aunque su madre no parecía estar muy de acuerdo con ella.

—¿Estás seguro de que no es peligroso, John?

Su marido se rió de aquel temor. Ciertamente, la niña no correría peligro alguno.

Irían ella, su padre y también Cyril. Éste dijo en tono despectivo:

—Ah, veo que la chiquilla vendrá con nosotros. Será sin duda una molestia.

Quería mucho a Celia, pero compartir aquella aventura; con ella ofendía su orgullo varonil. La expedición debía ser: solo para hombres. Las mujeres y los niños no tenían por qué participar.

El día de la expedición, muy temprano, Celia atisbaba desde el balcón de su cuarto para ver llegar a los mulos. De pronto salieron de un callejón vecino y fueron encaminados hacia el hotel. Ya se acercaban al trote y la niña se precipitó escaleras abajo para verles de cerca. Estaba muy alborotada. Un hombrecillo de rostro curtido, con una boina en la cabeza, conversaba con su padre. Le estaba explicando que *la petite demoiselle* estaría muy cómoda y que él mismo se encargaría de velar en todo momento por ella. Su padre y Cyril montaron. Entonces el guía levantó a Celia, poniéndola sobre la montura de su mulo. ¡Qué alta se sentía! Todo aquello era fascinante.

La expedición se puso en marcha. Desde el balcón, la madre de Celia les despedía con el brazo en alto. La niña estaba muy orgullosa. Se sentía una persona mayor. El guía iba a su lado, montado en su propio mulo, y le hablaba, aunque ella apenas le entendía a causa de su fuerte acento español.

Fue un paseo maravilloso. Subieron por senderos tortuosos, que viraban siempre de manera imprevista. La cuesta se hacía cada vez más escarpada. Ya estaban bastante arriba. El camino discurría entre una pared de roca y un precipicio. En los puntos más peligrosos, el mulo de Celia se empeñaba en descansar un poco y se detenía, arañando levemente la superficie del terreno con una de sus pezuñas. Parecía preferir el borde de la senda que daba al precipicio. Celia pensaba que era un magnífico animal. Creía haber entendido que su nombre era Anís, lo cual no dejó de llamarle la atención. Le pareció un nombre extraño para un mulo.

A mediodía llegaron a la cima. Allí había una pequeña choza. Delante de ella una mesa. Todo se veía muy limpio y cuidado.

Tomaron asiento y una mujer no tardó en servirles la comida, que, por cierto, era exquisita. Se componía de tortillas, truchas fritas, crema, queso y pan. En la casa tenían un gran perro con el que Celia jugó un rato.

—*C'est presque un anglais* —dijo la mujer—. *Il s'appelle Milor*.

Milor era muy cariñoso y tolerante. Dejó que Celia hiciese con él cuanto quisiera.

Pronto, sin embargo, el padre de la niña consultó su reloj, diciendo que ya era hora de emprender el regreso. Llamó al guía.

El hombre vino, mostrando su sonriente rostro. Llevaba algo en sus manos.

—Mirad lo que acabo de coger.

Era una magnífica mariposa.

—*C'est pour mademoiselle* —dijo.

Y con una rapidez que Celia no esperaba, la atravesó de un alfilerazo, fijándola acto seguido al sombrero de paja que la niña llevaba.

—*Voila que mademoiselle est chic* —dijo.

Había dado un paso atrás para apreciar el efecto.

Pronto trajeron los mulos y toda la compañía volvió a sus monturas, emprendiendo el descenso.

Celia se sentía mal. Las alas de la mariposa, que aún vivía, golpeaban la paja de su sombrero. Estaba *viva* y atravesada por aquel alfiler. Le dio mucha pena y grandes lágrimas se agolparon en sus ojos, rodando luego por sus mejillas.

Por fin su padre se dio cuenta.

—¿Qué te sucede, muñequita mía?

Celia movió la cabeza para indicar que estaba bien. Pero sus lágrimas se hicieron más abundantes.

—¿Te has hecho daño? ¿Estás cansada? ¿Te duele la cabeza?

Celia volvió a mover la cabeza negativamente, con más energía a cada pregunta.

—El mulo la asusta —dijo Cyril.

—No estoy asustada.

—¿Por qué lloras, entonces?

—*La petite demoiselle est fatiguée* —repuso el guía.

Celia lloraba cada vez más y más, mientras todos la miraban y le formulaban preguntas. Pero ¿cómo podía explicarles lo que pasaba? Si lo hacía, el guía se sentiría herido en sus sentimientos, puesto que le había regalado la mariposa tratando de ser cortés. Había cazado la mariposa especialmente para ella. ¡Y parecía tan contento de haber tenido aquella idea, cuando la prendió como un adorno en su sombrero…! No, nadie en el mundo sería capaz de comprender lo que realmente le sucedía, porque ¿cómo podría ella decir en voz alta la verdad? El viento aumentó ligeramente, con lo cual el batir

de las alas del animalillo se hizo más perceptible. Celia rompió entonces a llorar desconsoladamente. Nunca jamás, pensaba, se había sentido tan desgraciada.

—Sería mejor que nos apresurásemos —dijo su padre. Parecía contrariado—. Cuando esté junto a su madre se sentirá mejor. Tenía razón ella. La excursión ha sido demasiado fatigosa para la pequeña.

Celia hubiese querido gritar:

«¡No es eso, no es eso!».

Pero no dijo nada. Ahora pensaba que, si les hubiera dicho la verdad, no la hubiesen creído y habrían seguido hostigándola. En consecuencia, se limitó a mover de un lado al otro la cabeza.

Siguió llorando durante todo el camino de vuelta porque su desventura era cada vez mayor. Cuando bajó del mulo, todavía continuaba el llanto. Su padre la llevó en brazos hasta el salón, donde su madre les esperaba.

—Tenías razón, Miriam —dijo su padre—. El programa resultó agotador para la pequeña, aunque en verdad no sé si le duele algo o está simplemente cansada.

—No me pasa nada —replicó Celia.

—Se asustó al bajar por esos caminos tan escarpados —opinó Cyril.

—No ha sido eso.

—Bueno, pues, ¿qué te ha sucedido? —indagó su padre nerviosamente.

Celia miró con tristeza a su madre. Sabía que nunca podría contar lo que realmente le había pasado aquel día. La causa de sus lágrimas quedaría escondida para siempre en su pecho. Hubiese querido contar a toda la familia lo de la mariposa, pero por alguna causa que ni ella misma acertaba a comprender, se sentía incapaz de hacerlo. Sí que habría querido confiarles la verdad. Sin embargo, le resultaba imposible comenzar. Alguna inhibición misteriosa parecía haberle sellado los labios. Si al menos su madre supiese… Ella sí que comprendería. Pero tampoco era capaz de contarle el episodio a su madre. Entretanto todos la miraban, esperando que hablara. Una terrible consternación la dominaba. Miró a su madre con el dolor pintado en su rostro.

Ayúdame, decía su mirada.

Miriam la miró a su vez.

—Creo que no le gusta llevar esa mariposa en el sombrero —dijo —. ¿Quién la ha clavado ahí?

¡Qué alivio! ¡Qué maravilloso y liberador respiro!

—Tonterías —dijo su padre.

E iba a proseguir, pero Celia se le adelantó. Las palabras le brotaron como las aguas de una presa que, libres del dique de contención, salen a borbotones con fuerza.

—¡Eso mismo! —exclamaba—. ¡Eso mismo! ¡Es horrible! ¡Está viva y mueve las alas! ¡Pero no puede escapar porque la han clavado! ¡Está viva! ¡Está sufriendo!

—¿Por qué diablos no nos lo has dicho antes, tontuela? —dijo Cyril.

La madre respondió por la pequeña:

—Supongo que no quería herir los sentimientos del guía —dijo.

—¡Oh, mamá! —dijo Celia.

Todo quedaba expresado en aquellas dos simples palabras: su alivio, su gratitud y también una gran oleada de amor. Todo lo había adivinado su madre.

Ella había comprendido.

3. GRANNIE

Al invierno siguiente, los padres de Celia fueron a Egipto. No les pareció adecuado llevar a Celia, de modo que la dejaron con Jeanne en casa de Grannie, su abuela.

Grannie vivía en Wimbledon y a Celia le gustaba mucho quedarse en su casa. Los rasgos distintivos de ésta comenzaban por el jardín, que era apenas un cuadrado verde bordeado de rosales. Celia los conocía uno a uno y los recordaba.

—Esta rosa se llama France, Jeanne. Ven, que te gustará mucho.

Pero la gloria y gala del jardín era un arbusto ceniciento muy viejo, que había sido trabajado durante muchos años para que formara una glorieta. No había en la casa nada que le gustara tanto a Celia como este arbusto, al que consideraba una de las maravillas del mundo. Sin contar la taza del cuarto de baño, cuyo asiento de caoba tenía adornos. Lo habían puesto a considerable altura del suelo, de modo que, al retirarse allí después del desayuno, Celia imaginaba ser una reina sentada en su trono, protegida por una gruesa puerta bien cerrada. Luego se ponía de pie y, mirándose al espejo, hacía leves inclinaciones de cabeza, mientras extendía ceremoniosamente la mano para que la besaran imaginarios cortesanos. La escena podía durar tanto como ella quisiera.

Mención aparte merecía el gran armario situado junto a la puerta que daba al jardín. Cada mañana, Grannie se dirigía a él haciendo sonar las llaves que llevaba en un gran aro colgado de su cintura. Era puntual como un niño, un perro o un león a la hora de comer, y Celia, desde luego, no se quedaba atrás. Grannie procedía entonces a sacar del mueble paquetes de azúcar, mantequilla, huevos o mermelada. Era frecuente que discutiera con Sarah, la cocinera, en términos que, a veces, llegaban a ser ásperos. Sarah era diferente de Rouncy: lo que aquélla tenía de gorda, ésta lo tenía de delgada. Su rostro, siempre serio y poco agraciado, parecía un

cascanueces. Hacía cincuenta años que trabajaba para Grannie y cincuenta que discutían por las mismas cosas. Se gastaba demasiado azúcar. ¿Qué había sucedido con la última media libra de té? Con los años, aquello se había transformado en una especie de ritual y Grannie protagonizaba cada día la escena, encarnando a la meticulosa ama de casa. ¡Los sirvientes eran tan derrochadores! Había que estar permanentemente en guardia. Terminado el episodio diario, Grannie hacía como si acabara de ver a Celia.

—Dios mío. ¿Qué hace una niña tan pequeña metida en la cocina?

Y hacía como si se sorprendiera mucho.

—Bueno, bueno. Supongo que no querías nada de lo que hay aquí.

—Sí que quiero, Grannie, sí que quiero.

—Pues, entonces, déjame ver.

Grannie exploraba con su mano las profundidades del armario. Siempre terminaba por sacar algo interesante de él. Podía ser un tarro de ciruelas francesas, algunos bombones o un trozo de tarta. Siempre había algo allí para la pequeña Celia.

Grannie era una viejecita muy bella. Su piel era blanca y rosada, muy luminosa, y llevaba el cabello peinado con raya al medio, de forma que dos ondas de pelo blanquísimo le recorrían simétricamente la parte superior de la cabeza. Su boca era grande y siempre dispuesta a sonreír. Su cuerpo evocaba una naturaleza saludable, con pechos abundantes y caderas llenas. Todo el porte de Grannie era majestuoso, lo cual quedaba acentuado por los vestidos de terciopelo o de seda, con amplia falda y ceñida cintura, que solía llevar incluso en casa.

—Siempre tuve un cuerpo magnífico, querida mía —decía a veces dirigiéndose a Celia—, Fanny, que así se llama mi hermana, era la más bonita de todas nosotras, pero su cuerpo no era como el mío. ¡Qué va! Era delgada y lisa como un tablón. No había hombre que se detuviera a mirarla mucho rato si *yo* estaba por allí. A los hombres les interesa más el cuerpo que la cara.

El tema de «los hombres» siempre salía a relucir en la conversación, a veces un poco errática, de Grannie. Educada en tiempos en qué se consideraba a los hombres como la sal de la tierra, consideraba que las mujeres solo existían para atender las

necesidades de aquellos magníficos seres.

—Era imposible encontrar a un hombre más guapo que mi padre. Medía más de seis pies. Todos sus hijos le temíamos. Era muy severo.

—¿Y tu madre, Grannie?

—Oh, pobrecilla. Solo tenía treinta y nueve años cuando murió, dejándonos a nosotros, que éramos diez hijos. Diez bocas hambrientas. Al nacer su último hijo, estando en cama…

—¿Por qué estaba en cama, Grannie?

—Porque es la costumbre, querida.

Celia aceptó la costumbre,

—Siempre que tenía un niño —continuó Grannie— se quedaba un mes en la cama. Era el único descanso que tenía la pobre mujer, de modo que trataba de obtener de él el máximo. Quería que le llevaran el desayuno a la cama. Un huevo duro. Pero no creas que la pobre se hartaba, no. Todos íbamos a fastidiarla, diciéndole que nos dejase probar de su huevo y poco quedaba de él cuando terminaba la ronda. Era demasiado buena, demasiado generosa. Murió cuando yo, que era la mayor de sus hijas, tenía catorce años. El pobre papá quedó desolado, porque estaban muy unidos. Seis meses más tarde, le siguió a la tumba.

Celia esbozó con la cabeza un gesto de comprensión. La historia le parecía coherente y verosímil. En la mayor parte de sus libros de cuentos había alguna escena en la que alguien moría; y aunque en sus libros se trataba generalmente de niños santos y dignos del cielo, opinaba que la nueva versión que le contaba Grannie era razonable y por lo tanto la aceptaba.

—¿De qué murió?

—De tisis galopante.

—¿Y tu madre?

—Comenzó a perder la salud, hijita. Declinaba día a día. Has de cuidar tu garganta poniéndote una buena bufanda siempre que sople viento del este. Recuérdalo, Celia. El viento del este mata a muchas personas. La pobre *miss* Sankey, por ejemplo… Pensar que hace tan solo un mes estábamos bebiendo té juntas. Imagínate que se le ocurrió ir a uno de esos asquerosos lugares de baños. Al salir, sin reparar que soplaba viento del este, olvidó ponerse algo en el cuello y en una semana murió.

Casi todos los relatos y recuerdos de Grannie terminaban de manera parecida. Aunque era una mujer jovial, se deleitaba contando historias de enfermedades incurables, muertes súbitas o males misteriosos. Celia ya estaba tan habituada, que no era raro que interrumpiera a la mujer para preguntarle:

—Y entonces murió, ¿verdad, Grannie?

A lo que Grannie solía replicar:

—Oh, sí, pobre hombre.

O mujer, o niño, según los casos. Ninguna de sus narraciones terminaba con la alegría general. Esto quizá obedeciera a una reacción natural fundada en su saludable y vigorosa personalidad.

Pero, a veces, Grannie no hablaba del pasado, sino del futuro, y entonces menudeaban las adversidades misteriosas.

—Si alguien a quien no conoces te ofrece dulces, querida, nunca los aceptes. Y cuando seas mayor, recuerda que no has de quedarte a solas con un hombre soltero en el mismo compartimento del tren[2].

Esto último deprimió bastante los ánimos de Celia. Era muy tímida y no acertaba a imaginarse preguntando a un señor, con quien se hallaba en el mismo compartimento, si era casado o soltero. No había modo de evitar la pregunta. Al fin y al cabo la gente no lleva escrito en la frente su estado civil.

En este momento entró en la casa una amiga de Grannie, que había escuchado el final de su frase.

—No está bien que digas eso a una niña tan pequeñita —dijo.

La respuesta de Grannie fue clara y precisa.

—Quienes no son advertidas a tiempo corren el riesgo de sufrir graves equivocaciones. Los jóvenes han de saber las cosas desde la edad de esta niña. Hay algo que quizá ignores, querida. Mi marido me contó… Quiero decir, mi primer marido. (Grannie había tenido tres. Tan atractiva debió de ser que a los tres supo conquistarlos. Cuidó bien de ellos y los enterró sucesivamente, con lágrimas al primero, con resignación al segundo y con decoro al tercero). Mi primer marido decía que las mujeres debían saber de estas cosas.

Su voz se hizo más íntima, hasta perderse en sonidos sibilantes.

Lo que parecía venir le resultaba a Celia sospechoso de aburrimiento, así que se escabulló de la manera más discreta, saliendo al jardín.

Jeanne era muy desgraciada. A medida que pasaba el tiempo más echaba a faltar su tierra y su familia. La servidumbre inglesa, le dijo a Celia, no era nada amistosa con ella.

—La cocinera, Sarah, es *gentille*, aunque suele llamarme «papista» porque soy católica. Pero las otras, es decir, Mary y Kate, se burlan de mí porque en lugar de gastarme el sueldo en vestidos, se lo envío a mis padres.

Grannie trató de darle ánimos al verla tan alicaída.

—Tú sigue comportándote como una chica sensata —le dijo—. Aún está por ver a un hombre que se enamore de lo que una mujer lleva encima. Por lo menos a un hombre que valga la pena. Sigue enviando el dinerillo a tu madre y ya verás cómo tu carácter te servirá cuando llegue el momento de casarte. Ese modo poco pretencioso que tienes de vestir es el más adecuado para una chica de tu condición. ¿De qué sirven los trapos a una criada? Continúa demostrando que eres sensata.

Pero a veces Jeanne no podía contener las lágrimas ante los desprecios o frialdades de que Mary y Kate la hacían objeto. Las inglesas no querían a la extranjera y, además, Jeanne era papista. Todos sabían que los católicos veneran a su jefe romano.

Los afanes de Grannie por mejorar la situación, aunque llegaban a ser enérgicos, no siempre conseguían el fin buscado.

—Haces muy bien en mantenerte fiel a tu religión, muchacha. No es que yo transija con el catolicismo, porque soy anglicana de verdad y porque la mayor parte de los católicos que he conocido eran mentirosos. Pensaría mejor de ellos si sus sacerdotes se casaran. ¡Y esos conventos! ¡*Todas esas preciosas chiquillas encerradas allí, sin saber nada del mundo*! ¿Qué pasa con ellas una vez que entran en un convento? Quisiera saberlo, pero no me interesa la respuesta que van a darme los curas si les planteo la pregunta.

Felizmente para Jeanne, su dominio del inglés aún no era lo suficientemente bueno como para comprender bien aquel rápido fluir de palabras.

Madame era muy amable, dijo, y ella haría lo posible por no hacer caso de lo que las otras criadas le dijeran.

Grannie se enfrentó luego a Kate y a Mary, regañándolas sin miramientos por su modo de tratar a una pobre niña que se encontraba en un país extraño para ella. Mary y Kate se mostraron

asombradas por sus palabras. Sin embargo, con palabras suaves y medidas, le respondieron que ellas no habían dicho ni hecho nada a Jeanne, nada en absoluto. Jeanne era única a la hora de imaginar insultos.

Grannie no podía acusarlas sin pruebas. Pero tuvo su pequeña satisfacción cuando Mary le solicitó permiso para tener una bicicleta.

—Me sorprendes, Mary, al pedirme tal cosa. Jamás una doncella mía irá por ahí en bicicleta. Es algo absolutamente indecoroso.

Mary, con gesto de enfado, le repuso que su prima de Richmond había sido autorizada a tener una.

—No quiero volver a oír hablar más de este asunto —insistió Grannie—. Por otra parte, esos aparatos son peligrosos para una mujer. Muchas se han visto privadas de engendrar hijos por culpa de esos malditos cacharros. Son dañinos para las partes internas de las mujeres.

Mary y Kate tuvieron que conformarse, aunque guardaron rencor a Grannie por aquello. Pensaron en marcharse de la casa, pero de momento abandonaron el proyecto porque sus puestos eran buenos, tanto en sueldo como en faena. La comida, por otra parte, era abundante y exquisita, no como en otras casas, donde siempre queda para la cocina lo peor. La vieja Grannie era bastante regañona, pero, en el fondo, de corazón tierno. Si en casa de alguna de ellas había dificultades no tardaba en acudir y socorrer a quien lo necesitara. En las Navidades era generosa como nadie. En cuanto a Sarah, había que tolerarle sus frecuentes insultos, pero en fin, qué se le iba hacer. La comida que hacía era excelente.

Como todos los niños, Celia hacía frecuentes visitas a la cocina. Sarah tenía mucho peor humor que Rouncy, pero había que perdonárselo puesto que era tan vieja… Si alguien hubiese asegurado a Celia que Sarah contaba ciento cincuenta años no le hubiese sorprendido en lo más mínimo. A su modo de ver, era la persona más vieja que existía en el mundo.

Aquella mujer era muy susceptible tocante a las cosas más extrañas. Cierto día, por ejemplo, Celia le había preguntado nada más entrar en la cocina:

—¿Qué guisas, Sarah?

—Sopa de menudillos, Celia.

—¿Qué son menudillos, Sarah?

Sarah frunció la boca.

—Cosas que una niña bien educada no tiene por qué conocer.

—Pero ¿qué son esas cosas?

La respuesta de Sarah no había conseguido sino aumentar la curiosidad de Celia.

—Bueno, ya está bien, Celia. No está bien que una señorita como tú haga preguntas sobre ciertos temas.

—Sarah —repetía la niña bailoteando por toda la cocina—, dime qué son los menudillos. ¿Qué son los menudillos? ¿Qué son los menudillos? Menudillos, menudillos.

Sarah, muy enfadada, hizo ademán de zurrarla con una sartén y Celia salió a toda prisa de la cocina, pero un instante después ya estaba asomando la cabeza.

—Sarah, ¿qué son los menudillos?

Y luego volvía a repetir la pregunta desde la ventana de la cocina.

Sarah, que ya estaba muy nerviosa, decidió no responderle. Solo murmuraba en voz baja, como hablando consigo misma.

Finalmente, cansada de dar la lata a Sarah, Celia salió en busca de su abuela.

Grannie siempre se quedaba en el comedor, cuyas ventanas daban al pequeño jardín de delante de la casa. Aquella habitación estaba tan grabada en el recuerdo de Celia que podía describirla con toda exactitud veinte años más tarde. Las pesadas cortinas de encaje de Nottingham, el papel de las paredes, que era rojo oscuro y oro, un cierto aire de tristeza, un desvaído aroma de manzanas y también el olor casi imperceptible de los fritos del mediodía, la amplia mesa victoriana cubierta de un pesado terciopelo, el aparador de caoba maciza, la mesilla junto al hogar sobre la que se hallaban los periódicos del día, los pesados bronces de la repisa de la chimenea («tu abuelo pagó setenta libras por ellos en la Exposición Universal de París»), el sofá, tapizado de brillante piel rojiza, donde Celia a veces «descansaba» y qué era tan resbaladizo como para impedirle a una permanecer en su centro, la pañoleta bordada que colgaba del respaldo, los estantes junto a la ventana, llenos de pequeños objetos de adorno, la pequeña librería giratoria sobre la mesa redonda, la mecedora en la que cierta vez Celia se

había columpiado con tanto ímpetu que fue a dar contra el suelo, haciéndose un chichón gordo como un huevo, la fila de sillas tapizadas de cuero, bien dispuestas junto a la pared y, por fin, el sillón de alto respaldo donde Grannie se sentaba siempre para hacer sus labores.

Porque nunca estaba de brazos cruzados. Escribía cartas, a veces muy extensas, con su letra un poco desordenada, en trozos de papel que antes sirvieran para cualquier otro uso. Detestaba derrochar y solía decir a Celia: «Quien no gasta no necesita pedir». Cuando no escribía, hacía punto de ganchillo, tejiendo chales de color púrpura, azul y malva, que regalaba a las familias de las mujeres que la servían. También preparaba botitas y zapatos de lana muy fina cuando la hija o nieta de alguna amiga suya tenía familia; y, cuando venía caso, hacía mantelillos redondos color damasco, sobre los cuales iban a posarse las fuentes a la hora de la merienda, rebosantes de pasteles y dulces.

En ocasiones más raras tejía chalecos para los maridos de sus amigas más íntimas. Llevaban rayas y, en los bordes, le aplicaba un vivo que cosía junto con el dobladillo. Éste era, tal vez, el trabajo favorito de Grannie. Aunque tenía ya ochenta y un años, conservaba el secreto interés que siempre le habían inspirado los hombres. También les hacía calcetines de lana para dormir.

Bajo la dirección de Grannie, Celia hizo una serie de alfombrillas para el baño, cosiendo varios trozos de toallas, todos ellos de color azul pálido. Tanto Grannie como ella misma se asombraron al ver los excelentes resultados del trabajo de la chiquilla. Cuando las doncellas retiraban las tazas y fuentes de la merienda y dejaban libre la gran mesa del comedor, abuela y nieta se dedicaban a jugar un rato a las pajitas y también a un juego de naipes que Grannie consideraba su favorito. Consistía en sumar y restar el valor de las cartas hasta formar cantidades preestablecidas. Sus rostros mostraban la absorta atención que el juego imponía y al final sonreían satisfechas.

—¿Sabes por qué este juego de cartas es tan bueno, querida? —decía Grannie—. Porque enseña a hacer correctamente las cuentas.

Nunca dejaba la abuela de hacer tal comentario al final de cada partida. Jamás hubiera admitido la diversión por la diversión, ni tampoco realizar acción alguna que fuese improcedente. Si se comía

pescado era porque el pescado es saludable. La compota de cerezas era ciertamente buenísima, pero lo mejor de ella radicaba en el hecho de que era buena para los riñones. El queso, que a Celia le gustaba especialmente, ayudaba a digerir la comida; y si Grannie se bebía alguna copita de oporto después de la cena, era porque el médico se la había recetado: el alcohol era algo peligroso, especialmente para las mujeres.

—¿No te gusta tu oporto, Grannie?

—No, querida —respondía la abuela haciendo una mueca al llevarse la copa a los labios—. Si lo bebo es por motivos de salud.

Tras dejar aquello bien en claro, gozaba a sus anchas con la copita.

Lo único qué Grannie aceptaba alegremente, prescindiendo de razones prácticas, era el café. En este caso, aceptaba su parcialidad.

—Muy moro este cafecillo —solía decir con una expresión muy peculiar, que le hacía arrugar mucho sus ojos vivaces—. Realmente muy moro.

Y reía de buena gana mientras se servía otra taza.

Al otro lado de la pared del comedor estaba el cuarto de costura, donde trabajaba la pobre señorita Bennett. Era la costurera y nunca se hablaba de ella sin preceder su nombre con el adjetivo «pobre».

—Pobre señorita Bennett —comentaba Grannie—. Es una caridad darle trabajo. A veces creo que llega a faltarle lo necesario para comer.

Si algún plato especialmente delicioso se servía en la mesa, siempre se enviaba parte de él a la señorita Bennett, la pobre.

La costurera llevaba su abundante cabello gris no muy bien peinado. Hacía con él un rollo que disponía luego en torno a su cabeza sin prestar mayor tributo a la coquetería, con lo cual su rostro parecía culminar en algo así como en un gran nido de pájaro. Era muy pequeñita y, aunque no mostraba ninguna deformidad física, su aspecto general parecía insinuarla. Hablaba con voz entrecortada y muy fina. Llamaba a Celia «señorita». No hacía nada a derechas. Los vestidos que cosía para Celia siempre eran demasiado holgados. Las mangas le llegaban hasta la mitad de las manos y, si hacía la prenda sin mangas, se las arreglaba para que uno de los tirantes le cayese hasta medio brazo, dificultando los movimientos de la niña.

Pero era preciso tener mucho cuidado para no ofender a la pobre señorita Bennett. Ante cualquier observación casual que ella considerara ofensiva, dejaba de hablar, concentrándose en su labor, mientras un círculo rojizo aparecía de súbito, en cada una de sus mejillas.

La pobre señorita Bennett tenía en su haber una infortunada historia. Pero no se cansaba de recordar que su padre había sido un caballero muy bien situado.

—De hecho, aunque esté mal que yo lo diga, era todo un *gentleman*. Esto lo afirmo en estricta confidencia. También mí madre tenía la misma opinión de él. Yo me parezco bastante a él. No sé si habrás reparado en mis manos y en mis orejas, que son, según dicen, los rasgos más reveladores de distinción en una persona. ¡Qué sorpresa se llevaría si volviese ahora de su tumba y me encontrara en esta difícil situación! Aunque a usted, señora —agregaba dirigiéndose a Grannie—, no tengo que soportarle lo que estoy obligada a tolerar en otras casas donde trabajo. A veces, me tratan casi como si fuera una sirvienta. Usted ya me entiende.

Grannie hacía cuanto estaba de su mano para que a la señorita Bennett se la tratara correctamente. Sus comidas le eran llevadas en una bandeja y las doncellas tenían instrucciones de ser respetuosas con ella, aunque la pobre señorita solía tratarlas con altanería y darles órdenes en tono seco. Como resultado, Kate y Mary la detestaban.

—¡Esos aires de importancia! —oyó Celia decir a Sarah una vez —. Dándoselas de gran señora, ella que es una doña Nadie, que ni siquiera sabe el nombre de su señor padre.

—¿Qué es una doña Nadie, Sarah? —preguntó Celia apareciendo en escena.

Sarah se puso colorada.

—No es una expresión que deban usar las niñas bien educadas.

—¿Cómo los menudillos?

Kate, que se hallaba presente y a quien Sarah se había dirigido, estalló en risotadas. Sarah le dijo bruscamente que guardara compostura.

Detrás del cuarto de costura estaba la sala. Era un lugar remoto, frío y triste. Solo se usaba cuando Grannie recibía visitas o invitaba a gente a su casa. Estaba amueblada con sillas tapizadas de

terciopelo, mesas recubiertas de telas oscuras muy costosas y un gran tresillo forrado de seda. También abundaban las vitrinas abarrotadas de pequeñas y grandes piezas de porcelana. En una esquina de la espaciosa habitación había un piano que emitía solemnes bajos y alegres agudos, parecidos al piar de los pájaros. Las ventanas del salón eran, en realidad, grandes puertas vidrieras que daban a un invernadero, desde donde se salía al jardín. El hogar del salón era muy grande y contenía muchas piezas de bronce que Sarah se cuidaba especialmente de mantener lustrosas, hasta tal punto que uno podía ver su propia cara reflejada en ellas.

En la planta superior se hallaba el que en su tiempo fuera el cuarto de juegos para los niños. Era una habitación alargada y de techo bajo, cuyas ventanas daban al jardín. Subiendo un tramo de la escalera se llegaba a la planta lateral donde estaba el dormitorio de Kate y de Mary. Aún más arriba, en lo más alto de la casa, se encontraban los tres dormitorios principales y también uno pequeñito, donde dormía Sarah. Este último cuarto era muy oscuro y carecía de ventanas,

A Celia le parecía que los tres dormitorios constituían la parte más lujosa e importante de la casa. Tenían muebles enormes, algunos de una rara madera gris y otros de caoba. El dormitorio de Grannie estaba encima del comedor. La cama era espaciosa y tenía en sus cuatro extremos otras tantas columnas, que sostenían un baldaquín. Un inmenso armario de caoba ocupaba casi enteramente una de las paredes. A un costado podía verse una mesa con un gran plato hondo, dentro del cual había una jarra de porcelana. Del otro, un tocador y más allá, una cómoda también muy grande y con cajones hasta el suelo, cada uno de los cuales estaba repleto de ropa y de sábanas meticulosamente planchadas y dobladas. En ciertas ocasiones, después de abrir uno de ellos, Grannie no podía cerrarlo, lo cual le causaba infinita contrariedad. Cajones y puertas de los muebles estaban cerrados con llave. La cara de la puerta que daba al interior de la habitación tenía una percha de la que colgaba un antiguo fusil. Cuando Grannie se encerraba en su cuarto por las noches dejaba a mano sobre la mesita de noche un cuerno que servía para alertar al vigilante nocturno y un gran pito de los que usaba la policía. Eran sus precauciones para el caso de que los ladrones osaran desafiar su fortaleza.

Encima del ropero, protegida dentro de una caja de cristal, había una gran corona hecha de flores de cera, tributo mediante el cual recordaba la memoria de su primer marido. Sobre la pared derecha, en su marco, estaba la constancia de la misa que mandara oficiar al morir su segundo esposo. En la izquierda, para completar las conmemoraciones, podía advertirse una fotografía, también enmarcada, que mostraba la costosa tumba que había mandado erigir para que albergara los restos del tercero.

El colchón y las almohadas del lecho eran de plumas. Las ventanas del dormitorio de Grannie nunca se abrían.

El aire de la noche, decía, era sumamente peligroso. En realidad, todas las clases posibles de aire eran, a su modo de ver, inconvenientes e implicaban riesgos para la salud. Solo en los días más cálidos del verano salía algún rato al jardín. Si iba de compras, llamaba a un coche para que la llevara a los grandes almacenes próximos a la estación Victoria. En tales ocasiones, se preparaba con todo cuidado antes de salir, endosándose no solo un pesado y cálido abrigo sino también una bufanda rellena de plumas, a la que daba varias vueltas en torno a su cuello.

Grannie nunca salía de visitas. Sus amigas venían a su casa, ocasión en la cual mandaba preparar bizcochos de diferentes clases para hacer pasteles y pastas. También había varias clases de licores que ella misma hacía. Si había caballeros entre los presentes, Grannie se dirigía a ellos en primer lugar, preguntándoles qué deseaban beber.

—Le recomiendo que pruebe mi licor de guindas —decía—. A todos los señores les agrada.

Luego se dirigía a las de su sexo:

—Venga, bébete unos traguitos. Solo para quitarte el frío que hace en la calle.

Era el modo en que Grannie expresaba su convicción de que las señoras no podían admitir despreocupadamente que también a ellas pudiera gustarles el alcohol. Si la reunión tenía lugar después de la cena, cambiaba la frase:

—Ya verás cómo una copita ayuda a hacer bien la digestión, querida.

Si alguno de los caballeros se presentaba sin chaleco, Grannie le enseñaba el que estaba tejiendo, diciéndole con tono a la vez

amable y distante:

—Me ofrecería a hacerle uno, si estuviese segura de que su esposa no iba a poner objeciones.

La mujer exclamaba entonces:

—Oh, no. ¡Por favor, mujer, téjele uno! Te quedaré muy agradecida.

Entonces Grannie decía en tono jocoso:

—Es que no quiero causar problemas.

Y los señores pronunciaban alguna galantería propia del caso, afirmando la satisfacción que iba a causarles llevar un chaleco hecho por las propias manos de la querida anfitriona.

Cuando las visitas se marchaban, las mejillas de Grannie estaban mucho más rosadas y su cuerpo mucho más esbelto.

Le encantaba recibir invitados.

—Grannie, ¿puedo entrar y quedarme contigo un ratito?

—¿Por qué? ¿No tienes nada que hacer allá arriba con Jeanne?

Celia vaciló un minuto o dos, buscando una frase satisfactoria que sirviese de respuesta.

—Las cosas no están del todo bien en el cuarto de los juguetes —dijo por fin.

Grannie rió.

—Vaya manera de describir la situación.

A Celia le resultaba siempre incómodo y muy difícil hablar de las raras ocasiones en que se enfadaba con Jeanne. Siempre ocurría de modo totalmente imprevisto.

Habían discutido sobre la mejor manera de disponer los muebles en la casa de muñecas y Celia, al exponer sus puntos de vista, había dicho en cierto momento:

—*Mais, ma pauvre fille…*

La frase desencadenó la tormenta, dejando fluir el francés de Jeanne a torrentes.

Sí, desde luego, era una *pauvre filie*, como decía Celia pero su familia, aunque pobre, era honesta y respetable. No había persona más respetada en Pau que su padre. El mismísimo alcalde era amigo suyo y le tenía en altísima consideración.

—Pero yo no te he dicho…

Jeanne no la oía.

Sin duda *la petite mees*, tan rica, tan magníficamente vestida, con unos padres que se dedicaban a viajar rodeados de mil maletas, la consideraba poco menos que una menesterosa que…

—Pero yo no te he dicho… —insistía Celia, cada vez más, intrigada.

Sin embargo, hasta las *pauvres filles* tenían su orgullo. Ella, Jeanne, tenía sentimientos; y Celia los había herido. Herido hasta lo más profundo.

—Pero Jeanne, si yo te quiero —exclamaba Celia.

No había modo de calmar a Jeanne. Echó mano a una de sus labores más ingratas y complicadas —un cuello para el nuevo vestido de Grannie— poniéndose a coser en silencio, moviendo negativamente la cabeza cada vez que Celia le proponía olvidar el episodio o le planteaba preguntas. Lo que en realidad sucedía era que Celia desconocía ciertos comentarios que previamente hicieran Mary y Kate. Sus compañeras le habían dicho que sus padres debían de ser sin duda muy pobres; para quedarse con todo cuanto Jeanne ganaba en su trabajo.

Enfrentada a una situación incomprensible para ella, Celia prefirió salir de la habitación, en busca de su abuela, que, ella sabía, se encontraría en el comedor.

—¿Y qué es lo que vas a hacer? —preguntó Grannie, mirando a la pequeña por encima de sus gafas y dejando caer una gran pelota de lana.

Celia la recogió.

—Cuéntame de cuando tú eras pequeña. ¿Qué decías al bajar, después de coger la merienda?

—Solíamos bajar todos juntos y golpear a la puerta del estudio de nuestro padre. «Pasad», decía él; y entonces entrábamos todos corriendo y cerrábamos la puerta. Suavemente, eso sí: era preciso cerrar las puertas sin dar portazos. Las personas bien educadas no cierran dando portazos. En realidad, querida mía, en mis tiempos una señora jamás cerraba una puerta. Los picaportes estropean las manos. Había jarabe de jengibre sobre la mesa y a cada uno se nos daba una copa.

—Y entonces tú decías… —interrumpió Celia, que se conocía ya la historia.

—Decíamos: «Os queremos mucho, papá, mamá».

—Y ellos replicaban…

—«Y nosotros a vosotros, hijos».

—¡Oh!

A Celia le gustaba aquel relato. No sabía en verdad por qué le gustaba tanto.

—Y ahora cuéntame aquello de cuando cantabais todos en la iglesia —pidió—. Cuando tú y el tío Tom…

Moviendo vigorosamente sus agujas, Grannie le repetía él cuento.

—Había unas tablillas con la letra de los salmos escrita en ellas. Un sacristán las distribuía entre los fieles, diciendo con voz clara y vibrante: «Cantemos a la gloria de Dios. Salmo número tal». Y al terminar, exclamaba: «Cantemos nuevamente la grandeza del Señor. Salmo número tal». Y luego, por tercera vez: «Cantemos y reverenciemos a Dios. Salmo número tal. Oye, tú, Bill, que tienes la tablilla del revés».

Grannie hubiese sido una buena actriz. Imitaba perfectamente el modo de hablar de las clases sociales inferiores.

—Y tú y el tío Tom reíais.

—Sí, nos reíamos mucho. Pero nuestro padre nos miraba. Eso, nada más, nos miraba. En cuanto llegábamos, nos enviaban rápidamente a la cama, sin cenar. Y a veces coincidía con el día de San Miguel, en que había pavo.

—Y vosotros os quedabais sin él —intercalaba Celia con gesto grave.

—Nos quedábamos sin él.

Celia reflexionaba sobre aquella calamidad durante unos momentos. Luego, dando un profundo suspiro, decía:

—Grannie, juguemos a que soy un pollo.

—Ya eres demasiado grande para eso.

—Oh, no, Grannie, juguemos a que soy un pollo.

Grannie dejaba a un lado las agujas y las gafas.

La comedia comenzaba cuando ambas entraban a la tienda de la señora Whiteley. Grannie preguntaba al señor Whiteley si tenía un pollo especialmente bueno, pues era para servirlo en una cena muy importante. ¿Querría el señor Whiteley escogerle uno digno de la ocasión? Grannie hacía a la vez de cliente y de tendero. El pollo se

preparaba (aquí Celia era envuelta en papel de periódico) y se llevaba a casa de Grannie. Era rellenado (gritos de excitación), pinchado con un tenedor (más gritos) y metido en el horno. Luego se servía y entonces venía la escena culminante cuando Grannie exclamaba:

—¡Sarah, Sarah! ¡Ven aquí! ¡Este pollo está *vivo*!

Ah, sí. Pocas compañeras de juego podían igualarse a Grannie. Lo que Celia no sabía era que la propia abuela se lo pasaba tan bien como ella. Y era tan buena… En algunas cosas era todavía más buena que su madre, porque si una pedía y volvía a repetir el pedido la cantidad adecuada de veces, terminaba por darte lo que le solicitabas. Hasta era capaz de concederte «cosas que no son buenas para ti».

Llegaron cartas de papá y mamá, escritas ambas en clara letra de imprenta.

Mi adorada muñequita:

¿Cómo está mi chiquilla? ¿Sales a pasear con Jeanne? ¿Te gusta ir a las clases de baile? La gente por aquí tiene la cara casi negra. Si eres obediente, Grannie te llevará a ver los títeres. ¿Verdad que es muy buena? Estoy seguro de que le estarás muy agradecida por lo paciente que es contigo y de que la ayudarás en todo cuanto puedas. Ya sé que serás una niña muy buena con Grannie. Ella es bondadosa contigo. Dale a Goldie un granito de alpiste de mi parte.

Te quiere mucho,

Papá

Mi preciosa querida:

Te echo tanto a faltar… pero estoy segura de que lo estás pasando muy bien con tu abuelita, que tan buena es contigo, y de que te portarás muy bien con ella, haciendo todo cuanto puedas por darle gusto. Aquí hay un sol encantador y abundan las flores. ¿Te acordarás de escribir a Rouncy de mi parte? Grannie pondrá la dirección en el sobre. Dile que coja las rosas de Navidad y que se las envíe a Grannie. Dile también que dé a Tommy un buen plato de leche el veinticinco, para celebrar las

Navidades.

Te envío muchísimos besos, mi adorado corderito precioso.

Mamá

Encantadoras cartas. Dos cartas realmente encantadoras. ¿Por qué a Celia se le hizo un nudo en la garganta? Las rosas de Navidad… aquellas que crecían en los arbustos, junto a la cerca… Mamá adornando los floreros y poniendo hojas de muérdago entre las rosas… Mamá que decía: «¡Mira qué flores tan hermosas, tan grandes y fragantes!». La voz de mamá…

Tommy era el gran gato blanco de la casa. Rouncy estaría masticando. Siempre masticaba.

El hogar. Celia quería volver a él.

El hogar, con mamá allí… «Mi preciosa, mi querida, pichoncito mío». Así era como su madre la llamaba, riendo y estrechándola con fuerza entre sus brazos.

Oh, mamá, mamá…

Grannie, que acababa de subir las escaleras, fue hacia ella.

—Pero ¿qué es esto? ¿Llorando? ¿Y por qué lloras, si se puede saber? No tienes que vender pescado.

Era una de las bromas de Grannie. Siempre estaba de broma.

Celia odiaba aquel género de chistes. Le daban más ganas de llorar. Cuando era desgraciada no quería estar con Grannie. Ni quería verla. Siempre se las arreglaba para que las cosas le parecieran peores.

Corriendo, salió del cuarto de los juguetes y llegó a la cocina. Sarah estaba cociendo pan.

Miró a Celia.

—¿Te ha escrito mamá?

Celia asintió con la cabeza. De nuevo las lágrimas le acudían a los ojos. Se sentía desamparada.

Sarah prosiguió su tarea.

—Pronto estará de vuelta, cariño. Ya verás. Pronto estará de vuelta. Mira bien el cambio en las hojas de los árboles. Mira bien.

Estaba amasando la pasta. Su voz sonaba lejana y, en cierto modo, tranquilizadora. Le alargó un trozo de masa.

—Haz figuras con la masa, queridita, que las pondré al horno con las mías.

Celia ya no lloraba.

—¿Calamares y casitas?

—Calamares y casitas.

Se puso a hacerlos. Los calamares se hacían formando algo parecido a unos chorizos pequeñitos, que luego se unían por los extremos mediante una ligera presión de los dedos. Las casitas se hacían con una pelota grande y otra pequeña colocadas encima. El momento sublime se producía cuando con el índice agujereaba las dos pelotas. Hizo cinco calamares y seis casitas.

—Pobre niñita, sin su madre —murmuró Sarah en voz muy baja.

Sé le llenaron los ojos de lágrimas. Solo al morir Sarah, unos catorce años más tarde, se supo que la sobrina, superior y refinada que a veces iba a visitarla, era en realidad su hija, un «fruto del pecado», como entonces se decía. La señora, a la que sirviera durante cerca de sesenta años, nunca se había dado cuenta de la realidad, desesperadamente ocultada. Lo único que Grannie recordaba era que en cierta ocasión Sarah había enfermado. El hecho sucedió durante uno de los raros períodos de vacaciones de su cocinera y por tal causa retrasó su vuelta al trabajo. También recordaba que al volver estaba extraordinariamente delgada. Las torturas que aquel engaño habían costado a Sarah, sus silencios y su secreta desesperación, nunca llegarían a conocerse. Guardó su carga para sí, hasta que la muerte reveló la verdad.

Comentario de J. L.

Es curioso constatar cómo las palabras —palabras casuales e inconexas— pueden hacer que algo viva en nuestra imaginación. Estoy seguro de ver a todas estas personas con mayor claridad aún que la propia Celia al contarme de ellas. Puedo imaginar a su vieja abuela, tan vivaz, tan vigorosa, tan propia de una generación, con su lenguaje rabelesiano, su modo de mandar a la servidumbre y sus bondades para con la costurera. Puedo ver aún más lejos. Mi mirada llega hasta su madre, esa criatura delicada y adorable que «gozaba de su mes» descansando tras cada parto. El lector habrá notado asimismo la diferencia entre las descripciones correspondientes al hombre y a su esposa. Las mujeres podían morir por lenta declinación, pero los hombres lo hacían por culpa de una «tisis galopante». La verdadera y

técnica palabra, tuberculosis, era desagradable y no se pronunciaba. Las mujeres declinaban, mientras los hombres galopaban hacia la muerte. Nótese también, porque resulta divertido, que la progenie de aquella pareja no fue precisamente frágil. De los diez hijos, según me contó Celia al interrogarla yo sobre el punto, solo cuatro murieron jóvenes; y tres de ellos por accidente. Uno era marino y sucumbió a la fiebre amarilla; una hermana murió al chocar su carruaje y otra al dar a luz. Seis alcanzaron los setenta años, por lo menos. ¿Sabemos realmente algo sobre el fenómeno de la herencia?

Me agrada la descripción de la casa, con sus cortinas de encaje de Nottingham, sus mujeres laboriosas y sus pesados muebles de caoba. Tiene espíritu. Aquella generación sí que sabía lo que quería; y cuando lo alcanzaba sabía gozar de lo obtenido, mientras cultivaba con buen humor y paciencia el arte de mantenerse activo y sano.

Hay que agregar que Celia era capaz de describir la casa de su abuela, donde estuvo de visita unos meses, con más detalle que la propia. Seguro que estuvo allí a la edad en que los niños comienzan a preservar sus recuerdos. Su hogar es más un receptáculo de seres, humanos o no, que una casa. Lo que allí importaba eran Nannie, Rouncy, Susan, la doncella que andaba dando saltitos, y el canario Goldie.

Hasta que descubrió a su madre…, parece extraño que no la hubiera descubierto antes.

Miriam, según pienso, tenía una fuerte personalidad; me encantan las conjeturas que sacaba de su niña. Puedo creer que poseía un encanto que faltó a su hija. Hasta en los convencionales términos que utilizó, para redactar la cartita que enviara a la pequeña (carta tan propia de una época que ponía el acento sobre las actitudes morales), hasta, como he dicho, en las convencionales advertencias sobre la bondad y los actos generosos, asoma algo de la Miriam de carne y hueso. Me encantan los adjetivos cariñosos que deparaba a su hijita y eso de que pensara en tantos seres ajenos a su pequeña y a ella misma. No era, esto es seguro, una mujer dada a las demostraciones desbordantes de cariño, ni tampoco impulsiva. En cambio, era capaz de obtener deslumbrantes comprensiones intuitivas.

Su padre destaca mucho menos en el cuadro. Celia veía como un extraño gigante, poseedor de una barba trigueña, alegre, jovial, y también indolente. De acuerdo con la narración de Celia, era bastante

distinto de su madre. Quizá heredara los caracteres de su padre, el representado en la narración de Celia por la corona de flores de cera encerrada en una caja de cristal, que Grannie conservaba encima de su armario. Fue, me imagino un alma generosa y amable, uno de esos hombres que caen bien a todo el mundo. Sin duda llegó a gozar de una popularidad que su esposa nunca llegó a alcanzar… No obstante, careció, indudablemente, de la facultad de encantamiento que Miriam tenía.

Estimo que Celia sí heredó, en cuanto al carácter, más de su padre que de su madre. La placidez de éste, su carácter sin alteraciones, e incluso cierta rara especie de dulzura, parecen haber pasado a su hija.

Pero Celia heredó algo que le vino directamente de su madre: la peligrosa inclinación de ésta por la intensidad de los afectos.

Así veo yo a los personajes. Pero, tal vez, esté fabulando… Todas estas personas, al fin y al cabo, se han transformado en creaciones mías.

4. MUERTE

¡Celia volvía a casa!

¡Era maravilloso!

El viaje en ferrocarril le había parecido interminable. Tenía un buen libro para leer y todo un compartimento era para la familia, pero su impaciencia hacía que la vuelta durara una eternidad.

—Bueno —dijo su padre—. ¿Contenta de ir camino de casa, muñequita?

Al hablar le dio un cachete cariñoso en la mejilla. ¡Qué grande y qué moreno le parecía! Mucho más grande de lo que Celia recordaba. Su madre, en cambio, era mucho más menuda. Es extraño cómo formas y medidas parecen cambiar.

—Sí, papá. Muy contenta —dijo Celia.

Su tono era un poco forzado. Aquella extraña sensación, un poco dolorosa, que sentía, no la abandonaba.

Su padre parecía un poco decepcionado. Lottie, la prima de Celia, que iba a pasar una temporadita con ellos y que también iba en el compartimento, dijo:

—¡Qué niña tan solemne!

—Bueno, una niñita olvida fácilmente —dijo su padre. Su rostro mostraba cierta inquietud.

—No ha olvidado en absoluto —dijo Miriam—. Tan solo algo le bulle dentro.

Tendió la mano y, cogiendo la de Celia, la apretó un poco. Sus ojos bailotearon de alegría al encontrar los de su hija, como si entre ambas compartieran algún *secreto*.

La prima Lottie, que era lozana y atractiva, dijo:

—No parece tener mucho sentido del humor.

—Ninguno —dijo Miriam—. Es como yo.

Y mirando a su esposo:

—Al menos eso es lo que dice John. Que no tengo sentido del

humor.

—Mamá, ¿será pronto?

—¿Qué será pronto?

—¿Veremos pronto el mar?

—Dentro de unos cinco minutos.

—Creo que le gustaría vivir junto al mar y jugar con la arena —dijo Lottie.

Celia permaneció callada. ¿Cómo explicarles que el mar era la señal de que estaban cerca de su casa?

El tren entró en un túnel para salir poco después. ¡Ah! Allí estaba, azul muy oscuro y centelleante, a la izquierda de ellos. El ferrocarril parecía ir rodeándolo, entrando y saliendo por los túneles. Mar azul, azul, tan cegador que Celia tuvo que cerrar los ojos, aunque quisiera mantenerlos abiertos.

El tren, serpenteando, se internó luego tierra adentro. Ya no tardarían en llegar por fin a casa.

¡Qué tamaño tenía! ¡Su hogar era inmenso! ¡Simplemente inmenso! Tenía muchas habitaciones muy grandes y pocos muebles. Al menos así le pareció a Celia después de vivir en Wimbledon. Todo era tan apasionante… No sabía qué iba a hacer…

El jardín. Sí, ante todo el jardín. Corrió con frenesí por el sendero escarpado. Allí había un árbol que daba melocotones. Extraño… No recordaba que en su casa hubiese uno. Y una haya, que era lo más importante que podía verse en el jardín. Y la glorieta pequeñita rodeada de rosales. Ahora iría al bosque. Tal vez las campánulas ya estuviesen abiertas. No, no lo estaban. Quizá hubieran acabado de dar flor y fuese preciso esperar otro año. Allí estaba el árbol con las ramas en forma de tenedor, donde ella, encarnando a la reina que se esconde de sus enemigos, se refugiaba. ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! ¡Por allí estaba el pequeño niño blanco!

El pequeño niño blanco se levantaba en medio de una glorieta situada en el bosque. Tres peldaños de piedra rústica conducían a él. Llevaba sobre la cabeza una canasta de piedra y en ésta se podía depositar una ofrenda y, al mismo tiempo, formular algún deseo.

Celia cumplía un verdadero ritual con eso de la ofrenda. El procedimiento era el siguiente:

Se salía de la casa y se cruzaba el campo de césped, que era un río de rápido caudal. Luego se llegaba a caballo hasta el arco rodeado de rosas, donde se cogía una flor y, con ella en la mano, se proseguía el camino que llevaba al bosque. Entrando en la glorieta, se dejaba caer la flor dentro de la canasta de piedra y se formulaba el deseo correspondiente. Luego, haciendo una reverencia, la oficiante debía retirarse por donde había venido. El deseo no tardaba en cumplirse, pero no podía pedirse más que una cosa a la semana.

En realidad, el deseo de Celia era siempre el mismo, constantemente renovado. Estaba inspirado en Nannie y la niña lo aplicaba a todos los casos en que se puede desear algo con probabilidades de conseguirlo, así fuera con huesos de pollo o con estrellas fugaces. Quería ser buena. Nannie decía que no era virtuoso desear *cosas*. El Señor nos envía todo cuanto necesitamos; y puesto que tan generoso había sido al darle a su padre, a su madre y a Grannie, Celia no creía justo pedir más en la materia, así que se limitaba a insistir con su piadoso deseo de ser buena.

Ahora se decía:

«Debo llevarle una ofrenda, debo llevarle una ofrenda».

Se la llevaría a la manera de antes. Cruzaría el rápido río en su caballo, se llegaría hasta el arco donde crecían las rosas, cogería una, subiría por el sendero y, al llegar al niño de piedra, depositaría la ofrenda en su canasta. Al mismo tiempo reiteraría su deseo…

Pero, de repente, se encontró con que había cambiado de parecer sobre la elección de dicho deseo. Ahora, a pesar de las prédicas de Nannie, aspiraba a otra cosa.

—Deseo ser siempre feliz —dijo.

Corrió hacia el jardín de la cocina. ¡Ah! ¡Allí estaba Rumbolt, el jardinero, siempre malhumorado y con cara de pocos amigos!

—Hola, Rumbolt. He vuelto a casa.

—Ya lo veo, niña. Pero te ruego que no pises las lechugas que es justamente lo que estás haciendo.

Celia se hizo a un lado.

—¿Hay fresas maduras, Rumbolt?

—Sí, por allí. Pero éste ha sido un mal año. Podrás encontrar una o dos…

—¡Oh! —exclamó Celia.

—Cuida de no comerlas todas —voceó Rumbolt mientras la niña se dirigía hacia las frutas—. Quiero un buen plato de ellas para el postre de esta noche.

Comenzó a correr los plantíos, recogiendo las fresas y comiéndolas a dos carrillos. Una o dos… ¡Si las había a centenares!

Con un suspiro final de satisfacción, dejó aquella zona del jardín para dirigirse a su pequeño mirador personal. Por una grieta del muro podía atisbar el camino que llevaba a la casa. Tardó algo en encontrarla, pero al fin dio con ella.

De allí se fue en dirección a la cocina. Quería visitar a Rouncy en sus dominios y la encontró, con aspecto muy pulcro y más imponente que nunca. Por lo demás, no había cambiado gran cosa. Como siempre, la querida Rouncy masticaba lentamente mientras dejaba escapar su suave risa de siempre…

—Bueno, señorita Celia, ¡sí que te has transformado en toda una dama!

—¿Qué comes, Rouncy?

—He estado preparando unas rosquillas para la merienda de la servidumbre.

—¡Oh, Rouncy, dame una!

—Luego no tendrás apetito cuando te llegue la hora de merendar con tus padres.

Sin embargo, no se trataba de una negativa y Celia se dio cuenta enseguida, porque Rouncy ya se encaminaba hacia el horno. Lo abrió con un gesto rápido.

—Apenas están listas —dijo, poniendo dos rosquillas sobre una mesa—. Ten cuidado, que están muy calientes. Cuidado, Celia.

¡Oh, delicioso hogar! De vuelta a los corredores frescos y sumidos en acogedora penumbra que abundaban en la casa, Celia veía, a través de las puertas y ventanas de la sala, el brillo del jardín y el haya que resplandecía al sol.

Su madre, al salir de su dormitorio, encontró a la niña sentada, con la mirada perdida en el exterior de la casa y presionándose firmemente el vientre con sus dos manos.

—¿Qué sucede, hijita? ¿Por qué te llevas las manos a la barriga?

—El haya, madre. Es maravillosa.

—Creo que tú lo entiendes todo con tus tripitas.

—Es que siento algo aquí. Pero no es realmente un dolor, mamá.

Y si lo es, me parece dulce.

—¿Así que te sientes feliz de estar otra vez en casa?

—Oh, mamá…

—Rumbolt está de peor humor que antes —dijo Celia después del desayuno.

—No me gusta nada tener a ese hombre en la casa —exclamó Miriam—. Quisiera que se marchase.

—Bueno, querida, ya sabes que no hay otro jardinero como él. Supera a todos los anteriores. Acuérdate de los melocotones del año pasado.

—Sí, sí, de acuerdo, pero nunca me gustó.

Pocas veces había visto Celia a su madre mostrarse tan vehemente. Había juntado sus manos con fuerza. Su padre la contemplaba con expresión benevolente, la misma que solía usar al dirigirse a Celia.

—Bueno, ya te di gusto una vez, ¿no es así? —repuso su marido alegremente—. Le despedí, a pesar de todos sus conocimientos y contraté al holgazán de Spinaker en su lugar.

—Es extraño —dijo Miriam— que sienta tanta repulsión por ese hombre. Me intriga el hecho de que cuando alquilamos la casa al señor Rogers, al marcharnos a Pau, Spinaker renunciara a su puesto y que el señor Rogers nos escribiera diciéndonos que le había reemplazado por otro jardinero que le había enseñado las mejores referencias. Me asombré cuando, al volver, pude constatar que el sustituto no era otro que Rumbolt.

—No veo por qué te disgusta tanto ese hombre, Miriam. Cierto que siempre está de malhumor, pero, aparte de eso, puede decirse que es un hombre correcto.

Miriam se estremeció un poco.

—No sé de qué se trata. Pero hay *algo* en él que me disgusta.

Sus ojos miraron hacia el jardín.

La doncella entró en la habitación.

—La señora Rumbolt quisiera hablar con el señor —dijo—. Está en la puerta delantera.

—¿De qué se trata? Bueno, será mejor que vaya y me entere.

Dejó la servilleta en la mesa y salió de la estancia. Celia miró a

su madre. Tenía una expresión extraña. Hubiese dicho que estaba asustada.

Su padre volvió.

—Parece que Rumbolt no regresó anoche a su casa. Es curioso. Creo que el matrimonio suele pelearse y yo diría que últimamente las cosas se han agravado.

Levantó los ojos hacia la doncella, que en aquel momento estaba en el comedor.

—¿Has visto a Rumbolt esta mañana?

—No, señor. Al menos yo no. Preguntaré a la señora Rouncewell.

Su padre salió otra vez de la habitación y tardó unos cinco minutos en volver. Al entrar su marido, Miriam dejó escapar una exclamación y la misma Celia se sorprendió mucho.

Miró a su madre. Su expresión de temor se había acentuado. En cuanto a su padre, mostraba un aspecto muy raro. Parecía un anciano. Respiraba con dificultad.

Con gran rapidez, su madre saltó del asiento, corriendo hacia él.

—John, John, ¿qué sucede? ¡Cuéntame! Pareces haber pasado por algo terrible.

Su esposo tenía un color completamente anormal. Algunas zonas del rostro presentaban tintes azulados. Las palabras salieron con dificultad de sus labios.

—Colgando… en el establo… Corté la cuerda. Pero ya no… Tuvo que haberlo hecho anoche…

—Estos *shocks* son muy perjudiciales para ti.

Con gran rapidez corrió hacia un mueble y sacó una botella de coñac.

—Sabía —exclamó—. Sabía que algo estaba sucediendo.

Se arrodilló junto a su esposo, llevando el coñac a sus labios. Su mirada encontró la de Celia.

—Sube corriendo, hijita. Vete con Jeanne. No hay de qué alarmarse. Papá no se encuentra muy bien.

Luego murmuró a John en voz muy baja:

—La niña no ha de enterarse. Cosas como esta pueden resultar imborrables.

Muy intrigada, Celia salió de la habitación. Al final de la escalera, Doris y Susan hablaban excitadas.

—Tenía sus jaleos con otra —decía una de las doncellas—. Eso es lo que dicen. Y su mujer, según parece, lo supo. Ya se sabe: los más callados son siempre los más peligrosos.

—¿Tú le viste? ¿Tenía la lengua fuera? ¿Le colgaba?

—No sé; no le vi. El amo dijo que no debíamos entrar en el establo. Me pregunto si no podríamos obtener un trozo de la cuerda. Dicen que trae suerte.

—Buen susto se llevó el amo. Y según tiene el corazón…

—Es horrible.

—¿Qué ha sucedido? —dijo Celia.

—Que el jardinero se ahorcó en el establo —dijo Susan, con acento de satisfacción.

—¿Sí? —comentó la chiquilla, no demasiado sorprendida—. ¿Y para qué queréis un poco de cuerda?

—Si tienes un trozo de cuerda con la que alguien se ha ahorcado, tendrás suerte en la vida —repuso Susan.

—Eso es —confirmó Doris.

—Oh —dijo nuevamente Celia.

Aceptó la muerte de Rumbolt como una de las muchas cosas que suceden a diario. El hombre le desagradaba y nunca había sido bueno con ella.

Ya en la cama, cuando su madre fue a darle el beso de buenas noches, le preguntó:

—¿Podrías conseguirme un poco de la cuerda con la que se ahorcó Rumbolt, mamá?

—¿Quién te ha dicho que Rumbolt se ha ahorcado? —repuso su madre con enfado—. Di órdenes expresas de que no se dijera nada.

Celia abrió mucho los ojos.

—Susan me lo contó todo. Mamá, ¿podrías conseguirme un trozo de la cuerda? Susan dice que trae mucha suerte.

Su madre sonrió. Pronto la sonrisa fue transformándose hasta convertirse en una risa franca.

—¿Por qué te ríes, mamá?

Su tono era de sospecha.

—Porque ha pasado mucho tiempo desde que cumplí los nueve años y había olvidado lo que se siente.

Celia reflexionó un poco antes de quedarse dormida. Susan casi había muerto ahogada una vez que había ido a una playa, durante

sus vacaciones. Los otros sirvientes se habían reído mucho con el episodio. Le decían:

—Te salvaste, claro. Es que tú naciste para morir ahorcada, chica.

Ahogarse, ahorcarse… debía haber entre ambas cosas alguna secreta relación…

Preferiría mil veces morir ahogada, pensó Celia antes de sumirse en el sueño.

Al día siguiente escribió a Grannie:

> Querida abuelita:
>
> Muchísimas gracias por el libro de las hadas color de rosa que me enviaste. Eres muy buena conmigo. Goldie está muy bien y te envía un beso. Por favor, da mis recuerdos a Sarah, Mary y Kate. También a la pobre señorita Bennett. En el jardín ya tenemos amapolas. El jardinero se ahorcó ayer en el establo. Papá está en cama, pero no tiene nada de cuidado. Mamá me lo ha dicho. Rouncy me permitirá hacer calamares y casitas con la masa, como Sarah.
>
> Muchos, muchos, muchos, muchos besos de
>
> CELIA

El padre de Celia murió al año siguiente, en casa de Grannie. Celia tenía diez años. Estuvo en cama durante varios meses, atendido permanentemente por dos enfermeras. La niña estaba acostumbrada a verle enfermo. Su madre solía hacer proyectos que llevarían a cabo cuando papá estuviese mejor.

Pero que su padre muriera era algo que nunca le había pasado por la cabeza. Aquel día acababa de subir la escalera cuando vio a su madre salir de la habitación del enfermo. Nunca le había visto aquella expresión…

Mucho más tarde pensaría en la vida como en una hoja que el viento lleva de acá para allá. Los brazos de su madre se elevaban al cielo y gemía. De pronto, abrió bruscamente la puerta de su dormitorio, precipitándose en la habitación. Una de las enfermeras apareció ante Celia, que la miraba con la boca entreabierta, sin comprender.

—¿Qué le sucede a mamá?

—Chist, hijita —le respondió la mujer—. Tu padre ha volado al cielo.

—¿Papá? ¿Papá ha muerto y se ha ido al cielo?

—Sí. Y ahora has de comportarte como una niñita buena. Recuerda que debes consolar a tu madre.

La enfermera desapareció por la puerta que daba al dormitorio de Miriam.

Azorada, Celia vagabundeó un rato por el jardín. Le llevó un buen rato comprender cabalmente lo que estaba sucediéndole. Su papá se había ido… estaba muerto…

De pronto, su mundo quedaba destruido.

Papá… Todo parecía igual. Se sobrecogió. Era como en el sueño del hombre con el fusil: todo iba bien y, de repente, allí estaba él. Contempló el jardín, el árbol ceniciento, los senderos. Todo estaba igual. Y sin embargo, todo se veía de algún modo distinto. Las cosas pueden cambiar… Pueden suceder otras cosas…

¿Estaría ahora su padre en el cielo? ¿Sería feliz allí?

Oh, papaíto…

Se puso a llorar.

Entró en la casa. Allí estaba Grannie, sentada en una silla del comedor. Todas las persianas permanecían bajadas y su abuela escribía cartas. Ocasionalmente, alguna lágrima le corría por las mejillas y ella la secaba con su pañuelo.

—¿Eres tú, chiquilla mía? —preguntó al divisar confusamente a Celia—. Vamos, vamos, hijita, no has de sufrir. Ha sido la voluntad de Dios.

—¿Por qué están bajadas las persianas?

—Es en señal de duelo —repuso Grannie.

A Celia no le gustaban las persianas bajadas. La casa resultaba rara y tenebrosa. Parecía muy diferente.

Grannie escarbó en sus bolsillos hasta dar con un caramelo de los que, ella sabía, gustaban particularmente a la pequeña y se lo tendió.

Al cogerlo, Celia le dio las gracias. Pero no le apetecía comerlo. Pensó que le sentaría mal.

Se sentó junto a Grannie, con su caramelo en la mano. Miraba a su abuela.

Grannie siguió escribiendo, escribiendo, carta tras carta. Usaba

un papel con bordes negros.

Durante dos días, la madre de Celia estuvo muy mala. La enfermera, vestida con una túnica almidonada, hablaba a Grannie con susurros.

—La larga tensión… No podía creer que su marido hubiera muerto… El *shock* ha sido muy fuerte… Tendría que ser tratada adecuadamente…

Las dos mujeres dijeron a Celia que podía subir y ver a su madre.

La habitación estaba en penumbras. Miriam estaba echada de lado. Su largo pelo castaño oscuro, ligeramente canoso, se veía revuelto en torno a su cabeza, sobre la almohada muy blanca. Tenía los ojos abiertos y su expresión era extraña. Parecía mirar hacia algo que estaba muy lejano, mucho más lejano que Celia.

—Aquí está su hijita —dijo la enfermera.

Su tono era el de alguien que «entiende» de esas cosas.

Miriam miró a la niña, sonriéndole. Pero la sonrisa no era a la que Celia estaba acostumbrada. No sonreía así cuando veía a Celia. En cierto modo, a ésta le pareció que no la había visto.

La enfermera y también Grannie habían preparado a Celia antes de que fuera a ver a su madre.

La pequeña se dirigió a su madre con voz alta y clara.

—Mamá, querida, papá es feliz. Está en el cielo ahora. Tú no quisieras arrancarle de allí, ¿verdad?

De pronto su madre se echó a reír.

—¡Oh, sí que quisiera! Si supiera que llamándole le traería otra vez a la Tierra, no dejaría de llamarle continuamente, día y noche: ¡John, vuelve, vuelve a mí!

Se había incorporado y se apoyaba en un codo. Su rostro era expresivo y encantador, pero extraño.

La enfermera se llevó a Celia fuera de la habitación. La niña, de pie ante la puerta, oyó que la mujer, vuelta al dormitorio de su madre, decía:

—Tiene usted que vivir para sus dos niños. Recuerde eso, señora.

Y su madre, con un tono de voz dócil, pero enigmático, le había

respondido:

—Sí, claro, he de vivir para mis hijos. No era preciso que me lo recordara.

Celia bajó, encaminándose hacia el salón. Una vez allí, fue hasta una pared de la que colgaban dos estampas en colores. Se llamaban respectivamente *La madre desolada* y *El padre feliz*. La pequeña no prestó especial atención a la última. Aquel señor más bien parecía una mujer y no le recordaba en nada a su padre, ni evocaba sentimientos de amor filial. Tanto le daba que fuera o no feliz. En cambio, la desesperada mujer, que se aferraba a sus niños con los cabellos en desorden y la expresión perdida, sí que recordaba a su madre tal como acababa de verla. La madre desolada. Celia asintió con la cabeza, a modo de aprobación.

Las cosas sucedieron rápidamente; y en algún caso fueron cosas excepcionales. Así, por ejemplo, fue extraordinaria la salida, de la mano de Grannie, a comprar ropas de luto.

Celia no podía evitar que, en cierto modo, le gustaran aquellas ropas. ¡Luto! ¡Estaba de luto! Aquello sonaba muy importante a algo propio de personas mayores. Le parecía que la gente la miraba curiosamente por las calles.

—¿Ves a esa niña toda vestida de negro?

—Sí; acaba de perder a su padre. Pobre pequeña.

—Dios mío, qué triste.

Celia se pavoneaba un poco mientras proseguía su camino con la cabeza gacha y aspecto sombrío. Sentía cierta vergüenza y culpa ante su propia conducta; pero no podía evitar la encarnación de un personaje interesante y, en cierto modo, romántico.

Cyril estaba en casa. Era ya un hombre, pero, a veces, su voz cambiaba bruscamente de timbre, lo cual le hacía ruborizarse. En tales ocasiones se sentía incómodo. Ahora solía vérsele con lágrimas en los ojos, aunque se ponía furioso si advertía que alguien las notaba. Cogió bruscamente a Celia por ambos brazos, arrastrándola hacia un gran espejo, para que se viese con sus atuendos de luto. Había desdén en su rostro.

—Eso es todo lo que piensa una chiquilla como tú en ocasiones como ésta. Vestidos nuevos. Bueno, supongo que eres aún

demasiado niña para comprender lo que sucede.

Celia rompió a llorar, pensando que su hermano se comportaba injustamente.

Cyril no estaba muy apegado a su madre. Prefería estar con Grannie, porque con ésta podía desempeñar el papel de hombre de la familia.

Grannie, por otra parte, le estimulaba en tal sentido. Le consultaba sobre las cartas que estaba escribiendo y recababa su opinión en otras importantes materias.

A Celia no se le permitió acudir a los funerales de su padre, lo cual le pareció completamente injusto. Tampoco fue Grannie. Cyril, en cambio, acompañó a su madre.

Miriam no había bajado a la planta baja de la casa desde la muerte de su marido. La mañana del funeral Celia la vio por primera vez, en lo alto de la escalera, vestida de negro y con un aspecto completamente extraño para la pequeña. Con su tocado de viuda, un sombrero pequeño que le prestaba un aspecto dulce, parecía… sí, parecía como privada de todo apoyo.

Cyril, en cambio, se veía muy varonil y protector.

Grannie dijo:

—Tengo aquí unos cuantos claveles blancos, Miriam. Pensé que tal vez quisieras arrojarlos sobre el féretro cuando lo bajaran a su tumba.

Miriam movió negativamente la cabeza.

—No —repuso en voz muy baja—. Prefiero no hacer nada de eso.

Después del funeral fueron levantadas las persianas y la vida continuó.

Celia se preguntaba si su madre realmente simpatizaba con Grannie. No sabía bien por qué tenía aquella duda en su cabeza.

Sentía tristeza por su madre. Iba por la casa de acá para allá tan callada, tan serena y solitaria. Apenas hablaba con nadie.

Grannie pasaba gran parte del día leyendo cartas que le enviaban. Decía:

—Miriam, estoy segura que te gustará leer esto. El señor Pike me envía una carta, hablándome de John en términos tan afectuosos…

Pero su madre atendía a otra cosa mientras decía sin levantar la voz:

—No, por favor, ahora no.

Grannie levantaba las cejas un poco y doblaba la carta, volviéndola a meter en el sobre.

—Como quieras.

Su tono era seco. Pero cuando el cartero volvía con un nuevo cargamento de misivas, la escena se repetía.

—El señor Clark es realmente un buen hombre —decía mientras repasaba una carta aspirando con fuerza por la nariz—. Realmente, Miriam, deberías leer lo que dice aquí. Te serviría de consuelo. Habla con palabras muy justas. Dice que, de alguna maravillosa manera, los muertos están siempre con nosotros.

Bruscamente, como si no pudiera evitarlo, Miriam exclamó:

—¡No!, ¡¡¡no!!!

Aquel grito súbito hizo comprender a Celia lo que su madre sentía. Y supo, de manera un poco instintiva, que deseaba que la dejasen sola.

Días después llegó una carta, cuyo sello indicaba que procedía del extranjero. Miriam la abrió y, sentándose, se dispuso a leerla. Estaba escrita en cuatro hojas, con escritura armoniosa y delicada. Grannie contemplaba a Miriam.

—¿Es de Louise? —preguntó.

—Sí.

Se hizo un silencio. Grannie vigilaba la carta con expresión ansiosa.

—¿Qué dice? —preguntó tras luchar obviamente un buen rato con su curiosidad.

Miriam ya estaba doblando nuevamente las hojas y las guardaba en el sobre.

—Creo que Louise no desea que otra persona lea esta carta —dijo serenamente—. Louise… comprende.

Esta vez, las cejas de Grannie se levantaron más que nunca.

Pasaron unos días y la madre de Celia resolvió salir, acompañada de la prima Lottie. Celia fue enviada de nuevo a casa de Grannie. Pasaría un mes con ella. Cuando regresó su madre, la niña volvió otra vez al hogar.

Y la vida comenzó de nuevo. Una vida diferente. Celia y su

madre estaban ahora solas en la gran casa con jardín.

5. MADRE E HIJA

Su madre le explicó que, a partir de entonces, las cosas serían diferentes. Mientras su padre vivía, ambas pensaban que eran relativamente ricas. Pero tras su muerte, los abogados se habían encontrado con que dejaba muy poco dinero.

—Tendremos que vivir de manera muy, muy simple y austera. En realidad, lo más adecuado sería vender esta casa y comprar una pequeñita en otra parte.

—¡Oh, no, mamá!

Miriam sonrió al ver la vehemencia con que Celia había dejado brotar sus palabras.

—¿Quieres tanto a esta casa?

—¡Oh, sí!

Celia sentía una tremenda ansiedad. ¿Vender su casa? No, no podía soportar aquella idea.

—Lo mismo piensa Cyril… Pero no sé si es una decisión sensata. Tendríamos que vivir, de todos modos, de manera muy, muy simple.

—Por favor, mamá. ¡Por favor!

—Muy bien, querida. Después de todo, es una casa muy alegre.

Sí que era una casa alegre. Pensando en todos aquellos años transcurridos en ella, Miriam tuvo que reconocer la verdad de aquella afirmación. Tenía una atmósfera especial. Era un hogar alegre, y en él habían pasado años felices.

Pero hubo que introducir grandes cambios, naturalmente. Jeanne fue enviada de nuevo a Francia; el jardinero solo acudía dos veces a la semana, con el único fin de mantener el jardín algo ordenado. Los invernáculos fueron deteriorándose poco a poco, hasta quedar en ruinas. Susan y la doncella que la asistía se marcharon. En cambio Rouncy permaneció con ellas. No demostraba nunca sus emociones, pero era una persona muy fiel.

La madre de Celia insistía:

—Usted sabe, señora Rouncewell, que el trabajo será mucho mayor. Solo podré tener una criada y ninguna mujer de limpieza que venga por horas para ocuparse de la plata y demás.

—Estoy de acuerdo, señora; los cambios no me atraen. Estoy acostumbrada a mi cocina en esta casa y, por mi parte, prefiero seguir en ella. También ayudaré en el resto de la faena, cuando se me necesite.

Así era Rouncy. No demostraba lealtad ni tampoco se afanaba por parecer afectuosa. La menor insinuación en tal sentido la turbaba.

De modo que se quedó en la casa, ganando menos y trabajando más. A veces, comprendió más tarde Celia, aquella decisión preocupaba más a su madre que si Rouncy hubiese resuelto marcharse. Porque Rouncy estaba acostumbrada a lo grande. Se inclinaba por esas recetas culinarias que comienzan diciendo: «Viértase medio kilo de crema superior y una docena de huevos frescos…». Cocinar cosas baratas y hacer pedidos por cantidades pequeñas a los tenderos era algo que se situaba más allá de su imaginación. Seguía haciendo bollos y pasteles para la merienda y no vacilaba en tirar todo lo que sobraba, pues decía que se estaba poniendo rancio. Hacer pedidos de género abundante y caro era para ella tan natural como respirar. Y se sentía bien cuando preparaba los encargos. Pensaba que éstos daban respetabilidad a la casa. Se contrarió sobremanera cuando Miriam le privó de aquella tarea para encargarse personalmente de ella.

Como criada acudió una mujer bastante entrada en años que se llamaba Gregg. Ya había trabajado para Miriam, siendo esta recién casada.

—Y en cuanto vi su anuncio en el periódico, señora, me apresuré a renunciar a mi puesto en otra casa para venir. Nunca he sido tan feliz como aquellos días.

—Ahora las cosas serán muy diferentes, Gregg.

Pero Gregg estaba dispuesta a quedarse allí como fuera. Servía impecablemente la mesa. No obstante, su experiencia y donaire en tal materia no tuvieron oportunidad de desplegarse. En la casa ya no se servían cenas ni almuerzos con invitados. Tuvo que dedicarse a otras tareas; y como doncella no era brillante. La casa se veía

desordenada, porque Gregg no se interesaba en pasar bien la escoba, ni en cuidar de que todo estuviera en su sitio.

A menudo hablaba a Celia de los buenos y viejos tiempos pasados.

—Tus padres recibían, a veces, hasta veinticuatro personas a cenar. Dos sopas, dos platos de pescado, cuatro entremeses, helados (*sorbées*, se llaman, en francés), dos platos con dulces, ensalada de langosta, ¡e incluso, en algunas ocasiones, se servía un gran pastel de helado!

Aquello sí que eran días buenos, pensaba Gregg mientras desganadamente llevaba a la mesa los macarrones gratinados que constituían el plato fuerte en la cena de madre e hija.

Miriam prestaba creciente atención al jardín. Poco sabía de jardinería y no hizo nada por aumentar sus conocimientos. Se limitaba a experimentar. Pero a menudo los experimentos eran seguidos de extraordinarios e injustificados éxitos. Si plantaba bulbos en épocas que no eran las propicias, en tierras que no servían para los fines que ella perseguía y a profundidades contraindicadas por todos los manuales en la materia, obtenía magníficas plantas. Plantaba semillas al azar y, en general, germinaban. Todo cuanto ella tocaba parecía florecer y vivir.

—Tu madre tiene un don muy extraño para las plantas —dijo un día el viejo Ash.

El viejo Ash era el jardinero que venía dos veces a la semana. Conocía muy bien su oficio; pero, por algún extraño motivo, eran más sus fracasos que sus éxitos. Todo cuanto solía plantar, aunque lo hiciera siguiendo al pie de la letra instrucciones especialmente precisas, moría. Cuando podaba, las plantas parecían sufrir mucho; y cuando otras se secaban, decía que la humedad era excesiva o que aquel año las heladas se habían presentado prematuramente. Daba a Miriam múltiples consejos que ella nunca seguía.

Su mayor deseo era interrumpir la extensión del césped con lechos de flores de diferentes formas y colores, y ver crecer plantas «de buen ver». Por eso le contrarió mucho que su señora rechazara secamente su sugestión en tal sentido. Cuando Miriam le dijo que prefería ver la extensión de terreno verde lisa, el hombre pareció no comprender bien.

—Pues los lechos de flores son mucho más señoriales; no me lo

negará usted.

Miriam y Celia cultivaban flores para poner en la casa, rivalizando en el arte de colocarlas vistosamente en sus floreros. A veces preparaban grandes ramos de flores muy blancas, aunque Miriam tenía debilidad por los pensamientos de colores exóticos, las violetas y las rosas de colores pálidos.

El olor de las rosas recordó siempre a Celia la figura y los gestos de su madre:

Le fastidiaba que sus propios ramos nunca pudieran compararse a los de ella, por mucho trabajo que se tomase al confeccionarlos y disponerlos en los grandes jarrones. Miriam ni siquiera parecía molestarse mucho por lograr un conjunto bonito, pero eso poco importaba, porque el resultado era siempre encantador para los ojos. Tenía una gracia natural y una originalidad incomprensible, que en absoluto estaban de acuerdo con los gustos predominantes en esa materia.

Los estudios de la niña seguían un curso bastante incierto. Miriam le dijo que, con las matemáticas, tratara de apañárselas por sí misma, puesto que ella no era buena en cuestiones de números y no podía ayudarla. Celia hizo cuanto pudo por seguir las indicaciones de su madre, prosiguiendo con las lecciones del libro de tapas marrones en la página donde ella y su padre lo dejaran.

De vez en cuando, penetraba en zonas donde reinaba la incertidumbre y se quedaba cavilando si la respuesta del problema debía establecerse en términos de corderos o de hombres. A veces optaba por saltarse todo un capítulo.

Miriam tenía ideas personales sobre lo que ha de ser la educación. Era una maestra excelente: clara en sus explicaciones y capaz de despertar el interés de su hija por el tema que estaba tratando.

Su particular pasión era la historia. De ahí que, bajo su guía, Celia saltara apasionadamente de un acontecimiento a otro en la vida del mundo. Una progresión sistemática de la historia aburría a Miriam. Así, la reina Isabel de Inglaterra, el emperador
Carlos V
,
Francisco I
de Francia, Pedro el Grande… Todos ellos se transformaron para

Celia en personajes vivos. El esplendor de Roma cobraba nueva vida en su imaginación y Cartago volvía a ser destruida; Pedro el Grande luchaba por arrancar a Rusia de la barbarie.

Celia se deleitaba cuando su madre le leía aquellas crónicas heroicas en voz alta; y Miriam escogía, además, libros que contaran historias noveladas sobre las épocas que ambas estudiaban. No tenía escrúpulos en saltarse páginas enteras cuando en ellas se incurría en meticulosidades, a su juicio sin sentido. Era una persona cuya virtud principal no era, precisamente, la paciencia ante sucesos tediosos.

En cierto modo, también pasaban revista a la geografía, en especial cuando tenía que ver con la historia. En cuanto a otras disciplinas, simplemente no existían para ellas, o bien Miriam les prestaba una atención ocasional. Por ejemplo, cuando estaba de humor para ello, hacía cuanto podía para corregir la catastrófica ortografía de Celia.

Fue contratada una alemana para que le enseñara a tocar el piano y la niña mostró de inmediato poseer dotes para la música y paciencia para su estudio. Practicaba bastante más de lo preceptuado por *fräulein*.

Margaret McCrae ya no vivía en el vecindario; pero una vez a la semana los Maitland venían a tomar el té. Tenían dos niñas que se llamaban Ellie y Janet. La primera era mayor que Celia y la segunda, menor. Jugaban a cosas diferentes, pues las visitantes sabían muchos juegos. También fundaron una sociedad secreta llamada La Hiedra, para la cual hubo que idear contraseñas y peculiares maneras de llamar a una puerta o de dar un apretón de manos. También había que escribir mensajes cifrados con tinta invisible. Pero al poco tiempo, los fervores iniciales fueron apagándose y la sociedad se desvaneció.

Luego estaban las Pine.

Eran dos niñas regordetas, con voces obstruidas por amígdalas siempre en erupción. Ambas eran menores que Celia. Se llamaban Dorothy y Mabel. Una sola idea realmente clara dominaba sus mentes: comer. Algunas veces Celia iba al mediodía a casa de ellas. El señor Pine era un hombre grande, gordo y de rostro encarnado; en cambio, su mujer era alta, sí, pero muy delgada, casi angulosa. Se peinaba dejando caer sobre su huesuda frente un terrible y negro flequillo. Ambos eran sumamente afectuosos y también muy dados

a comer, en especial el señor Pine.

—Este cordero está delicioso, Percival. Realmente delicioso.

—¡Estupendo! ¿Un poco más, amor mío? Dorothy, ¿quieres más?

—Oh, sí. Gracias, papá.

—¿Mabel?

—No, gracias, papá.

—Venga, hijita. ¿Qué es eso? Este cordero está estupendo.

—Hemos de felicitar a Giles, amor mío.

(Giles era el cocinero).

Pero ni las Pine ni las Maitland dejaron mayor huella en la vida de Celia. Los juegos que ella misma se inventaba siempre fueron los más reales.

A medida que progresaba en sus estudios de piano, solía encerrarse en la habitación donde estaba el instrumento y pasar revista a las partituras que por allí corrían. Entre los papeles pautados, algunos ya muy antiguos, encontró viejas canciones populares como «Allá en el valle», «Canción del sueño» y «Mi violín y yo». Trataba de cantarlas acompañándose y su voz se elevaba, clara y pura.

Estaba un poco orgullosa de su voz.

Siendo niña había declarado que solo se casaría con un duque. Nannie consideraba que su ambición no era desmedida, a condición de que comiera como era debido y un poco más rápido.

—Porque has de saber, cariñito, que en las casas realmente elegantes el mayordomo suele quitar los platos antes de que los termines. Los demás no pueden esperar por tu culpa.

Aquello la incitó a comer deprisa, con el fin de estar en forma cuando llegase la etapa ducal de su vida.

Pero ahora, aquellas primeras intenciones habían languidecido un tanto. Tal vez se casara con un duque, después de todo. No. Sería una *prima donna*. Como la Melba.

Gran parte de su tiempo lo pasaba sola. Aunque las Maitland y las Pine venían a menudo a tomar el té, no eran ni la mitad de reales que sus «chicas».

«Las chicas» eran una creación imaginativa de Celia. Sabía todo sobre ellas: conocía el aspecto que tenían, sus modos de vestir, lo que pensaban y sentían.

En primer lugar estaba Ethel Smith, que era alta y morena,

además de muy, muy lista. Destacaba en toda clase de juegos. En realidad, Ethel era buena para todo. Decididamente, los bultos de su pecho eran magníficos y usaba una blusa a rayas que los ponía aún más en evidencia. Ethel era todo cuanto Celia *no* era. Representaba lo que ella quería llegar a ser. Luego estaba Annie Brown, la gran amiga de Ethel. Era rubia, frágil y delicada. Ethel la ayudaba a estudiar sus lecciones. Annie la consideraba su superior y la admiraba mucho. Después venía Isabella Sullivan, que era pelirroja y de ojos marrones. Se la consideraba una belleza y también una rica orgullosa y antipática. Siempre pensaba que derrotaría a Ethel en el juego del *croquet*, pero Celia hacía cuanto estaba de su mano para que no se saliese con la suya. A menudo se sentía mezquina al hacer que Isabella fallara los golpes. Elsie Green era su prima. Su «pobre» prima. Llevaba el pelo muy rizado, tenía ojos azules muy oscuros y siempre reía.

Ella Graves y Sue de Vete eran mucho menores que Celia. Solo tenían siete años. La primera constituía un verdadero prodigio de seriedad y diligencia. Su pelo castaño oscuro, una verdadera mata, le caía sobre el rostro de rasgos bastante vulgares. Solía ganar el primer premio en aritmética y siempre estaba estudiando con gran empeño. A veces, su pelo no era castaño, sino rubio, así que Celia nunca estaba muy segura del aspecto que presentaría. Vera de Vete era medio hermana de Sue y la personalidad romántica de toda la «escuela». Tenía ya catorce años. Su pelo era de color paja y sus ojos, verdes. Su pasado estaba envuelto en un misterio… Por fin, Celia pensó que al nacer había sido cambiada por equivocación y que, en realidad, era *lady* Vera, hija de uno de los más nobles caballeros del país. Finalmente, había otra chica, Lena. Uno de los juegos favoritos de Celia consistía en encarnar a Lena el día de su primera asistencia a la «escuela».

Miriam sabía algo sobre «las chicas», pero nunca hizo preguntas sobre ellas, intuyendo que Celia prefería que aquel campo permaneciera bajo su entero dominio. En consecuencia, sin formular comentario alguno, la pequeña le estaba muy agradecida. Los días lluviosos había concierto en la sala de música y a cada una se les asignaba diferentes obras musicales. A Celia le fastidiaba que, en la zona central del teclado, Ethel tropezara con sus dedos, estropeando el efecto de aquel pasaje. En cambio, Isabella siempre

se lucía, tocando magníficamente la pieza que le correspondía. «Las chicas» solían, a veces, jugar a los naipes, formando parejas. Y también en esto Isabella gozaba de una inexplicable buena suerte.

A veces, cuando iba a pasar unos días con Grannie, ésta la llevaba a ver una comedia musical. Tomaban un carruaje hasta la estación y allí el tren hasta la estación Victoria donde cogían otro carruaje que las llevaba a los grandes almacenes. Almorzaban en el restaurante de la tienda y Grannie aprovechaba para comprar enormes surtidos de comestibles. Siempre la atendía el mismo empleado, un hombre ya anciano en el cual ella sabía que podía confiar. El almuerzo, que se servía en la planta superior del edificio, terminaba al pedir Grannie «una tacita de café en taza grande», con el fin de agregarle leche. Se dirigían luego al departamento de confitería, donde compraban media libra de bombones de café y chocolate. Finalmente salían para coger el carruaje e ir al teatro, que a Grannie le divertía tanto como a Celia.

Muy a menudo, en aquellas escapadas, Grannie le compraba partituras musicales de las canciones de moda. Esto gustaba muchísimo a Celia, porque significaba agregar algo nuevo a las veladas musicales con «las chicas». Jugaría a estrellas del teatro de variedades. Isabella y Vera tenían registros de soprano. La voz de Isabella era más potente, pero la de Vera resultaba mucho más dulce. Ethel, por su parte, hacía los contraltos con sus magníficos y resonantes graves. Elsie poseía una encantadora vocecita. Para Annie, Ella y Sue solo quedaban papeles de escasa importancia, aunque Sue fue mejorando visiblemente, hasta el punto de recibir algún papel de Criada. *La muchacha campesina* era la obra teatral preferida de Celia. «Bajo los cedros» le parecía la canción más hermosa que se hubiera compuesto jamás. La cantó hasta quedarse ronca. A Vera le dio la parte de la princesa, lo cual no le impedía encarnar asimismo el papel de la heroína.

Miriam, que a veces sufría fuertes jaquecas, pedía a la pequeña que, cuando se celebraran tales sesiones, procurara, además de no elevar la voz demasiado, que no duraran más de tres horas, si ello era posible.

Por fin se realizó el viejo anhelo de Celia: tuvo su falda plisada

como un acordeón y pudo tomar parte en la clase de baile reservada a las niñas no principiantes.

En realidad, era una de las mejores. Dorothy Pine, por ejemplo, aún estaba en el grado en el que solo se lleva una falda lisa y blanca. Las que la llevaban plisada solo bailaban entre ellas, sin mezclarse con las otras, a menos que se mostrasen particularmente «bondadosas». Celia y Janet Maitland formaban pareja. Janet bailaba divinamente. El vals les fue asignado a ambas de pleno derecho. También actuaban juntas en la marcha, pero en este caso se separaban a menudo en el curso de la danza. Celia había crecido mucho y sacaba a Janet una cabeza y media, razón por la cual la señorita Mackintosh solía separarlas: su deseo era que las parejas que ejecutaban la marcha fueran de la misma altura, para que el conjunto se destacara por su simetría. En la polca intervenían también los niños más pequeñitos. Cada niña mayor tomaba a su cargo a un pequeñajo. Luego, seis de las niñas mayores ejecutaban la danza más elaborada, colocándose en filas. A Celia le resultaba amargo quedar siempre en la segunda. En lo que respectaba a Janet, no le importaba. Al fin y al cabo era la mejor bailarina de toda la escuela. Dafne, sin embargo, bailaba mal y se equivocaba continuamente. ¿Por qué la señorita Mackintosh cometía aquella injusticia? La verdadera solución al misterio era que la maestra colocaba a las más pequeñas en la primera fila y a las más altas en la segunda; pero a Celia nunca se le ocurrió aquella solución tan simple.

Miriam estaba tan interesada como Celia en decidir de qué color sería la falda plisada. Mantuvieron largos y serios coloquios al respecto, teniendo en cuenta cómo era el atuendo acostumbrado, que las demás chicas respetaban. Después de que madre e hija consideraran también sus gustos personales, decidieron que la falda sería de color rojo llama. Nadie había llevado jamás una falda de semejante color, pero a Celia le encantaba.

Desde la muerte de su marido, Miriam salía muy poco y no gozaba de ningún entretenimiento. Solo veía a las personas que tenían hijos de edad aproximada a la de Celia y, aunque más raramente, a ciertas amigas de antaño. Aquella falta de actividades sociales la volvió un poco rebelde y hasta amarga. ¡Qué diferencias crea el dinero! Mucha gente, que no paraba de hacerle ceremonias

cuando John vivía y se les consideraba muy ricos, parecía haberla olvidado. No es que a ella le preocupase mucho la situación. Siempre había sido una mujer tímida y solo a causa de John había hecho una vida social intensa. A él le gustaba invitar gente a la casa y también salir. Nunca llegó a saber hasta qué punto aquella actividad le fastidiaba a su esposa, pues ésta representaba muy bien su papel. Ahora se sentía relevada de aquellas responsabilidades, pero la situación la molestaba por Celia, pues, en cuanto la niña fuera una señorita, necesitaría estar en contacto con niñas de su clase y condición.

Las tardes eran el mejor momento del día para madre e hija. Cenaban temprano, a las siete, y luego subían a la habitación donde Celia estudiaba. Por las noches hacía labores, mientras su madre le leía. Sin embargo, Miriam se dormía algunas veces. Su voz se entrecortaba, bajaba de volumen, se hacía confusa… Su cabeza se inclinaba hacia delante…

—Mamá —le decía Celia en tono de reproche—, te estás durmiendo.

—Oh, no —protestaba enseguida Miriam con acento indignado.

Y volvía a tomar una posición rígida, para leer con voz clara y alta… un par de páginas. Al cabo de ellas, decía de pronto:

—Creo que por hoy ya tenemos bastante.

Y cerrando el libro, se quedaba dormida.

Pero solo por unos minutos, transcurridos los cuales volvía a ponerse muy tiesa y seguía leyendo con renovado vigor.

No era raro que Miriam le contase algunos episodios de su vida pasada en vez de leerle libros. Le hablaba de los tiempos en que ella, una prima lejana, había llegado del campo a casa de Grannie.

—Mi madre había muerto y todos sus hijos nos quedamos sin recursos. Fue entonces cuando Grannie aceptó adoptarme. Fue muy bondadosa.

Pero había en sus palabras una ligera frialdad, que iba más allá de las palabras, y, en cierto modo, las contradecía. Enmascaraba los recuerdos de una niñez desamparada y solitaria, durante la cual se viera privada de su madre. Llegó a enfermar y, entonces, Grannie llamó al médico para que la examinase.

—Esta niña sufre de nervios —dijo el hombre—. Tiene ansiedades.

—Oh, no —había protestado Grannie—. Es una niñita muy alegre y se la ve siempre muy feliz.

El médico no respondió nada, pero pidió algo con el fin de que Grannie tuviese que salir unos momentos de la habitación. Entonces se sentó tranquilamente en la cama, junto a la niña y le habló en tono bondadoso y confidencial. Como respuesta, Miriam rompió con sus reservas y le confió que con frecuencia se sentía muy desgraciada y que solía llorar largo rato por las noches.

Cuando el médico le contó a Grannie la realidad de la situación, la abuela mostró un gran asombro.

—Pues a mí nunca me ha contado nada de todo eso. Me parece raro.

A partir de aquel día, las cosas mejoraron para la huérfana. El simple hecho de haber contado lo que le sucedía la libró de un gran peso.

—Hasta que conocí a papá —dijo a la pequeña.

¡Cómo se había suavizado su voz!

—Siempre fue muy bueno conmigo.

—Cuéntame de papá.

—Pues él ya era mayor. Tenía dieciocho años. Venía muy poco a casa de su madre porque no le agradaba su nuevo marido.

—¿Y tú te enamoraste de él enseguida?

—Sí. Desde el primer momento en que le vi. Crecí amándole… Pero nunca me atreví a sospechar siquiera que yo pudiese importarle algo.

—¿No?

—No. Sabes, es que él siempre andaba de juerga con chicas mayores que yo, todas muy guapas y elegantes. Era muy mujeriego y se le consideraba un excelente partido. Yo esperaba que en cualquier momento llegaría a casa anunciando su futura boda con alguna de aquellas chicas. Cuando nos visitaba era siempre muy atento conmigo. Me traía dulces, flores y hasta pasadores para el pelo. Yo era siempre para él «la pequeña Miriam». Sospecho que adivinaba mi devoción por él. Un día, me contó que la madre de uno de sus amigos le había dicho: «¿Sabes, John? Pienso que un buen día te casarás con tu primita». A lo cual él había replicado: «¿Con Miriam? ¡Pero si no es más que una chiquilla!». Por entonces andaba algo enamorado de una chica particularmente bonita, pero,

por una u otra razón, la cosa no llegó a más… Yo fui la única mujer a la que pidió que se casara con él. Recuerdo que yo pensaba que si hubiera elegido a otra me hubiera tendido en un sofá por el resto de mi vida, sin que nadie llegara a enterarse de lo que me sucedía. Simplemente, me hubiera ido desvaneciendo. Así pensábamos en aquellos tiempos románticos: la heroína se recostaba en un sofá, enamorada sin ser correspondida, y allí se quedaba. Moría sin contar a nadie su tragedia. Después se encontraba un paquete de cartas enviadas a su amado, envueltas en papel y sujetas con una cinta celeste. Dentro había asimismo unas flores secas de pensamiento. Todo aquello era muy tonto. Sin embargo, de alguna extraña manera… no sé… De alguna manera servía de ayuda.

»Nunca olvidaré el día —prosiguió Miriam— en que tu padre dijo de pronto: «¡Qué encantadores ojos tiene esta niña!». Me sorprendió mucho, porque estaba convencida de ser sumamente fea. Poco después fui corriendo a un espejo y me miré una y otra vez los ojos, para ver si había hablado en serio. Al final saqué la conclusión de que, tal vez, mis ojos fueran bastante hermosos…

—¿Cuándo te pidió papá que te casaras con él?

—Yo tenía ya veintidós años y él había estado viajando durante más de un año. Le había enviado una tarjeta navideña y también un poema que le había escrito. Siempre guardó aquella hoja con mi verso en su cartera. Allí estaba todavía cuando murió… El día que me pidió que me casara con él me sorprendió tanto que solo acerté a decirle que no.

—Pero ¿por qué, mamá?

—Es tan difícil de explicar… Me sentía tan poca cosa… Nunca estaba segura de mí misma. No me consideraba hermosa y esbelta, sino todo lo contrario: fea y basta. Pensaba que, una vez casados, él se cansaría de mí. Era terriblemente modesta y tímida.

—Y entonces el tío Tom… —sugirió Celia, que se conocía gran parte de la historia casi tan bien como Miriam.

Su madre sonrió.

—Sí, el tío Tom. Por entonces, nos encontrábamos en Sussex con tío Tom. Era ya un hombre anciano, pero conservaba intacta su lúcida inteligencia. Era sumamente bueno. Yo tocaba el piano, recuerdo, mientras él disfrutaba sentado junto al fuego del hogar. De pronto, me dijo: «John te ha pedido que te casaras con él, ¿no es

así, Miriam?». Yo no respondí y entonces agregó: «Y tú le dijiste que no». Tuve que admitir que así era. «Sin embargo, tú le quieres, ¿no es cierto?». De nuevo respondí afirmativamente. «Pues, la próxima vez, no vuelvas a decir no», me advirtió. «Volverá a pedírtelo, pero no habrá una tercera vez. Piénsalo. Es un buen hombre, Miriam. No juegues con tu felicidad».

—Y entonces, cuando volvió a pedirte que te casaras con él, tú dijiste que sí.

Miriam asintió con la cabeza.

Sus ojos adquirían el brillo habitual que les caracterizaba cuando algo la apasionaba.

—Y ahora, cuéntame cómo fue que vinisteis a vivir a esta casa.

También ésta era una historia que Celia conocía muy bien.

Miriam volvió a sonreír.

—Vivíamos en una casa amueblada y teníamos dos hijos: tu hermanita Joy, que murió, y Cyril. Tu padre había emprendido un viaje de negocios a la India y no pudo llevarme con él. Al volver, decidimos que este sitio era muy bonito y que, en el plazo de un año, encontraríamos una casa aquí. Buscamos y rebuscamos. Alguna vez, si tu padre tenía trabajo, Grannie me acompañaba.

»Hasta que una noche, cuando vino a cenar, le dije: «He comprado una casa, John». A lo cual él respondió: «¿Qué?». Entonces Grannie me apoyó. «Sí, John. Y me parece que habéis hecho una excelente inversión». El caso es que el segundo esposo de Grannie, es decir el padrastro de tu padre, me había dejado en herencia una pequeña cantidad. La única casa que vi y que me gustó, fue ésta. Era tan apacible, tan alegre. Pero la dueña, que era anciana, no quería alquilarla. Solo venderla. Era una mujer cuáquera sumamente tierna y dulce. De pronto le dije a Grannie: «¿Qué opinarías si la comprara con mi dinero?».

»Grannie me apoyó de inmediato: «Poseer casas siempre ha sido un buen negocio. Cómprala».

»Y la anciana cuáquera, que era realmente muy buena, me dijo: «Pienso que serás muy feliz en ella, mi querida. Tú, tu marido y tus niños…». Fue un presagio y, a la vez, una bendición.

El tomar decisiones rápidas y apasionadas era algo muy propio de su madre.

Celia dijo:

—¿Y aquí nací yo?

—Sí.

—Oh, mamá, nunca se te ocurra venderla. Miriam suspiró.

—No sé si el negarme a hacerlo ha sido la decisión más razonable. Pero a ti te agrada tanto… Y siempre será un lugar al que podrías volver…

La prima Lottie fue a pasar una temporada. Ya estaba casada y tenía su propia casa en Londres. Pero necesitaba un cambio de aires según dijo su madre.

Era indudable que no estaba bien de salud. A poco de llegar, tuvo que meterse en cama. Parecía realmente muy enferma. Habló de algo que había comido y que le había sentado mal.

—Pero ya tendría que haberse repuesto —dijo Celia una semana más tarde, observando que el estado de su prima no parecía mejorar.

Al fin y al cabo, cuando una comía algo que le sentaba mal, se tomaba una cucharada de aceite de castor, se quedaba un día en cama y al día siguiente, o al próximo, ya estaba mucho mejor.

Miriam miró a Celia con una extraña expresión en los ojos. La miraba mientras esbozaba una sonrisa entre culpable y burlona.

—Será mejor que lo sepas, hijita. La prima Lottie está en cama porque va a tener un niño.

Nunca en su vida Celia se había asombrado tanto. Desde que discutiera con Marguerite Priestman al respecto, no había vuelto a pensar en ese tema.

Hizo infinidad de preguntas.

—Pero ¿por qué ha de sentirse una enferma? ¿Cuándo llegará el bebé? ¿Mañana? Su madre rió.

—No, queridita. No llegará hasta el próximo otoño.

Le contó más. Le habló del tiempo que tardaba un niño en nacer y también le confió parte del proceso. Todo aquello no dejaba de provocar gran sorpresa en Celia. De hecho, era lo más extraordinario que jamás hubiera escuchado.

—Pero no digas nada delante de la prima Lottie. Sabes, se supone que las niñas pequeñas no saben nada de estas cosas.

Al día siguiente Celia corrió hacia su madre, presa de gran

excitación.

—Mamá, mamá, acabo de tener el sueño más fantástico. Soñé que Grannie iba a tener también un niño. ¿Crees que se cumplirá? ¿No estaría bien que le escribiese una carta preguntándoselo?

Se sorprendió cuando su madre empezó a reírse a carcajadas.

—A veces los sueños se realizan —protestó Celia algo enfadada —. Lo dice la Biblia.

Su interés por el niño de la prima Lottie duró una semana. Conservaba la esperanza de que llegara en cualquier momento y de que no fuera preciso esperar hasta el otoño. Al fin y al cabo, su madre podía equivocarse al pronosticar.

Por fin, la prima Lottie se volvió a Londres y Celia olvidó el suceso. Fue motivo de asombro para ella cuando, en el otoño, estando con Grannie, salió la anciana Sarah por la puerta del jardín, donde ambas estaban, diciendo:

—Tu prima Lottie ha tenido un niño. ¿No te parece maravilloso?

Grannie se había precipitado al interior de la casa, seguida de Celia. En la mesa del comedor había un telegrama, que Sarah acababa de abrir.

Poco después llegó la señora Mackintosh, una vieja amiga de su abuela.

—¿Es cierto que Lottie ha tenido un hijo, Grannie? —exclamó Celia—. ¿Qué tamaño tendrá?

Sin vacilar, la abuela señaló un buen trozo de una de sus agujas de hacer punto. Una de las grandes, pues estaba tejiendo largos calcetines de noche.

—¿Tan pequeño como eso?

Le parecía increíble.

—Mi hermana Jane era tan pequeñita que cabía en una jabonera —afirmó Grannie.

—¿En una jabonera?

—Y aún sobraba. Nunca pensaron que viviría —dijo, con el placer que siempre reflejaba su rostro al hablar de esos temas.

Y acercándose mucho al oído de la señora Mackintosh:

—Cinco meses.

Celia se sumió en sus reflexiones, tratando de representarse a un

niño tan pequeñito.

—Esa jabonera de que hablas, Grannie, ¿a qué tipo de jabón correspondía?

Pero Grannie no respondió nada. Estaba enfrascada en una apasionante conversación, en voz muy baja, con la señora Mackintosh.

—Sabe usted, los médicos no se mostraban de acuerdo con lo de Charlotte. «Bueno, ya veremos lo que sucede», dijo uno de ellos, el especialista. Cuarenta y ocho horas… El cordón… Sí, realmente en torno al cuello…

Su voz se hizo inaudible. De pronto, mirando a Celia, se detuvo.

Era curiosa la manera que tenía Grannie de decir las cosas. Todo parecía tener un interés apasionante. Acompañaba sus palabras con una extraña manera de mirarte, como si hubiera cientos de cosas que podía contar si quisiera.

Al cumplir los quince años, Celia volvió a la religión. Pero lo hizo de un modo razonado. Recibió la confirmación y también oyó predicar al arzobispo de Londres, por el que empezó a sentir una romántica devoción. Sobre la repisa de la chimenea colocó una fotografía de él. Una tarjeta postal en colores en la que aparecía ataviado para ceremonias extraordinarias. Siempre rebuscaba en los periódicos, a ver si hablaban de él. Imaginaba infinidad de historias fantásticas, según las cuales ella trabajaba en las parroquias del East End, visitando a los enfermos. Hasta que un día el arzobispo la vio y le pidió que se casara con él. Luego se fueron los dos a vivir a Fulham Palace. En otra ocasión Celia era una monja (porque había descubierto que había monjas y conventos que nada tenían que ver con el catolicismo romano) y ambos vivían una existencia enteramente dedicada a Dios, teniendo frecuentes visiones.

Después de ser confirmada, leyó varios libros piadosos e iba cada domingo a misa, prefiriendo la más temprana. Le apenaba que su madre no fuese con ella. Pero Miriam solo iba a la iglesia el domingo de Pentecostés. Para ella ese era el día supremo de la cristiandad.

—El bendito espíritu de Dios —decía—. Piensa en Él, Celia, en la gran maravilla misteriosa y bella de Dios. Los libros de plegarias no

se extienden sobre ese tema y los sacerdotes rara vez hablan de él. Tal vez les atemorice referirse a algo de lo que no están muy seguros. Me refiero al Espíritu Santo.

Miriam adoraba al Espíritu Santo, aunque a Celia le hacía sentirse un poco incómoda. A su madre no le gustaban gran cosa las iglesias. De todos modos, decía que algunas contenían al Espíritu Santo en mayor medida que otras. Dependía, según ella, de las personas que acudieran.

Celia, en cambio, era firme y estrictamente ortodoxa y, por lo mismo, la posición de su madre en este problema le causaba infinita desolación. No quería que se mostrara heterodoxa en materia religiosa. Pero es que había algo de místico en Miriam. Tenía poderes raros, mediante los cuales podía obtener visiones y percibir cosas que nadie podía ver. Era algo comparable a su extraño modo de conocer lo que una estaba pensando.

La visión de Celia, en la cual se convertía en la esposa del arzobispo de Londres, se fue desvaneciendo. Cada vez le atraía más la idea de meterse monja.

Por fin, le pareció que lo mejor era confiar a su madre sus proyectos. Temía que ésta se mostrara descontenta, pero tomó la cosa con gran serenidad.

—Sí, ya veo, querida.

—¿Y no te opones, madre?

—No, hija. Si, cuando cumplas veintiún años aún estimas que tu vocación es la de ser monja, por supuesto que…

Tal vez, pensaba Celia, la verdad estuviera en lo que predicaba la Iglesia católica. Sí; quizá se convirtiese. Las monjas católicas eran, en cierta manera, más reales.

Miriam le dijo que, a su modo de ver, la Iglesia católica impartía una religión muy interesante.

—Tu padre y yo casi nos hicimos católicos. Estuvimos muy cerca de ello. En realidad —sonrió de pronto— yo misma era quien le empujaba. Tu padre era un hombre bueno. Y tan poco malicioso como un niño. Se sentía muy contento con su religión. En cambio, yo siempre estaba investigando problemas religiosos y azuzándole para que se inquietara por los temas espirituales. Pensaba que, antes de decidirse por una u otra, era necesario estudiar las religiones y que, una vez tomada la decisión, había que encarar las

cosas seriamente.

Celia pensaba que, sin duda, así era. Sin embargo no dijo nada, porque pensaba que de hacerlo su madre se pondría a hablar del Espíritu Santo, idea esta última que le inspiraba cierto temor. El Espíritu Santo no aparecía para nada en ninguno de sus libros religiosos. Prefería pensar en el día en que sería monja y rezara en su celda…

Poco después de aquella conversación, Miriam dijo a Celia que ya era hora de que visitara París. Siempre había quedado sobreentendido, en todas las conversaciones sobre su formación, que esta tendría que completarse en París. La perspectiva, ahora inmediata, la excitaba sobremanera.

Su educación era bastante fuerte en historia y literatura. Su madre le permitía leer todo cuanto quería y la estimulaba, incluso, a conocer una inmensa variedad de temas. Miriam estaba al día con los modos de pensar de los tiempos. Insistía en leer los editoriales de los diarios que, según ella, contuvieran informaciones o consideraciones esenciales. A eso le llamaba «conocimiento general» y quería que Celia también los leyese. El problema de las matemáticas había sido resuelto con dos visitas semanales a la escuela local, donde recibía instrucción sobre una disciplina que, como a su padre, la atraía mucho y entendía con relativa facilidad.

De geometría, latín, álgebra y gramática no sabía prácticamente nada. Su geografía también era frágil. Se limitaba a los conocimientos adquiridos en los libros de viajes.

En París estudiaría canto, piano, dibujo y pintura, aparte, naturalmente, del francés. Completaría su educación.

Miriam buscó y encontró una casa cercana a la *avenue du Bois*, que albergaba a doce chicas y que estaba dirigida por dos señoras, una de las cuales era inglesa y la otra francesa.

Ambas fueron juntas a París y Miriam se quedó con su hija hasta que tuvo la seguridad de que sería feliz. Cierto que a los cuatro días Celia sufrió un ataque de nostalgia por su madre. Al principio no sabía de qué se trataba. Tenía un nudo en la garganta y con solo pensar en su madre los ojos se le llenaban de lágrimas. Si se vestía con una blusa que Miriam le había hecho, también le entraban

ganas de llorar, al recordar la imagen de ella inclinada sobre su labor. Entretanto, su madre seguía en París, esperando.

El quinto día, pasó a buscar a Celia.

Salió a su encuentro aparentemente tranquila, pero presa de un violento torbellino interior. En cuanto entraron en el taxi que las llevaría al hotel, Celia no pudo reprimir más las lágrimas.

—Oh, mamá, mamá…

—¿Qué sucede, querida? ¿No eres feliz? Si no lo eres, te llevaré de vuelta.

—Pero no quiero irme de vuelta. Me gusta eso. Solo que tenía tantas ganas de verte…

Media hora más tarde, su reciente angustia parecía un sueño, era irreal. Se parecía al mareo que se sufre en un viaje por mar: una vez que uno se recobra, es incapaz de revivir lo que sentía.

Aquel sentimiento no volvió a presentársele. Celia esperaba nerviosa la visita de su madre, analizando sus propios pensamientos y todas sus sensaciones. Pero no volvió. Amaba a su madre; la adoraba, en verdad. No obstante, el solo hecho de pensar en ella ya no le provocaba aquella angustia que le cerraba la garganta en un espasmo doloroso.

Una de las chicas que vivían en el pensionado, una norteamericana llamada Maisie Payne, se le acercó un día, diciéndole con su suave y ciertamente gracioso tono de voz:

—Tengo entendido que te has sentido muy sola. Mi madre se hospeda en el mismo hotel que la tuya. ¿Te sientes mejor ahora?

—Oh, sí. Estoy muy bien. Fue una tontería de mi parte.

—Bueno, yo diría más bien que fue algo natural, ¿no es así?

Su acento al hablar el inglés y también la suavidad y la gracia con que lo hablaba, le recordaron a Celia a aquella amiga norteamericana que conociera en el Pirineo y que se llamaba Marguerite Priestman. Sintió un ligero temblor de gratitud hacia aquella niña alta, de cabellos morenos; y la sensación aumentó al decirle ésta:

—Vi a tu madre en el hotel, cuando fui a ver a la mía. Es muy hermosa. Y más que hermosa, me pareció muy distinguida.

Celia pensó en su madre y quiso imaginarla tal como la vería alguien que nunca la hubiese visto hasta entonces. Pensó en su rostro menudo y vivaz, en sus manos y en sus pies, tan pequeñitos,

en sus oídos pequeños y delicados y en su naricilla respingona.

Su madre… ah, su madre… No, no había nadie en el mundo como su madre.

6. PARÍS

Celia se quedó un año en París y se divirtió mucho durante ese tiempo. Se hizo amiga de las otras chicas de la casa, aunque ninguna de ellas le resultaba del todo real. Acaso Maisie Payne hubiese llegado a serlo; pero se marchó al llegar la Pascua de aquel mismo año. Su mejor amiga era una chica grandota y bastante gorda, llamada Bessie West, que ocupaba la habitación vecina a la suya. Bessie era sumamente charlatana, tanto como Celia buena oyente. Por lo demás, ambas tenían predilección por las manzanas. Bessie hablaba de sus aventuras y escapadas entre dos mordiscos de manzana. Casi siempre sus historias terminaban con la frase:

«Y entonces me despeiné toda».

—¿Sabes, Celia? —le dijo un día—. Me gustas. Me gustas porque eres sensata.

—¿Sensata?

—Sí; no estás hablando siempre de hombres y cosas por el estilo. Las personas como Pamela y Mabel me ponen nerviosa. Cada vez que tengo clase de violín, sonríen tontamente y me dicen que, o yo estoy enamorada de Franz, o él lo está de mí. Todo eso me parece vulgar. Me gusta una fiesta con chicos guapos tanto como a cualquier otra; pero me parece de tontas todo eso de reírse durante la clase de violín.

Celia, que por entonces había superado ya definitivamente su pasión por el arzobispo de Londres, suspiraba ahora secretamente por Gerald du Maurier. Las cosas habían comenzado cuando le vio por primera vez en *Alias Jimmy Valentine*. Pero no dijo nada a nadie de su secreto amor.

Otra chica, a la cual se sentía vinculada, era una a la que Bessie llamaba «la deficiente mental».

Sybil Swinton tenía diecinueve años y era alta, con espléndidos ojos marrones y una gran mata de pelo trigueño. Bessie le había

puesto ese sobrenombre porque era sumamente amable y extremadamente estúpida. Siempre había que explicarle dos veces las cosas más simples. Pero su gran cruz era el piano. Leía la música con grandes dificultades y no se daba cuenta si tocaba incorrectamente alguna tecla. Celia solía sentarse pacientemente a su lado largos ratos, y le decía:

—No, Sybil. Es un *do* sostenido. Tu mano izquierda está mal colocada. Bueno, ahora el *do* natural. Veamos. Pero Sybil ¿no me escuchas?

No; Sybil no parecía capaz de escuchar y, si escuchaba, no retenía, aunque de momento comprendiese. Sus padres estaban muy ansiosos porque llegara el día en que realmente fuera capaz de ejecutar algo al piano, tal como lo hacían las otras chicas. Sybil hacía cuanto podía por satisfacerles, pero, en verdad, sus clases de música eran una pesadilla para ella y pronto lo fueron también para la profesora. *Madame* Le Brun, una de las dos maestras que frecuentaban la casa, era una mujer pequeñita, de pelo blanco y manos como garras. Se sentaba muy cerca de su discípula, cuando ésta daba su lección, con el resultado de que la chica no podía mover libremente el brazo derecho. Era muy exigente en lo tocante a la lectura de partituras a primera vista y solía llevar grandes libros con piezas para tocar a cuatro manos. Alternativamente, la alumna debía pasar de los agudos a los graves, mientras *madame* Le Brun se encargaba de la otra mitad. Las cosas solían ir bastante bien cuando *madame* se responsabilizaba de los agudos, porque se concentraba de tal modo en lo que estaba haciendo que descuidaba en gran parte lo que su discípula ejecutaba por su cuenta; y cuando, por fin, prestaba atención, se apercibía de que la niña iba dos o tres compases atrasada o adelantada en los bajos. Esto casi siempre daba lugar a un incidente.

—¿Mais qu'est-ce que vous jouez la, ma petite? ¡C'est affreux tout ce qui'il
y a de plus affreux!

Pero Celia disfrutaba con sus lecciones y disfrutó aún más cuando pasó a manos de *monsieur* Kochner. Este señor solo se encargaba de las chicas que demostraban poseer un verdadero talento. Se le veía muy satisfecho con Celia. Cogiéndole la mano y separando los dedos de manera implacable, solía exclamar al mismo

tiempo:

—¿Ve usted la mano bien extendida? Pues ésta es la mano de un pianista. La naturaleza la ha dotado generosamente, *mademoiselle* Celia. Ahora veamos qué podemos hacer para secundar sus designios.

Monsieur Kochner, por su parte, tocaba con verdadera maestría. Dos veces al año daba conciertos en Inglaterra, según le contó a Celia. Chopin, Beethoven y Brahms eran sus compositores predilectos. Solía dejar a la propia Celia elegir las obras que prefería estudiar. Le comunicaba, además, tal entusiasmo, que ella no vacilaba en hacer ejercicios de teclado durante seis horas al día, tal como él quería. La práctica no constituía para ella un verdadero trabajo. Adoraba tocar el piano. Desde siempre había sido un buen amigo.

Para las clases de canto, Celia acudió a *monsieur* Barré, que había sido en otros tiempos cantante de ópera. Celia tenía una clara y potente voz de soprano.

—Sus agudos son excelentes —le dijo *monsieur* Barré—. Es lo que nosotros llamamos *voix de tete*. Los graves, las notas de pecho, son algo débiles, pero no del todo malas. Lo que en realidad debemos trabajar es el *médium*. El *médium*, *mademoiselle*, procede del paladar.

Luego comenzaba a marcar el compás.

—Veamos ese diafragma. Aspire… retenga… retenga. Ahora expire súbitamente. Magnífico, magnífico. Tiene usted el *fiato* de una cantante.

Le dio un lápiz.

—Colóquelo entre sus dientes. Assssí. En la esquina de la boca. Y que no vaya a caerse mientras usted canta. Es necesario que llegue usted a pronunciar cada una de las palabras con toda claridad, sin quitarse el lápiz de la boca. Y no vaya usted a decirme que estoy pidiendo imposibles.

En conjunto, podía decirse que *monsieur* Barré estaba satisfecho con ella.

—Aunque me intriga su francés. No es el francés con el habitual acento inglés que uno espera y que tanto me hace sufrir… ¡*Mon Dieu*! Nadie sabe hasta qué punto me hace padecer. No. Tiene usted algo así como un acento meridional. ¿Dónde aprendió a hablar el

francés?

Celia se lo contó.

—Ah, ¿de modo que su doncella era del sur de Francia? Eso explica todo. Bueno, bueno, también corregiremos eso.

Trabajó mucho su canto y advirtió que su maestro estaba satisfecho con los resultados. No obstante, *monsieur* Barré se burlaba a veces un poco.

—Es usted como todos los ingleses; cree que cantar significa abrir la boca todo lo posible y dejar salir la voz. De ninguna manera. Está la piel. La piel del rostro, en torno a la boca, que es preciso cuidar. No es usted una niña del coro, sino un proyecto de cantante, que está interpretando la habanera de la *Carmen* de Bizet, dicho sea de paso, en un tono incorrecto. Usted ha cambiado la tonalidad para que se ajuste a su registro de soprano. Un aria de ópera debe cantarse siempre en la tonalidad elegida por su autor. Alterarla es un insulto a su memoria. Recuerde siempre eso. Quiero que me estudie una canción escrita para *mezzo*. Vamos, usted es Carmen y yo don José. Lleva una rosa entre los labios, no un lápiz, y canta con el objetivo de tentarme. El rostro, la expresión. Cuidado, su cara parece de madera. Ponga más emoción.

Al terminar la lección, Celia lloraba. Pero Barré era un buen hombre.

—Está bien, está bien, niña. Esa aria no es para usted, simplemente. En su lugar, cantará el «Jerusalén» de Gounod, el «Aleluya» del *Cid* y otro día volveremos con la habanera de *Carmen*.

La mayor parte de las chicas empleaba mucho tiempo con la educación musical. El francés les llevaba tan solo una hora cada mañana. Celia, que podía hablar un francés mucho más fluido y rico que las demás, se sentía, sin embargo, terriblemente humillada a la hora de escribirlo. En los dictados, mientras las otras cometían dos, tres o, como mucho, cinco faltas, ella llegaba a las veinticinco y aun a las treinta. A pesar de haber leído innumerables libros en francés, no tenía idea de la ortografía. También escribía mucho más lentamente que las demás. Los dictados eran su pesadilla. *Madame* decía:

—Pero es que me resulta inexplicable, *inexplicable*, que escriba usted tan mal. Me parece, Celia, que ni siquiera sabe usted lo que es un participio pasivo.

Era cierto.

Dos veces a la semana, ella y Sybil iban a clase de pintura. A Celia le disgustaba aquella disciplina, que restaba tiempo a sus clases de piano y de canto. Odiaba el dibujo y, más aún, la pintura. Ambas estudiaban el modo de pintar flores.

¡Miserable ramo de violetas en un vaso de agua!

—Las sombras, Celia. Ponga las sombras antes.

Pero Celia no veía bien dónde se encontraban las sombras. Trataba de atisbar lo que Sybil hacía, para poder copiarla.

—Tú sí que pareces saber dónde están esas condenadas sombras, Sybil. En cambio yo no tengo ni idea de ellas. Nunca las veo.

Sybil no tenía un especial talento para el arte; pero, a la hora de dibujar y pintar, Celia era la «deficiente mental».

Odiaba profundamente aquellos ejercicios que consistían en arrancar los secretos de las flores y exponerlos en manchas de color, tras mucho hacer y borrar. Pensaba que las violetas debieran dejarse crecer en los jardines y cortarlas antes de que se marchitaran para ser puestas en vasos. Esto de pintarlas le parecía una incongruencia.

—No veo la razón de dibujar y pintar objetos —dijo cierta mañana a Sybil—. A fin de cuentas, si quieres verlos, ahí los tienes.

—¿Qué quieres decir?

—No sé cómo expresarlo; pero ¿para qué hacer cosas que se parecen a las que ya existen? Es un desperdicio de tiempo y de atención. Si se pudiera dibujar una flor que realmente no existiera, es decir imaginar una, entonces sí que valdría la pena.

—¿Quieres decir sacarte una flor de la cabeza, así como así?

—Sí; pero ni aun eso estaría del todo bien, porque seguiría siendo una flor, aunque imaginada. En realidad, no habrías hecho una flor, sino una mancha sobre un papel.

—Pero Celia, los cuadros, quiero decir, las verdaderas obras de arte, son maravillosas.

—Sí, naturalmente, al menos… —Se detuvo—. Pero ¿de verdad lo son?

—¡Celia! —exclamó Sybil, asombrada por lo que acababa de oír, que para ella era una herejía.

¿No las habían llevado, el día anterior, al museo de Louvre, a ver los cuadros de los grandes maestros?

Celia admitió que se había mostrado, efectivamente, herética. Todo el mundo hablaba del arte con especial estima y reverencia.

—Creo que había desayunado demasiado chocolate —dijo—. De ahí que todo aquello me pareciera bastante pesado. Todos esos santos, casi idénticos, con la misma mirada… Pero la verdad es que la culpa es mía. Son realmente maravillosos.

Sin embargo, había en su voz un acento poco convencido.

—Tendría que gustarte la pintura, Celia. Eres tan aficionada a la música…

—Es que la música es diferente. Es algo que vale por sí mismo, que no es imitativo. Coges un violín, un violonchelo o cualquier otro instrumento y le arrancas hermosos sonidos, que, además, puedes entretejer, formando grupos armónicos. La música se basta a sí misma.

—Bueno —dijo Sybil—. Por mi parte, opino que la música no es sino una colección de ruidos molestos. Muy a menudo, cuando toco mal, me parece que las notas equivocadas suenan mejor que las correctas.

Celia miró desesperadamente a su amiga.

—No me dirás que lo que acabas de afirmar es cierto. ¿No tienes oído?

—¿De qué te asombras? A juzgar por lo que has pintado esta mañana, podría decirse que tú no sabes ver.

Celia se detuvo, estorbando el paso a la pequeña *femme de chambre* que iba detrás de ellas por el corredor. La chica protestó.

—¿Sabes, Sybil? —dijo Celia sin reparar en la doncella—, creo que tienes razón. Creo que yo no sé ver. Y de ahí que mi ortografía sea tan mala. Nunca estoy muy segura de cómo en verdad son las cosas.

—He visto que sueles meter los pies en los charcos de la calle.

Celia reflexionaba.

—No creo que importe mucho, al fin y al cabo —concluyó—. Lo que más me molesta es la ortografía. Quiero decir que lo que realmente importa no es tanto ver como sentir las cosas. La forma tiene un significado inferior y también el proceso por el cual esa forma fue creada.

—¿A qué diablos te refieres?

—Bueno, toma una rosa, por ejemplo —y Celia señaló una—.

¿Qué importa saber cuántos pétalos tiene y qué forma tiene cada uno? Lo que sí importa, en cambio, es la admiración que produce al contemplarla, la sensación de esplendor que irradia, su tacto aterciopelado y su aroma.

—Pues es imposible dibujar una rosa si no se conoce su forma.

—Mira, Sybil, pedazo de tonta. ¿No te he dicho ya que a mí no me interesa el dibujo? No me gustan las rosas pintadas, sino las reales.

Al pasar junto a otro jarrón con rosas, Celia cogió un par de ellas.

—Huele —dijo, colocándolas ante las narices de Sybil—. ¿No te produce una maravillosa y celestial sensación su tenue olor?

—Me parece que has comido demasiadas manzanas esta mañana.

—Oh, no. Pero, Sybil, hazme el favor de no mostrarte tan literal. ¿No es un olor delicioso?

—Sí que lo es; pero a mí no me produce esa maravillosa y celestial sensación en la tripa. Por otra parte, no veo por qué tal sensación ha de resultar agradable.

—Mamá y yo tratamos en cierta ocasión de estudiar botánica; pero un buen día dejamos el libro a un lado. Yo lo odiaba. Eso de enumerar todas las flores y señalar pistilos y estambres… Me parecía indecoroso. Algo así como desvelar en público los secretos de las flores. Pienso que la botánica es asqueante. La veo como algo… poco delicado.

—Ten en cuenta, Celia, que si algún día te metes a monja tendrás que bañarte con una *chemise*. Es obligatorio. Mi prima me lo ha dicho. Tal vez eso sí te resulte particularmente decoroso.

—¿Es cierto lo que dices? ¿Por qué?

—Pues porque no creen que esté bien eso de mirarse el propio cuerpo desnudo.

—Oh, ¿y cómo se las arreglarán con el jabón? No creo que llegues nunca a estar muy limpia si has de enjabonarte por encima de la ropa.

Las chicas del pensionado fueron a la ópera y también a la Comedie Francaise. En otra ocasión se las llevó al Palais de Glace,

donde se podía patinar en invierno. A Celia todo le resultó particularmente interesante y divertido; pero era la música lo que realmente le llenaba la vida. Escribió a su madre que estaba dispuesta a tomarse en serio los estudios de piano y a llegar a ser una intérprete profesional.

Al finalizar el año de estudios, la señorita Schofield organizó una reunión, en la cual las más avanzadas en los estudios musicales cantaron o tocaron instrumentos. Celia hizo ambas cosas. El canto le fue muy bien; pero con el piano tuvo una ligera confusión al interpretar el primer movimiento de la *Patética* de Beethoven.

Miriam acudió desde Londres a buscar a su hija y, a solicitud de ésta, pidió al señor Kochner que fuese a tomar el té con ellas al hotel. La idea de que Celia quisiera dedicarse a la música profesionalmente debía ser considerada con todo cuidado y prefería, ya que Celia así lo deseaba, enterarse bien de las cosas. Su hija no estaba con ellos cuando Miriam le interrogó.

—Le diré la verdad, señora. *Mademoiselle* Celia posee técnica, capacidad… y también el sentimiento que se requiere. De todos mis discípulos, ella es en estos momentos la más prometedora. Sin embargo, no creo que tenga el temperamento requerido para ser intérprete profesional.

—¿Quiere usted decir que no serviría para tocar ante el público?

—Exactamente. Eso es lo que quise decir. Para ser un artista hay que saber aislarse del mundo. Si se siente cercano a uno, ha de ser tan solo como un estímulo. Su hija Celia no consigue ese aislamiento. Toca muy bien ante una audiencia de una persona o dos. Aunque supongo que nunca como cuando se encuentra a solas, con la puerta de la habitación bien cerrada.

—¿Quisiera usted decirle a ella lo que me acaba de contar a mí, señor Kochner?

—Si usted así lo desea, señora.

Celia, al oírle, se sintió amargamente desilusionada. De nuevo volvió a pensar en la idea de dedicarse al canto, dejando la ilusión de llegar a ser concertista de piano.

—Aunque, claro, no será lo mismo.

—¿No te gusta tanto cantar como tocar el piano?

—Oh, no.

—Quizá sea por eso por lo que te pones tan nerviosa; cuando

cantas.

—Tal vez. En cierto modo, la voz me parece algo que está fuera de mí. Quiero decir que es algo que tú no haces, como sucede con el piano, en que los dedos han de arrancar los sonidos. ¿Verdad que me entiendes, mamá?

Mantuvieron una trascendental conversación con *monsieur* Barré.

—Tiene ciertamente la técnica y el timbre. Y el temperamento. Cierto que aún no ha logrado llenar de expresividad lo que interpreta, pero eso vendrá, sin duda, con el tiempo. De todos modos, su voz es encantadora: pura, firme. Su respiración es también correcta. Sí que puede llegar a ser una cantante. Pero una cantante de concierto. Su voz no tiene la potencia que la ópera requiere.

Cuando estuvieron de vuelta en Inglaterra, Celia dijo a su madre:

—He estado pensando, mamá, y he llegado a la conclusión de que, si no he de cantar ópera, renunciaré al canto. Quiero decir, como profesión.

Ambas rieron.

—Tú nunca viste el proyecto con muy buenos ojos, ¿verdad, mamá?

—No. Ciertamente, nunca quise que te transformaras en cantante profesional.

—Pero no te hubieses opuesto. ¿Verdad que me dejarías hacer todo lo que quisiera, a condición de que lo deseara fervientemente?

—Oh, no. Cualquier cosa, no —repuso su madre de muy buen humor.

—Pero casi.

Su madre seguía riendo.

—Quiero que seas feliz, mi reina.

—Y yo estoy segura de que siempre lo seré.

Su voz rezumaba confianza.

Aquel otoño Celia escribió a su madre diciéndole que quería ser enfermera y trabajar en un hospital. Era la profesión que Bessie había elegido y ella pensaba que podría seguirla también. En sus últimas cartas hablaba mucho de Bessie.

Miriam evitó darle respuestas directas. Hasta que, casi ya al final del trimestre, le escribió diciendo que su médico le había aconsejado que pasara el invierno lejos de Inglaterra. Así que pensaba ir a Egipto y quería que Celia la acompañara.

Cuando Celia volvió de París, se encontró con que su madre estaba pasando unos días en casa de Grannie y que su cabeza estaba llena de proyectos. A Grannie todo aquello del viaje le parecía una futilidad. Así se lo estaba diciendo a Lottie cierto día en que ésta fue a almorzar a su casa. Celia pudo oírla.

—No puedo comprender a Miriam —decía—. Está en mala situación y pretende largarse nada menos que a Egipto. ¡Egipto! ¡Con lo caro que sale semejante viaje! Pero así es Miriam. Nunca tendrá idea de lo que es el dinero. Cuando pienso que Egipto fue uno de los últimos países donde estuvo con John… Me parece algo poco delicado.

A Celia le pareció que su madre tenía un aspecto a la vez desafiante y excitado. La llevó con ella de tiendas, comprándole tres vestidos de noche.

—La niña aún no sale por las noches. Eres absurda, Miriam —dijo Grannie.

—Pues no estaría mal que comenzara a salir en Egipto. No será como en las fiestas de gala londinenses; pero, en fin, es algo que al menos podemos permitirnos.

—Solo tiene dieciséis años.

—Casi diecisiete. Mi madre se casó antes de cumplir los diecisiete años.

—Pero supongo que tú no querrías que tu hija se casara tan joven.

—No, no quisiera. Pero, de todos modos, deseo que se divierta mientras es una adolescente.

Los vestidos de noche eran elegantísimos, pero, lamentablemente, no podían realzar lo que Celia no tenía. Porque, en verdad, aquellos pechos voluminosos con los que soñaba nunca se materializaron. Tuvo que olvidarlos y también las blusas que los ponían de manifiesto de manera inequívoca. Su desilusión en tal materia era amarga y punzante. ¡Con lo que ella deseaba tener buenos pechos! Pobre Celia. Si hubiese nacido veinte años más tarde, se la habría admirado precisamente por carecer de ellos. No

hubiera necesitado curas de adelgazamiento.

En fin, siendo las cosas como eran, se introdujeron unos discretos rellenos en los corpiños de los vestidos.

Celia anhelaba poseer un vestido negro para las noches, pero su madre se negó a que eligiera uno. Dijo que no era propio de una niña de su edad. Le compró, en cambio, una falda de tafetán blanco, un vestido verde claro hecho de un género parecido a una malla, con muchas cintas pequeñas que lo cruzaban en todas direcciones, y otro de raso en un tono rosa pálido, que llevaba un manojo de flores sobre uno de los hombros.

Grannie desenterró de uno de sus insondables cajones de caoba un corte de género color turquesa brillante, sugiriendo que la pobre señorita Bennett podría probar suerte con él. Miriam se las apañó para dar a entender con mucho tacto que acaso la pobre señorita Bennett no fuera capaz de lucirse si intentaba coser un comprometido atuendo de noche. De modo que la tela color turquesa fue confiada a manos más expertas. Luego se llevó a Celia a la peluquería, donde le dieron unas lecciones sobre cómo hacer para peinarse de manera que su hermoso cabello diese de sí cuanto podía. Sin embargo, el modelo de peinado, con el que todos estuvieron de acuerdo, no era fácil de llevar a la práctica, pues requería pequeños rizos en la frente y el pelo de Celia era totalmente lacio. Por otra parte, lo llevaba tan largo que le llegaba a la cintura.

Todo aquello era apasionante. Celia pensaba que su madre estaba más joven y bonita que nunca.

Por cierto, este detalle no se le escapó a Grannie.

—En verdad, Miriam parece estar muy ilusionada con el viaje.

Pasaron años antes de que Celia comprendiese bien lo que su madre sentía aquellos días. Su propia adolescencia había sido pobre y triste. De ahí el deseo de que su hija gozara de todas las diversiones e ilusiones de las que ella no había podido disfrutar. Comprendía que Celia no podría divertirse si vivía en una casa apartada, sin jóvenes de su edad con los que tratar.

De ahí el proyecto de ir con su hija a Egipto, donde en los meses que había pasado allí con su marido, había hecho muy buenos amigos. Para obtener el dinero del viaje no había vacilado en vender parte de los escasos bonos y acciones que poseía. Celia no

tendría que sentirse inferior ante la presencia de otras chicas mejor vestidas y alojadas.

Por otra parte —y esto se lo dijo mucho más tarde a Celia— tenía sus temores por la amistad de su hija con Bessie West.

—He visto a demasiadas chicas que prestan más atención a una amiga que a los hombres. Me parece algo antinatural y poco lógico.

—¿Bessie? Pero yo jamás tuve una especial amistad con Bessie.

—Ahora lo sé; pero entonces no. Y tenía miedo. Toda aquella charla de hospitales era un disparate. Yo quería que te divirtieras, que tuvieras vestidos hermosos y que lo pasaras bien, de un modo que correspondiera a tu juventud. Quería que siempre fueses feliz con naturalidad.

—Bueno —diría Celia—, tus deseos se cumplieron.

7. MUJER

Celia se divirtió mucho, es cierto; pero también tuvo momentos de angustia y sufrimiento a causa de su timidez, rasgo que distinguía su personalidad desde que era una niña muy pequeña. Por tal motivo, solía enmudecer, sintiéndose torpe e incapaz de demostrar que lo estaba pasando bien.

Se preocupaba poco de su aspecto y de todo cuanto fuera pura y simple apariencia. Se concedía a sí misma la verdad, desde luego indiscutible, de ser hermosa. Era delgada y alta, de figura esbelta. Tenía el pelo lacio y abundante, de un magnífico color rubio ceniza. Su rostro ostentaba un color saludable y, en general, pasaba por una escandinava. Lástima que a menudo palideciera por culpa de su timidez y de su carácter nervioso. Aunque, entonces, usar cosméticos era impropio de una hija de buena familia, Miriam le ponía un poco de lápiz de labios en las mejillas todas las noches que salía. Quería que fuese la más bonita.

Pero no era su aspecto lo que más le preocupaba a Celia, sino la idea de que las personas que trataba pudieran considerarla un poco tonta. No era particularmente lista y no serlo le parecía una tremenda desventaja. Nunca sabía qué decir a su compañero de baile. Lo que se le ocurría sonaba solemne y grave. No sabía ser ocurrente.

Miriam la espoleaba continuamente para que hablara más.

—Di algo, mi niña. Cualquier cosa. No importa que sea una tontería. Has de tener en cuenta que para un hombre es muy difícil mantener una conversación con alguien que no sale del sí y del no. No dejes caer la conversación.

Sin embargo, nadie advertía las dificultades de Celia, a excepción de su madre, que sufrió el mismo problema de la timidez no solo a la edad de su hija, sino todo el resto de su vida adulta.

Nadie sabía que Celia era tímida. En general se la tenía por

altiva y vanidosa. Nadie adivinaba lo modesta que era y lo mucho que su timidez la hacía sufrir.

Pero a causa de su gran belleza, Celia se divirtió mucho. Además, bailaba bien. A finales de invierno se encontró con que había asistido a cincuenta y seis fiestas, gracias a las cuales llegó a dominar, aunque solo fuera un poco, el juego de la conversación intrascendente. Ahora se sentía menos torpe, tenía más confianza en sí misma y comenzaba a divertirse sin que la timidez le aguara la fiesta.

La vida era como una neblina de bailes y luces doradas, de juegos de polo y partidos de tenis. Era algo poblado de hombres jóvenes que hacían cuanto podían por cogerle la mano, flirtear o besarla y que eran rechazados por su altanería. Para Celia solo un hombre era real: el tostado coronel escocés que estaba allí al frente de su regimiento y que jamás se dignaba a hablar con niñas jóvenes.

Le encantaba el rubicundo y pequeño capitán Gale, que tenía por costumbre bailar tres veces con ella cada noche (tres era el número máximo permitido. No era posible bailar más de tres veces con la misma persona). Solía bromear y decirle que, si bien no necesitaba clases de baile, sí que las necesitaba para aprender a charlar.

Sabía que el capitán Gale la apreciaba; pero se sorprendió mucho cuando Miriam le dijo una noche en que volvían de una fiesta:

—¿Sabías que el capitán Gale desearía casarse contigo?

—¿Conmigo? —repuso Celia con incredulidad.

—Sí. Me habló al respecto. Deseaba saber si, a mi modo de ver, podía abrigar esperanzas.

—Pero ¿por qué no me dijo nada a mí?

Celia se sentía un poco resentida.

—No lo sé; supongo que trató de hacerlo y lo encontró difícil —repuso Miriam sonriendo—. De todos modos tú no quieres casarte con él, ¿verdad, Celia?

—Oh, no. No obstante, sigo pensando que el capitán debió haber hablado conmigo.

Así fue la primera propuesta de matrimonio recibida por Celia. A su modo de ver, nada especialmente satisfactorio.

De todos modos, poco importaba, porque ella no pensaba en

aceptar a nadie, excepto al coronel Moncrieff; y éste nunca le vendría con proposiciones. Se quedaría soltera y toda su vida le amaría secretamente.

¡Ay del moreno y bronceado coronel Moncrieff! A los seis meses corría la misma suerte de Auguste, Sybil, del arzobispo de Londres y de Gerald du Maurier.

La vida de persona adulta le resultaba difícil. Era interesante, pero trabajosa. Una siempre tenía que sufrir por una u otra cosa; había que atender al peinado, a las imperfecciones de la figura, a la estupidez al hablar. Y la gente, los hombres, en especial, siempre se las arreglaban para que te sintieras torpe.

En toda su vida Celia no iba a olvidar su primera visita a una casa de campo. Sus nervios le jugaron malas pasadas ya cuando iba en el tren. Unas manchas rojas le salieron en el cuello. ¿Se conduciría bien? ¿Sería capaz (¡qué pesadilla!) de *hablar*? ¿Le quedarían bien los rizos en la nuca? Miriam siempre se encargaba de hacérselos en la nuca, donde sus manos no llegaban. ¿No la considerarían un poco tonta? ¿Estaría adecuadamente vestida?

Nadie hubiese podido mostrarse más amable y cariñosa que la dueña de casa. Y su marido, también. Con ellos no sentía ninguna timidez.

Estaba muy satisfecha con su gran dormitorio y con la doncella que abría sus maletas para colocar la ropa en el armario y que fue más tarde a ayudarla a vestirse de gala. Le abotonó el vestido en la espalda.

Llevaba un nuevo vestido color rosa, muy sencillo. Al bajar para la cena, se sentía terriblemente nerviosa. Esta sensación se intensificó al percibir la gran cantidad de invitados que había. Aquello era horrible. El anfitrión estuvo encantador con ella; le hablaba, bromeaba y le decía «nube rosa», porque siempre la veía ataviada de ese color.

La cena era exquisita. Sin embargo, Celia no pudo sacarle todo el provecho que merecía, porque era incapaz de decidirse a hablar libremente a sus compañeros de mesa. Uno de ellos era un hombre regordete y más bien pequeño, de rostro muy colorado; el otro, por el contrario, era alto y tenía los cabellos un poco grises en las

sienes. La miraba con expresión enigmática y como burlona.

Le habló, sin embargo, en tono serio de libros y obras teatrales. Luego varió de tema y empezó a hablarle del campo. Le preguntó dónde vivía. Cuando ella se lo dijo, él repuso que tal vez para Pascuas fuese por allí. Aprovecharía para hacerle una visita, si ella no ponía inconveniente. Celia le repuso que, por el contrario, le daría una gran alegría.

—Pues entonces, ¿por qué no muestra usted una expresión más alegre? —preguntó él, riendo.

Celia sintió que se ruborizaba.

—Me gustaría que la perspectiva la alegrara realmente, ya que hace un minuto he resuelto ir a verla.

—El lugar es muy bonito —dijo ella.

—No es el paisaje lo que me interesa.

Celia hubiera deseado que las personas no dijesen nunca frases como aquélla. Apartó su pan presa de gran nerviosismo. Su vecino la miraba con expresión divertida. ¡Qué niñita le parecía! Gozaba poniéndola en aprietos, de modo que comenzó a decirle frases elogiosas, en algún caso realmente extravagantes.

Celia sintió un gran alivio cuando su compañero se volvió hacia la mujer que estaba a su otro lado, dejándola a cargo del regordete. Se llamaba Roger Raynes, según le dijo. Pronto se encontraron hablando de música. En realidad, Raynes era cantante y aunque no era profesional, eso no quitaba que, en ciertas oportunidades, hubiera actuado como tal. Celia llegó a sentirse muy feliz charlando con él.

No había reparado en los platos que se servían. De pronto vio un helado que representaba una delgada columna color melocotón, adornada con violetas cristalizadas.

El primer intento del camarero por servírselo había fracasado, porque la columnita zozobró antes de ser puesta ante Celia. Entonces volvió al gran aparador y, después de restaurarla, parecía dispuesto a llevárselo de nuevo a Celia; pero alguna otra exigencia distrajo su atención, de modo que no se lo llevó enseguida. Esto la puso nerviosa y, durante unos instantes, no prestó atención a lo que el hombrecillo rubicundo le decía.

Después de la cena hubo música. Roger Raynes cantó y ella le acompañó al piano. Tenía una magnífica voz de tenor y Celia

disfrutó mucho tomando parte en el espectáculo. Era una acompañante experta y comprensiva, que no obstaculizaba los detalles expresivos del cantante. Luego le tocó a ella cantar. Era extraño, pero nunca sentía nervios cuando se trataba de cantar. Roger le dijo, muy amablemente, que tenía una voz encantadora, aunque habló más bien de la suya propia. Le pidió a Celia que volviese a cantar; y cuando ella le dijo que por qué no lo hacía él, no fue preciso repetírselo.

Aquella noche Celia se fue a la cama muy feliz. La fiesta en la casa de campo no había sido, a fin de cuentas, algo tan temible.

La mañana siguiente transcurrió de manera muy agradable. Fueron a dar paseos, visitaron los establos y echaron un vistazo a los cerdos de raza. Luego Roger Raynes le dijo que si no tendría inconveniente en entrar en la casa para acompañarle en algunas canciones a las que deseaba dar un repaso. Ella accedió. Cuando había cantado unas seis, cogió una partitura llamada «Lirios de amor». Al terminar de cantarla le dijo:

—Deme su opinión sincera sobre la canción que acabo de interpretar. ¿Le ha gustado?

—Bueno… —dijo Celia—. Es tal vez algo triste.

—Estamos de acuerdo —afirmó Roger Raynes—. Hasta ahora no estaba muy seguro, pero su opinión ha servido para confirmar mi punto de vista inicial. A usted la canción no le gusta, de modo que ¡allá va!

Cogió el papel y después de romperlo, lo arrojó a la chimenea. Celia estaba impresionada. Era una canción nueva que, según le había dicho, la había comprado el día anterior; y a causa de su opinión adversa, él la había echado al fuego.

Se sintió una persona mayor, cuyas opiniones pesaban. Una persona importante.

El gran baile de disfraces, que era en realidad la piedra de toque de la invitación a la casa de campo, tendría lugar aquella misma noche. Celia iría vestida como la Margarita de *Fausto*; toda de blanco y el cabello peinado con raya al medio, cayendo a ambos lados del rostro. Tan rubia, se parecía más a Gretchen de lo que ella misma imaginara. Roger Raynes le había dicho que tenía con él

algunas arias de la ópera y que, en alguna ocasión, ya probarían a cantar algunos dúos.

Celia se sentía nerviosa cuando comenzó el baile. Siempre encontraba dificultad en conducirse adecuadamente en una fiesta grande y no sabía bien por qué se encontraba, a menudo, bailando con hombres que no le interesaban gran cosa. Luego, cuando aparecían los que le interesaban, ya no le quedaban más bailes que conceder. Por otra parte, si fingía estar muy solicitada corría el peligro de que esos hombres interesantes no se acercaran a ella; y en caso contrario existía la probabilidad de encontrarse sola (horror). Algunas chicas parecían sortear con facilidad el problema. Pero ella, tuvo que reconocerlo por centésima vez, no era lista.

La señora Luke, que era la anfitriona, se dedicó mucho a Celia, ocupándose de presentarle toda clase de personas.

—El mayor De Burgh.

El presentado hizo una reverencia.

—¿Quiere usted bailar?

Era un hombre corpulento, de aspecto caballuno, grandes mostachos rubios y rostro colorado. Parecía tener unos cuarenta años. Acaso cuarenta y cinco.

Se apuntó con tres bailes en el carnet de Celia y le pidió que cenase más tarde con él.

A Celia no le resultaba nada fácil entenderse con el mayor. Era hombre parco en el hablar y, en cambio, la miraba insistentemente, haciéndola sentirse más tímida.

La señora Luke dejó la fiesta cuando ésta estaba en pleno apogeo. No parecía encontrarse muy bien.

—George cuidará de ti y te llevará de vuelta a tu habitación, Celia. A propósito, parece que has conquistado definitivamente al mayor De Burgh.

Celia sintió que su confianza se afirmaba. Temía haber caído mal al mayor.

Bailó mucho y, a eso de las dos de la mañana, George se dirigió hacia ella.

—Hola, nube rosada. Ya es hora de que los caballos vuelvan a su establo.

Pero ya en su dormitorio, se encontró con que no podía desabrocharse el vestido si alguien no la ayudaba. En ese momento

oyó la voz de George en el corredor. Se despedía de otros invitados. ¿Le pediría que la ayudase, o no? Si no lo hacía, le esperaba una noche sin poder desvestirse. Pero su valor la abandonó. A la mañana siguiente, Celia, todavía completamente vestida, dormía profundamente.

El mayor De Burgh volvió al día siguiente. Ante el coro sorprendido que le dio la bienvenida, explicó que no había salido de casa aquella mañana. Se sentó, pero habló poco. La señora Luke le sugirió que acaso le interesara ver los puercos y dijo a Celia que le acompañara.

Durante la cena, Roger Raynes parecía malhumorado.

Al otro día, Celia pasó una tranquila mañana con sus anfitriones. Los demás se habían marchado temprano. Ella lo haría en el tren de la tarde. Alguien, llamado «el querido Arthur, ese tío tan simpático» fue a almorzar. Era, a ojos de Celia, un señor muy anciano y nada simpático. Hablaba en voz baja y fatigada.

Después del almuerzo, habiendo dejado la habitación la señora Luke, quedó a solas con Celia y aprovechó para acariciarle las rodillas.

—Encantadora —murmuró—. Encantadora. No le importa, ¿verdad?

Sí que le importaba; y mucho. Sin embargo soportó la caricia, suponiendo que aquélla sería una conducta habitual en tal tipo de programas. No quería dar la impresión de que carecía de mundo, ni parecer torpe o inmadura. Apretó los dientes y no dijo nada.

El simpático Arthur deslizó técnicamente un brazo en torno a su cintura y la besó. Celia se enfrentó a él furiosa, empujándole.

—No puedo… Oh, por favor. No puedo…

La cortesía es la cortesía. Pero había cosas que no estaba dispuesta a tolerar.

—Qué hermosa cinturita —dijo Arthur, volviendo a rodearle la cintura.

La señora Luke entró en aquel preciso momento, advirtiendo de inmediato la expresión de Celia y también su rostro ruborizado.

—¿Se mostró Arthur atento contigo? —le preguntó mientras se dirigían a la estación—. No suele ser de fiar cuando se encuentra a

solas con niñas bonitas. Pero no pasa a mayores.

—¿Es preciso permitir a los caballeros que le acaricien a una las rodillas? —preguntó Celia.

—¿Qué? ¡Por supuesto que no, querida niña!

—Bueno —dijo Celia con un profundo suspiro de alivio—. Me alegro mucho.

La señora Luke parecía divertirse.

—Qué graciosa eres —comentó.

Tras un silencio en el que dejó correr sus pensamientos, agregó:

—Estabas muy bonita en el baile. Algo me dice que tendrás noticias de Johnnie de Burgh. —Su acento adquirió un deje de complicidad—. Es enormemente rico.

Al día siguiente de llegar Celia a su casa recibió una gran caja de chocolatinas envuelta en papel rosado. Ninguna tarjeta hacía suponer el nombre de quién la enviaba. Dos días después, llegó a sus manos un paquetito que contenía una pequeña caja de plata. Grabada en la tapa, podía leerse la palabra «Marguerite» y la fecha del baile.

Esta vez, el envío traía una tarjeta: la del mayor De Burgh.

—¿Quién es, Celia? —preguntó su madre.

—Alguien a quien conocí en el baile.

—¿Qué tal es?

—Algo viejo y de cara rubicunda. Muy simpático; pero habla poco.

Miriam asintió con la cabeza. Aquella noche escribió a la señora Luke.

La respuesta fue muy clara y explícita, porque su corresponsal era una perfecta casamentera:

> El mayor es una persona de excelente situación económica. Realmente excelente. Suele salir de caza con B. A George no le cae particularmente bien, pero nada puede afirmarse razonablemente en contra suya. Yo diría que lo de Celia ha sido un «flechazo». La niña es encantadora y carece en absoluto de malicia. Es de las que atraen a los hombres. A los de hoy en día parece gustarles mucho el cabello rubio y los hombros tan bajos como los de Celia.

Una semana después, el mayor De Burgh se encontraba «casualmente» por los alrededores. ¿Tendría valor para ir a visitar a Celia y a su madre?

Así lo hizo. Seguía siendo parco en palabras y se limitó a permanecer en su asiento contemplando a Celia siempre que podía. Con cierta torpeza hizo cuanto pudo por establecer amistad con Miriam.

Sin que acertara a comprender por qué, Miriam estaba un poco perturbada cuando el mayor se marchó. Su actitud intrigaba a Celia, porque habló de temas inconexos, diciendo en algún caso frases carentes de sentido.

—Me pregunto si está bien eso de rezar por algo… Qué difícil es saber lo que está bien…

De pronto dijo:

—Quiero que te cases con un hombre bueno. Un hombre como tu padre. El dinero no lo es todo; pero vivir confortablemente es algo que significa mucho para cualquier mujer…

Celia aceptaba y daba respuesta a aquellas consideraciones sin pensar que las mismas tuviesen algo que ver con la reciente visita del mayor De Burgh. Su madre acostumbraba, por lo demás, a hablar un poco en abstracto y a decir cosas que no parecían venir al caso.

—Quisiera que te casaras con un hombre mayor que tú. Los hombres, cuando son mayores, son más atentos y cuidan mejor a sus mujeres.

Los pensamientos de Celia volaron momentáneamente hacia el coronel Moncrieff, cuyo recuerdo ya estaba desvaneciéndose en su memoria.

Durante el baile había estado con un joven oficial que medía casi dos metros. De momento se inclinaba por idealizar a los jóvenes y guapos gigantes.

—Cuando volvamos a Londres la semana que viene —dijo Miriam— el mayor De Burgh quiere llevarnos al teatro. Será divertido, ¿no te parece?

—Mucho.

Cuando el mayor De Burgh le propuso matrimonio, Celia se

llevó la gran sorpresa. Ni lo que le dijera la señora Luke, ni las observaciones casuales de su madre habían causado en ella mayor efecto. Veía claramente en sus propios sentimientos, pero era incapaz de adelantarse a los acontecimientos y a menudo no advertía lo que se desarrollaba a su alrededor.

Miriam había invitado al mayor De Burgh a visitarlas un fin de semana. Mejor dicho, él hizo cuanto pudo por forzar una invitación y Miriam se la cursó.

La primera tarde, Celia le mostró el jardín. Encontraba a aquel hombre un poco difícil de tratar. Entre otras cosas, nunca parecía prestar mayor atención a lo que ella le decía. Temía parecerle tediosa, porque todo cuanto le explicaba era en realidad un poco simplón. Pero su interlocutor hablaba tan poco…

De pronto, interrumpiendo lo que ella estaba comentando, el mayor le cogió ambas manos y con voz extraña, algo ronca y casi irreconocible, le dijo:

—Marguerite… mi Marguerite. La deseo a usted tanto… ¿Quiere casarse conmigo?

Celia le miró, sorprendida. Estaba pálida y había una expresión de gran sorpresa en sus ojos azules. Se sentía incapaz de hablar. Algo la afectaba. La afectaba poderosamente. Algo que le estaba siendo comunicado por las manos temblorosas que retenían las suyas. Se vio envuelta en un mar de emociones. Algo la asustaba.

Dijo tartamudeando:

—Yo… no. Bueno, no lo sé. Oh, no; no puedo.

¿Qué le hacía sentir aquel hombre, aquel señor maduro y extraño al que hasta ahora había prestado tan poca atención y del que solo sabía que tenía interés por ella?

—La he sorprendido, mi querida niña, mi amorcito. Es usted tan joven y pura. No podría comprender lo que siento por usted. La amo.

Celia no hubiese podido explicar por qué no retiró sus manos y dijo de inmediato que lo sentía mucho, pero que no podía pensar en él en términos similares.

¿Por qué, en lugar de obrar de tal modo, permaneció inmóvil, mirando a aquel hombre y sintiendo que las emociones remolineaban en su cabeza?

El mayor De Burgh la atrajo cariñosamente hacia él y ella,

aunque resistió, no se opuso con firmeza a sus avances, ni hizo ademán de separarse.

—No quiero preocuparla de momento —dijo él con suavidad—. Piénselo con calma.

Dejó de presionarla y Celia se puso en pie, encaminándose hacia la casa. Al llegar, subió las escaleras y, ya en su dormitorio, se tumbó en la cama, permaneció así largo rato, con los ojos cerrados. El corazón le latía con gran fuerza.

Media hora más tarde, su madre entró silenciosamente en la habitación.

Sentándose en la cama, cogió entre las suyas una mano de Celia.

—¿Te lo ha contado, mamá?

—Sí. Te quiere mucho. ¿Qué es lo que sientes tú por él, cariño?

—No lo sé. Es todo tan extraño…

No acertó a decir nada más. Todo le resultaba muy raro. Eso de que una persona, hasta entonces prácticamente desconocida, se transformase en alguien que la amaba y que la transformación se operase en un minuto… No sabía lo que sentía ni tampoco lo que deseaba.

Y menos aún era capaz de interpretar la perplejidad de su madre.

—No tengo muy buena salud. Desde hace un tiempo rezo para que Dios te envíe un hombre bueno, que te proporcione un hogar y te haga feliz… Nos queda tan poco dinero… Últimamente he tenido que gastar mucho con Cyril… Poco te quedará el día que yo muera. Sin embargo, no deseo que te cases con alguien tan solo porque es rico, sino porque le amas. De todos modos, tienes cierta tendencia al romanticismo. No debes olvidar que eso del príncipe azul es pura utopía. Tan pocas mujeres tienen la suerte de casarse con el hombre del que están platónicamente enamoradas…

—Pues tú fuiste una de ellas.

—Es cierto… sí… pero, aun así, no siempre es razonable, ni deseable amar tanto. Mejor es que te amen a ti… La vida resulta más llevadera y fácil. Creo que yo nunca supe proporcionarme una vida cómoda. Me gustaría saber más sobre ese hombre… Para estar segura de que te conviene realmente. Podría ser bebedor… Podría… No sé; podría tener defectos importantes. Por otra parte, ¿cuidaría de ti?, ¿sería considerado y bueno? Sea como fuere, es preciso que

alguien cuide de ti cuando yo me haya marchado de este mundo.

La mayor parte de aquel monólogo no afectó mayormente a Celia. El dinero nada significaba para ella. Cuando su padre vivía habían sido ricos y después de morir dejaron de serlo. No obstante, ella no se había percatado de la diferencia entre ambas circunstancias y situaciones. Siempre había tenido su hogar, el jardín y su piano. Igual.

Para ella, matrimonio significaba amor. Amor poético y romántico. Luego, la felicidad para el resto de la vida. Ninguno de los libros que había leído hasta entonces le había enseñado nada sobre los problemas prácticos de la vida. Ahora lo que más le confundía e intrigaba era la ignorancia sobre si quería o no al mayor De Burgh. Un minuto antes de que él le propusiera matrimonio hubiese dicho que no. ¿Pero ahora? Indudablemente había sabido despertar en ella algo… algo cálido, excitante e incierto…

Miriam había resuelto previamente que lo mejor sería que De Burgh se marchara, dejando que Celia pensara en su proposición. Consideraba que debían pasar unos dos meses. El pretendiente estuvo de acuerdo. Pero escribió… Y lo insospechado fue que el parco e inarticulado orador era un verdadero maestro cuando se trataba de cartas de amor. A veces eran breves y otras largas; pero siempre resultaban variadas y, en general, constituían el tipo de cartas que una muchacha sueña recibir. Al cabo de los dos meses, Celia había llegado a la conclusión de que estaba enamorada de Johnnie de Burgh. Fue a Londres con su madre, dispuesta a decírselo. Pero al verlo se apoderó de ella una extraña sensación de rechazo. Aquel hombre era un extraño, a quien ella nunca había amado. Se lo dijo.

De Burgh no encajó resignadamente su derrota. Cinco veces más pidió a Celia que se casase con él. Durante más de un año siguió escribiéndole. Le decía que aceptaba que ella tan solo le brindase su amistad, le enviaba pequeños regalos y, a veces, llegaba a acosarla con persistencia. Su estrategia casi logró los resultados apetecidos.

Todo aquello era tan romántico, tan parecido a lo que Celia tenía por un serio galanteo… En sus cartas siempre decía

justamente lo apropiado. Sin duda, aquello de escribir se le daba de maravilla. Hasta podía decirse que era un escritor nato. Y como por sus manos habían pasado muchas mujeres, era un experto en materia de psicología femenina. Sabía cómo atraer a una mujer casada y también a una niña. Celia estuvo en un tris de casarse con él. Faltó muy poco. Pero algo en su interior sabía serenamente lo que quería y no aceptaba ser engañada.

Fue por aquella época cuando Miriam instó a su hija a leer una serie de novelas francesas. Decía que era conveniente para no olvidar el idioma.

Incluían la obra de Balzac y de otros autores del realismo. Y también le recomendó ciertas novelas inglesas que pocas madres pondrían en manos de sus hijas.

Pero un propósito guiaba a Miriam.

Había decidido que Celia, tan inclinada al ensueño y a caminar por las nubes, no perdiera contacto con la vida.

Celia leyó todos los libros con dócil obediencia y poco interés.

Tenía, además, otros pretendientes. Uno de ellos era Ralph Graham, el niño pecoso de la clase de baile. Ahora tenía una plantación de té en Ceilán. Siempre, ya desde niño, se había sentido atraído por Celia. En cierta ocasión, de visita en Inglaterra, encontró a Celia, a la que no había visto durante años. Le pidió que se casara con él, pero Celia rehusó sin vacilar. Un amigo suyo, que le acompañaba durante su estancia, escribió más tarde una larga carta a Celia manifestándole que no había querido interferir en los sentimientos de su amigo, pero que, como había rechazado a éste, podía decirle que se había enamorado de ella. ¿Había esperanzas para él? No, no las había. Ni Ralph ni su amigo le causaron impresión a Celia.

Pero durante el año que duró el asedio de Johnnie de Burgh conoció e hizo amistad con Peter Maitland. Era bastante mayor que sus hermanas, a las que Celia había conocido después de morir su padre. Había hecho la carrera militar y, en consecuencia, había pasado varios años fuera de Inglaterra. Ahora estaba de vuelta para ocupar un cargo en la madre patria. Su regreso coincidió con el compromiso matrimonial de su hermana Ellie. Celia y Janet serían

damas de honor en la ceremonia. Y fue precisamente en la boda donde Celia conoció a Peter.

Era alto y moreno. Escondía su natural timidez tras una actitud indolente que le favorecía. Todos los Maitland eran bastante parecidos entre sí: buenos amigos de sus amigos y gente poco dada a complicarse inútilmente la vida. Nunca se les veía con prisas por algo o por alguien. Si perdían un tren, decían que ya vendría otro. Si llegaban tarde para el almuerzo, suponían que ya se habría encargado alguien de dejarles algo de comer. Todos carecían de grandes ambiciones y también de energías.

Peter era el más perfecto exponente de los rasgos de la familia. Nunca se le había visto correr por nada, ni se sabía que anhelara algo con vehemencia. «Tanto da ahora como dentro de cien años» era su lema.

El matrimonio de Ellie fue típico de los Maitland. Su madre, una mujer corpulenta a la que casi todo le resultaba aceptable porque tenía muy buen carácter, no solía levantarse antes del mediodía. Era frecuente que se olvidara de disponer el almuerzo. Aquella mañana, lo que ocupó prácticamente a toda la familia fue el problema de «meter a mamá dentro de su vestido de gala». Como a mamá le disgustaba estarse las horas de pie en casa de la modista, cuando fue a ponerse el vestido color gris perla resultó que le era estrecho. Hasta la mismísima novia tuvo que colaborar en la tarea de darle a las tijeras y de arreglar un ramo de orquídeas de tal modo que tapase el remiendo de urgencia. Sin este parche la señora Maitland no hubiera entrado en su atuendo de madrina. Celia había ido temprano, con el fin de prestar ayuda si el caso se presentaba, pero la lentitud del ritmo familiar y los numerosos imprevistos hicieron pensar a Celia que la boda no se podría celebrar y que tendrían que posponerla. Cuando Ellie debía estar casi lista, dándose los últimos toques al peinado y al vestido, aún estaba con el camisón puesto, cortándose las uñas de los pies.

—Tenía intención de cortármelas anoche —explicaba—. Pero con todo este trajín lo olvidé.

—El carruaje espera, Ellie.

—¿Oh, sí? Bueno, pues entonces alguien tendrá que telefonear a Tom y decirle que me retrasaré una media hora.

Y tras una pausa agregó:

—Tom es tan bueno… Le quiero tanto que no me gustaría que se pusiera nervioso en la iglesia pensando que se me había ocurrido cambiar de opinión.

Ellie era muy alta; medía cerca de metro ochenta. El novio solo alcanzaba el metro setenta. Era, según palabras de Ellie, «un alegre hombrecito, dulce como un bombón».

Mientras la familia rodeaba a la novia tratando de apresurar un poco las cosas (siempre dentro de la mayor de las parsimonias), Celia salió un poco al jardín, donde el capitán Peter Maitland fumaba plácidamente una pipa, sin preocuparse en absoluto por la tardanza de su hermana.

—Thomas es un tío sensato —dijo—. La conoce bien y no llegará a la iglesia a la hora convenida.

Cuando hablaba con Celia no podía ocultar del todo su timidez; pero como sucede a menudo con dos tímidos que se encuentran, tardaron poco en encontrar una vía de comunicación.

—Creerá usted que somos una familia un poco chiflada —dijo Peter.

—Oh, no. Solo creo que los Maitland no tienen mayor sentido del tiempo.

—Vaya, ¿y de qué sirve eso de pasarse la vida corriendo en todas direcciones? Es mejor no hacerse mala sangre y vivir lo mejor que se pueda.

—¿Y usted cree que así se llega a algún sitio? —preguntó Celia riendo.

—¿A qué sitio hay que llegar? Las cosas de la vida se parecen bastante entre sí. No hay de qué preocuparse.

Mientras estaba en su casa, durante los permisos, Peter Maitland solía rehusar las invitaciones. Odiaba la «charla de sociedad», según decía. Además no sabía bailar. Si jugaba al golf o al tenis, prefería hacerlo con sus amigos o con miembros de la familia. Sin embargo, después del matrimonio de su hermana pareció considerar a Celia como a una hermana más. Ambos, junto con Janet, solían hacer muchos planes.

Algo más tarde, cuando Ralph Graham quedó convencido de que Celia nunca le amaría, comenzó a sentirse atraído por Janet y el trío se transformó en cuarteto. Finalmente se resolvió en dos parejas: Janet y Ralph comenzaron a hacer sus propios planes y lo mismo

sucedió a Celia y a Peter.

Éste le daba clases de golf.

—Pero no juguemos demasiado rato, por favor. Solo unos cuantos hoyos, no muy trabajosos y luego a sentarse a la sombra con una buena pipa. Hace demasiado calor.

La perspectiva no desagradaba a Celia. Los deportes no se le daban muy bien, lo cual la hacía sufrir casi tanto como el no tener buenos pechos. Pero con Peter aquello no importaba.

—Al fin y al cabo no te propones ser una profesional, ¿verdad? Ni batir ningún récord. Pues tómate las cosas con calma y pásalo bien.

Peter ya la tuteaba. Curiosamente, el cambio de trato no alteró las relaciones cordiales entre ambos.

A pesar de su carácter apacible y de su generoso ahorro de energías, Peter destacaba en todos los deportes que practicaba, aunque era en el atletismo donde brillaba especialmente. De no ser por su incurable negligencia hubiese podido estar entre los mejores. Pero él prefería, y le gustaba repetirlo así, considerar que los juegos son sólo juegos.

—¿Por qué tanto jaleo con algo que sólo es para pasar el rato?

Miriam simpatizaba mucho con Peter. En verdad, toda la familia Maitland le gustaba; pero él, por su encanto indolente y su innata bondad, era su favorito. Le gustaban sus maneras agradables y su modo simple de ser servicial.

—No se preocupe usted por Celia —le decía, si se disponían a dar una vuelta a caballo—. Ya cuidaré yo de ella. Créame que la cuidaré bien.

Y Miriam sabía que podía confiar en sus palabras, porque Peter Maitland infundía una rara especie de seguridad y ella tenía fe en lo que decía.

No ignoraba del todo la amistad entre ambos. Cierto día decidió hablar con su hija, sin aparentar entrometerse demasiado.

—Una chica como tú, Celia, ha de casarse con alguien que cuide bien de ella y que tenga los medios para hacerlo. Un hombre correcto, caballeroso, al que le gusten los deportes y todo eso, ya sabes. Un hombre de una pieza.

Al terminar el permiso de Peter, éste tuvo que volver a su regimiento, que estaba situado en Aldershot. Celia le echó

muchísimo de menos. Le escribió y él también a ella. Cartas amistosas, francas, cuyo contenido se parecía mucho a las frecuentes conversaciones que habían mantenido.

Cuando Johnnie de Burgh comprendió que sus pretensiones no serían atendidas y reconoció la inutilidad de continuar el asedio, Celia se sintió ligeramente deprimida durante cierto tiempo. Los esfuerzos que había tenido que hacer para neutralizar su influencia habían sido mayores de lo que ella misma pensara, y al desaparecer de su vida el mayor, se preguntó si, a fin de cuentas, no lo lamentaba de veras… Acaso Johnnie le importara más de lo que creía. Echaba de menos sus cartas, sus regalos y hasta el continuo asedio al que se viera sometida durante meses.

No entendía muy bien la actitud de su madre. ¿Estaba contenta de que todo hubiese terminado o, por el contrario, lamentaba aquel final? A veces le parecía lo primero y otras, lo último. En realidad Celia no andaba muy descaminada en sus apreciaciones.

Al principio Miriam se sintió aliviada. Nunca la llegó a convencer Johnnie de Burgh para su hija, aunque no podía decir exactamente el porqué. Era indudable que quería a Celia; no había nada en su pasado que le descalificara como posible marido y, si bien podía decirse que tenía «horas de vuelo», esto era más bien una ventaja a ojos de Miriam, para quien tales hombres eran los mejores maridos.

De todos modos, su mayor preocupación cuando pensaba en la felicidad de su hija giraba en torno a su propia salud. Le alarmaba la posibilidad de morir sin que Celia hubiera encontrado la felicidad. Los desarreglos cardíacos fueron haciéndose más frecuentes. Del lenguaje de los médicos, hecho de pequeños sobreentendidos, diplomática reserva y alguna que otra acepción técnica, había sacado la conclusión de que lo mismo podía vivir muchos años que un buen día caerse muerta de repente. En este caso, ¿qué sería de Celia? Dinero iba a dejar poco. Tan solo Miriam conocía la verdad de su situación financiera.

Dejaría una verdadera insignificancia.

Comentario de J. L.

Algo nos llama la atención a nosotros, personas de esta época: ya

que Miriam agotaba rápidamente sus recursos y temía por el porvenir económico de su hija, ¿por qué no se preocupó de darle una profesión?

Sin embargo, no pienso que a la madre de Celia se le pasara alguna vez por la cabeza semejante eventualidad. Era, así la imagino yo, una mujer extraordinariamente receptiva, al tanto de los nuevos pensamientos. Conpeía las nuevas ideas que iban tomando cuerpo en el mundo, pero, sin duda, jamás tuvo en cuenta la concreta posibilidad de que su hija se capacitase para ganar dinero. Y, si alguna vez la concibió, resulta obvio que no la consideró seriamente.

Me parece claro que conocía la extremada vulnerabilidad de su hija. El lector podrá objetar que la misma pudo haber sido considerablemente menor si una formación adecuada la hubiera preparado para luchar. Tal vez; pero yo no creo que sea así. Como suele suceder a las personas que gozan de una fundamental visión interior, Celia era notablemente impermeable a las influencias externas. A la hora de las realidades concretas no tenía nada de lista.

Pienso que Miriam sabía eso, que conocía las deficiencias vitales de su hija. Probablemente, la elección de esa serie de novelas realistas francesas (de Balzac y de otros) atendía a un objeto: ya se sabe que los franceses son grandes amigos de las realidades. Quizá deseara que Celia viera la vida y la naturaleza humana como verdaderamente son, es decir como algo a la vez vulgar, sensual, espléndido, sórdido, trágico e intensamente cómico. Si no logró lo que se propuso, fue porque Celia tenía un carácter que, en cierto modo, armonizaba con su apariencia. Era escandinava de aspecto y también lo era de sentimientos. Lo que a ella le iba eran las largas sagas, los relatos épicos de viajes y héroes. Si de niña se deleitaba con los cuentos de hadas, de adulta prefería leer a Maeterlinck, a Fiona McLeod y a Yeats. También leía otros libros, los que su madre le recomendaba, pero sus personajes eran para ella tan irreales como los cuentos de hadas y las fantasías lo son para un realista convencido.

Somos como somos. Algún antepasado escandinavo se reencarnó en Celia. La robusta Grannie, el alegre y despreocupado John, la inesperada Miriam fueron portadores de una secreta corriente, en la que latía la sangre nórdica y de la que nunca llegaron a tener clara conciencia.

Resulta asimismo interesante destacar el hecho de que Cyril, el hermano de Celia, apenas desempeña papel alguno en la historia de su

vida. Sin embargo, tuvo que estar a su lado con frecuencia, durante sus vacaciones.

Cyril decidió seguir, como Peter Maitland, la carrera de las armas, siendo enviado lejos, a la India, antes de que Celia llegase a ser una señorita. De todos modos, nunca ocupó un puesto importante en la vida de su hermana y, sin duda, tampoco en la de Miriam. Por lo que he podido inferir del relato de Celia, Cyril fue, al parecer, una gran fuente de gastos para su madre, en especial durante sus primeros años en el ejército. Más tarde dejó la carrera militar para casarse y marchar con su mujer a Rodesia, donde se hizo agricultor. Su personalidad no incidió para nada en el carácter y la vida de Celia.

8. JIM Y PETER

Tanto Miriam como su hija creían en las plegarias. Las de Celia tuvieron, siendo ella niña, un trasfondo de temor al pecado; con el tiempo se fueron transformando en algo puramente espiritual y ascético. Sin embargo, nunca rompió del todo con su hábito infantil de rogar por que algo se cumpliese. Jamás fue a una fiesta, por ejemplo, sin murmurar: «¡Oh, Dios mío, no permitas que la timidez se ampare en mí, ni que me aparezcan manchas rojas en el cuello!». Si iba a alguna cena, rezaba: «Por favor, que no me quede sin decir nada». Rogaba para que la velada le resultara entretenida y también para que le tocara bailar con hombres que le atraían. Rogaba también para que no lloviera si la invitaban a una merienda campestre.

Las plegarias de Miriam eran más intensas y arrogantes. A decir verdad, era una mujer altiva. Para su niña no pedía, exigía. Sus rezos eran tan intensos, tan vehementes, que ni se le ocurría que pudieran ser desoídos. Aunque quizá la mayor parte de nosotros, al decir que nuestros ruegos no tuvieron respuesta, lo que queramos decir es que la contestación ha sido no.

Miriam nunca llegó a estar segura de que Johnnie de Burgh fuese la respuesta a sus plegarias. Pero sí que lo estuvo al entrar en escena Jim Grant.

Jim quería ser granjero y su familia le envió a hacer prácticas a una granja próxima a la casa de Miriam. Ésta recibió el encargo de que hiciese por él lo que estuviese en sus manos para que no se apartara del trabajo y empezase a conocer la vida en serio.

A los veintitrés años, Jimmy era casi la réplica del Jimmy de trece. El mismo rostro alegre, los mismos pómulos altos y prominentes, los mismos ojos intensamente azules y muy redondos, las mismas maneras corteses, la misma eficiencia. Reía abiertamente con parecida franqueza, echando siempre hacia atrás

la cabeza.

Era un muchacho sincero, lleno de fe en la vida. Era primavera cuando llegó a casa de Miriam. Ésta sintió la fortaleza y la salud del visitante, a quien no veía desde hacía diez años, cuando ella y John se encontraran con él y sus padres en Pau.

Se transformó en asiduo visitante de la casa y, siendo Celia tan joven, hermosa y agradable, nada tiene de extraño que se enamorara de ella. La naturaleza manda.

Para Celia comenzó por ser un amigo, un poco a la manera de Peter Maitland. Sin embargo, admiraba el carácter de Jim, lo cual no le sucedía con Peter. Consideraba que éste era demasiado apático y carente de ambiciones. En cambio, a pesar de su juventud, Jim se mostraba ante la vida con extrema reverencia y gran respeto. Las palabras «vida es realidad, vida es gravedad», parecían haber sido escritas para él. Su deseo de trabajar no se apoyaba simplemente en el amor a la tierra, sino en su especial interés por el trabajo intensivo del suelo y por los medios técnicos tendentes a obtener de él los máximos rendimientos. Consideraba que la agricultura en Inglaterra tenía que brindar niveles de rendimiento muy superiores a los hasta entonces considerados normales. Para ello solo había que tener conocimientos científicos y deseos de trabajar. Sus muchos libros sobre la materia se los fue dejando a Celia. Le gustaba prestarlos. También se interesaba por la teología, el bimetalismo, la economía y por la ciencia cristiana.

Lo que le gustaba particularmente de Celia era que sabía escuchar. Cuando terminaba de leer los libros que le prestaba, solía hacer comentarios muy atinados sobre los mismos.

Si el galanteo de Johnnie de Burgh había sido particularmente físico, el de Jim Grant fue más que nada de tipo intelectual. En este período de su carrera, bullía de ideas serias, hasta el punto de parecer fatuo a quien no le conociera. Celia le prefería cuando echaba hacia atrás la cabeza y reía con toda franqueza. Si discurseaba seriamente sobre la ética de la señora Eddy, le resultaba menos atractivo.

Si la propuesta matrimonial de Johnnie de Burgh la había cogido por sorpresa, sabía de antemano que Jim le pediría que se casase con él tarde o temprano.

Celia comenzaba a pensar que la vida era una sucesión de

hechos iguales y que las personas eran como lanzaderas que tejían incansablemente la misma tela. Jim, se decía, era la lanzadera, y ella el dibujo de la tela. Él configuraba su destino, ya asignado desde el principio.

Qué contenta parecía estar su madre aquellos días…

Jim era adorable. A Celia le gustaba muchísimo. Un día u otro le pediría que se casara con él y entonces ella sentiría lo que sintiera con Johnnie de Burgh: excitación, turbulencia… Su corazón latiría con fuerza…

La pidió en matrimonio cierto domingo por la tarde, aunque hacía ya semanas que venía estudiando el modo de hacerle la proposición. Era de esos hombres a quienes gusta hacer proyectos y, una vez puestos a punto, atenerse a ellos. Consideraba tal práctica como un modo eficiente de entender la vida.

Era una tarde lluviosa y estaban sentados en los sillones de la sala de música. Después de tomar el té habían decidido ir hasta el piano. Celia tocó y cantó un poco. A Jim le gustaban las arias de opereta. Especialmente de Gilbert y Sullivan.

A continuación se sentaron en el sofá, comenzando a conversar sobre socialismo y la bondad innata del hombre. De pronto se hizo una pausa. Celia dijo algo sobre la señora Besant, pero Jim contestó una trivialidad cualquiera.

Otra pausa. De pronto Jim se puso algo colorado y dijo:

—Creo que tú ya sabes que siento debilidad por ti, Celia. ¿Prefieres comprometerte conmigo ahora o esperar un poco? Pienso que seríamos muy felices juntos. Compartimos muchos gustos. ¿No te parece?

Jim no estaba tan tranquilo como aparentaba. Si Celia no hubiese sido tan niña, lo habría advertido de inmediato; no se le habría escapado el ligero temblor de sus labios, ni la inquieta mano que pellizcaba uno de los almohadones.

¿Qué podía responder Celia?

No lo sabía. No sabía nada y nada dijo.

—¿Verdad que te gusto, Celia?

—Oh, sí que me gustas —exclamó ella enseguida.

—Pues es lo único que importa —repuso Jim—. Quiero decir, que las personas se gusten mutuamente. Esto es lo que dura. La pasión —agregó ruborizándose ligeramente— no dura. Creo que tú

y yo seríamos perfectamente felices, Celia. Quiero que te cases conmigo.

Hizo una pausa.

—Mira —siguió diciendo—. A mi modo de ver, lo mejor sería que nos comprometiésemos a prueba. Durante unos seis meses, si te parece bien. Pero no más tiempo, porque quisiera casarme joven. No diremos nada a nadie, a excepción de tu madre y de mis padres. Al cabo de ese período de prueba, podrías elegir definitivamente lo que quisieras.

Celia reflexionó.

—¿Piensas que es lo más justo? Quiero decir, que yo no podría… Aun así…

—Si al final consideras que no me quieres, pues no nos casaremos. Pero me querrás. Sé que todo marchará bien.

¡Qué tranquila seguridad había en su voz! Estaba tan seguro de todo… Sabía siempre lo que era más conveniente.

—Muy bien —dijo por fin Celia, sonriendo.

Esperaba que él la besaría; sin embargo, no lo hizo. No es que le faltaran ganas; al contrario. Pero no tuvo valor.

Luego siguieron hablando del socialismo y del destino del hombre, aunque no con la misma coherencia.

Hasta que Jim dijo que ya era tarde y se dispuso a marchar. Durante un minuto estuvieron de pie, mirándose de frente.

—Bueno —dijo Jim—. Me voy. Te veré de nuevo el domingo… Tal vez, antes. Y te escribiré —vaciló—, quisiera… ¿Me darías un beso, Celia?

Se besaron. Con cierta timidez…

Exactamente como si besara a Cyril, pensó Celia. Solo que Cyril nunca quería besar a nadie…

Y así quedaron las cosas. Celia estaba comprometida con Jim.

Miriam estaba rebosante de felicidad y Celia comenzó a sentirse muy entusiasmada con su compromiso.

—Querida mía, soy feliz por ti. Es un chico estupendo… Se hace querer. Es honesto y varonil. Te cuidará siempre mucho. Por otra parte, tu padre era amigo de su familia y solía decir que era excelente. Me parece tan maravilloso que todo se haya resuelto de

este modo… El hijo de los Grant y nuestra hija… Oh, Celia, he pasado verdaderas angustias mientras duró lo del mayor De Burgh. Sentía algo extraño que me decía que no era hombre para ti.

Hizo una pausa y de pronto dijo:

—Y he temido por mí.

—¿Por ti?

—Sí. Me siento tan unida a ti, que hubiese querido que nunca te separaras de mi lado… que no te casaras con nadie. Era egoísta. Me decía que tu vida iba a ser más segura y tranquila a mi lado, puesto que no tendrías niños ni preocupaciones. Si no se hubiese dado la circunstancia de que voy a dejarte tan poco dinero para vivir, hubiera deseado que te quedases a mi lado. Es que tú no sabes lo difícil que es para una madre dejar a un lado su egoísmo.

—Tonterías —repuso Celia—. Al final te hubieses sentido humillada, viendo que se casaban todas mis amigas.

Había advertido con cierto buen humor los intensos celos de su madre. Si alguna otra chica tenía un traje más bonito o mantenía una conversación particularmente vivaz y entretenida, Miriam mostraba sin tardanza una expresión de tedio impaciente que Celia estaba lejos de compartir. A su madre, la boda de Ellie Maitland no le había agradado en absoluto. De las únicas amigas de las que podía hablar favorablemente sin que Miriam discrepara era de las feas o de las tan tontas que no podían compararse ni remotamente con Celia.

Este rasgo del carácter de su madre no le gustaba a Celia, aunque no dejaba de encender aún más el cariño que le tenía. Al fin y al cabo, si actuaba de esta forma, era por Celia, no por ella. ¡Qué buena era! Una gallina celosa que agitaba belicosamente sus alas a la menor señal de peligro para su polluela. Era ilógico y absurdo; pero no dejaba de constituir una muestra inequívoca de amor. Solo que, como todos los pensamientos, afectos y actos propios de ella, era muy violento.

Le agradaba ver tan feliz a su madre. En verdad, todo parecía ir bien. Era estupendo aquello de que la niña se casara con el hijo de unos buenos amigos de la familia; y por añadidura, a Miriam le agradaba más Jim que cualquiera de los otros pretendientes que su hija había tenido hasta entonces. Oh, sí; mucho, muchísimo más. Era, precisamente, el tipo de hombre que siempre había deseado

para Celia: joven, resuelto y lleno de ideales.

¿Era normal que una chica se sintiera un poco alicaída al verse comprometida? Tal vez sí. Era algo tan definitivo, tan irrevocable…

Bostezó al coger el libro de la señora Besant. La teología le causaba una ligera depresión, incluso le parecía un poco pueril…

El bimetalismo era algo mejor.

Pero todo aquello era muy pesado. Mucho más pesado de lo que le parecía dos días antes.

Al día siguiente le llegó una carta de Jim. La reconoció por el tipo de letra. Un ligero rubor le subió a las mejillas. Una carta de Jim… La primera desde…

Por primera vez sintió excitación. Verbalmente no era un as de la elocuencia; pero tal vez por carta…

Se dirigió con ella al jardín.

Mi querida Celia:

Llegué muy tarde a cenar. La anciana señora Gray se mostró algo fastidiada, pero su marido se lo tomó a broma, diciendo a su mujer que no se enfadara. Agregó que, sin duda, había andado de galanteos por ahí. En realidad son dos personas excelentes, simples y con sentido del humor, pero sus bromas nunca son chabacanas ni malintencionadas. Sólo quisiera que fuesen más abiertos con relación a las nuevas ideas. Me refiero a los nuevos sistemas de trabajar la tierra. Se diría que el señor Gray nunca ha leído *nada* sobre la materia y que está muy contento de llevar adelante su granja sin apartarse un ápice de los sistemas seguidos por su bisabuelo. Probablemente no hay especialidad en la que se vean tantos reaccionarios como en la agricultura. El instinto del labrador sólo parece pegarse al suelo, es decir a lo inmediato.

He estado pensando que quizá debiera haber hablado con tu madre antes de marcharme. No obstante, le he escrito una carta. Supongo que no me odiará por arrancarte de su lado. Sé perfectamente lo que para ella significas; pero también sé que no le caigo mal y que me tiene confianza.

Tal vez vaya por allí el jueves. Dependerá del tiempo. Si no puedo, iré el domingo.

Con todo mi amor.
Tuyo,

Jim

Después de las cartas de Johnnie de Burgh, aquélla no era, desde luego, como para producir oleadas de pasión en una chica. Se sintió malhumorada.

Sabía que podría amarle con toda sinceridad… si cambiase un poquito.

Rompió la carta en pedazos pequeños, arrojándola luego a una zanja.

Jim no era apasionado. Su tremenda lógica y sus opiniones, todas muy definidas y razonables, parecían apartarle de la irracionalidad de la pasión…

Por lo demás, Celia no era la clase de mujer capaz de despertar en él todo cuanto fuera susceptible de ser despertado. Una mujer experimentada se hubiese sentido atraída por las ingenuidades de Jim y, usando sus mañas, acaso le llevase a perder la cabeza… con resultados favorables para ambos.

Entretanto, las relaciones de la pareja eran, según Celia, vagamente insatisfactorias. La fácil y fluida camaradería reinante en tiempos de amistad ya no existía y ninguna actitud nueva la había suplido.

Celia seguía admirando el carácter de Jim, pero también le seguían aburriendo su conversación y sus cartas. La vida le resultaba monótona.

Lo único que le proporcionaba un placer nuevo y real era la felicidad de su madre.

Cierta mañana le llegó una carta de Peter Maitland, a quien ella había escrito, contándole las novedades. También le había pedido que guardara silencio al respecto.

Te deseo lo mejor, Celia. Me parece un tío sensato y digno de confianza. No me dices si está en buena posición económica. Espero que así sea, porque, si bien las chicas no piensan a veces en ello, puedo asegurarte, querida Celia, que es algo que tiene

mucha importancia. Soy mayor que tú y he podido ver a muchas mujeres cuya felicidad se fue por los suelos en medio de disputas y graves preocupaciones a causa de problemas económicos. Quisiera verte vivir como una reina. No serás de la clase de esposas que se las arreglan con lo que venga.

Pues bien, no me queda más nada que decirte. Estudiaré a tu prometido cuando vuelva a casa, en septiembre. Quiero ver si es realmente digno de ti. Aunque, a decir verdad, siempre he pensado que no hay nadie digno de ti.

Te deseo lo mejor, pequeña. Que todo vaya sobre ruedas.

Siempre tuyo,

Peter

Resultaba curioso, pero era cierto que lo que más le gustaba a Celia de todo aquel proyecto, a excepción de la felicidad evidente de su madre, era la perspectiva de transformarse en nuera de la señora Grant.

La antigua admiración infantil volvió a apoderarse de ella. Igual que hacía diez años, pensaba que la madre de Jim era encantadora. Su cabello ya era completamente gris, pero continuaba haciendo gala de aquella gracia majestuosa, propia de una reina, de su profunda mirada azul y de su magnífica figura. Conservaba asimismo su clara y hermosa voz, e irradiaba la misma personalidad serena.

La señora Grant notaba la admiración de Celia y se sentía halagada. Probablemente no estuviera demasiado contenta con el compromiso, ya que algo faltaba a la novia para ser completa… De todos modos, consideró acertado que la pareja decidiera esperar seis meses antes de dar el paso definitivo. Si en el transcurso de este tiempo la situación se mostraba inobjetable, entonces se casarían al año siguiente.

Jim adoraba a su madre, de modo que disfrutaba viendo que Celia la admiraba tanto.

En cuanto a Grannie, le parecía muy acertado el compromiso de su nieta, aunque se sintió obligada a formular ciertas observaciones bastante pesimistas acerca de las dificultades de la vida matrimonial. Contó la historia de cómo John Godolphin descubrió tener un cáncer en la garganta durante su luna de miel, y otras, no

mucho mejores.

Celia pensaba que Jim tenía un aspecto demasiado saludable y joven como para correr la misma suerte que John Godolphin, aunque Grannie siempre decía: «Ah, querida; es que los que parecen vender salud son los primeros que caer». Grannie le habló asimismo de la infidelidad de los hombres, citándole el caso del anciano almirante Colingway, que contagió a su esposa cierta enfermedad y luego se fugó con la institutriz. Aquella pobre mujer no podía tener ni una doncella aceptable, porque el almirante las asustaba, saliendo de repente de detrás de las puertas. Naturalmente, ninguna mujer quería quedarse en la casa.

Pero este riesgo le parecía a Celia demasiado improbable. Ni aun exigiendo mucho de su imaginación, podía concebir a Jim emboscando a las criadas, para lanzarse luego sobre ellas. No era capaz de verlo como un anciano sátiro.

Jim le caía bien a Grannie, aunque secretamente la desilusionara algo. No podía comprender muy bien que un hombre joven no fumara ni bebiera y que mostrara desasosiego cuando se hacían bromas apenas intencionadas. Francamente, prefería a los jóvenes de su generación. Eran hombres de pelo en pecho.

—Sin embargo —decía esperanzada—, la otra noche, le vi recoger un puñado de gravilla del suelo de la terraza y me pareció un gesto delicado; tú habías puesto los pies allí mismo.

En vano intentó Celia explicarle que el gesto tenía otra motivación y que obedecía al interés de Jim por las diferentes clases de tierra que por allí había. Grannie no quería saber nada con los tecnicismos.

—Eso es lo que él te dijo, tontuela. Pero hazme caso a mí, que conozco a los hombres jóvenes. ¡Mujer, si el joven Planterton llevó un pañuelo mío cerca de su corazón durante siete años! ¡Y solo había estado conmigo una sola vez, durante un baile!

Por indiscreción de Grannie, las noticias llegaron a oídos de la señora Luke.

—Bueno, hija, según he creído entender, has entrado en relaciones amorosas con un joven. Me alegro mucho de que no hayas aceptado a Johnnie de Burgh. Mi marido siempre me decía que no dijera ni media palabra, pues podría poner en peligro los proyectos matrimoniales de Johnnie; pero he de decirte que

personalmente siempre pensé que tiene cara de besugo.

Así era la señora Luke.

—Roger Raynes siempre pregunta por ti, pero yo trato de desengañarle. Por cierto, es un hombre de buena posición, lo cual explica que no se dedicara profesionalmente al canto. Lástima, porque se hubiera destacado. De todos modos, no creo que fuera para ti. Es un hombre poco centrado. Por otra parte, suele desayunar con un filete y siempre se corta al afeitarse. Odio a los hombres que se cortan al afeitarse.

Un día de julio, Jim llegó muy agitado. Un hombre de negocios muy rico, amigo de su padre, se disponía a dar la vuelta al mundo con el fin de estudiar de cerca los problemas agrícolas y le había propuesto a Jim que le acompañase en calidad de asesor.

Explicó el asunto a Celia con todo lujo de detalles y poniendo mucho calor en las perspectivas del proyecto. Al ver que Celia compartía el interés de él y que no se oponía al viaje, su rostro reflejó agradecimiento. Había pensado que tal vez se sintiera molesta por la dilatada ausencia que el viaje implicaba.

Quince días después, Jim salió rumbo a Dover, lleno de entusiasmo. A poco de llegar allí envió un telegrama:

TE ENVÍO TODO MI AMOR. CUÍDATE MUCHO. JIM.

Qué encantadoras son las mañanas de agosto… Celia salió a la terraza situada delante de la casa y miró a su alrededor. Era temprano y aún había rocío en el césped, una larga pendiente verde que Miriam se había negado a adornar con lechos de flores. Un poco más allá estaba el haya, más grande que nunca, pesada y cargada de hojas verde oscuro. Y el cielo era intensamente azul, tan azul como las aguas profundas.

Pensó que nunca anteriormente se había sentido tan feliz. La vieja y familiar sensación de «dolor» volvió a apoderarse de ella. Era tan maravilloso… tan maravilloso… Dolía, pero era maravilloso.

El mundo y la vida eran magníficos.

Escuchó el gong que avisaba de la hora del almuerzo y entró en

la casa.

Su madre la miró.

—Pareces muy feliz, Celia.

—Y lo soy. El día es hermosísimo.

Su madre seguía mirándola.

—No es solo eso… El motivo es que Jim se ha ido de viaje, ¿no es así?

Hasta aquel preciso momento la misma Celia no lo había advertido. Sí, se sentía como aliviada de algún peso. El alivio era completo y gozoso. Durante los próximos nueve meses no tendría que leer libros sobre teología, ni oiría hablar de la economía agrícola. Los próximos nueve gloriosos meses podría hacer y sentir lo que le viniese en gana. Era libre. Era libre, sí, libre.

Contempló a su madre y ambas miradas se encontraron.

De pronto, dijo Miriam suavemente:

—No debes casarte con él, hija, si sientes esto.

Las palabras brotaron atropelladamente de los labios de Celia.

—Tampoco lo sabía yo, mamá… Pensé que le quería. Es que es tan bueno… Jim es la persona más estimable que haya encontrado jamás. Espléndido en todos los sentidos.

Miriam asintió con tristeza. Se encontraba ante la ruina de su recién descubierta paz.

—Advertí desde el principio que no le amabas; pero pensé que acaso el cariño fuese creciendo en ti a medida que pasara el tiempo. En realidad ha sucedido lo opuesto y no puedes casarte con alguien que te aburre.

—¡Aburrirme! —repuso Celia con sorpresa—. Jim es muy inteligente. Nunca me he aburrido con él.

—Yo creo que sí. —Y dando un suspiro, Miriam agregó—: Es demasiado joven.

Tal vez pensara en ese momento que si se hubieran conocido no tan jóvenes, acaso las cosas hubiesen sucedido de otro modo. Siempre pensaría que Jim y Celia habían fracasado por muy poco. Pero la verdad era que el proyecto había sido viable.

Secretamente, a pesar de su desencanto y de sus temores por el futuro de Celia, algo en ella cantaba con alegría: «Aún no la perderé. No se alejará tan pronto de mi lado…».

Después de escribir a Jim para decirle que no podía casarse con él, Celia sintió como si se hubiera quitado un gran peso de encima.

Llevaba la alegría pintada en el rostro cuando Peter Maitland llegó en septiembre con unos días de permiso. El muchacho se sorprendió al verla tan contenta y tan bella.

—De modo que le diste el pase a tu amigo Jim, ¿eh?

—Sí.

—Pobre tío. Sin embargo, estoy seguro de que encontrarás a alguien que vaya mejor a tu temperamento. Porque supongo que los hombres no hacen más que pedirte que te cases con ellos, ¿no es así?

—Oh, no. Solo unos pocos.

—¿Cómo cuántos?

Celia reflexionó.

Estaba aquel hombrecillo de El Cairo, el capitán Gale, y un pobre tonto que había conocido en el barco, cuando volvían a Inglaterra (si es que podía contar a éste); luego el mayor De Burgh, naturalmente; y Ralph; y el amigo de este que cultivaba té (ya casado con otra, dicho sea de paso); y Jim. Aparte, había tenido lugar un ridículo episodio con Roger Raynes, tan solo una semana antes.

En cuanto la señora Luke se enteró de que el compromiso de Celia había quedado en nada, la llamó por teléfono para decirle que fuera a su casa a pasar unos días. Roger estaba por llegar y siempre solicitaba a George que arreglase las cosas de tal modo que le fuera posible verse de nuevo con Celia. Las cosas se presentaban realmente prometedoras: cantaron largo rato en la sala.

—Si Roger pudiese declarar a Celia su amor cantando, tal vez ella le aceptara —dijo la señora Luke a su esposo, con acento esperanzado.

—¿Por qué no le acepta de una dichosa vez y se deja de majaderías? —contestó su marido—. Raynes es un excelente individuo para cualquier mujer.

No valía la pena dar explicaciones sobre tales temas a los hombres. Ellos no podían saber lo que una mujer «ve» o «no ve» en un hombre.

—No es del todo guapo, lo comprendo —agregó George—. Pero la apariencia no importa en un hombre.

—El que inventó esa frase —replicó su mujer— era sin duda hombre.

—Vamos, vamos, Amy. Sabes muy bien que a las mujeres no os gustan los «tarugos bonitos».

E insistía en que Roger debía de tener su oportunidad.

La gran posibilidad de Roger era declararse a Celia cantando. En verdad, tenía una voz magnífica, no solo por la calidad del timbre, sino por cierto tono que la hacía conmovedora y comunicativa. De oírle, Celia podría fácilmente sentirse enamorada. Pero en cuanto la música cesaba, Roger reasumía su poco interesante personalidad.

A Celia le resultaba un poco enervante la fiebre casamentera de la señora Luke. Viendo la inconfundible expresión en sus ojos, se las ingeniaba para estar a solas con Roger lo menos posible. No quería casarse con él. Entonces, ¿por qué dejarle hablar?

Pero los Luke estaban decididos a que Roger «tuviese su oportunidad». Celia se vio obligada a acompañar a Roger a una merienda campestre. Salieron en un pequeño carro, tirado por un caballo.

Desde el principio, las cosas no se le presentaron bien a Roger. Al hablar de los encantos del hogar, Celia le repuso que le resultaba más cómodo el hotel; y cuando dijo que le gustaría vivir a algo así como una hora de Londres, en medio de una atmósfera tranquila y casi campesina, Celia le preguntó:

—¿Qué lugar le parece el peor para vivir?

—Londres. No podría vivir en Londres.

—Pues es el único lugar del mundo donde yo viviría siempre —repuso ella.

Tras decir aquella mentira, le miró.

—Bueno —suspiró Roger—, quizá viviera en Londres, después de todo. Dependería… Si encontrara la mujer ideal que… Bien, quiero decir que ya he encontrado la mujer de mi vida. En realidad yo…

—He de contarle algo muy gracioso que me ocurrió hace unos días —interrumpió Celia muy nerviosa.

Roger no prestó mayor atención a la anécdota. Y en cuanto Celia terminó, prosiguió con lo que estaba diciendo antes de ser interrumpido.

—Sabe usted, Celia, desde que la conocí…

—¿Ha visto ese pajarito? Creo que era un colibrí.

Pero todo fue inútil. Entre un hombre que desea proponer matrimonio y una mujer que no desea que se lo proponga, el hombre siempre gana. Cuanto más empeño ponía Celia en desviar la conversación, más insistía Roger en seguir adelante con su proyecto. Y cuando por fin consiguió su propósito, tuvo que saborear la amargura del rechazo. Celia estaba fastidiada consigo misma por no haber logrado evitar aquella situación. También se molestó por la cara de sorpresa que puso Roger cuando le manifestó que no deseaba casarse con él. El paseo terminó en silencio. Roger diría más tarde a George que, después de todo, quizá hubiese tenido suerte aquella tarde, pues la chica parecía tener un carácter que…

Todo eso pasó por la mente de Celia mientras meditaba sobre la pregunta que acababa de hacerle Peter Maitland.

—Creo que en total han sido siete —dijo con expresión dudosa —. Pero solo en dos casos las proposiciones fueron realmente firmes.

Estaban sentados en el césped, a la orilla del campo de golf. A lo lejos podía verse un magnífico panorama donde predominaban los acantilados. Al fondo brillaba el mar.

Peter retenía entre sus dientes la pipa apagada y, con rápidos movimientos de los dedos, cortaba algunas margaritas salvajes, muy pequeñitas.

—¿Sabes, Celia? —dijo, y su voz sonaba extraña porque Peter, por una vez, parecía estar en tensión—. Puedes añadir mi nombre a esa lista tuya.

Ella le miró asombrada.

—¿Tu nombre?

—Sí. ¿No lo sabías?

—No. Nunca pensé en esa posibilidad. Nunca me pareciste…

—Sin embargo, te he querido desde el primer día. Desde el día de la boda de Ellie. De todos modos, yo no soy el hombre que tú necesitas. Tu marido ha de ser uno de esos tíos emprendedores e inteligentes. Oh, sí; no me lo niegues. Conozco la clase de hombres que podrían enamorarte y sé perfectamente que yo, que soy indolente y perezoso, no pertenezco a esa especie. Nunca me destacaré en la vida porque no estoy hecho para la lucha y la ambición. A veces pienso que si elegí la carrera militar fue

precisamente porque en el ejército no hay que tomar decisiones. Solo obedecer. Cumpliré los años reglamentarios en el servicio y después me retiraré sin alharacas ni fuegos de artificio. Por otra parte, gano poco dinero. Tan solo quinientas o seiscientas libras al año.

—Oh, eso no me importaría.

—Ya sé que no; pero a mí me importaría por ti. Tú no sabes lo que es pasar estrecheces… y yo, sí. Para ti solo se concibe lo mejor. Eres tan bonita que podrías elegir como marido a quien quisieras. Y no seré yo quien te ate a un militarcillo del tres al cuarto, que ni siquiera tiene casa propia y que ha de andar cada poco tiempo haciendo las maletas, para cambiarse. No; siempre me propuse mantener la boca cerrada sobre mis sentimientos y dejar que una chica tan maravillosa como tú se casase con quien la mereciera. Me limitaba a pensar que, sólo si la vida te tratara mal o las cosas no rodaran como debieran, bueno, entonces allí me presentaría yo y quizá ese día, en ese momento, encontrara mi oportunidad.

Muy tímidamente Celia puso su blanca mano sobre la de Peter, que de inmediato la retuvo, comunicándole su calor. Qué bien se sentía, pensaba Celia, teniendo entre las suyas la mano de Peter…

—No debí haberte dicho nada, Celia. Y menos aún en estos momentos, porque ya hemos recibido la orden de prepararnos para embarcar de nuevo. De todos modos, acaso sea mejor habértelo dicho antes de mi marcha. Si el candidato adecuado no aparece, allí estaré, esperándote.

Peter, el querido Peter. De algún modo le pertenecía a Celia: a sus juegos, a su jardín. Como Rouncy y el haya. Seguridad, felicidad, hogar…

¡Qué feliz se sentía allí, contemplando aquel paisaje marino, con la mano de Peter en la suya! Siempre sería feliz con Peter, el querido Peter, tan bueno, tan servicial y caballeroso.

Peter, mientras duró la escena, no había mirado a Celia. Su rostro aparecía más bien sombrío y tenso…

—Te quiero mucho, Peter —dijo Celia—. Quisiera casarme contigo…

Peter se volvió hacia ella, lentamente, como todo lo que hacía, y la rodeó con su brazo. Sus ojos oscuros y bondadosos la miraron con intensidad.

La besó; pero no con la torpeza de Jim. Tampoco con la pasión brusca de Johnnie de Burgh. La besó con honda y reconfortante ternura.

—Mi amor —dijo—. Mi amorcito…

Celia deseaba casarse rápidamente e irse a la India con Peter; pero él rehusó con firmeza.

Insistió en que Celia era todavía demasiado joven —apenas contaba diecinueve años— y que no podía ni debía dar aún un paso tan trascendental.

—Me despreciaría a mí mismo, Celia, si me apoderara ávidamente de ti. Podrías cambiar de opinión; podrías encontrarte con alguien que fuese mucho mejor que yo.

—No. No los hay mejores.

—Eso es lo que no sabes. Muchas chicas se sienten locas por un hombre cuando tienen diecinueve años y, a los veintidós, se preguntan qué pudieron ver en él de atractivo tres años antes. No te someteré a ninguna presión. Tienes que darte tiempo y asegurarte bien de que no cometerás un grave error.

Tomarse su tiempo… Así era como los Maitland veían la vida. Nada de prisas, nada de presiones. Siempre había tiempo. Entretanto, la familia no hacía más que perder trenes, llegar tarde, faltar a sus compromisos y, a veces, incluso, a cosas aún más importantes.

Peter habló a Miriam en términos parecidos.

—Usted sabe, señora, lo mucho que yo quiero a Celia. Sospecho que siempre lo ha sabido y por eso confiaba en mí cuando la llevaba a alguna parte. Sé que no soy la clase de hombre que usted desea para Celia…

—Lo que yo deseo es que Celia sea feliz —interrumpió Miriam —. Nunca me opuse a que se casara contigo si ella lo deseaba. Te diré más: creo que sería muy feliz casada contigo.

—Daría la vida por hacerla feliz y eso lo sabe usted perfectamente. Pero no quiero apresurarla ni forzar sus decisiones. Algún hombre adinerado podría cruzarse en su camino y, si a ella le atrajera…

—El dinero no lo es todo. Cierto que no deseo que Celia llegue a

conocer la pobreza; pero si tú y ella os amáis, tendréis lo suficiente para vivir, a condición de que sepáis ser cuidadosos.

—Mi mujer llevaría realmente una vida dura. Y además yo sería el responsable de la separación entre ella y usted.

—Si ella te ama…

—Ese «si» que usted acaba de pronunciar es importante, porque marca una condición. Celia ha de gozar de todas las oportunidades. Es demasiado joven para saber lo que quiere. Dentro de dos años volveré a Inglaterra. Si para entonces…

—Espero que para entonces su opinión sea la misma que ahora.

—Es tan encantadora… No la merezco.

—Eres demasiado modesto —dijo Miriam de pronto—. A las mujeres no les gusta la modestia.

Celia y Peter fueron muy felices durante aquellos quince días. Dos años pasarían pronto.

—Y te prometo que durante todo ese tiempo te seré fiel, Peter. Me encontrarás esperándote.

—Vamos, Celia. Eso es precisamente lo que no has de hacer. No quiero que te consideres prometida a mí, ni que tuerzas tus decisiones por ser fiel a mi recuerdo. Ya sabes que eres libre.

—No quiero serlo.

—Pues lo quieras o no, lo eres.

Celia dijo con súbito enfado:

—Si realmente me quisieras no hablarías así. Querrías casarte de inmediato y llevar a tu mujer contigo.

—Pero amorcito mío, ¿no puedes entender que todo lo hago porque te quiero?

Al ver su expresión afligida, Celia comprendió que decía la verdad y que su amor temía coger lo que tanto ansiaba.

Tres semanas más tarde Peter embarcó.

Un año y tres meses más tarde, Celia se casaba con Dermot.

9. DERMOT

Si Peter entró gradualmente en la vida de Celia, Dermot iba a hacerlo de repente.

Si se exceptúa el hecho de que Dermot era, como Peter, militar, no podían concebirse dos personajes tan diametralmente opuestos.

Celia le conoció en un baile ofrecido a su regimiento en York, al que fue con el matrimonio Luke.

Cuando le presentaron al joven, que era alto y tenía los ojos intensamente azules, éste le dijo:

—Quisiera tres bailes, por favor.

Cuando terminó el segundo, quiso tres más. Pero el carnet de Celia ya estaba lleno.

—No importa —dijo él—, elimine a alguno.

Cogió el carnet y tachó rápidamente tres nombres, elegidos al azar.

—Eso es —comentó—. No lo olvide. Estaré a la espera, para arrebatarla a usted a tiempo.

De tez morena, alto, con cabello negro y rizado, ojos azules rasgados, como los de un fauno, Dermot parecía comprender todo de una mirada. Sus maneras eran resueltas y parecía acostumbrado a que las cosas se hicieran como él quería, fueran cuales fuesen las circunstancias.

Al terminar el baile, preguntó a Celia cuánto tiempo se quedaría en York; ella repuso que se marcharía al día siguiente. Entonces quiso saber si Celia solía ir a Londres con frecuencia.

Ella replicó que se disponía a pasar el próximo mes con su abuela en Wimbledon, cerca de la capital. Le dio la dirección.

—Como yo estaré en Londres, le haré una visita.

—Sí, de acuerdo.

Pero no pensó seriamente que él fuera a cumplir lo prometido. Un mes es mucho tiempo. Fue a buscarle un vaso de limonada y,

mientras ella lo bebía, charlaron sobre diversos tópicos. Dermot afirmó que en la vida todo puede obtenerse si lo que se desea se persigue con la suficiente intensidad.

Celia se sentía un poco culpable por haber anulado los bailes que le habían solicitado. No era algo que ella hiciera a menudo. Pero, en este caso, no había podido evitarlo. Dermot era tan convincente…

Lo que también le causaba cierta preocupación era que acaso no volviera a verle.

Sin embargo, ya le había olvidado cuando una tarde, al entrar en casa de Grannie, se encontró a su abuela en su sillón, inclinada con expresión atenta hacia un hombre joven que le hablaba y cuyo rostro y oídos estaban rosados por la excitación.

—Espero que no me haya usted olvidado —murmuró Dermot.

Su expresión era diferente a la que Celia le conociera. Ahora parecía tímido.

Celia le dijo que naturalmente no le había olvidado y Grannie, siempre comprensiva e interesada por los jóvenes, le pidió que se quedara a cenar. Después de la comida pasaron al salón, donde Celia cantó dos o tres canciones.

Antes de marcharse, Dermot le propuso un programa para el día siguiente. Tenía entradas para una velada teatral. ¿Querría Celia acompañarle? Se sobreentendía que hablaba de ir ellos solos, sin llevar a nadie de carabina. Grannie no sabía qué hacer, pues no estaba segura de que la madre de Celia aceptara aquello. El joven, sin embargo, se las arregló para convencer a Grannie y ganarla para su causa. Lo único que la abuela exigía es que no la llevase a tomar té después de la función y que la trajera pronto a casa.

Así quedaron las cosas y al día siguiente se encontraron a la entrada del teatro. La velada le resultó a Celia de lo más entretenido que hubiera visto nunca. Luego tomaron juntos el té en el bar de la estación Victoria, pues Dermot dijo que no tenía importancia.

La visitó dos veces más, antes de que Celia volviese a casa de su madre.

Al tercer día de hallarse de vuelta, Celia estaba en casa de los Maitland cuando alguien le avisó que la llamaban al teléfono. Era su madre.

—Querida, tendrás que volver enseguida. Un amigo tuyo ha

llegado en motocicleta preguntando por ti. No puedo entretenerle mientras tú estás aquí. Ya sabes que no se me da muy bien eso de charlar con extraños, especialmente si son jóvenes. Ven pronto y encárgate tú misma de él.

Al volver, Celia se preguntaba quién podría ser el visitante. Su madre había dicho un nombre, pero no había entendido bien.

Cuando entró en su casa, Dermot estaba en la sala, su expresión era distinta a la habitual en él. Parecía muy nervioso, como si estuviera en un grave aprieto. Sin embargo, algo había en su mirada que permanecía invariable: su gesto voluntarioso.

Parecía incapaz de hablar cuando Celia le saludó. Simplemente murmuraba monosílabos, evitando mirarla de frente.

Le habían prestado la motocicleta, según dijo. Le pareció atractiva la idea de dejar Londres por unos días y salir a recorrer los alrededores. Se alojaba en una posada cercana y al día siguiente seguiría su camino. ¿No le agradaría dar un paseo con él?

Al día siguiente, Dermot seguía con la misma actitud. Se le veía silencioso, triste, incapaz de articular bien una frase entera.

—Mi permiso termina —dijo de pronto—. He de… volver a… York.

De repente pareció cobrar fuerzas.

—Pero antes de marcharme, hay algo que quisiera dejar resuelto. He de verla a usted de nuevo. En verdad, quiero verla siempre. Quiero que se case conmigo.

Celia le miró petrificada. Aquella declaración la pillaba de sorpresa. Sí que había advertido el interés de Dermot por ella; pero no se le había ocurrido que un joven oficial de veintitrés años pensara en casarse así como así.

—Lo siento —repuso—. Lo siento mucho; pero no podría… Oh, no; no podría.

Y la verdad es que no podía, sencillamente porque estaba prometida a Peter Maitland. Amaba a Peter. Sí; seguía amándole como antes… pero también quería a Dermot…

Comprendió que lo que más deseaba en el mundo era, en realidad, casarse con Dermot.

Él seguía:

—Bueno, tenía que verla a usted de cualquier modo… Sin embargo, creo que me he apresurado. Pero no podía esperar…

—Es que, sabe usted —dijo Celia—, estoy comprometida con otro.

Dermot la miró de reojo, con un gesto rápido e impaciente, muy suyo.

—Eso no tiene importancia —murmuró—. Podría usted dejarle. ¿Me amas?

—Creo… creo que sí.

Sí, claro que le amaba. Por encima de todas las cosas del mundo; tanto, que prefería ser desgraciada con Dermot a ser feliz con cualquier otro. Pero ¿por qué plantear las cosas de ese modo? ¿Por qué había de ser desgraciada con Dermot? ¿Por qué nada sabía de él? ¿Por qué era un extraño?

—Yo… yo… —tartamudeaba él—. Bueno, esto es verdaderamente espléndido. Nos casaremos de inmediato. No estoy dispuesto a esperar.

Celia pensaba en Peter. No podía herirle así, de aquella manera tan dura.

No obstante, sabía que a Dermot no le importaría herir a quien fuera y que cien Peters no lograrían interponerse en su camino. Por otra parte, estaba convencida de que los deseos de Dermot serían órdenes para ella.

Por primera vez le miró a los ojos, que parecían brillar.

Sus ojos azules, muy azules…

Tímidamente, vacilando, se besaron…

Miriam estaba reclinada en un sofá de su dormitorio, descansando, cuando Celia entró en la estancia. Le bastó echar una ojeada a su hija para comprender que sucedía algo anormal. Como un relámpago, la idea cruzó por la mente de Miriam: Es ese hombre. No me gusta.

—¿Qué sucede, querida?

—Oh, mamá… Desea casarse conmigo… Y yo también lo deseo… Mamá…

Se precipitó en sus brazos, hundiendo el rostro en el hombro de ella.

Por encima del violento latir de su corazón, el pensamiento de Miriam corría frenéticamente. No me gusta, pensaba. No me gusta… Pero si es así, la causa es poco noble. No me gusta porque no deseo que me deje.

Casi de inmediato surgieron complicaciones. Dermot no podía imponer su voluntad a Miriam tan libremente como se la imponía a Celia. Si se dominó fue porque no deseaba poner a la madre de Celia en su contra. Pero toda oposición, por pequeña que fuera, le fastidiaba.

Admitió carecer de dinero. Además de su sueldo, no contaba con más de ochenta libras al año. Pero le fastidiaba que Miriam le interrogara sobre la manera como él y Celia se las arreglarían para vivir. Respondía que aún no había podido reflexionar sobre el problema. De todos modos, ya se las arreglarían: a Celia no le asustaba la estrechez. Al recordarle Miriam que los jóvenes oficiales suelen esperar un poco antes de casarse, Dermot respondió que él no tenía la culpa de que existiera aquella costumbre.

—Tu madre parece estar empeñada en cotizar todas las cosas de la vida en términos de libras, chelines y peniques —dijo una vez a Celia algo molesto.

Parecía un niño ansioso por conseguir algo que deseaba ardientemente. Se negaba en redondo a escuchar «razones».

Una vez que se hubo marchado, Miriam se sintió muy deprimida. Ya se veía ante la perspectiva de un largo noviazgo con muy pocas esperanzas de matrimonio en muchos años. Acaso, pensaba, debiera haberse opuesto al compromiso desde el principio… Pero quería demasiado a Celia para causarle penas.

—Tengo que casarme con Dermot, madre —le había dicho su hija—. Debo casarme con él. Nunca amaré a otro hombre. Con toda seguridad sé que me casaré con él… ¡Oh, dime que será así!

—Lo veo todo tan complicado, hija. Ninguno de vosotros tiene con qué casarse. Y siendo tan joven…

—Pero algún día, si esperamos…

—Sí. Tal vez algún día.

—Tú no le tienes afecto, mamá, ¿verdad?

—Oh, sí que le tengo afecto. Creo que es muy atractivo, en realidad. Pero no me parece considerado…

Por las noches Miriam tenía dificultades para dormir, pensando siempre en su escasa renta. ¿Podría pasar a Celia una cantidad, por pequeña que fuera? Si vendiese la casa…

En tal caso, habría que pensar en un alquiler. En realidad ella gastaba muy poco, puesto que vivía en su casa y había reducido al

mínimo su nivel de vida. Cierto que sería necesario hacer reparaciones tarde o temprano; pero por ahora suplía las deficiencias de un modo u otro. El momento, por lo demás, era especialmente contraindicado para vender la clase de propiedad a la que pertenecía la suya.

Seguía sin dormir. ¿Cómo hacer para que su niña viese cumplido su anhelo?

Era terrible tener que escribir a Peter y contarle lo que le había sucedido.

Penosa carta, puesto que, ¿cómo pedir excusas por algo que era una traición?

La respuesta de Peter no podía corresponder mejor a su carácter. Era tan suya que Celia no pudo contener el llanto.

> No te culpes, Celia. Todo ha sido por mi error. Esto no es más que el resultado de posponer siempre mis decisiones, rasgo que, como tú sabes, distingue a toda nuestra familia. Así somos. Por eso siempre hemos perdido el tren. Si creí conveniente esperar fue porque tenía la esperanza de que te enamoraras de un hombre rico. Y ahora resulta que vas a casarte con alguien que es más pobre que yo.
>
> Creo que, tal como tú misma piensas, él tiene más valor y energía que yo. Ahora veo que debí tomarte la palabra y traerte aquí conmigo… Me he portado como un perfecto papanatas. Te he perdido y todo por mi propia culpa. Es mejor que yo, ese Dermot… Así ha de ser, pues de lo contrario no te hubieses enamorado de él. Os deseo a ambos la mayor felicidad. No te lamentes por mí. Al fin y al cabo es mi funeral, no el vuestro. Siento deseos de darme de golpes por haber sido tan ciego. Dios te bendiga, querida mía.

Peter… querido Peter…

Pensó que tal vez hubiese llegado a ser feliz con él. Muy feliz, incluso.

Pero con Dermot la vida sería una aventura. ¡Una magnífica aventura!

El año que duró su compromiso fue un período turbulento. De

repente, recibía una carta de Dermot:

> Ahora veo que tu madre tenía toda la razón del mundo. Somos demasiado pobres para casarnos. Nunca debí proponértelo. Olvídame cuanto antes.

Y luego, dos días más tarde, llegaba en una motocicleta prestada, para coger en sus brazos a una Celia bañada en llanto y afirmarle que nunca renunciaría a ella. Cualquier cosa podía suceder.

Pero lo que, en realidad, sucedió no lo había previsto Celia. Fue a la guerra.

La guerra llegó hasta Celia como llegara a la mayoría, es decir como un imprevisto rayo. Un archiduque asesinado, un «temores ante una posible contienda» en primera página de los periódicos… Noticias que ella apenas lograba comprender.

Hasta que, de pronto, Alemania y Rusia se enzarzaron en una lucha real. Bélgica fue invadida. Lo fantásticamente imposible se había hecho realidad.

Recibió carta de Dermot:

> Se diría que nos vamos a ver metidos en el jaleo, aunque todo el mundo dice que, en tal caso, estaría terminado para las Navidades. Sostienen que me he vuelto loco cuando afirmo que esto durará por lo menos dos años.

Luego vino el hecho consumado: Inglaterra entró en el conflicto…

Esto significaba para Celia una sola cosa: Dermot podía resultar muerto…

Un telegrama. No podía ir a su casa a despedirse. ¿No podrían ella y su madre ir donde estaba él?

Los bancos habían cerrado; pero Miriam tenía en su poder un par de billetes de cinco libras. (Consecuencia de la educación de Grannie: «Ten siempre en tu bolso un billete de cinco libras, querida»). Lo malo fue que en la estación de ferrocarril no le

quisieron aceptar el dinero. Cruzaron la zona de descarga de mercancías para entrar en un tren. Inspector tras inspector decían lo mismo:

—No, señora, no podemos aceptar billetes de cinco libras.

No terminaban de escribir en unas libretas sus nombres, la dirección…

Fue como una pesadilla… Todo parecía absolutamente irreal. Menos Dermot.

Llevaba uniforme diferente y parecía otro hombre. Se le veía nervioso, eficaz, con un brillo extraño en los ojos. Nadie podía prever lo que sería aquella guerra. Quizá nadie escapara de ella con vida… Nuevas máquinas de destrucción… El aire… Nadie sabía nada sobre el posible uso de los aviones.

Celia y Dermot parecían dos niños abrazándose ante la incertidumbre.

—Ojalá salga de esta…

—Oh, Dios mío, ¡hazle volver a mí!

El resto poco importaba.

Las primeras semanas fueron de terrible espera. Llegaba alguna que otra tarjeta postal, escrita a la carrera, con lápiz:

> No nos permiten decir dónde estamos. Todo irá bien. Te quiero.

Nadie sabía lo que estaba sucediendo.

Sorpresa ante la primera lista de muertos y heridos.

Amigos, algunos de ellos chicos con los que Celia había bailado alguna vez. Muertos…

Pero Dermot estaba bien y eso era lo más importante.

Para muchas personas, la guerra es solo eso: el destino o la suerte de una persona…

Tras los primeros días de incertidumbre, la vida en el país se fue organizando. Un hospital de la Cruz Roja se habilitó cerca de la casa de Celia y ésta decidió trabajar en él. Pero antes había que pasar un

examen sobre primeros auxilios y enfermería. Cerca de donde vivía Grannie daban clases, de modo que Celia se fue a vivir con su abuela mientras se preparaba.

Gladys, la nueva y hermosa doncella, le abrió la puerta. A pesar de ser muy joven, ella y la cocinera, nueva y joven también, llevaban ahora la casa. La pobre y anciana Sarah había muerto.

—¿Cómo está usted, señorita?

—Bien, gracias. ¿Dónde está Grannie?

La chica sonrió nerviosamente.

—Ha salido, señorita.

—¿Salido?

Grannie tenía ya cerca de noventa años; y con su temor a las corrientes de aire, que no había hecho más que acrecentarse con la edad, ¿cómo era posible que hubiera salido?

—Fue a los grandes almacenes que están cerca de Victoria, señorita. Me dijo que estaría de vuelta antes de que usted llegara. Oh, creo que ahí viene.

Un antiguo vehículo acababa de detenerse a la puerta. Ayudada por el taxista, Grannie se apeó, apoyándose en la pierna buena.

Se dirigió con paso firme hasta la casa. Se la veía alegre, realmente alegre y entusiasta. Sus abalorios se desplazaban de acá para allá al ritmo de su paso, brillando al sol de septiembre.

—De modo que estás aquí, querida.

Su cara era suave y tenía tantas arrugas como los viejos pétalos de rosa. Grannie quería mucho a Celia y estaba tejiendo unos calcetines de lana para Dermot, como aquellos que siempre había hecho para los esposos de sus amigas y que se usaban para dormir. Aunque Dermot podría usarlos también para combatir el frío de las trincheras.

El tono de su voz cambió al mirar a Gladys. Cada vez le gustaba más mandonear a la servidumbre. (Ahora ya saben cuidar de sí mismas y se han agenciado una bicicleta sin preguntar a Grannie qué opina).

—Y bien, Gladys, ¿a qué esperas? Corre a ayudar al taxista, que traigo paquetes. Y nada de llevarlos a la cocina, ¿eh? Ponlos en la sala.

Tampoco la pobre señorita Bennett estaba ya en el cuarto de costura.

Pronto se fueron apilando junto a la puerta paquetes de harina, bizcochos, docenas de latas de sardinas, arroz, tapioca, legumbres en conserva, azúcar, café. Poco después apareció en la puerta, con rostro muy sonriente, el taxista. Llevaba seis jamones y Gladys le seguía con más. En total, metieron dieciséis en el cuarto del tesoro.

—Yo puedo tener noventa años —dijo Grannie (que aún no los había cumplido, pero que se anticipaba a los acontecimientos porque le gustaba dramatizar de vez en cuando)—, pero no serán los alemanes quienes me maten de hambre.

Celia no pudo contener la carcajada.

Grannie pagó al taxista, le dio una suculenta propina y le advirtió que debía conducir mejor.

—Sí, señora; gracias, señora.

Se llevó la mano a la gorra y, siempre sonriente, se marchó.

—¡Qué día he tenido! —dijo Grannie, mientras desataba las cintas de su toca.

No parecía fatigada, sin embargo. Era evidente que acababa de pasar una jornada divertida.

—Las tiendas estaban atestadas, querida.

Por lo visto, otras señoras ancianas también habían hecho acumulación de alimentos, cargándolos todos en un carruaje, como Grannie.

Celia nunca llegó a trabajar como enfermera de la Cruz Roja.

Sucedieron varias cosas. En primer lugar, Rouncy dejó la casa de Miriam, yéndose a vivir con su hermano. Celia y su madre debían llevar la casa, con la ayuda desganada de Gregg, quien «no podía soportar» la guerra ni tampoco a las señoras que hacían cosas para las que no estaban capacitadas.

Luego Grannie escribió una carta a Miriam.

> Mi querida Miriam:
>
> Hace unos años, si mal no recuerdo, me sugeriste que debería vivir contigo. Me opuse porque me sentía demasiado vieja como para mudarme de casa. Pero el doctor Holt (persona excelente y muy capaz, de esas que saben divertirse con un buen chiste, y al que, me temo, su esposa no aprecia como debiera) me dice ahora que mi vista disminuye, sin perspectivas de que pueda mejorar.

> Tal es la voluntad del Señor, de modo que la acepto; pero no estoy dispuesta a quedar a merced de la servidumbre. Hoy día se oyen y se leen cosas que dan miedo. Últimamente he notado la falta de varias cosas, pero no menciones esto en tu respuesta, porque quizá me abran las cartas. Yo misma he llevado esta carta al correo. Bueno, el caso es que he pensado en la posibilidad de irme a vivir a tu casa. Creo que sería lo más conveniente para mí y que te facilitaría a ti las cosas, pues te ayudaría con tus gastos. No me gusta que Celia haga el trabajo doméstico. La querida niña ha de reservar sus fuerzas. ¿Recuerdas a la Eva de la señora Pinchin? Pues ella tenía el mismo aspecto delicado. Por haber abusado de sus energías, está ahora en un sanatorio, en Suiza. Tú y Celia tendríais que venir para ayudarme con la mudanza. Creo que será algo muy engorroso.

Fue, sin duda, algo engorroso. Grannie había vivido en su casa de Wimbledon durante más de cincuenta años y, como verdadera representante de su generación, caracterizada por el afán de ahorrar y prevenir, nunca había tirado nada que «pudiera servir algún día».

Había muchos armarios llenos de ropa. Y cómodas de sólida caoba con amplios cajones. Por doquier aparecían rollos de telas, trozos, retales y toallas, que Grannie había guardado en su día para olvidarlos luego. Eran innumerables los géneros comprados en otras tantas rebajas; docenas de paquetes de agujas, que ahora estaban forronchosas, «para regalar a la servidumbre en Navidad»; cartas, papeles, viejas recetas médicas, recortes de periódico… Aparecieron no menos de cuarenta y cuatro alfileteros y treinta y cinco pares de tijeras. Resultaban incontables los cajones llenos de fina ropa de cama y también de prendas interiores, todas agujereadas o invadidas por un color amarillento. Las había guardado porque «son buenos bordados, querida».

Lo más triste para Celia fue el desmantelamiento del armario de las provisiones, tan vinculado a los recuerdos de su niñez. Aquel mueble había superado por completo la capacidad de Grannie, quien ya se veía incapaz de hurgar a conciencia en sus profundidades. Había una cantidad ingente de alimentos de toda clase. Mucha harina rancia, viejos bizcochos, jaleas que el tiempo había cubierto de hongos y otros comestibles fueron desenterrados

de allí y arrojados a la basura, mientras Grannie, que contemplaba sentada el espectáculo, se lamentaba ante tan «vergonzoso despilfarro».

—¿Estás segura, Miriam, de que eso no hubiera servido para hacer un buen pudín?

Pobre Grannie, tan diestra, enérgica y buena administradora, derrotada por la edad y la creciente ceguera, obligada ahora a ver con sus propios ojos cómo otras personas desarbolaban su sacrosanto armario de provisiones… Era como admitir su decrepitud.

Luchó con uñas y dientes por cada tesoro que aquellas dos integrantes de generaciones más jóvenes pretendían tirar sin más.

—No; el de terciopelo marrón, no. Ése es mi vestido favorito. Me lo hizo en París *madame* Bonserot. ¡Era tan *francés*! Todo el mundo me elogiaba cuando me lo ponía.

—Pero está raído, querida Grannie. Ya no sirve para nada. Y tiene agujeros.

—Algún arreglo tendrá. Estoy segura de que aún se puede hacer algo con él.

Pobre Grannie, vieja, indefensa, a merced de aquellas dos mujeres jóvenes que desdeñaban sus maravillas, diciendo:

—No sirve, fuera.

A ella la habían educado para que nunca tirase nada, porque siempre podría servir. Pero la gente joven tenía otro parecer.

Trataban de ser buenas y amables. Tanto que, por darle gusto, llenaron una docena de viejos baúles con géneros diversos y pieles medio comidas por las polillas y el tiempo. Nada de todo aquello servía para nada, pero era preciso mostrarse de acuerdo en que tal vez «algún arreglo» tendría. ¿Por qué trastornar más a la anciana?

Insistió en que no se tiraran las fotografías de ciertos caballeros.

—Éste era mi querido señor Harty… Y el señor Lord… ¡Qué buena pareja hacíamos al bailar! Todo el mundo lo decía.

Pero ¡ay del embalaje! El señor Harty y también el señor Lord llegaron al nuevo destino con los cristales rotos y los marcos dañados. La propia Grannie había insistido en empacarlos y lo había hecho mal. Sin embargo, su arte para hacer maletas siempre había sido proverbial en la familia. Nada de cuanto ella empacaba resultaba dañado.

De vez en cuando, cuando nadie la veía, rescataba del montón destinado a la basura algún trocito de puntilla, cierto adorno, una prenda bordada. Casi a escondidas guardaba sus secretos trofeos en alguno de los grandes bolsillos que sus vestidos siempre tenían. Luego, con gesto igualmente furtivo, los pasaba a uno de los baúles entreabiertos que podían verse en su dormitorio y que se destinaban a su ropa personal y de uso más frecuente.

Daba mucha pena verla. Casi se muere durante la mudanza. No obstante, sobrevivió. Tal vez porque estaba resuelta a seguir. Esa misma resolución era la que le había llevado a dejar su querida casa de Wimbledon donde había vivido tanto tiempo. Los alemanes ni la harían pasar hambre ni la atacarían desde las nubes con sus aeroplanos. Grannie estaba decidida a seguir viviendo y gozando de la vida. A los noventa años, uno ha comprendido por fin lo apetecible que puede ser la vida. Eso era lo que la gente joven no lograba comprender. Hablaban de los viejos como si ya estuvieran medio muertos y fueran muy desgraciados. Los jóvenes, pensaba Grannie rememorando un aforismo de su juventud, creen que los viejos son tontos; en cambio, los viejos están seguros de lo contrario.

Esto lo había dicho su tía Carolina a los ochenta y cinco años. Y tía Carolina, demonios, estaba en lo cierto.

De todas maneras, Grannie no tenía en gran estima a los jóvenes de 1914. Le parecían seres carentes de nervio, apáticos y poco varoniles. Bastaba ver a los mozos de la mudanza: cuatro hombretones jóvenes que le pedían que quitara los cajones de su cómoda de caoba porque así pesaría menos.

—Cuando la compré y me la trajeron a esta casa —dijo Grannie — la cómoda venía con todos sus cajones cerrados con llave. Y ahora me decís que para llevarla hay que quitarlos.

—Es que son de caoba maciza y pesan mucho, señora. Además los tiene usted llenos.

—La cómoda venía con sus cajones —repetía la anciana—. Lo que sucede es que ya no hay hombres como aquéllos. Hoy sois todos unos debiluchos. ¡Hacer tanta historia porque un mueble pesa un poquito!

Los mozos sonreían; y, como estaban de muy buen humor, decidieron emular a los de otros tiempos, bajando la cómoda con

los cajones puestos.

—Eso está mejor —dijo Grannie con gesto de aprobación—. Ya veis cómo no se sabe la fuerza que uno tiene hasta que se prueba.

Entre las cosas que se sacaron de la casa había treinta grandes botellones con licores caseros, que Grannie había hecho siguiendo antiguas recetas familiares. Pero solo llegaron veintiocho al nuevo destino. Los otros dos…

¿Había sido la venganza de los mozos?

—Gamberros —dijo Grannie—. Eso es lo que son. Unos bribones. Granujas. No tienen vergüenza.

Sin embargo, les dio una generosa propina, tal vez porque en el fondo de su corazón no estaba enfadada. Después de todo, le hacían un halago sutil al guardarse los dos botellones de licor casero…

Al instalarse Grannie en casa de Miriam, fue preciso buscar una cocinera para que cubriera el puesto de Rouncy. La sustituyó Mary, una joven de veintiocho años. Era buena y deferente con la anciana. A menudo le hablaba de su novio y de las relaciones entre ambos, que eran ricas en discusiones. Grannie disfrutaba oyéndola hablar de los reumatismos, varices y otros padecimientos que menudeaban en su familia. Le solía dar botellitas con remedios y chales o calcetines para que se los llevara a su gente.

Celia pensó de nuevo en trabajar haciendo algo que se relacionara con la defensa nacional. Pero Grannie se oponía resueltamente, profetizándole los más graves desastres si se fatigaba en exceso.

Adoraba a Celia. No solo le daba continuamente consejos y la advertía misteriosamente contra todos los peligros de la vida, sino que también le regalaba billetes de cinco libras. Fiel a su sistema, seguía sosteniendo la necesidad de tener siempre a mano un billete de cinco libras.

Una vez le dio cincuenta libras en billetes de a cinco pidiéndole que las guardase.

—Que ni tu propio marido se entere de que las tienes. Una mujer nunca sabe cuándo necesitará un huevecito en su nido.

E insistía:

—Recuerda, querida, que los hombres no son muy de fiar. Los

caballeros pueden ser muy bien educados, pero de ahí a fiarse de ellos… Por otra parte, un tío débil de carácter no sirve de nada.

La mudanza y todo lo relacionado con ella sirvieron a Celia para no pensar demasiado en la guerra y en su Dermot.

Ahora que Grannie ya estaba instalada, Celia comenzó de nuevo a quejarse de su propia inactividad.

¿Cómo hacer para no vivir obsesionada con el peligro que Dermot corría?

¡En su desaliento casó a casi todas «las chicas»! Isabella se desposó con un rico judío; Elsie con un explorador. Ella, que era ya maestra, se transformó en esposa de un señor anciano y parcialmente inválido, que se había prendado de su imaginativa conversación; Ethel y Annie compartían la misma casa. En cuanto a Vera, hizo una boda morganática con un príncipe de sangre real, pero ella y su esposo resultaron muertos en un accidente automovilístico el mismo día de la boda.

Planeando los casamientos, eligiendo los vestidos de las novias, escribiendo la música para el funeral de Vera y de su príncipe, se distraía. De esta manera, Celia conseguía evadirse por completo de las duras realidades.

Pero ansiaba trabajar y no le importaba que la tarea fuera dura. El hecho de que el trabajo la mantendría mucho tiempo fuera de casa, neutralizaba parcialmente su deseo… ¿Podrían Grannie y su madre pasarse sin ella?

La abuela necesitaba continuas atenciones. A Celia le pareció que no podía dejar todo a cargo de su madre.

No obstante, fue la propia Miriam quien insistió para que se apartara un poco de la casa. Comprendía perfectamente que un trabajo continuo y absorbente, un trabajo que requiriera esfuerzo físico, era lo que Celia necesitaba en aquel momento.

Grannie lloró, pero Miriam se mantuvo en sus trece.

—La niña tiene que irse —dijo.

Sin embargo, Celia nunca llegó a emprender un trabajo de guerra.

Dermot resultó herido en un brazo y fue evacuado a un hospital, en Inglaterra. Al recobrarse se le asignaron tareas en los servicios

internos y se le ordenó presentarse al Ministerio de la Guerra.

Días después se casaron.

10. LA BODA

Las ideas de Celia sobre el matrimonio eran extraordinariamente vagas.

Para ella era algo equivalente a «… y vivieron felices para siempre», frase que proliferaba en todos sus libros de hadas favoritos. No veía las dificultades que podrían surgir, ni la posibilidad de que, a la postre, todo resultara un fracaso. Cuando dos personas realmente se amaban, eran felices. Si el matrimonio fracasaba, el hecho se debía simplemente a que no se amaban.

Ni las rabelesianas descripciones de la vida privada y de los hombres, que tanto gustaban a Grannie, ni las advertencias de su madre (demasiado anticuadas para Celia) recomendándole la necesidad de «conquistar a diario al marido» hicieron mella en su espíritu. Tampoco las novelas realistas con sus sórdidos y ruinosos finales, la conmovieron lo más mínimo. La referencia genérica de Grannie a «los hombres» nunca le pareció aplicable a Dermot, puesto que su amado nada tenía que ver con el resto de los hombres. La gente que aparecía en los libros no era más que un grupo de personajes ficticios, pensados para un mundo de ficciones. En cuanto a las advertencias de Miriam, las consideraba particularmente divertidas a la luz de la extraordinaria felicidad que siempre había reinado en su matrimonio.

—Sabes, mamá, que tu marido jamás miró a otra mujer. ¿O no?

—Oh, sí que lo sé; pero no olvides que antes de casarse tuvo todas las que quiso. No creo que te guste en realidad Dermot. Me parece que no le tienes confianza.

—Pues te equivocas. Le tengo simpatía y le encuentro muy atractivo.

Celia rió.

—La verdad es que tú nunca encontrarías bastante bueno al hombre que se casara conmigo. Todo es insuficiente para tu cariñito

querido, ¿no es así? No te bastaría con el mejor de los superhombres.

Miriam no tuvo otro remedio que aceptar que su hija decía la verdad.

De todos modos, Celia y Dermot eran muy felices juntos.

Miriam se dijo que se había mostrado demasiado recelosa y hasta hostil con el hombre que se había llevado a su hija de su lado.

Como marido, Dermot resultó completamente distinto de lo que Celia se había imaginado. Todo aquel arrojo, aquel tono dominante, aquella audacia se desvanecieron para dejar paso a un joven inseguro, muy enamorado y bueno. Celia había sido su primer amor.

En verdad no dejaba de mostrar cierto parecido con Jim Grant; pero mientras la inseguridad de Jim había fastidiado a Celia simplemente porque no le amaba, la de Dermot operaba de modo inverso.

Al principio le tenía un poco de miedo, sin saber bien el porqué. Acaso porque era un extraño. Sentía que le amaba, pero en concreto, no sabía nada sobre él.

Johnnie de Burgh la había atraído de un modo puramente físico; Jim de un modo intelectual y Peter como alguien que fuese de su propia familia. Su recuerdo estaba entretejido con la esencia misma de su vida. En Dermot encontró algo que sobrepasaba aquellas categorías y en cierto modo las sintetizaba.

Algo en Dermot era infantil y siempre lo sería; y eso le unió a la niña que Celia era en el fondo. Las metas de ambos, sus mentes y sus caracteres constituían polos opuestos; pero necesitaban un compañero de juegos y lo encontraron en el otro.

La propia vida matrimonial era para ellos como un juego. Y lo jugaron con entusiasmo.

¿Qué es lo que se recuerda en la vida? No son en verdad las cosas más importantes, sino las pequeñeces, son las trivialidades las que se afincan persistentemente en la memoria y se niegan a ser desalojadas.

Mirando hacia atrás, ¿qué era lo que Celia podía recordar?

La compra de un vestido en cierta modista… el primero que Dermot le había regalado. Se lo probó en un minúsculo cubil donde apenas cabían ella y la anciana vendedora que la ayudaba. Cuando ambas pensaron que el traje les gustaba, llamaron a Dermot para que diese su opinión. Se habían divertido muchísimo.

Dermot había hecho como si aquélla no fuera la primera vez que su mujer le llamaba a un probador. No iban a demostrar a todo el personal de la tienda que acababan de casarse. Eso jamás.

Dermot llegó a decir con gesto cansado:

—Se parece bastante al que te compré en Montecarlo hace dos años…

Al final escogieron un atuendo color celeste pálido que llevaba un pequeño manojo de capullos de rosa cosido a uno de los hombros.

Celia nunca tiró aquel vestido.

Se pusieron a buscar vivienda. Debía ser, por supuesto, una casa o un piso amueblado. Ignoraban si Dermot se quedaría en el Ministerio de la Guerra o si sería enviado de nuevo al frente. En consecuencia, era preciso ser prudentes con los gastos.

Ni Celia ni Dermot sabían nada sobre zonas y precios, de modo que, con gran inocencia, comenzaron por buscar en el barrio de Mayfair.

Al día siguiente recorrieron South Kensington, Chelsea y Bayswater. Luego West Kensington, Hammersmith, West Hampstead y Battersea. Otro día pasaron revista a zonas de la periferia de Londres. Al final no sabían con cuál quedarse entre dos que habían visto. Uno era un pisito que costaba tres guineas a la semana, situado en medio de un complejo residencial en West Kensington. Su dueña, una señorita soltera llamada Banks, lo tenía escrupulosamente limpio. Irradiaba eficiencia.

—¿No tienen platería ni ropa de cama? Bueno, pues mejor. Eso simplifica las cosas, porque no es necesario que venga el agente a hacer inventario, lo cual causa molestias y cuesta dinero. En esto, sin duda, estarán ustedes de acuerdo conmigo. Entre nosotros sabremos lo que es de cada uno.

Hacía tiempo que nadie atemorizaba tanto a Celia como la

señorita Banks. Cada pregunta que formulaba servía para poner aún más de manifiesto la completa ignorancia de Celia en todo lo concerniente a pisos y alquileres.

Al fin Dermot optó por decirle que ya le comunicarían algo y salieron a la calle.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó Celia—. A mí me ha gustado lo limpio que estaba todo.

Nunca había pensado especialmente en la limpieza. Pero le bastaron dos días de ver pisitos amueblados y baratos para que este punto creciera en importancia:

—Algunos de los que hemos visto simplemente apestaban —dijo.

—De acuerdo. Y puedes agregar que el que acabamos de ver estaba muy bien amueblado. Me interesa también lo que ha dicho la señorita Banks sobre los precios de las tiendas del barrio: es un detalle de suma importancia. Sin embargo, no estoy seguro de que la señorita me caiga muy bien. Me parece una mandona.

—Sí, también me lo ha parecido a mí.

—Y no me extrañaría que nos engañara.

—Pues veamos una vez más el otro. Además, es más barato.

Este valía dos guineas y media a la semana. Se trataba del ático de una vieja casona que, sin duda, había sido señorial en otros tiempos. Constaba de dos habitaciones y una cocina grande. Todo era bastante espacioso y noblemente proporcionado. Las ventanas daban a un jardín interior con dos árboles.

Desde luego, en cuanto a limpieza, no tenía comparación con el piso de la señorita Banks; pero la suciedad que allí había era, según palabras de Celia, «una suciedad simpática». El papel de las paredes presentaba manchas de humedad y la pintura se veía levantada en puertas y ventanas, como si las mismas estuviesen cambiando de piel. También el piso necesitaba algunas reparaciones. Pero las fundas de cretona estaban limpias, aunque tan desvaídas por los lavados que apenas podía distinguirse su dibujo original. El tresillo y demás asientos eran amplios y confortables, aunque viejos.

El lugar contaba, además, con un atractivo suplemento para Celia: la mujer que vivía en el sótano se había ofrecido para cocinarles. Le pareció una persona agradable y bondadosa que le recordaba a Rouncy.

—No tendríamos que buscar cocinera.

—Cierto. ¿Estás segura de que es el más conveniente? Ten en cuenta que su situación no es independiente del resto de la casa y que no se parece en nada a lo que tú estás acostumbrada. Quiero decir que siempre has vivido en una casa encantadora.

Sí, su casa era en verdad encantadora. Ahora se daba cuenta de lo maravillosa que era. La suave dignidad de los muebles Chippendale y Hepplewhite; las porcelanas; las alegres cortinas de zaraza… Aunque ahora tuviera un aspecto pobre, pues el techo tenía goteras, la decoración era anticuada y las alfombras estaban raídas en algunas partes, seguía siendo una casa maravillosa…

—Pero en cuanto termine la guerra —dijo Dermot endureciendo sus mandíbulas, gesto que hacía siempre que expresaba un propósito definido—, me dedicaré a algo que valga la pena. Ganaré mucho dinero para ti.

—Yo no deseo dinero. Por otra parte, ya eres capitán. Hubieses tardado diez años en alcanzar ese grado de no haber sido por la guerra.

—Pero la paga de un capitán es insuficiente. El ejército no depara un futuro. Encontraré algo mejor. Ahora tengo una razón para luchar: tú. Y me siento capaz de hacer cualquier proeza. Ya lo verás.

Celia sintió un escalofrío delicioso al oírle. Dermot era tan diferente de Peter… No aceptaba la vida tal como se presentaba. Deseaba hacerla a su modo. Y estaba segura de que lograría lo que persiguiera.

Estaba en lo cierto cuando decidí casarme con él, pensó. No me importa lo que la gente pueda pensar. Algún día tendrán que reconocer que yo estaba en lo cierto.

Porque, naturalmente, abundaban los comentarios y las críticas. La señora Luke, por ejemplo, se había sentido particularmente desolada al saber de la vida de Celia.

—¡Pero querida, tu vida será tan *aterradora*! ¡Si ni siquiera puedes tener una cocinera! ¡Tendrás que hacer trabajos sucios!

La imaginación de la señora Luke no llegaba más allá de la falta de cocinera. Esto era para ella una catástrofe.

Por su parte, Cyril, quien estaba luchando en Mesopotamia, le había escrito una larga carta llena de reproches al enterarse de su compromiso. Le decía que su decisión era absurda.

Pero Dermot era ambicioso. Triunfaría. En él había un impulso enérgico que Celia sentía y admiraba. En esto era tan diferente a ella…

—Quedémonos con este piso —dijo—. Lo prefiero a los otros, sin ninguna duda. Además, la señorita Lestrange es mucho mejor que la señorita Banks.

La señorita Lestrange era una amable mujer de treinta años con ojos brillantes y sonrisa bondadosa.

Si aquel matrimonio tan joven, que recorría Londres en busca de casa, la había divertido, no dio muestras de ello. Pero aceptó todas las sugerencias que le hicieron, les brindó todo un repertorio de informaciones útiles a la vez que discretas y terminó explicando a Celia el funcionamiento del calentador de gas para el baño. La recién casada nunca había visto un aparato como aquél.

—¡Pero no te puedes bañar con frecuencia! —exclamó—. ¡La ración de gas solo es de cuarenta mil pies cúbicos y hay que cocinar!

De todos modos, Celia y Dermot se fueron a vivir al número ocho de Lanchester Terrace por seis meses. Celia comenzaba su carrera de ama de casa.

Lo que más hizo sufrir a Celia en su primera época de vida matrimonial fue la soledad.

Cada mañana, temprano, Dermot acudía al Ministerio de la Guerra y Celia se veía enfrentada a una jornada completamente vacía.

Pender, el asistente de Dermot, servía los huevos con tocino de la mañana, limpiaba el piso y salía a buscar los cupones del racionamiento. La señora Steadman subía entonces para arreglar con Celia lo relativo a la cena.

La señora Steadman era una mujer cordial, aficionada a las largas charlas, y persona voluntariosa, aunque sus platos no siempre fueran del todo aceptables. Tenía, cosa que lealmente confesaba, cierta tendencia a pasarse con la pimienta. Parecía no comprender que hubiera un término medio entre una comida sin condimentos y otra rebosante de ellos. En este caso, al comensal le venían lágrimas a los ojos y hasta llegaba a sufrir accesos violentos de tos.

—Yo siempre he sido así —decía la señora Steadman como si con ello explicara satisfactoriamente la situación—. Desde pequeña. Curioso, ¿no? Y tampoco llegué a tener jamás buena mano para la repostería.

La mujer tomó bajo su protección a Celia, que estaba ansiosa por reducir los gastos al mínimo. Sin embargo, ignoraba los medios para alcanzar su propósito.

—Será mejor que me encargue yo de la compra. Usted es demasiado joven e inexperta. Nunca se le ocurriría, por ejemplo, sostener un arenque sobre la cola para asegurarse de que está fresco. Y algunos de esos pescaderos son muy hábiles para engañar.

Movió gravemente la cabeza.

—Llevar una casa no es nada fácil en estos tiempos de guerra. Los huevos están a ocho peniques cada uno.

Celia y Dermot vivían principalmente a base de sopas en cubitos que, al margen del sabor marcado en el paquete, sabían siempre a lo mismo. Dermot se refería a ella como la «sopa de arena marrón». Además consumían sus respectivas raciones de carne.

La ración de carne era algo que apasionaba a la señora Steadman más que cualquier otra cosa. Los militares recibían una porción mejor y más abundante. La primera vez que Pender apareció con su carga, consistente en un gran trozo de costilla, Celia y la señora Steadman empezaron a dar vueltas alrededor de la mesa, admirándolo. Entretanto, la señora Steadman no dejaba de hacer comentarios.

—¡Qué maravilloso espectáculo! Realmente, se me hace la boca agua solo de verlo. No había visto nada igual desde el comienzo de la guerra. Un cuadro. Un cuadro, sí; eso es lo que parece. Quisiera que mi marido estuviese en casa. Le haría subir para que también él gozara admirando este trozo de carne auténtica. Claro, si a usted no le importara, señora. Nada le gustaría más que ver esto con sus propios ojos, se lo aseguro. Pero si lo quiere hacer al horno, creo que no podrá, porque el suyo es demasiado pequeño. No. Si lo prefiere, podría llevarlo a mi casa y hacerlo en el mío.

Celia insistió para que la señora Steadman aceptara unas rodajas de lo que, después del trato adecuado, sería un espléndido rosbif. Tras resistir un poco, de acuerdo con las buenas maneras, la señora Steadman aceptó.

—Pero solo por esta vez. No quisiera que usted pensara que la sirvo por interés.

Tan abundante había sido el repertorio de elogios brindados por la mujer al trozo de carne, que cuando el plato llegó a la mesa se sintió muy excitada.

En cuanto al almuerzo, Celia solía ir a buscarlo a la cocina nacional de su barrio. Economizaba con todo cuidado la correspondiente ración de gas, tratando de administrarlo de modo que, usando el horno solo por las mañanas y por las noches, les quedara para encender la estufa en la sala. Para ello hubo que reducir los baños a dos veces por semana.

En lo referente a la mantequilla y al azúcar, la señora Steadman se reveló como una aliada inestimable, pues podía obtener ambas cosas al margen de las cartillas de aprovisionamiento.

—Es que ellos me conocen, sabe usted —dijo a Celia—. El joven Alfred siempre hace un guiño al verme, diciéndome: «En abundancia para Ma». Pero no creo que vaya por ahí regalando mantequilla y azúcar a toda buena señora que ve. Lo que sucede es que nos conocemos de hace tiempo.

Protegida de este modo por la señora Steadman, Celia tenía prácticamente todo el día para ella.

Cada vez le era más difícil saber qué hacer con su tiempo libre.

En su casa, siendo ella soltera, tenía el jardín. También podía adornar los floreros, tocar el piano… Y tenía a su madre.

Ahora no tenía a nadie en todo el día. Las pocas amigas suyas que vivían en Londres estaban casadas e ignoraba sus direcciones. Alguna que otra estaba dedicada a trabajos de guerra. Por lo demás, no sentía mayor inclinación por buscarlas, pues la mayoría se encontraba en situación económica muy superior a la suya y hubiese sido difícil mantener la relación anterior. Su cambio de vida también contribuía al aislamiento. De soltera recibía muchas invitaciones para pasar unos días en una y otra casa, para ir a bailes y reuniones en Ranelagh y en Hurlingham. Ahora, todo aquello había pasado. Las amistades tendrían que ser entre matrimonios y ellos no tenían el dinero suficiente para corresponder, de modo que optaron por no hacer vida social en absoluto. La gente no le interesaba particularmente a Celia; pero menos le atraía su soledad y el contemplar cómo sus días transcurrían sin hacer nada. Le

propuso a Dermot ponerse a trabajar en los hospitales.

Su marido se opuso terminantemente a la idea. No quería ni oír hablar de ello y Celia se doblegó a sus deseos. Lo más que aceptó fue que asistiese a clases de taquigrafía y máquina. También podía seguir cursos de contabilidad que, como Celia sostuvo, podrían serle útiles si más tarde necesitaba buscarse un trabajo.

La vida se le hizo mucho más agradable cuando se encontró con tareas que hacer. En especial, le atraía la contabilidad: tanta claridad y precisión armonizaban con su carácter.

Y luego estaba la alegría de esperar cada tarde a Dermot. Ambos se querían apasionadamente y se consideraban muy felices de estar juntos.

El mejor momento del día era aquél en que ambos se sentaban frente al fuego, antes de irse a la cama. Dermot se bebía una taza de Ovaltine y ella una de Bovril.

Aún, por entonces, les resultaba casi imposible hacerse a la idea de que estaban juntos para siempre.

Dermot no era muy expresivo. Nunca decía, por ejemplo, «te quiero» y era raro que le hiciese una caricia espontánea. Si en alguna ocasión alteraba sus costumbres y le decía algo cariñoso, Celia atesoraba aquel momento como algo precioso. Resultaba tan evidente que no le era fácil expresar su intimidad, que ella apreciaba aún más que sus palabras, teniendo en cuenta aquel rasgo de su carácter, contra el cual su marido luchaba en vano.

Por la noche, cuando hablaban, por ejemplo de las extravagancias de la señora Steadman, Dermot la abrazaba a veces y le decía tartamudeando:

—Celia… Eres tan hermosa… tan hermosa. Prométeme que siempre serás tan hermosa como ahora.

—Tendrías que quererme de todos modos, aunque dejara de serlo.

—No. Igualmente no. No sería ya lo mismo. Prométemelo. Dime que siempre serás tan hermosa…

Tres meses después de instalarse con Dermot en Londres, Celia fue a pasar unos días con su madre. Pensaba quedarse una semana con ella y con Grannie.

Al llegar, encontró a su madre cansada y enferma. Grannie, en cambio, estaba radiante. Contaba con un nuevo y nutrido repertorio de atrocidades cometidas por los alemanes.

Miriam parecía una flor ajada en un vaso de agua. Sin embargo, al día siguiente de la llegada de Celia pareció revivir y se la vio como siempre.

—¿Tanto me has echado en falta, madre?

—Sí, querida; pero no hablemos de cosas tristes. Sucedió, simplemente, lo que tenía que suceder. Lo importante es que eres feliz. Basta verte.

—Sí. Oh, mamá, he de decirte que estabas equivocada sobre Dermot. Es muy bueno. Nadie en el mundo podría serlo más. Y lo pasamos estupendamente… Ya sabes lo que a mí me gustan las ostras; pues imagínate que un día, para hacerme una broma, consiguió una docena y las puso sobre la cama… diciéndome que era un lecho de ostras… Oh, ya sé que, contado, suena tonto; pero nos reímos muchísimo. No podíamos parar de reír. Es tan encantador… Tan bueno… No creo que en toda su vida haya cometido una acción mezquina o indigna. Pender, que así se llama su asistente, le tiene por un genio. En cambio, conmigo adopta una posición crítica. No creo que me estime digna de su ídolo. El otro día me dijo: «Al capitán le agradan mucho las cebollas; y parece que nunca tenemos cebollas por aquí». Así que me puse inmediatamente a freír unas cuantas. La señora Steadman está de mi parte. Siempre quiere que se guise lo que a mí me gusta. Dice que los hombres no están mal, pero que, si dejara a su marido hacer lo que quisiera, no sabría dónde iría a parar.

Celia charlaba, rebosante de felicidad, sentada en el lecho de su madre.

Era maravilloso encontrarse de nuevo en la casa. Le parecía más bonita que nunca. Todo estaba tan limpio… El mantel del almuerzo estaba inmaculado, la platería brillaba y los vasos también. ¡Cuántas cosas en la vida se dan por sentadas sin reparar en ellas!

La comida, aunque sencilla, estaba deliciosa, bien sazonada e impecablemente servida.

Mary, le dijo su madre, se iba a ir a trabajar al Servicio Auxiliar Femenino del Ejército.

—Me parece estupendo —repuso Celia—. Es joven.

Gregg, por su parte, se volvía cada día más intratable. Protestaba constantemente por los racionamientos alimenticios impuestos por la guerra.

—Estoy acostumbrada a preparar un plato de carne caliente para la cena de cada noche —decía—. Estos trozos y este pescado no son buenos. No tienen sustancia. No pueden nutrir.

Era inútil que Miriam tratara de explicarle que, en tiempos de guerra, era preciso hacer de tripas corazón. Gregg era demasiado anciana para comprender.

—La economía es una cosa y la comida saludable, otra. Nunca he guisado con margarina y me moriré sin comer estos guisos. Mi padre se revolvería en la tumba si supiera que su hija se ve obligada a comer margarina. Y eso, en una buena casa de familia.

Miriam se reía al contar la anécdota a su hija.

—Al principio cedí, de modo que le daba a ella mi mantequilla y me comía su margarina. Hasta que un día envolví la margarina en el papel de la mantequilla y la mantequilla en el de la margarina. Llevé ambos paquetes a la cocina, diciéndole que la margarina tenía ahora un gusto excelente y que parecía realmente mantequilla. Le pedí que la probara. Así lo hizo, pero de inmediato hizo un gesto de repulsión. No, realmente, jamás podría comer semejante inmundicia. Entonces le mostré el paquete de margarina envuelto en el de la mantequilla, diciéndole que acaso preferiría aquél. Probó un poco y exclamó que aquello era incomparable. Tuve que explicarle lo que había hecho; y desde entonces nos repartimos por partes iguales las dos raciones. Se acabaron las trifulcas.

También Grannie se mostraba irreductible en materia de comidas.

—Espero, Celia, que encargues mantequilla y huevos en cantidad. Ya sabes que necesitas alimentarte.

—Es que es difícil conseguir mantequilla a discreción, Grannie.

—Tonterías, hija. Necesitas mantequilla y has de comprarla. ¿Recuerdas la hija de la señora Riley? ¿Aquélla tan bonita? Pues murió el otro día. De hambre. Claro, todo el día trabajando y para comer, solo migajas. Cogió un catarro y pronto se le declaró una pulmonía. Ya me imaginaba yo lo que iba a suceder.

Y Grannie movía satisfecha su cabeza, mientras meneaba sus agujas.

A la pobre anciana, la vista le seguía disminuyendo. Ahora solo hacía punto con agujas muy gordas y, aún así, cometía frecuentes errores, dando puntos en falso u olvidando el dibujo de la prenda. Cuando constataba sus fallos, se ponía a llorar en silencio. Gruesas lágrimas le rodaban por sus mejillas sonrosadas y flácidas.

—Lo que me atribula es la pérdida de tiempo —decía—. Me pongo nerviosa.

Cada vez sospechaba más de cuantos la rodeaban.

A veces, al entrar Celia en su dormitorio por las mañanas, la encontraba llorando.

—Mis pendientes, hijita, mis pendientes de brillantes. Los que tu abuelo me regaló. Esa muchacha me los ha cogido.

—¿Qué muchacha?

—Mary. Ya ha tratado de envenenarme. Me puso algo en el huevo duro. Tenía un gusto raro.

—Pero Grannie, nadie sería capaz de poner veneno en un huevo duro.

—Te digo que tenía un gusto raro, chiquilla. Amargo. Me hizo arder la lengua —Grannie hizo un gesto de desagrado—. Una criada envenenó a su patrona hace pocos días. Lo trae el periódico. Esa mujer sabe que sospecho de ella, que la tengo por la ladrona de mis pendientes y también de otras cosas que me faltan. Después de robarme tanto, ahora me quita mis pendientes, que eran maravillosos.

Grannie volvió a llorar.

—¿Estás segura, Grannie? Tal vez estén en el cajón.

—No vale la pena que mires, queridita. No los encontrarás. No están.

—¿En qué cajón los pones?

—En el de la derecha. Ella pasó con la bandeja… Yo los había escondido bajo mis guantes. Inútil. Ya he buscado y rebuscado.

Entonces Celia le enseñaba los pendientes, que había encontrado envueltos en un trozo de mantilla. Grannie demostraba una alegría infantil y decía a Celia que era una chica buena y astuta. Pero sus sospechas sobre Mary no variaban.

Otras veces se inclinaba en su silla y le decía a Celia en voz baja.

—Celia, tu bolso. ¿Dónde lo tienes?

—En mi habitación, Grannie.

—Allí están ahora. Las he oído.

—Sí, están haciendo la cama y limpiando.

—Hace demasiado tiempo que están allí. Buscan, sin duda, tu bolso. Debieras tenerlo siempre contigo.

Otra de las cosas que Grannie encontraba difícil era la tarea de extender cheques. Celia tenía que ponerse a su lado y llevarle la mano hasta el lugar preciso en que debía escribir cada cifra o palabra. También debía alertarla cuando llegaba al final del papel.

Terminado por fin el engorro, le daba el talón a Celia para que lo cobrase en el banco.

—Notarás que lo he hecho por diez libras, aunque las cuentas que he de pagar no totalizan nueve. Recuerda bien esto: nunca extiendas un cheque por nueve libras, queridita. Es demasiado fácil falsificarlo y hacerlo pasar por noventa y nueve. Hazlo por diez y guarda la diferencia.

Puesto que la propia Celia era la que tenía que cobrarlo, ella sería la única persona que podría cambiar las cifras. No obstante, eso no parecía importarle mayormente a Grannie, que mantenía intacto su instinto precavido.

Miriam sobresaltó a Grannie cierto día al decirle que sería preciso que se mandase confeccionar algunos vestidos nuevos. La anciana no parecía haber pensado para nada en aquello.

—No sé si te has dado cuenta, Grannie, pero el que llevas ya está hecho jirones.

—¿Este terciopelo maravilloso?

—Sí. Tú no puedes verlo muy bien, de modo que yo te lo hago notar. Está muy gastado.

Grannie suspiró lastimeramente y las lágrimas temblaron en sus ojos.

—Mi vestido de terciopelo… tan elegante… Me lo hicieron en París.

Grannie nunca se pudo acostumbrar al desarraigo que le causara el abandono de su casa de tantos años y la radicación en otra. Encontraba al campo terriblemente tedioso cuando lo comparaba con Wimbledon. Nunca iba nadie por casa de Miriam. Nada sucedía. Sí que había un buen jardín, pero la anciana temía demasiado las corrientes de aire para pasearse por él. Solía sentarse en el comedor, como era su hábito en Wimbledon. Miriam le leía los periódicos y,

terminado el ritual, ya no quedaba nada por hacer el resto del día.

Casi la única diversión de Grannie se hallaba en ordenar la compra de grandes cantidades de comida y, cuando éstas llegaban, discutir con Miriam cuál sería el mejor lugar para esconderlas de posibles rapiñas. Encima de los armarios, todo estaba atestado de latas de sardinas y de galletas. Las conservas de carne y los paquetes de azúcar se disimulaban en los lugares más insospechados. Los baúles de Grannie estaban repletos de botellones de jarabes dorados.

—Pero Grannie, no es preciso que acapares de ese modo la comida.

—¡Bah! —y la anciana soltaba la carcajada—. Vosotros los jóvenes no sabéis nada de nada. Durante el sitio de París, en el setenta, la gente comía ratas. *Ratas*. Previsión, Miriam. Fui educada para ser precavida.

De pronto, el rostro de Grannie se volvía tenso y sus ojos brillaban.

—Las criadas, Celia. De nuevo están en tu dormitorio. ¿Dónde están tus alhajas?

Celia se sentía algo mal aquellos días. No prestó mayor atención a la indisposición, hasta que un día tuvo que echarse en la cama, presa de violentas náuseas.

—¿Crees, mamá, que eso significa que estoy embarazada?

—Me lo temo.

Miriam parecía preocupada.

—¿Que lo temes?

Celia estaba muy sorprendida.

—¿Acaso no te hace ilusión que tenga un niño?

—No. Preferiría que no lo tuvieses aún. ¿Y tú? ¿Deseas tanto tenerlo?

—Bueno —repuso Celia con un gesto pensativo—. No había pensado en ello. Nunca he hablado con Dermot sobre el asunto. Supongo que ambos sabíamos que podría llegar. Algo sé y es que no me gustaría quedarme sin hijos. Creo que me sentiría como una mujer incompleta.

Dermot fue a pasar el fin de semana a casa de Miriam.

El encuentro no se pareció en nada a los que tienen lugar en las novelas románticas. Celia continuaba sintiéndose mal. Peor que antes.

—¿Por qué crees que te encuentras mal, Celia?

—A decir verdad, creo que estoy esperando un bebé.

Dermot se agitó mucho.

—Yo no quería esto. Me siento un bruto desconsiderado. Un verdadero bruto. No puedo soportar verte enferma y sufriendo.

—Pero si estoy muy contenta, Dermot. A ninguno de los dos nos hubiese gustado quedarnos sin niños.

—No me importaría. No deseo un niño. Luego solo pensarás en él y te olvidarás de mí.

—No, nunca. Nunca.

—Sí que te olvidarás de mí. Es lo que sucede a todas las mujeres. Se transforman en seres superdomésticos y solo se ocupan de los hijos, olvidando a sus maridos.

—No, Dermot. Tú serás siempre el primero. Adoraré al pequeño porque es tuyo. ¿O no lo comprendes? Lo maravilloso de él será que es de ti, no que es un niño cualquiera. Y siempre te querré a ti por encima de todo. Siempre, siempre…

Dermot dirigió la mirada hacia otro lado. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—No puedo soportar esto. Haberte puesto en esta situación… Pude evitarlo. Podrías morir al dar a luz.

—No moriré. Soy fuerte.

—Pues tu abuela no dice eso.

—Oh, son cosas de Grannie. No puede admitir que nadie goce de perfecta salud.

Dermot se conformó; pero su ansiedad y su preocupación por ella conmovieron mucho a Celia.

Cuando volvieron a Londres, Dermot quería ocuparse de toda la faena de la casa, instándola a que tomase alimentos especiales y remedios para combatir las náuseas.

—No es preciso, Dermot. Duran tres meses, nada más. Luego te sientes como nueva. Lo dicen los libros.

—Tres meses ya es bastante. No quiero que sufras tanto tiempo.

—Es bastante molesto, pero no hay manera de remediarlo.

La espera del niño, pensaba Celia, era absolutamente

decepcionante. Tan distinta de lo que se leía en las novelas. Se había imaginado a sí misma tejiendo pequeñas prendas de lana mientras hacía planes para el pequeño.

Pero ¿cómo hacer hermosos planes cuando te sientes como si te encontraras en un barco que cruza el canal de la Mancha en medio de una tempestad? La intensidad de los mareos borraba todo pensamiento agradable que se le presentara. Se sentía como un animal saludable, pero sufriente.

No solo tenía náuseas por la mañana temprano, sino durante todo el día, intensificándose a intervalos irregulares. Aparte de las incomodidades que de ello se derivaban, transformaban toda su vida en una verdadera pesadilla, puesto que no podía saber cuándo le vendría el mareo con especial intensidad. Dos veces tuvo que precipitarse fuera del autobús, para vomitar en el desagüe de la calle, al que llegó en el momento preciso. Estando las cosas así, no podía aceptar ninguna invitación.

Se quedaba en casa y, ocasionalmente, salía a dar algún paseo, pues le convenía hacer ejercicio. Tuvo que dejar las clases y si cosía o hacía punto no tardaba mucho en sentirse desvanecer. Permanecía en un sillón, leyendo o escuchando los recuerdos obstétricos que le brindaba la señora Steadman.

—Recuerdo que estaba esperando a Beatrice. De pronto, el antojo me vino en la frutería, donde había ido a comprar una col. «Tengo que comerme esa pera», me decía interiormente. Era grande y jugosa, de la clase que la gente rica come a los postres. Y en un abrir y cerrar de ojos, me la engullí. El chico que me despachaba me miró asombrado. ¡Y no era para menos! Pero el dueño de la tienda, que era hombre de familia numerosa, enseguida se dio cuenta de qué se trataba. «Ya está bien, chico —dijo—. No importa». «Oiga, lo siento enormemente», le dije yo. «Está bien, señora Steadman», insistió él. «Tengo siete niños y sé de qué se trata. La última vez, mi mujer solo tenía arrebatos por el adobo de cerdo».

La señora Steadman hizo una larga pausa para recuperar el aliento.

—Lo mejor sería que su madre estuviese aquí con usted. Pero claro, con la anciana que tiene en la casa… Hay que tener en cuenta a los abuelos.

También Celia hubiese deseado que su madre viniera a su lado. Los días se sucedían como otras tantas pesadillas. El invierno era frío y una intensa niebla lo cubría todo durante semanas enteras. La vida se le hacía muy dura hasta que Dermot regresaba.

Y era tan dulce y amable, se mostraba tan ansioso por ella… A menudo traía algún libro sobre embarazos y, después de cenar, solía leerle algunos pasajes.

«Las mujeres sienten a menudo deseos de comer alimentos extraños o exóticos durante este período. Antiguamente pensaban que era mejor hacer lo posible por satisfacerlos. Hoy en día, en cambio, consideramos que han de controlarse, pues podrían causar daño».

—¿Sientes deseos por algún alimento extraño o exótico, Celia?

—No me importa comer lo que sea.

—Creo que deberíamos dejar una pequeña luz encendida toda la noche.

—¿Cuándo crees tú que empezaré a sentirme mejor, Dermot? Ya han pasado cuatro meses.

—Pronto te pasarán las náuseas. Los libros, al menos, así lo dicen.

Pero a pesar de lo que decían los libros, el malestar continuaba.

El propio Dermot opinaba que Celia tendría que irse a casa de su madre.

—Es terrible para ti estar sola todo el día, Celia.

Pero ella rehusó marcharse. Pensaba que él sufriría y no deseaba que así fuera. Además, todo iría bien. No iba a morirse, como absurdamente Dermot sostenía… Sin embargo, algunas morían… Por lo mismo, no deseaba perder un solo instante de su vida junto a Dermot.

En medio de los tremendos malestares que sufría, amaba a Dermot más que nunca.

Y él era tan bueno con ella, tan tierno… Y también muy cómico.

Cierta noche estaban sentados en la pequeña sala y Celia observó que los labios de Dermot se movían casi imperceptiblemente.

—¿Qué sucede, Dermot? ¿Qué es lo que murmuras?

Dermot tenía aspecto atemorizado.

—Me estaba imaginando que el médico me dijera durante el

parto que era imposible salvar a la madre y al niño a la vez y que era preciso elegir. Entonces yo diría: «Pues corten al niño en pedazos».

—Pero ése es un pensamiento brutal.

—Le odio por lo que te hace sufrir… si es que se trata de un varón… Preferiría que fuese una niña. No me importaría tener una hija patilarga y de ojos azules. Pero detesto la idea de un desagradable niño varón.

—En cambio, yo quiero un niño que sea exactamente igual a ti.

—Le daré palizas.

—Qué malo eres.

—Los padres tienen la obligación de pegar a sus hijos.

—Estás celoso, Dermot.

Era verdad.

—Eres tan hermosa… Te quiero únicamente para mí.

Celia rió.

—No creo que esté precisamente muy hermosa en estos momentos.

—Ya lo estarás de nuevo. Mira Gladys Cooper. Ha tenido dos niños y está más bonita que nunca. Me resulta reconfortante pensar en ella.

—No me gusta que insistas tanto con la belleza, Dermot. Me… me asusta.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—Serás hermosa durante años y años.

Celia hizo una mueca y movió el cuerpo como si se sintiese muy incómoda.

—¿Qué sucede? ¿Te duele?

—No; solo un espasmo en este costado. Muy fastidioso. Como si algo me golpeara.

—Pues no puede ser el niño. En este libro dice que hasta después del quinto mes…

—Oh, Dermot, ¿te refieres a esa «sensación de aleteo bajo el corazón»? Siempre me ha parecido una descripción muy poética y encantadora. Creo que ha de ser algo maravilloso. Pero esto es diferente.

No. No era diferente.

Su niño, dijo Celia, sería alguien sumamente activo. Se pasaba el tiempo dando golpes.

A causa de sus inclinaciones atléticas, de momento le llamaron Punch.

—¿Hoy ha estado inquieto Punch? —solía preguntar Dermot al volver por las noches.

—Terrible —contestaba Celia—. No me ha dejado un minuto en paz. Pero creo que ahora está durmiendo.

—Espero —dijo Dermot— que no pretenda ser pugilista profesional.

—Yo también. No quiero que le rompan la nariz.

Celia hubiera deseado que su madre fuese a visitarla. Pero Grannie estaba pasando una época muy mala. Un poco de bronquitis (que ella atribuía al hecho de haber dejado abierta la ventana de su dormitorio) podía tener consecuencias imprevisibles a su edad y era preciso cuidarla. De ahí que Miriam, aunque deseosa de hallarse junto a su hija, no pudiese hacerlo.

> Me siento responsable por Grannie —le escribía—. En consecuencia, no puedo dejarla ni un momento. Has de tener en cuenta que desconfía mucho de la servidumbre. Oh, querida mía, ¿estás segura de que no puedes venir tú aquí? ¡Tengo tantos deseos de verte y de estar a tu lado!

Pero Celia no quería dejar solo a Dermot. Inconscientemente, pensaba que podía morir sin volverle a ver.

Fue Grannie la que un buen día resolvió encargarse del problema. En una carta que envió a Celia con su pequeña y adornada letra, ahora un poco errabunda por culpa de su mala vista, le decía:

> Querida Celia:
>
> Vengo insistiendo en que tu madre vaya a verte cuanto antes. Es muy malo que una niña, en el estado en que tú te encuentras, tenga un deseo ferviente y no se la pueda complacer. Tu querida madre desea ir, lo sé, pero no quiere que me quede sola con las criadas. No diré nada sobre esto, porque vete tú a saber quién lee las cartas que te envío.
>
> Trata, mi niña, de mantener en alto tus pies lo más

frecuentemente que puedas y recuerda que no has de poner la mano sobre el vientre si estás mirando un salmón o una langosta. Mi madre, estando en estado, se llevó cierta vez la mano al cuello y por eso tu tía Caroline nació con una mancha parecida a un salmón en el cuello.

Te adjunto un billete de cinco libras. Mejor dicho, medio billete. El otro te lo envío en sobre separado. Quisiera que te comprases cualquier tontería que te hiciese ilusión.

Te quiere mucho,

GRANNIE

La llegada de Miriam fue un acontecimiento para Celia. Le prepararon una cama en la pequeña sala, sirviéndose del diván. Dermot se mostró muy solícito y hasta encantador con ella. No es probable que esto último incidiera en el ánimo de Miriam, pero sí que le sentó bien estar cerca de su hija. Se sentía muy feliz.

—Acaso fuesen los celos los que me impedían ver lo bueno que es Dermot —le confesó—. Sabes, cariñito, es que todavía me cuesta mirar con afecto a quien te ha llevado lejos de mí.

Al tercer día de su llegada, Miriam recibió un telegrama que la obligó a volver de inmediato a su casa. Grannie había fallecido el día anterior. Después supo que sus últimas palabras tenían que ver con Celia. Decía que no debía hacer esfuerzos de ninguna clase y, sobre todo, no viajar en autobús. «Las jóvenes recién casadas no deben hacer ese tipo de cosas».

Grannie no tenía, aparentemente, la menor idea de que se estaba muriendo. Se mostraba nerviosa y malhumorada porque no podía adelantar la labor que estaba tejiendo para el pequeño de Celia… Murió sin que se le pasara por la cabeza la eventualidad de que nunca llegaría a ver a su bisnieto.

La muerte de Grannie cambió poco la situación económica de Miriam y de Celia. La mayor parte de sus ingresos provenían de un seguro de vida que le había dejado en herencia su tercer marido. Del dinero que tenía, no mucho por cierto, varios pequeños legados comprendían casi la mitad del total. El resto quedó para Miriam y Celia. Miriam quedó peor (pues la renta de Grannie la ayudaba a

sufragar los gastos de la casa) pero Celia se vio en posesión de cien libras al año. Con el consentimiento y hasta con la exigencia de Dermot, renunció a ellas para que Miriam viviese más desahogadamente. Más que nunca, Celia se oponía a que su madre se viese obligada a vender la casa que ella tanto quería. Miriam terminó por acceder, aunque costó hacerle ver las cosas. Al fin comprendió que sería bueno poseer una casa de campo donde pudiesen ir cuando quisieran los hijos de Celia, de modo que su vida continuó, con la única variante de que Grannie ya no vivía.

—Por otra parte, querida, bien podrías necesitar tú misma esta casa un día de éstos, cuando yo me haya ido. Me agrada pensar que siempre tendrás en ella un refugio, cualesquiera que sean los avatares de tu vida.

Celia pensó que la palabra «refugio» era inadecuada para el caso; pero no le disgustaba pensar que, quizá, algún día pudiese vivir con Dermot en su antiguo hogar.

En cambio, Dermot veía de otro modo las cosas y no tardó en decirlo.

—Por supuesto que me encanta tu viejo hogar, pero no creo que nos vaya a servir.

—Podríamos ir a vivir allí algún día.

—Sí, cuando lleguemos a los cien años de edad. Está demasiado lejos de Londres y, por lo tanto, no resulta práctico vivir en ella.

—¿Y cuando te retires del ejército?

—No soy de los que sienten placer en quedarse sentado y vegetar. Buscaré trabajos rentables. Por otra parte, no estoy seguro de quedarme en el ejército después de la guerra, aunque no quisiera hablar sobre este punto por ahora.

¿De qué valía mirar hacia el futuro? Dermot podía recibir en cualquier momento la orden de marchar a Francia y reintegrarse a su regimiento. Podrían matarle…

Celia sabía que ningún niño podría reemplazar a Dermot en su corazón. Dermot significaba para ella más que ninguna otra cosa o persona. Y así sería siempre.

11. MATERNIDAD

El bebé de Celia nació en julio, en la misma habitación donde ella misma lo hiciera veintidós años antes.

Afuera, las ramas verde oscuro del haya golpeaban contra la ventana.

Superando sus temores que, curiosamente, eran muy grandes, Dermot observaba los gestos y acciones de una madre inminente como algo sumamente cómico; y nada en el mundo podía ayudar tanto a Celia a pasar el trance. Hasta los últimos días había sufrido mareos, a pesar de lo cual continuaba activa, tratando de ser útil.

Tres semanas antes de que su bebé naciera, decidió irse a vivir con su madre. Al cabo de ese tiempo, Dermot consiguió un permiso especial de una semana y se apresuró a correr junto a ella. Celia esperaba que el bebé naciera en aquella semana, pero su madre prefería que lo hiciese después. Los hombres, estimaba Miriam, estorban más que otra cosa en circunstancias como aquéllas.

La enfermera llegó, y tan jovial y tranquilizadora se mostraba que sus esfuerzos solo consiguieron atemorizar aún más a Celia.

Una noche, mientras cenaba, Celia dejó caer los cubiertos de su mano, exclamando:

—¡Enfermera!

La ayudaron a salir del comedor. La mujer volvió un minuto más tarde. Hizo señas a Miriam.

—Muy puntual —dijo sonriendo—. Una paciente modelo, en verdad.

—¿No va usted a llamar al médico? —preguntó Dermot con vehemencia.

—Oh, no hay tanta prisa. No tendría nada que hacer hasta pasadas unas cuantas horas.

En efecto, Celia volvió al comedor y continuó cenando. Luego, Miriam y la enfermera salieron de la estancia. Algo dijeron sobre

sábanas y toallas. Se oyó un ruido de llaves.

Celia y Dermot se miraron como desamparados. Hasta entonces habían reído y bromeado. Ahora, sus temores se agolpaban, más urgentes a cada momento que transcurría.

—Todo saldrá bien —dijo Celia—. Estoy segura de que todo irá bien.

—Naturalmente que sí —repuso Dermot con acento emocionado.

Se miraron para darse valor mutuamente.

—Eres muy fuerte —dijo Dermot.

—Muy fuerte. Por otra parte, millones de mujeres tienen hijos cada día.

Un espasmo doloroso cruzó por su rostro.

—Celia —exclamó Dermot.

—No es nada —repuso ella—. Salgamos un poco. Esta casa parece un hospital.

—Esa maldita enfermera…

—Pero si es encantadora…

Salieron al jardín. En aquella noche de verano se sentían curiosamente aislados. Dentro de la casa menudeaban los preparativos, las agitaciones. Oyeron a la enfermera telefonear al médico.

—Sí, doctor… No, doctor… Oh, sí, a eso de las diez creo que estará muy bien.

La noche estaba un poco fresca… Las hojas del haya murmuraban.

Dos niños solitarios vagabundeaban en la noche, cogidos de la mano, sin saber qué hacer para enfrentar las cosas con valor…

—Quisiera decirte —irrumpió bruscamente Celia—. Oh, no porque algo vaya a suceder… Pero en caso de que sucediera, quisiera decirte que he sido maravillosamente feliz a tu lado y que nada en el mundo importa. Me prometiste hacerme feliz y lo has conseguido… Nunca imaginé que se pudiera llegar a serlo tanto en esta vida.

—Yo te he metido en esta situación —replicó él con un dejo de amargura.

—Sé que esto es más difícil para ti que para mí; pero es que yo soy muy feliz en estos momentos. Todo me hace tan feliz… Y cuando tengamos al bebé —agregó— siempre nos amaremos.

Siempre.

—Sí, siempre. Durante toda la vida.

La enfermera llamó desde la casa.

—Será mejor que entre.

—Ya voy.

Los hechos se precipitaban y se hubiese dicho que, cuando más necesitaban estar juntos, con más violencia eran separados. Aquel momento era, probablemente, el peor, pensó Celia: tenía que dejar a Dermot para que encarara sin su compañía un episodio trascendental de su vida.

Se abrazaron fuertemente. Todo el temor de la separación se expresaba en aquel beso.

Celia pensó que nunca jamás olvidaría aquella noche.

Era un catorce de julio.

Entró en la casa.

Tan cansada… tan cansada…

La habitación giraba y era como una gran nube que ocultaba los objetos que en ella había. Hasta que se fue aclarando el panorama y la realidad comenzó a hacerse presente. La enfermera sonreía mientras el médico se lavaba las manos en una esquina de la habitación. Conocía a Celia de toda la vida y le habló con tono alegre.

—Bueno, querida Celia, ya tienes un bebé.

¿Ella, un niño?

No parecía importante.

Estaba tan cansada…

Tan cansada…

Se hubiese dicho que todos estaban esperando a que dijese algo.

Pero no podía.

Solo quería que la dejasen sola…

Descansar…

Pero había algo… alguien…

—Dermot —murmuró.

Estaba adormecida. Cuando abrió los ojos, pudo ver que Dermot estaba a su lado.

Pero ¿qué le había sucedido? Se le veía distinto, extraño. Estaba

preocupado. Sin duda acababa de recibir alguna mala noticia.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Una hijita —repuso él con voz extraña y poco natural en él.

—Pero quiero decir, ¿qué te sucede a ti?

Hundió su cabeza. Todo su cuerpo se agitaba ligeramente. Lloraba. ¡Dermot lloraba!

—Todo ha sido tan terrible, tan largo —dijo Dermot con voz quebrada—. No puedes imaginarte lo tremendo que ha sido todo.

Se puso de hinojos junto al lecho, sepultando su rostro en las sábanas. Celia le acarició la cabeza.

¡Cuánto se preocupaba por ella!

—Querido mío —dijo—, ya ha pasado todo.

Allí estaba su madre. Instintivamente, al ver aquel dulce rostro sonriente, Celia se sintió mejor, más fuerte. Como cuando era niña, sintió que «todo iba bien, porque ahora mamá estaba allí».

—No te vayas a marchar mamá.

—No, hijita. Voy a sentarme a tu lado.

Celia volvió a quedarse dormida, con la mano de su madre en la suya. Al despertar dijo:

—Oh, mamá, me parece maravilloso no sentir más los mareos.

Miriam rió.

—Ahora verás a tu niña. La enfermera va a traértela.

—¿Estás segura de que no es un niño?

—Oh, completamente —repuso Miriam sonriendo—. Será mejor así, Celia. Las niñas son mucho más graciosas. Tú siempre estuviste más unida a mí que Cyril.

—Pues yo estaba segura de que sería un varón… Bueno, Dermot estará contento. Era él quien quería una niña. Así que ha salido a su gusto.

—Como siempre —agregó Miriam con acento seco—. Bueno, aquí llega la enfermera.

La mujer entró muy tiesa y almidonada, sintiéndose importante. Llevaba algo sobre una almohada.

Celia decidió enfrentar la situación con coraje. Los recién nacidos eran feos, horriblemente feos. Debía estar preparada.

—¡Oh! —exclamó gratamente sorprendida.

¿Era suya aquella criatura? Sintió un escalofrío delicioso cuando la enfermera puso a la pequeña en el hueco que formaba su brazo recogido. También estaba un poco asustada. ¿Qué era aquella indiecita de piel roja con su matita de pelo negro? No tenía el aspecto de esos trozos de carne cruda que, según ella creía, era el habitual en los recién nacidos. Por el contrario, mostraba una carita adorable, sonriente y cómica.

—Tres kilos ochocientos —dijo la enfermera con la satisfacción pintada en el rostro.

Como otras veces en su vida, Celia sentía que aquella situación tan real carecía de realidad. Se encontraba desempeñando el papel de la joven madre en una pieza teatral.

No se sentía aún ni madre ni esposa. Más bien era una niña pequeña que vuelve a casa después de asistir a una fiesta divertida pero agotadora.

Decidieron llamar a la niña Judy, no porque les gustara del todo el nombre, sino porque fue lo mejor que se les ocurrió luego de llamarla Punch durante varios meses.

Judy era una niñita muy buena. Aumentaba cada semana el peso justo y lloraba muy poco. Aunque, en verdad, cuando lloraba el resultado se parecía más bien al rugido de una leona en miniatura.

Después de «pasar su mes», como hubiese dicho Grannie, Celia dejó a Judy con Miriam y marchó a Londres para buscar un hogar confortable.

El reencuentro con Dermot fue particularmente alegre. Una segunda luna de miel. Enseguida descubrió que la satisfacción de Dermot estaba motivada por el hecho de que hubiera dejado a la pequeña con su madre para acudir a él.

—Tenía miedo de que te enredaras con los jaleos domésticos y me olvidases.

Calmados sus celos, Dermot se unió en cuerpo y alma a ella en la febril búsqueda de otro lugar para vivir. Todo el tiempo que le dejaba libre su trabajo lo dedicaba a colaborar con Celia en esta tarea. Poco a poco Celia se iba dando cuenta de que se estaba transformando en una experta buscadora de pisos y alojamientos. Ya no era la tontuela que se sentía arrollada por personas tan

enérgicas como la señorita Banks. Se hubiese dicho que había pasado toda la vida recorriendo casas en alquiler.

Habían decidido coger un apartamento sin amueblar. Sería más barato y Miriam estaba en condiciones de enviarles todo lo que necesitaran, pues en su casa había muebles de sobra.

Lo malo era que no había muchos pisos sin muebles y, cuando encontraban uno, siempre presentaba algún inconveniente insalvable. A medida que los días pasaban, Celia se sentía cada vez más alicaída.

Fue la señora Steadman la que vino a salvar la situación.

Una mañana, cuando desayunaban, apareció con aire de quien se encuentra metida en una misteriosa conspiración.

—Le pido disculpas, señor, por entrometerme a esta hora de la mañana; pero según ha oído mi esposo, hay aquí a la vuelta de la esquina, en el dieciocho de Lauceston Mansions, algo para alquilar. Según parece, anoche mandaron poner aviso en busca de un inquilino, así que podrían darse una vuelta por allí cuanto antes, señora, no sea que alguien se entere antes y…

No necesitó seguir hablando. Celia saltó de su asiento, se encasquetó a toda prisa el sombrero y fue tras la señora Steadman, con la excitación de un sabueso que huele la pista.

En el dieciocho de Lauceston Mansions también desayunaban. El anuncio formulado por una distraída criada de que «alguien pregunta por el piso, señora» fue seguido por una exclamación de asombro:

—¡Pero si no es posible que ya hayan recibido mi carta! ¡Apenas son las ocho y media!

Celia podía oír la conversación desde la sala contigua.

Finalmente, una mujer joven, ataviada con un quimono, salió del comedor limpiándose la boca. La envolvía cierto aroma a salmón ahumado.

—¿Desea usted ver el piso?

—Sí, por favor.

—Bueno, pero…

Al fin tenía suerte. Sí. Aquello les vendría de maravilla. Cuatro dormitorios, dos salas… Aunque, desgraciadamente, todo estaba muy sucio. El alquiler era felizmente muy bajo: ochenta libras al año. Eso sí, había que entregar un traspaso de ciento cincuenta y el

linóleo que cubría los pisos tendría que valorarse y pagar lo que por él correspondiera, aunque Celia odiaba los pisos de linóleo. Ofreció solo cien libras por el traspaso. Pero la damita del quimono dijo que no.

—Pues muy bien. Me lo quedo de todos modos.

Las palabras brotaron de sus labios con firmeza.

Mientras bajaba las escaleras, se felicitaba por su decisión. Dos mujeres, acompañada cada una por su agente, se cruzaron con ella.

A los tres días, Celia y Dermot recibían una oferta de doscientas libras si renunciaban al piso.

Pero no rehusaron y, tras pagar las ciento cincuenta convenidas, se instalaron en el dieciocho de Lauceston Mansions. Por fin, podían decir que tenían un hogar para ellos y para la pequeña.

Al cabo de un mes, nadie hubiese podido reconocer el lugar. Celia y Dermot trabajaron sin cesar, pintando ellos mismos paredes, puertas y ventanas. Limpiaron a fondo todo el piso, empapelaron las paredes de algunas habitaciones… No podían darse el lujo de pagar para que otros lo hicieran. Aprendieron muchas cosas con la experiencia, pues ninguno de ellos había hecho antes trabajos pesados de decoración. El resultado final fue, para su gusto, encantador. Algunos corredores oscuros fueron empapelados con papel barato pero alegre y las habitaciones que daban al norte, al ser pintadas de amarillo, adquirieron un aspecto luminoso. Las dos salas, en cambio, las pintaron en un tono gris perla, que haría resaltar convenientemente los cuadros y la fina porcelana. Quitaron los linóleos, que Celia ofreció a la señora Steadman. Ésta los aceptó, desde luego, con mucho gusto.

—Me gustan los pisos de linóleo, señora.

Entretanto, Celia superó otro problema que, en principio, se presentaba de difícil solución. Era el de conseguir una niñera para Judy.

Había acudido a la agencia de servicio doméstico de la señora Barman, que se especializaba, precisamente, en nodrizas y niñeras. El lugar inspiraba respeto y más aún la altiva y eficiente mujer que lo regía. Tuvo que responder por escrito a las treinta y cuatro preguntas de un imponente formulario, todas las cuales parecían

haber sido especialmente concebidas para despertar la mayor de las modestias en las postulantes. Luego se la condujo a un pequeño despacho, parecido a la sala de espera de algún médico, y se le pidió que esperara a las mujeres que la enérgica administradora tendría a bien enviarle.

Al presentarse la primera, los ánimos de Celia estaban ya por los suelos. La mujer era maciza, grande y dominante. Vestía una blusa muy almidonada, de una prolijidad casi agresiva. Sus maneras tenían mucho de majestuosidad.

—Buenos días —dijo Celia débilmente.

—Buenos días, señora.

La mujer tomó asiento frente a Celia y se puso a escrutarla con firmeza. Parecía como si estimara que la posición de Celia no era propia de ninguna señora que se respetase.

—Necesito una niñera para que cuide de una pequeña —comenzó Celia.

Temía traicionar su falta de experiencia en aquel terreno.

—Bien, señora. ¿Por mes?

—Sí. Pero solo la preciso durante dos meses.

Fallo. «Por mes» es un término técnico y nada tiene que ver con períodos de duración del contrato. Celia sintió que descendía aún más en la estima de «su majestad».

—Ya veo, señora. ¿Otros niños?

—No.

—El primero. Bien. ¿Cuántos son en la familia?

—Bueno… mi marido y… yo.

—¿Y cuál es el tipo de establecimiento al que pertenece su casa, señora?

¿Establecimiento? Seguramente aquella mujer quería saber de cuántos sirvientes se componía el personal doméstico.

—Verá; vivimos de manera muy sencilla —repuso Celia ruborizándose un poco—. Una criada.

—¿Limpieza y servicio del dormitorio de la niña?

—Tendría que encargarse usted.

—¡Ah!

La importante mujer se puso de pie, mostrando una expresión más que de enfado, de conmiseración.

—Lo siento mucho, señora; pero la situación que usted me

ofrece no es, me temo, la que yo busco. En casa de *sir* Eldon West tenía bajo mis órdenes a una criada encargada exclusivamente de las habitaciones de los niños y dos aprendizas que trabajaban a las órdenes de mi criada.

Para sus adentros, Celia maldijo a la mujer que administraba aquella agencia. ¿De modo que te obligaba a llenar un minucioso formulario con pelos y detalles, para luego proponerte una matrona que solo trabajaría para la familia Rothschild, siempre que ésta se prestase a aceptar algunas condiciones y además le resultase simpática?

La siguiente era una morena de aspecto severo y reservado.

—¿Una niña recién nacida? —dijo con voz suave—. No, señora. Comprenda, por favor, que yo solo acepto un cargo de total responsabilidad. No tolero interferencias.

Miró a Celia con intensidad.

Solo me falta que las madres novatas vengan a decirme lo que he de hacer, decían sus ojos.

Celia insinuó entonces que no se entenderían.

—Me encantan los niños, señora. Los adoro, en realidad. Pero no puedo aceptar que la madre interfiera constantemente en lo que hago.

Y así quedó descartada la morena de aspecto severo.

Luego entró una mujer muy desaliñada, que se describió a sí misma como «niñera desde siempre». Lo malo era que la pobre parecía carecer de ojos, oídos y entendederas.

Fuera con ella.

El desfile prosiguió con una joven que parecía estar de muy malhumor y, al oír que tendría que ocuparse de la limpieza del cuarto de la pequeña, sonrió desdeñosamente.

Vino luego una chica muy simpática, de tez rosada, que había sido criada, pero que, en su opinión, se desenvolvería mejor como niñera.

Celia ya comenzaba a desalentarse cuando una mujer de unos treinta y cinco años penetró en el despacho. Llevaba quevedos y se la veía muy limpia. Sus ojos eran azules.

No se asombró en absoluto al llegar al capítulo de la limpieza del dormitorio de la niña.

—Bueno —dijo—. No tengo objeciones que formular contra ello,

pero no me gustaría hacer el fregado. No solo porque estropea las manos, sino porque me parece inconveniente tener las manos ásperas para atender a los niños. Todo, el resto me parece bien. He estado en las colonias hasta ahora y estoy acostumbrada a trabajar en lo que sea.

Enseñó a Celia algunas fotografías tomadas mientras desempeñaba sus tareas en otras casas. Decidió contratarla siempre que sus referencias fueran satisfactorias.

Con un suspiro de alivio salió de la agencia de la señora Barman.

Las referencias de Mary Denman resultaron ser más que satisfactorias. Era una niñera responsable y experta.

También debía contratar a una criada.

Esto era aún más difícil que encontrar una niñera, porque niñeras no faltaban. En cambio, las criadas parecían no existir. Las mujeres que regularmente cubrían las demandas se encontraban por entonces trabajando en los hospitales o en servicios auxiliares del ejército. Celia encontró a una muchacha que, a primera vista, parecía muy agradable, robusta y alegre. Se llamaba Kate. Pensó que era la persona indicada para ellos e hizo cuanto pudo para persuadirla de que aceptase trabajar en su casa.

Como todas las demás, Kate temía la presencia de la niñera.

—No es por la niña, señora. En realidad me gustan mucho los críos. Es por la niñera. Al dejar la última casa, me dije que nunca más me emplearía donde hubiese niñera. Donde las hay, surgen problemas.

Fue inútil que Celia insistiera en que Mary Denman era un dechado de virtudes.

—Donde hay niñera, hay jaleo —repetía la muchacha—. Lo sé por experiencia.

Fue Dermot quien puso punto final al problema. Celia recurrió a él para ver si conseguía convencer a la empecinada Kate. Obrando, como siempre, a su aire, Dermot se las ingenió para que Kate aceptara hacer una prueba.

Más tarde Kate dirá:

—No sé lo que terminó por convencerme, porque me había propuesto no trabajar donde hubiese niñera. Pero el capitán me habló con tanta bondad… Además, conocía el regimiento en el que se encontraba mi novio, en Francia. Hasta que, por fin, dije que

bueno, que probaría.

Kate tuvo que abdicar de sus prejuicios, en cuanto trató a Mary. Y así, cierto día de octubre, Celia, Dermot, Denman, Kate y Judy echaron a andar como un todo en el dieciocho de Lauceston Mansions.

Dermot se hacía un lío con todo lo que tenía que ver con la pequeña. Parecía temerla. Si Celia le pedía que la cogiese en brazos, rehusaba de inmediato, dando un paso atrás y poniéndose nervioso.

—No, no puedo. Simplemente no soy capaz. No la cogeré nunca.

—Algún día tendrás que hacerlo.

—Pues ya veremos. En cuanto hable y ande, creo que me entenderé mejor con ella. Por ahora es tan rolliza… ¿Crees que se pondrá como todo el mundo?

No podía admirar las curvas de Judy, ni sus graciosos hoyuelos.

—Quiero que sea delgada y esbelta.

—¿Ya? Solo tiene tres meses.

—¿Piensas que algún día adelgazará?

—Por supuesto. Sus padres son delgados.

—No podría soportar que fuese gorda.

En cambio, la señora Steadman era una incondicional admiradora de la pequeña. Daba vueltas a su alrededor, mirándola con los mismos gestos que mostrara en ocasión de enfrentarse al gran trozo de carne que, cierta noche memorable, había traído Dermot.

—La viva imagen del capitán, ¿no le parece? Ah, ya se ve que tiene clase.

En conjunto, Celia encontraba divertida la nueva existencia familiar, acaso porque no se la tomaba muy en serio. Denman demostró ser una niñera excepcionalmente capacitada y no tardó en cobrar a la niña mucho afecto. Era feliz cuando había trabajo que hacer, pues no le gustaba estar desocupada. Quería que todo se encontrara en perfecto orden. Desde que la casa comenzó a marchar normalmente, encaminándose la vida hacia el desarrollo habitual y previsible, Denman hizo gala de otro aspecto de su personalidad. Tenía un carácter fuerte, que aplicaba no a Judy, a quien quería ya entrañablemente, sino a sus relaciones con Celia y con Dermot.

Todos los amos eran para ella enemigos naturales. La observación aparentemente más casual podía desatar una tormenta.

—Anoche vi que dejó usted la luz eléctrica encendida. ¿No estaba bien la pequeña? —le dijo Celia en cierta oportunidad.

De inmediato Denman se enfureció.

—Supongo que puedo encender la luz por las noches, si deseo consultar la hora, ¿no? Alguna vez se me puede tratar como si fuese una esclava negra, pero todo tiene su límite. Yo misma he tenido esclavos a mis órdenes cuando vivía en África. Eran pobres, ignorantes y paganos; sin embargo, nunca me estaba fijando en pequeñeces que ellos pudiesen necesitar. Si piensa usted que despilfarro, me lo puede decir claramente.

En la cocina, Kate solía reírse disimuladamente, cuando Denman hablaba de sus esclavos.

—Nunca estará satisfecha. Para ello tendría que tener una docena de esclavos a sus órdenes. Se pasa el tiempo hablando de los negros de África. Lo que es yo, no podría tener a negros en la cocina. Me dan asco.

Kate imponía una presencia siempre agradable. Plácida, graciosa y de carácter siempre igual, iba a la suya, cocinando, limpiando y haciendo, de vez en cuando, referencia a sus «colocaciones» anteriores.

—Nunca olvidaré la primera casa donde serví. Nunca. No era más que una chavalilla… Aún no había cumplido los diecisiete. Me mataban de hambre. Un salmón ahumado era todo cuanto me daban al mediodía. Mantequilla, jamás; siempre margarina. Me quedé tan flaca que se oía el crujir de mis huesos cuando me movía. Mi madre se alarmó.

Observando la robustez de Kate (que se hacía cada vez más evidente), Celia apenas podía dar crédito a sus palabras.

—Espero que lo que hay de comer en esta casa le baste, Kate.

—Oh, no se preocupe, señora. Estoy bien. Pero no tiene usted que hacer nada en la cocina. Solo conseguirá sembrar el desorden allí.

Pues a Celia le había dado por cocinar. Tras descubrir que para guisar bien solo es preciso seguir al pie de la letra las recetas, se lanzó de lleno a las artes culinarias. Pero, vista la desaprobación de Kate, prefería practicar su afición los días en que ella no estaba en

la casa. En tales ocasiones, se adueñaba de la cocina y preparaba exquisitos platos para el té y la cena de Dermot.

La vida, sin embargo, es complicada. Esos días, precisamente, Dermot solía llegar a casa con indigestión, pidiendo tan solo una tostada y té poco cargado. Y ella había preparado langosta y *soufflé* de vainilla…

La cocina de Kate era simple. Le disgustaban las recetas porque decía que era incapaz de entender de pesos y medidas. Despreciaba esos intelectualismos.

—Yo cojo un poquito de esto y otro de aquello. Así se las arreglaba mi madre y así me gusta a mí. Las cocineras nunca han necesitado, balanzas ni vasos de esos que llevan números y rayas.

—Tal vez mejoraran si aprendiesen a usar ambas cosas —replicaba Celia.

—Las comidas han de hacerse a ojo —sostenía Kate con firmeza —. Mi madre se las arreglaba así.

A Celia le hacían gracia las salidas de Kate.

Y le agradaba pensar en su nueva vida, con su casa, o más bien su piso, su marido, su querida niña, la servidumbre…

Por fin, se decía, era una persona mayor. Una verdadera mujer. Incluso comenzaba a aprender el lenguaje propio de tal posición.

Había trabado amistad con otras dos mujeres jóvenes, también casadas, que vivían en la misma casa, las cuales eran especialmente versadas en materia de comidas. Sabían cuándo la leche era buena, dónde había que comprar las coles de Bruselas, pues eran mejores y más baratas, y así con el resto de los alimentos. También tenían experiencia en materia de servidumbre y solían hacer comentarios sobre la maldad de las criadas.

—La miré de lleno a los ojos, diciéndole: «Jane, no estoy dispuesta a tolerar su insolencia», tal como oyes. Tendrías que ver la expresión con que me miraba.

Era prácticamente de lo único que hablaban: comida y sirvientes.

En secreto, Celia pensaba que nunca llegaría a ser una típica ama de casa.

Por suerte, eso no parecía importarle a Dermot. A menudo decía que odiaba a las amas de casa. Sus hogares, decía, suelen ser tan incómodos que nada más llegar ya está uno deseando marcharse.

En verdad, había mucho de cierto en lo que él afirmaba. Las mujeres, que solo tenían a la servidumbre como tema de conversación, parecían recibir solo insolencias de sus criadas. Por otra parte, a cambio de los comentarios adversos de sus señoras, que por descontado conocían, resultaba frecuente que se marchasen en el peor momento, dejándoles la tarea de la cocina y de la limpieza cuando a duras penas podían encargarse de ambas cosas. También observó Celia que las mujeres aficionadas a salir cada mañana en busca de platos muy especiales, que se vendían muy baratos en sitios casi secretos, eran aquéllas en cuyas casas se comía peor.

Al modo de ver de Celia, las mujeres tenían demasiado cuento con aquello de administrar bien la casa y de dar órdenes al servicio.

La gente como Dermot y ella no hablaban tanto de todo eso y se divertían mucho más. Celia no era la criada de Dermot, sino, más bien, su compañera de juegos.

Y así sería para siempre. Luego, algún día, imperceptiblemente, Judy comenzaría a crecer. Correría, hablaría y adoraría a su madre, del mismo modo que Celia había adorado, y seguía adorando, a Miriam.

La vida pasaría; y al llegar el verano, cuando Londres se hace insoportable por el calor y la humedad, llevaría a Judy a la casa de campo, allí entraría en contacto con el jardín, que había sido la pasión infantil de su madre. Podría inventar, como ella, juegos en los que dragones y princesas desempeñaban los principales papeles. Le leería todas las narraciones y los cuentos de hadas que encerraban los viejos libros que se alineaban en la biblioteca del cuarto de los juguetes…

12. PAZ

El armisticio le llegó como una gran sorpresa. Celia se había acostumbrado tanto a la guerra, que le parecía que nunca tendría fin…

Era parte de su vida cotidiana…

¡Y ahora había terminado!

Antes, hacer planes para el futuro parecía algo inútil y carente de sentido. Era preciso dejar que el porvenir se definiera por sí mismo y vivir al día. Lo único sensato era esperar y rezar para que Dermot no volviera a ser enviado a Francia.

Pero ahora era diferente.

Dermot concebía un proyecto tras otro. No quería permanecer en el ejército porque en él no veía un futuro deseable. Cuanto antes lo desmovilizaran, mucho mejor. Quería trabajar en la City y sabía que había una posibilidad en cierta firma, muy prestigiosa.

—Pero ¿no es más seguro permanecer en el ejército, Dermot? Quiero decir, que allí tienes un sueldo y otros beneficios —le dijo Celia.

—No. En el ejército vegetaría. ¿Y de qué nos sirve un pequeño sueldo? Lo que yo deseo es ganar dinero, mucho dinero. No te importa que corra el riesgo, ¿verdad que no, Celia?

No. A Celia no le atemorizaban los riesgos y aquella disposición para enfrentarlos era uno de los rasgos de Dermot que ella más admiraba. No sabía lo que era el temor ante la vida.

Dermot nunca daría la espalda a los hechos. Los enfrentaría y, de ser posible, les haría comportarse de modo que le sirviesen a su voluntad.

Temerario. Tal era la expresión que la madre de Celia le aplicaba; y lo cierto era que, en general, acertaba. Era verdaderamente temerario. Ninguna consideración sentimental le hubiese podido detener. Sin embargo, para con ella era sumamente

tierno y considerado. Mientras esperaba a Judy, siempre se había mostrado comprensivo y bondadoso…

De modo que Dermot corrió el riesgo.

Dejó el ejército y entró a trabajar en una empresa financiera de la City londinense. Comenzó con un salario relativamente bajo, pero las perspectivas para el futuro eran buenas.

Celia se preguntaba si no encontraría monótono el trabajo rutinario de la oficina. Sin embargo, Dermot parecía muy satisfecho con la nueva vida que había elegido.

A él le gustaba hacer nuevas cosas.

Y también conocer nuevas caras.

Celia se sorprendía de que nunca manifestara deseos de ver a sus tías, que vivían en Irlanda y que, en realidad, eran quienes le habían criado.

Solía mandarles regalos y escribirles con cierta regularidad. No obstante, nunca mostraba deseos de volverlas a ver.

—¿No les tenías cariño, Dermot?

—Oh, sí, claro. Especialmente a la tía Lucy. Fue como una madre para mí.

—¿Y no sientes deseos de verla? Podríamos invitarlas a pasar unos días con nosotros.

—Oh, no. Serían un estorbo.

—¿Un estorbo? ¿No dices que les tienes cariño?

—Es que sé que se encuentran perfectamente. Muy felices y todo eso. No siento, precisamente, deseos de verlas. Después de todo, cuando uno se hace hombre, pierde contacto con su familia. Así es la naturaleza y así sus leyes. Ni la tía Kate, ni la tía Lucy significan gran cosa para mí hoy en día. Al crecer, he perdido contacto.

Dermot era un poco extraño, pensó Celia.

Pero tal vez él pensara que la rara era ella, por permanecer vinculada de manera tan intensa a lugares y personas, que conocía de toda la vida.

Sin embargo, no era así. En realidad, Dermot no la consideraba extraña, porque nunca se había detenido a pensar en los afectos permanentes y antiguos de Celia. Él nunca se preocupaba de los gustos e inclinaciones de las personas, ni juzgaba sus caracteres.

Hablar y pensar sobre caracteres o temperamentos era, para él, una pérdida de tiempo.

Le gustaban las realidades, no las ideas.

A veces, Celia le hacía algunas preguntas muy personales.

«¿Qué harías si me fuese con otro hombre?».

O también:

«¿Qué harías si yo muriese?».

Dermot nunca sabía qué responder a semejantes requisitorias. ¿Cómo podían saber algo que solo era una posibilidad en abstracto?

«¿Pero no eres capaz de imaginar la situación?».

Pues no, no era capaz. Imaginar cosas que no sucedían era algo que solo llevaba a perder tiempo.

Lo cual era, por cierto, la verdad.

Sin embargo, Celia volvía de tanto en tanto con sus preguntas hipotéticas. Ella era así.

Cierto día Dermot hirió los sentimientos de Celia.

Habían asistido a una fiesta. Celia no se sentía particularmente atraída por esas diversiones. Seguía teniendo miedo de verse atacada por aquella inclinación a quedarse callada que tanto la martirizara de soltera. En realidad, todavía le sucedía aquello de vez en cuando.

Pero en esta ocasión, pensaba, todo había transcurrido perfectamente bien. Sí que había permanecido callada demasiado tiempo. Pero sólo al principio. Luego había conversado como la que más. Todos habían reído y hablado mucho y Celia entre ellos. Dijo frases que, a su modo de ver, eran graciosas y agudas. Algunos de los presentes parecieron, en verdad, compartir esta opinión suya.

Lo cierto es que, de vuelta a casa, estaba de excelente humor.

—No soy tan apocada. No soy tan apocada después de todo —murmuraba para sí misma.

Ya en la sala le dijo a Dermot:

—La fiesta me resultó muy agradable. Me divertí mucho. Suerte que pude evitar que me siguiera corriendo este punto en la media.

—No estuvo mal.

—Oh, Dermot, ¿no te has divertido?

—Sí; pero algo me cayó un poco pesado.

—Te traeré un poco de bicarbonato. ¡Qué lástima!

—No, no. Ya estoy bien. Pero ¿qué pasaba contigo esta noche?

—¿Conmigo?

—Sí. Estabas distinta.

—Supongo que serían las circunstancias. ¿Diferente en qué sentido?

—Es que, en general, eres muy sensata y tranquila. Pero en la fiesta hablabas y reías de un modo que no es el habitual en ti.

—¿Eso te ha parecido? Pues la verdad es que lo he pasado muy bien.

Una sensación extraña y fría comenzó a invadir su interior.

—Bueno; pero se te veía un poco tonta, eso es todo.

—Sí —repuso Celia con calma—. Creo que he estado un poco tonta… Pero a la concurrencia pareció gustarle lo que decía. Todos reían mucho.

—¡Oh, la gente!

—Y sabes, Dermot, también yo me he reído… Por terrible que te parezca, creo que me gusta comportarme tontamente de vez en cuando.

—Si es así, no he dicho nada.

—Pero cambiaré, si no te gusta.

—La verdad es que no me gusta mucho verte diciendo tonterías. No me gustan las mujeres bobas.

Sus palabras la herían. La herían mucho.

Era una tonta, se repetía a sí misma. Claro que lo era. Lo sabía desde el principio. Pero pensó que a Dermot no le importaría, que tomaría la cosa… ¿cómo expresarlo? Que la tomaría con ternura. Cuando uno ama a una persona, sus defectos y fallos la hacen aún más querida. Dice: «Bueno, ¿no es cierto que parecías esto o lo otro?». Pero lo dice con ternura, no con la irritación que delataba el tono de Dermot.

Aunque es cierto que la ternura no suele ser el punto fuerte de los hombres…

Una ligera sensación de temor asaltó a Celia.

No, los hombres no eran tiernos…

No eran como las madres…

Una súbita nostalgia la invadió.

En realidad, ella no sabía mucho de los hombres. Le parecía que,

incluso, conocía poco al propio Dermot.

«¡Hombres!». Las frases de Grannie le venían a la mente. Ella sí que sabía muy bien lo que a los hombres les gustaba o no les gustaba.

Pero Grannie, naturalmente, no se comportaba como una tonta… Se había reído muchas veces de su abuela, pero desde luego no tenía un pelo de boba.

En cambio, ella… Siempre lo había sabido. Pero había pensado que con Dermot todo sería diferente. Y ahora comprendía que no; que era igual.

En la oscuridad de la estancia, las lágrimas corrieron por sus mejillas, incontenibles…

Dejaría que corrieran allí, en la sombra. Mañana todo habría cambiado. Nunca más se comportaría tontamente en público.

Había sido malcriada. Ésa era la verdad. Todo el mundo la había mimado en demasía…

Pero no quería que Dermot volviera a pensar jamás que era majadera. Ni por un momento.

Recordó algo. Algo que había sucedido mucho tiempo atrás…

No, no podía concretarlo.

Pero ya se cuidaría de no parecer tonta otra vez.

13. CAMARADERÍA

A Dermot no le gustaban algunas cosas del carácter de Celia y ella las fue conociendo.

Le molestaban, por ejemplo, sus muestras de desaliento o de incapacidad.

—¿Por qué me pides que haga por ti lo que tú puedes hacer perfectamente?

—Oh, Dermot, es que me gusta tanto que tú hagas ciertas cosas por mí…

—Tonterías. Si yo actuara así, te pondrías cada vez más exigente.

—Sí; creo que tienes razón —repuso Celia con cierta tristeza.

—Porque eres capaz de hacer las cosas bien. Eres una mujer sensata, inteligente y nada torpe. No veo por qué has de dejar esas virtudes sin ejercitar.

—Supongo que esos rasgos de mi carácter van con mi tipo de mujer victoriana. Hacen juego con mis hombros caídos. Soy de esas que buscan instintivamente pegarse… como la hiedra.

—Pues tendrás que cambiar —afirmó Dermot con buen humor —. A mí no vas a pegarte, por la sencilla razón de que nunca te lo permitiré.

—¿Te importa mucho, Dermot, que me guste soñar e imaginar situaciones y hechos como si realmente sucedieran? Tú sabes que soy aficionada a fantasear y a pensar en lo que haría si, lo que invento, sucediera.

—Oh, no. No me importa. Hazlo, si eso te divierte.

Dermot no era de los que pretenden que los demás les imiten y tampoco se interesaba por imitar él a los demás. Tenía un carácter independiente y respetaba la independencia ajena. Probablemente tuviera sus propias ideas sobre las cosas, pero jamás se refería a ellas y, mucho menos, esperaba que los demás las compartiesen con

él.

Lo malo era que a Celia le gustaba compartir todo. Si el almendro que crecía en el patio, debajo de ellos, estaba en flor, sentía una infinita delicia al contemplarlo; la invadía un extraño picor y anhelaba llevar a Dermot a la ventana para que, desde allí, contemplara el árbol y sintiese lo mismo que ella. Pero Dermot odiaba que le llevasen de la mano donde fuera. En realidad, le disgustaba que le tocasen, a menos que se encontrara de talante claramente amoroso.

Una vez, Celia se quemó una mano al retirar una fuente del horno e inmediatamente después se pilló un dedo con la ventana de la cocina. Ansiaba apoyar su cabeza en el hombro de él y oír palabras de cariño. Pero aunque Dermot estaba en casa, se contuvo. Pensó que aquélla era, precisamente, la clase de situaciones que le ponían nervioso. Lo cual era perfectamente cierto. Se sentía muy incómodo si ella se acercaba mucho a él en busca de consuelo. No le atraía, en absoluto, la idea de compartir los sentimientos de los demás, ni de participar en sus emociones.

De modo que Celia luchó con todas sus fuerzas entre su pasión de participar en todo y contra su deseo de ser acariciada y mimada.

Se dijo a sí misma que era una mujer inmadura y un poco tonta. Amaba a Dermot y él la amaba. La amaba tal vez más que ella a él, puesto que le pedía menos muestras de cariño y se declaraba conforme con las que ella le brindaba.

Dermot le ofrecía su apasionamiento y su camaradería. Era absurdo que también le diera afecto. Grannie hubiese comprendido mejor aquella situación. «Los hombres» tienen su modo de ver las cosas.

Los fines de semana solían ir al campo. Preparaban una cesta con bocadillos y cogían un tren o un autobús hasta algún lugar tranquilo. Caminaban por el bosque, o a través de los campos, y luego volvían a Londres.

Durante toda la semana, Celia se pasaba rogando por que el fin de semana hiciera buen tiempo. Dermot solía llegar muy cansado de su trabajo en la City. No era raro que le doliese la cabeza o que se sintiera mal del estómago. Después de cenar, le gustaba sentarse en

su sillón preferido y leer un rato. A veces le contaba algo de lo que le había ocurrido durante la jornada; pero lo más frecuente era que no lo hiciese, prefiriendo leer en silencio. Ocasionalmente traía a casa algún libro técnico, que estudiaba con gran cuidado, después de pedir a Celia que no le interrumpiera.

Era durante los fines de semana cuando Dermot se transformaba en camarada. Al caminar por los montes se hacían bromas ridículas e infantiles y, a veces, mientras subían por una colina, Celia le decía:

—Sabes, Dermot, me gustas mucho.

Y deslizaba la mano bajo su brazo, porque a él le gustaba ir muy deprisa y Celia se quedaba sin aliento. En tales casos, a Dermot no le disgustaba que le cogiera del brazo, dado que el gesto tenía su utilidad.

En cierta ocasión Dermot sugirió que ambos deberían jugar al golf. Reconocía que era muy mal jugador, pero se trataba de hacer ejercicio. Celia preparó sus palos y, al limpiarlos (porque los hierros estaban ligeramente oxidados) pensó en Peter Maitland. Ah, qué bueno, qué bueno era Peter… El cálido afecto que por él había sentido, la iba a acompañar durante toda la vida. Peter era parte de las cosas…

Encontraron un campo de golf poco frecuentado, donde no era caro jugar. A Celia le divertía volver a la práctica de aquel deporte. Cierto que nunca había jugado bien y que ahora lo hacía todavía peor, por falta de práctica; pero, en verdad, Dermot no la aventajaba. Sus salidas eran vigorosas. Lamentablemente, la pelota se desviaba hacia la derecha o hacia la izquierda, mientras volaba, yendo a parar a incómodos lugares, de los que era difícil sacarla.

No obstante, era muy divertido aquel programa.

No lo fue por mucho tiempo, sin embargo.

Dermot, tanto en el juego como en el trabajo, era un fanático de la eficiencia y no escatimaba esfuerzos para lograr que las cosas le salieran bien. Se compró un libro y se puso a estudiarlo a fondo. Practicaba *swings* en la sala, usando pelotas especiales de corcho.

Cada vez con más frecuencia, Dermot prefería no salir al campo de juego y quedarse tirando pelotas desde el mismo sitio, situado junto a la casa del club. Si Celia le pedía que jugara, él la invitaba a entrenarse duramente.

Dermot se fue apasionando cada vez más por el golf y Celia trató de seguirle, pero sin mucho éxito.

Su juego progresó a pasos agigantados, mientras que el de Celia permanecía igual. A veces deseaba ardientemente que Dermot se pareciera un poco a Peter Maitland…

Sin embargo, pensaba, se había enamorado de Dermot porque tenía lo que a Peter le faltaba: entusiasmo y deseos de hacer las cosas bien.

Una noche, Dermot le dijo al llegar:

—Mira, pienso ir a Dalton Heath a jugar al golf con Andrews el próximo domingo. ¿Te parece bien?

Celia dijo que le parecía bien.

A la vuelta estaba entusiasmado.

El golf era un deporte maravilloso, cuando se jugaba en un campo de primera clase. Celia tenía que acompañarle la próxima semana para ver lo que era Dalton Heath. Las mujeres no podían jugar allí los fines de semana pero podría acompañarle mientras él lo hacía.

Solo fueron dos o tres veces más al campo barato, porque a Dermot ya no le interesaba jugar en él. Decía que aquel lugar no le atraía.

Al mes siguiente le dijo que se iba a hacer socio de Dalton Heath.

—Sé muy bien que es caro; pero, a fin de cuentas, puedo economizar en otras cosas. El golf es el único entretenimiento que practico y esto me va haciendo diferente. Mi juego mejorará mucho. Andrews y también Weston son socios de allí.

—¿Y yo qué? —repuso Celia muy serena.

—Oh, no vale la pena que te asocies. Las mujeres no pueden jugar allí los fines de semana y supongo que no tendrás interés en ir hasta allá los demás días.

—Quiero decir que no sabré qué hacer los fines de semana, puesto que tú estarás jugando con Andrews, Weston y el resto de tus amigos.

—Naturalmente: sería tonto asociarse a un club así y no aprovecharlo.

—Pero es que tú y yo hemos pasado siempre los fines de semana juntos.

—Ah, ya veo. Bueno, pues podrías hacer programas con tus amigas, ¿no es así? Amigas no te faltan.

—Sí que me faltan. Tuve amistades en otros tiempos, pero ya no. Y las pocas que eran de Londres están casadas. Algunas ni siquiera viven ya en la ciudad.

—¿Y qué hay de Doris Andrews y de la señora Weston y de todo ese grupo?

—Pues que ninguna de ellas, a decir verdad, es amiga mía. Son las mujeres de tus amigos, que no es lo mismo. Por otra parte, el problema no radica ahí, sino en el hecho de que me gusta estar contigo y hacer planes juntos. Me encantaban nuestros paseos por el bosque y la cesta con bocadillos. Apreciaba jugar al golf contigo. Todo eso me parecía magnífico. Trabajas toda la semana y no quiero que salgamos por la noche, porque llegas a casa muy cansado. Pero hasta ahora, siempre contaba los días que faltaban para que llegase el sábado y rezaba para que el tiempo fuese bueno. Oh, Dermot, me hace tanta ilusión estar junto a ti. Ahora ya nunca más nos divertiremos juntos.

Hubiese querido que su voz no temblara al hablar; le hubiese gustado que las lágrimas no acudiesen a sus ojos. ¿Se estaba conduciendo como una insensata? ¿Era tan poco razonable lo que decía? ¿No se enfadaría su marido? Acaso estaba comportándose como una egoísta. Se pegaba, sí. Se pegaba a él como la hiedra. Y a él no le gustaba eso.

Dermot hacía lo posible por mostrarse paciente y comprensivo.

—Sabes, Celia, pienso que lo que dices no es justo. Yo nunca pongo peros cuando a ti se te ocurre hacer algo y lo deseas con intensidad.

—Pero no deseo hacer nada sin ti.

—Pues a mí no me importaría si así fuera. Si los fines de semana me dijeras que te ibas por ahí con Doris Andrews o con quien fuera, me sentiría completamente feliz con que lo pasaras bien. Recuerda que cuando nos casamos convinimos en que cada uno sería libre de hacer lo que le viniese en gana y que el otro no debía interponerse.

—Pero Dermot, nunca se habló de eso entre nosotros. Solo nos enamoramos el uno del otro y pensamos que sería estupendo estar

siempre juntos.

—Así son las cosas, Celia. No es que haya dejado de quererte. Por el contrario, te amo como siempre. Sin embargo a los hombres nos gusta hacer planes entre nosotros. Y yo necesito hacer un poco de ejercicio. Si lo que yo anhelara fuera hacer programas con otras mujeres, podrías quejarte. En cambio, jamás he mirado a otra mujer desde que nos casamos. Es más, no quiero saber nada con ellas. Lo que me gusta es jugar un buen partido de golf con tíos que sepan. Creo, realmente, que no eres muy razonable.

Sí. Acaso no fuese muy razonable.

Lo que quería hacer Dermot era tan inocente… tan natural…

Se sintió avergonzada…

Pero Dermot no comprendió lo mucho que Celia iba a echar de menos aquellos fines de semana, en los que tan feliz era ella… No le bastaba con tener a Dermot en su lecho por las noches. Le amaba aún más como compañero de juegos que como amante…

¿Sería cierto aquello que con tanta frecuencia había oído decir a las mujeres? ¿Que los hombres solo quieren a sus esposas como compañeras de cama y como amas de casa? ¿No habría otra alternativa?

Acaso la tragedia del matrimonio fuera que las mujeres pretenden que sus maridos sean sus compañeros y que ellos se aburren.

Algo de esto dijo y Dermot, como era habitual en él, respondió con franqueza.

—Creo, Celia, que hay algo de verdad en ello. Las mujeres siempre quieren estar continuamente con sus maridos. Pero los hombres prefieren la compañía de otros hombres cuando de pasar el rato se trata.

Pues bien, se lo habían dicho sin equívocos posibles. Dermot tenía razón y ella, no. Pensó que no había actuado razonablemente y, al reconocerlo, su rostro se despejó.

—Eres tan bondadosa, Celia… Espero que a la larga comprendas y también tú saques partido de la situación. Ya verás como encuentras personas para salir, a quien les guste discutir sobre ideales y sentimientos afines. Sé que no valgo nada cuando esas conversaciones se plantean. Estoy seguro de que entonces seremos muy felices. Por otra parte, solo pretendo jugar al golf los sábados o

los domingos, no los dos días, así que el día que no juegue lo dedicaré por entero a ti. Podremos salir al campo y divertirnos, como antes.

Al sábado siguiente se fue a jugar, muy contento, y el domingo le propuso hacer una excursión. La idea fue suya y Celia aceptó de inmediato.

Pero ya no fue igual. Dermot se mostró extremadamente considerado y bondadoso; sin embargo, ella sabía que sus ansias estaban en Dalton Heath. El día anterior Weston le había invitado a jugar y él se había negado.

Tenía plena conciencia de haber realizado un generoso sacrificio.

Al siguiente fin de semana, Celia le pidió que dedicase los dos días al golf y él aceptó alegremente.

Tendré que volver a mis juegos solitarios, pensó Celia, o conocer a otras personas.

Siempre había menospreciado a las mujeres que, al casarse, se transforman en amas de casa y por ello la camaradería con Dermot la enorgullecía. Esas hembras domésticas, dedicadas por entero a sus niños, sus sirvientes y sus casas se sentían muy aliviadas cuando sus Tom, Dick o Fred se marchaban a jugar al golf los fines de semana. De ese modo no alborotaban la casa.

—La ausencia de los hombres facilita mucho el trabajo de la servidumbre, querida —decían las amas de casa.

Los hombres eran necesarios para traer el dinerillo a casa, no para que se quedasen en ella.

Tal vez, a fin de cuentas, el de ama de casa fuese el mejor papel…

Así lo parecía.

14. HIEDRA

¡Qué felicidad estar en casa! Celia se tumbó cuan larga era sobre el césped. Estaba deliciosamente verde y vivo…

El haya dejaba oír ligeros susurros sobre su cabeza.

Verde, verde. ¡El mundo entero era verde!

Llevando con ella un caballo de madera, Judy se acercaba, subiendo dificultosamente la ladera.

Era adorable, con sus piernecitas firmes, las mejillas sonrosadas y los ojos azules. Su cabello era trigueño y le crecía muy rizado. Judy era su pequeñita. De ella. Como Celia lo fuera de Miriam.

Solo que, ciertamente, Judy era bastante distinta.

No le interesaba que le contaran historias ni cuentos fantásticos, lo cual era una lástima, porque Celia podía imaginar montones de cuentos sin esfuerzo alguno. Pero a Judy no le atraían los cuentos.

No era crédula ni parecía interesarse por las ficciones. Cuando Celia le contó que ella se imaginaba que el césped era una mar y su aro, un caballo marino que lo cruzaba, Judy la había contemplado con asombro.

—Pero esto es pasto, mamá. Y los aros son para hacerlos rodar. No te puedes montar sobre un aro.

Parecía evidente que pensaba en lo tontuela que su madre había sido de pequeña. Celia se sintió descorazonada. Era mejor no proseguir. ¡Dermot ya pensaba que era un poco tonta y ahora lo pensaba también su hija!

Aunque solo contaba cuatro años, Judy rebosaba sentido común. Y el sentido común, pensaba Celia, puede a menudo resultar deprimente.

Además, el sentido común de Judy surtía efectos adversos sobre Celia. Tenía que esforzarse por resultar sensata a los ojos de la pequeña —aquellos ojos claros y críticos—, con lo que a menudo solo conseguía parecerle más tonta aún de lo que realmente era.

Judy era un perfecto enigma para Celia. Todo cuanto a ella le había deleitado a su edad, parecía aburrir a su hija. No podía jugar sola tres minutos en el jardín. De inmediato estaba de vuelta en la casa, diciendo que afuera «no había nada de qué ocuparse».

Lo que le gustaba era jugar a cosas reales. Si nunca dejaba de divertirse en el piso de Londres era porque podía sacar brillo a las mesas, ayudar a hacer las camas y colaborar con su padre cuando se ponía a limpiar sus palos de golf.

Padre e hija se transformaron de pronto en amigos inseparables. Entre ellos se estableció una comunicación cada vez mayor. Aunque a veces manifestaba todavía preocupación por las redondeces de Judy, Dermot se sentía muy feliz al constatar el gozo de la pequeña cuando estaba a su lado. Hablaban entre ellos con la mayor seriedad, como si Judy fuera una persona adulta. Si Dermot daba a su hija uno de sus palos de golf para que lo limpiase, estaba seguro de que la pequeña desempeñaría su trabajo a conciencia. Si Judy le pedía su parecer sobre algo que acababa de realizar —una casa que hubiese hecho con ladrillos, una pelota de lana o una limpieza— Dermot nunca respondía favorablemente, a menos que así lo creyera. No era raro que le indicara errores u omisiones.

—La desalentarás —decía Celia.

Pero no. No la desalentaba en absoluto y nunca hería sus sentimientos. Prefería estar con su padre, porque él era más difícil de complacer que su madre. Le atraían las empresas difíciles.

Dermot era brusco y no tenía cuidado al jugar con Judy. Cuando lo hacía, era frecuente que la pequeña resultase víctima de alguna pequeña herida o golpe. Al final siempre era preciso vigilar atentamente los juegos de ambos, porque chichones, raspaduras o pinchazos eran casi la norma. Pero a Judy aquello no la desalentaba. Por el contrario, le gustaba más que los juegos sencillos de su madre.

Solo cuando estaba enferma prefería que fuese su madre quien la cuidara.

—No te marches, mamá; no te marches de mi lado —le decía—. Quédate conmigo. Que no entre papá. No quiero que venga papá ahora.

A Dermot le parecía perfecto que su hija no le necesitara en aquellas circunstancias. No le agradaba la gente enferma.

Cualquiera que estuviera enfermo o fuese desgraciado le causaba embarazo.

Judy se parecía a su padre en su oposición a que la tocasen. Odiaba que la besaran o la cogieran en brazos. Con que su madre le diese un beso por las noches, ya estaba bien. En cuanto a su padre, el problema ni se planteaba, porque jamás la besaba. Para desearse las buenas noches les bastaba con un intercambio de sonrisas.

Con su abuela se llevaba perfectamente. A Miriam le atraían la vivacidad y la inteligencia de la niña.

—Es tan lista, que me deja siempre sorprendida —decía a su hija —. No es preciso explicarle nada dos veces. Capta las ideas de inmediato.

El viejo amor de Miriam por la enseñanza revivió. Le gustaba enseñar a Judy a leer y escribir. Tanto abuela como nieta lo pasaban muy bien estudiando.

A veces Miriam decía a Celia:

—Pero se te parece muy poco, hija.

Lo decía como si quisiera excusarse por su interés en los seres jóvenes. Miriam se sentía siempre muy atraída por la juventud y experimentaba la alegría del maestro ante una mente que despierta. Judy representaba para ella una fuente de constante interés, aunque su corazón siguiera siendo siempre de Celia. El afecto entre Miriam y su hija era mayor que nunca.

Cuando llegaba de visita a su casa, Celia encontraba a su madre envejecida, pequeñita, de mal color y algo encorvada. Su pelo era ya de un gris claro. Pero uno o dos días después, Miriam parecía revivir. El buen color le volvía a las mejillas y sus ojos comenzaban a brillar como siempre.

—Aquí está mi pequeña otra vez —decía con intensa felicidad.

Al convidarles, siempre hacía extensiva la invitación a Dermot. Y siempre que éste se excusaba, su satisfacción era evidente. Prefería tener a Celia para ella sola, aunque fuera por unos días.

En cuanto a Celia, le llenaba de gozo encontrarse otra vez en su viejo hogar y sentir de nuevo la dulce protección que su madre irradiaba. Sabía que ella la amaba con todo su corazón… que formaba parte de su vida…

Para Miriam, su hija era sencillamente la perfección. No deseaba, ni por un momento, que fuese diferente… Solo la quería

tal como era.

Y era tan tranquilizador ser una misma…

No tenía que preocuparse de hacer o no hacer algo; de decir o no decir determinadas palabras. Solo dejarse llevar y obrar como le pareciese bien.

Podía exclamar:

—Soy feliz.

Y no por ello tenía que arrepentirse de su exclamación, al notar el ceño fruncido de Dermot, a quien le disgustaba sobremanera que alguien manifestase libremente sus sentimientos. Consideraba que era una actitud que tenía mucho de indecente…

Pues bien, en su casa, en la de Miriam, Celia podía ser tan indecente como le viniese en gana…

Podía sentir y expresar con toda libertad lo feliz que era con Dermot y lo mucho que amaba a Judy…

Y luego, al volver a Londres, tras aquellos ejercicios de extroversión, podía comportarse como una mujer adulta y sensata, una mujer independiente y pudorosa con sus sentimientos, tal como a Dermot le gustaba que fuese su mujer.

Oh, querido hogar de su infancia, con su haya y su extensión de césped… Le gustaba tumbarse en el suelo y apoyar su mejilla sobre el pasto húmedo y fresco.

Está vivo, se decía Celia. Es como un gran animal verde… Toda la tierra es, en realidad, un gran animal verde, bondadoso, lleno de afecto y de vida… Soy tan feliz… Soy tan feliz… Tengo todo cuanto deseo en la vida…

Dermot entraba y salía alegre y fácilmente de sus pensamientos. Era como un *leitmotiv* en la gran melodía de su vida. A veces le echaba mucho de menos.

—¿Recuerdas a menudo a tu padre? —preguntó cierto día a Judy.

—No; nunca.

—Pero a ti te gustaría que estuviese aquí, con nosotras, ¿no es cierto?

—Bueno, sí. Supongo que sí.

—¿Qué? ¿Acaso no estás segura? Tú quieres tanto a papá…

—Sí, claro. Pero está en Londres.

Y Judy prefería dejar así las cosas.

Cuando volvieron a la ciudad, Dermot pareció muy contento de ver nuevamente a Celia. Aquélla fue una noche feliz. Una noche de amantes.

—Te he echado mucho de menos —murmuró ella en cierto momento—. ¿Y tú?

—Bueno, he tratado de pensar lo menos posible en tu ausencia.

—¿Quieres decir que no has pensado en mí?

—Eso mismo. ¿Para qué? Con pensar, no iba a traerte de vuelta.

Lo cual era, sin duda, innegable y sumamente sensato.

—De todos modos, estás contento de verme aquí de nuevo, ¿verdad?

Su respuesta la satisfizo.

Pero más tarde, mientras él dormía, ella dejaba volar sus ideas.

Era terrible; pero hubiese preferido que, de vez en cuando, Dermot fuese un poco menos realista y hasta algo mentiroso. De haberle dicho que la había echado terriblemente de menos, Celia se hubiese sentido reconfortada, segura… No le habría importado mucho que no fuese cierto.

Pero así era Dermot; su gracioso y terriblemente sincero Dermot. Y Judy era igual que su padre…

Mejor sería no hacerles preguntas cuando, lo que pretendiese, fuera una fantasía.

Me pregunto si no llegaré a sentirme celosa de Judy algún día, pensaba tristemente Celia. Ella y su padre parecen entenderse tan bien… Mucho mejor que conmigo…

Creía haber advertido que Judy, por su parte, tenía celos de su madre, como si quisiera que toda la atención de su padre le estuviese reservada solo a ella.

Era algo que hacía reflexionar a Celia.

¡Qué extraño! Dermot tenía celos de la pequeña antes de que ésta naciera y aun después. Resultaba curioso constatar que las mismas causas pueden producir resultados diferentes y hasta opuestos…

Querido Dermot… querida Judy… Tan parecidos, tan graciosos, tan dulces, tan *de ella*… Pero no. No eran de ella. Ella era de ambos. Al comprender esto, pensó que era mejor así. Le resultaba más grato y cálido pertenecer a ellos que sentirse su dueña.

Celia inventó un nuevo juego. Se trataba, según creía, de una variación del de «las chicas». «Las chicas» estaban moribundas. Celia había tratado de reanimarlas, dándoles hijos, casas elegantes rodeadas de parques o prestigiosas carreras, pero no consiguió el fin deseado. «Las chicas» no querían volver a la vida.

Inventó un nuevo personaje, llamado Hazel. Siguió su vida desde la niñez con interés particular. Se trataba de una niña muy desgraciada, pariente pobre de cierta familia prestigiosa. La servidumbre le había colgado una siniestra reputación por su hábito de canturrear:

—Algo va a suceder, algo va a suceder.

Y algo, en verdad, ocurría. Algo desagradable que, aunque a menudo fuese de poca monta (como, por ejemplo, que la cocinera se pillase un dedo), bastaba para que se la considerara como la bruja de la familia. En consecuencia, Hazel creció con el convencimiento de que resultaba sumamente fácil engañar a los crédulos.

Celia la siguió con gran interés en su mundo de espiritismo, adivinación, quiromancia y cosas por el estilo. El final, Hazel terminaba instalándose como clarividente en una casa situada en Bond Street, el barrio elegante de Londres, adquiriendo gran renombre.

Por entonces se enamoró de un joven oficial de marina gales. Ocurrieron episodios extraños en diversas aldeas de Gales y, al poco tiempo, comenzó a resultar evidente para todos, menos para la propia Hazel, que junto a sus fraudulentas prácticas, ejercitaba realmente un don genuino.

Cuando Hazel comprendió que así era, se horrorizó. Quiso mentir y engañar a conciencia, pero cuanto más lo intentaba, más reales resultaban sus increíbles profecías. Los poderes habían hecho presa de ella y no le dejaban salida.

Owen, su novio, era más nebuloso, pero poco a poco se fue transformando en un charlatán.

En cuanto Celia tenía algunos minutos para ella, o bien cuando llevaba a Judy al parque, desarrollaba la historia en su mente.

Hasta que un día se le ocurrió escribir lo que le pasaba por la cabeza…

Podría, en realidad, escribir un libro…

Compró unos cuantos cuadernos de seis peniques y muchos lápices, puesto que tenía tendencia a olvidarlos en todas partes, y comenzó.

Pudo advertir, apenas entregarse a la tarea, que ésta no se presentaba tan sencilla. Su mente corría desordenadamente y con frecuencia resultaba que su mano iba más lenta. Buscaba entonces volver a la situación, pero la imagen ya no tenía la misma vivacidad y las palabras aptas para describirla volaban de su cabeza.

Sin embargo, practicando, comenzó a notar progresos. Cierto que el resultado no guardaba a menudo gran semejanza con lo imaginado, pero ya comenzaba a resultar coherente y comprensible. Aprendió a separar el relato en capítulos.

Poco después tuvo que comprar seis cuadernos más.

Nada dijo de su actividad a Dermot durante algún tiempo, hasta que se produjo la batalla, de la que salió victoriosa. Tuvo que luchar a brazo partido con un predicador gales que atacaba a Hazel y que, al final, terminó reconociendo las dotes de la heroína y la verdad de lo que ésta «había testificado».

El capítulo, en el que se operaba la transformación de los puntos de vista del pastor, le salió mejor de lo que se hubiera atrevido esperar. Se sentía tan eufórica que necesitaba participar a alguien de los resultados a los que había llegado.

—Dermot —dijo—. ¿Crees que sería capaz de escribir un libro?

Dermot se divirtió mucho.

—Creo que has tenido una idea excelente. Si yo fuera tú, lo intentaría.

—Bueno, de hecho… he comenzado ya. Mejor dicho, estoy por la mitad.

—Magnífico —repuso Dermot.

Había dejado en la mesa un libro sobre economía de mercado, cuando Celia había comenzado a hablarle. Terminado para él el diálogo, volvió a cogerlo.

—Tiene que ver con una chica que posee dotes de médium —prosiguió Celia— sin saberlo. Se mete a adivina profesional y así estafa a mucha gente con falsas «sesiones» espiritistas. Luego se enamora de un individuo de Gales; cuando se traslada a la tierra de su novio, comienzan a pasar cosas extrañas.

—¿Es algo así como un relato?

—Sí, claro. Pura imaginación. Pero no sé expresarme adecuadamente en términos de palabra escrita.

—¿Sabes algo sobre médiums y sesiones espiritistas?

—No —repuso Celia, un poco sorprendida.

—¿No es, pues, algo arriesgado escribir sobre personajes cuya actividad desconoces? Y según creo, tú jamás has estado en Gales, ¿verdad?

—No.

—Creo que sería mejor que escribieras sobre algo que realmente conocieras. Londres, por ejemplo. O la zona donde estaba tu hogar, siendo pequeña. Yo diría que estás haciendo las cosas más difíciles de lo que son.

Celia se sintió alicaída. Como siempre, Dermot tenía razón. Sé había conducido como una simplona. ¿Por qué diablos tenía que elegir temas y lugares que desconocía por completo? Y aquella escena del predicador… Ella nunca había asistido a una prédica religiosa, ni conocía a ningún predicador. ¿Cómo iba a describir a uno?

De todos modos, ya no podía renunciar a Hazel y a su novio Owen. Estaban allí. De todas maneras, debía hacer algo con ellos.

Durante todo un mes, leyó una serie de obras sobre espiritismo, sesiones, médiums, poderes mágicos y prácticas falsas de brujería. Al terminarlos, volvió a redactar la primera parte de su libro, aunque la tarea no le divirtió nada. Todas las frases quedaban entrecortadas y cayó con gran frecuencia en complejos dilemas gramaticales.

Llegado el verano, Dermot accedió, muy comprensivo, a pasar las vacaciones en Gales. Irían allí quince días y Celia podría así observar usos y costumbres que darían a su novela el «color local». Cumplieron con lo proyectado, instalándose en Gales; pero Celia encontró que el color local se hacía extraordinariamente difícil. Llevaba una pequeña libreta para anotar lo típico o sorprendente, pero esta práctica no le aportó resultados sustanciales, porque era persona poco dada a la observación minuciosa. Pasaba días enteros sin tomar un solo apunte.

Sentía una gran tentación por abandonar Gales o transformar a Owen en escocés, cambiando su nombre por el de Héctor y ubicándole en los Highlands.

Pero a esto último Dermot puso la objeción de que resurgiría la misma dificultad anterior, pues ella no sabía nada de los Highlands.

Al final, muy desalentada, resolvió abandonar el proyecto. No quería saber nada más con Hazel y sus rarezas. Lo malo era que en su mente comenzaba ya a esbozarse la historia de una familia de pescadores de la costa de Cornualles…

Amos Polridge se había convertido para ella en un personaje muy familiar…

Esta vez no dijo nada a Dermot, puesto que se sentía incursa en la misma culpa que la vez anterior: no sabía nada sobre pescadores, ni de su vida, ni del mar, ni de Cornualles. De nada valdría ponerse a escribir otra vez, así que se limitó a divertirse, imaginando una trama con aquellos personajes. Entre ellos había una vieja abuela, sin dientes y siniestra…

Otras veces imaginaba finales distintos para el libro sobre Hazel. Owen bien podía llegar a ser un charlatán empleado en la Bolsa londinense de valores…

Lo malo era que, a su modo de ver, Owen no se sentía inclinado a ese tipo de trabajos…

Tanto que comenzó por mostrarse malhumorado y poco a poco se fue desvaneciendo.

Celia había llegado a acostumbrarse a una vida de recursos económicos limitados. Vivía con lo justo.

Dermot esperaba hacer mucho dinero algún día. Más que esperar, estaba seguro de que así iba a ser. En cambio, Celia nunca se imaginó que llegaría a ser rica. Se sentía feliz con lo que tenían, aunque comprendía lo importante que para Dermot podría ser el triunfo económico.

Lo que ninguno de los dos esperaba era que se produjera una crisis negativa, es decir un colapso financiero. Fue, sin embargo, lo que sucedió. Al auge que había seguido a la guerra siguió la depresión.

La firma donde trabajaba Dermot se declaró en suspensión de pagos y él se quedó sin empleo.

Haciendo recuento, se encontraron con que tenían cincuenta libras al año de Dermot y cien de Celia, más doscientas en bonos de

guerra. Como último recurso, quedaba el refugio de la casa de Miriam para Celia y Judy.

Los tiempos eran malos y lo más triste para Celia era considerar la situación de Dermot. No quería aceptar el golpe adverso porque lo consideraba injusto. Había trabajado mucho y con ilusión. Lo que le caía encima era inmerecido. Como consecuencia, su humor se transformó. Se hizo casi intratable y siempre se le veía de mal genio. Celia despidió a Kate y a Denman, proponiéndose cuidar por sí misma de la casa. La primera se marchó. En cambio, Denman no quiso hacerlo.

Con firmeza y acento colérico dijo:

—No acepto y de nada vale discutir. No estoy dispuesta a dejar a «mi» pequeña.

De modo que se quedó, asegurando que podía esperar por su sueldo, y, junto con Celia, hacía todos los trabajos de la casa, además de los que le daba Judy. Celia y Denman alternaban sus funciones; mientras una hacía la faena, la otra llevaba a Judy al parque.

Curiosamente, encontró tolerable y hasta divertido el cambio de situación. Le gustaba tener cosas que hacer y por las noches su imaginación volaba a encontrarse con Hazel. Terminó su libro, apoyándose en las notas que había tomado en Gales, y se propuso enviarlo a un editor. Así lo hizo finalmente. Acaso surgiera algo de él.

Pero no. Poco tardaron en devolvérselo, de modo que Celia lo metió en un cajón y no intentó nada más.

Su verdadera preocupación era Dermot, que se mostraba muy poco razonable. Tan sensible se había puesto sobre lo que él consideraba su fracaso, que la vida a su lado se hizo poco menos que intolerable. Si veía a Celia de buen humor le echaba en cara que no se diera cuenta de las dificultades por las que atravesaban. Si la veía silenciosa, le decía que bien podría tratar de alegrarle un poco la vida.

Celia consideraba que, con la ayuda de Dermot, podrían mezclar todos sus problemas y luchar alegremente contra la adversidad. Y reír un poco era el mejor método para vencerla o, al menos, para aliviarla.

Pero ahora Dermot no se reía nunca. Se consideraba herido en

su orgullo.

Por antipático y desconsiderado que se mostrara, Celia no se sentía herida como aquella vez, a la vuelta de la fiesta, porque comprendía lo mucho que él estaba sufriendo y, particularmente, por ella.

A veces hasta llegó a mostrarse un poco extrovertido.

—¿Por qué no os vais de aquí tú y Judy? Lo mejor sería que os fuerais a casa de tu madre. Por ahora no sirvo de nada y sé perfectamente que no he nacido para vivir esta clase de situaciones. Ya te he dicho en otras oportunidades que no sirvo para enfrentar las cosas desagradables. No puedo soportarlas.

Pero Celia no creyó conveniente dejarle. Hubiese deseado hacerle más fáciles las cosas, pero parecía no haber nada que sirviese para ello.

Entretanto pasaban los días y Dermot continuaba sin encontrar trabajo. Su humor se volvía cada vez más sombrío.

Por fin, cuando Celia pensaba que su valor ya no les serviría para resistir más y consideraba seriamente el consejo de Dermot de que se fuese a vivir con su madre, la situación cambió súbitamente.

Cierta tarde, Dermot volvió a casa presentando un aspecto muy diferente. Parecía otro hombre. De nuevo le brotaban los impulsos juveniles tan característicos de él. Sus ojos oscuros relampagueaban.

—¡Celia! Algo magnífico ha sucedido. ¿Recuerdas a Tommy Forbes? Pues esta tarde fui a visitarle… Solo para ver qué sucedía… Y él me saltó literalmente encima. Precisamente estaba buscando a un hombre como yo. Ochocientas libras al año, para empezar. Dentro de un año o dos, podría ganar más de mil quinientas. Tal vez dos mil. Salgamos a celebrarlo.

¡Qué velada tan feliz! Dermot estaba tan distinto, tan juvenil y lleno de excitación… Insistió en comprarle un vestido nuevo.

—Ése, de color azul malva, te queda estupendamente. Te sigo queriendo muchísimo, Celia.

Amantes. Sí, seguían tratándose como amantes.

Aquella noche, antes de dormirse, Celia pensó que esperaba ardientemente el éxito de Dermot. Las cosas tenían que irle bien, pues de lo contrario sufría enormemente.

—Mamá —dijo de pronto Judy al día siguiente—. ¿Qué es una «amiga en la prosperidad»? Denman dice que tiene una en Peckham

que es de esa clase.

—Significa que es una de esas amigas que sólo lo son cuando las cosas van bien.

—Ah, ya lo veo —repuso la pequeña—. Como papá.

—No, Judy, eso no es cierto. Papá no se siente feliz ni alegre cuando está preocupado; pero si tú o yo estuviésemos enfermas o fuésemos desgraciadas, papá haría lo que fuera por cualquiera de las dos. Es el hombre más leal del mundo.

Judy miró a su madre con expresión reflexiva.

—No me gusta la gente que se pone enferma. Tiene que meterse en cama y no puede jugar. A Margaret le entró algo en un ojo ayer, mientras jugábamos en el parque, y tuvo que dejar el juego. Se sentó en un banco y quería que yo la acompañase. Pero yo no quise.

—Pues no fuiste bondadosa, Judy.

—Sí que lo fui. No me gusta estar sentada sin hacer nada. Quiero jugar y correr.

—Pero si hubieses sido tú la que te hubieras hecho daño, bien que hubieras querido qué alguien te acompañara y te contara algo para distraerte, ¿no es así?

—No, no necesitaría a nadie… De todos modos, no fui yo, sino Margaret, la que se hizo daño en el ojo.

15. PROSPERIDAD

Dermot prosperaba. Ahora ganaba cerca de dos mil libras al año. Celia y él eran muy felices. Aquélla fue una época particularmente grata de recordar. Ambos estaban de acuerdo en que debían comenzar a ahorrar, pero no enseguida.

Lo primero que hicieron fue comprar un coche de segunda mano.

Celia anhelaba vivir en el campo. Allí era el aire muy saludable y sería conveniente para Judy. Por otra parte, ella odiaba Londres y las grandes ciudades. Hasta entonces Dermot se había negado a darle ese gusto, invocando razones de dinero. Vivir en el campo significaba gastar más, no solo en ferrocarril, sino también en la comida, puesto que ésta era más barata en Londres.

Pero ahora admitió que la idea le gustaba. Buscarían una casita que no estuviera muy lejos del campo de golf de Dalton Heath.

Por fin encontraron un pabellón dentro de una enorme finca que había sido fragmentada por sus dueños, con vistas a edificar viviendas. El campo de golf de Dalton Heath estaba a quince kilómetros. También compraron un perro. Un adorable sealyham al que llamaron Aubrey.

Denman rehusó acompañarlas al campo. Había sido un verdadero ángel mientras duraron las dificultades, pero al llegar la prosperidad se convirtió en un demonio. Era brusca con Judy, no hacía caso cuando se le pedía algo y terminó diciendo que se marchaba porque algunas personas que ella conocía habían cambiado con la riqueza.

En la primavera se cambiaron de casa. Para Celia lo más apasionante del lugar era la gran cantidad de lirios que por allí había. Se veían a millares y los había de todos los colores: malva, púrpura… Al recorrer por la mañana el jardín, seguida de Aubrey, Celia pensaba que de pronto la vida se había vuelto casi perfecta.

No más suciedad, polvo, humo ni niebla. Estaba en su nuevo hogar, lejos de todo cuanto detestaba.

Le deleitaba la vida en el campo y aquellos largos paseos con el perro. Judy iba a una pequeña escuela rural que había por allí cerca y se encontraba como pez en el agua. Aunque era tímida con las personas, individualmente consideradas, se sentía a sus anchas cuando eran muchas.

—¿Podré ir a un colegio grande en el futuro, mamá? ¿Donde haya centenares y centenares y más centenares de niñas? ¿Cuál es el más grande de Inglaterra?

Celia tuvo un pequeño altercado con Dermot a la hora de distribuir las habitaciones. Una de las que daban al frente sería el dormitorio de ellos; y Dermot quería la otra para él. Celia insistió, en cambio, que ésta debía transformarse en el cuarto de juguetes de la pequeña.

Dermot se fastidió mucho.

—Haz lo que quieras —terminó por decir—. Pero ten en cuenta que seré el único en esta casa que nunca tendrá un poco de sol para él solo.

—Es bueno para la salud de Judy tener una habitación soleada.

—Tonterías. Se pasa todo el día al aire libre. La habitación del fondo es amplísima. Tendría todo el espacio que quisiera.

—Pero allí no hay sol.

—No entiendo por qué el sol ha de ser más necesario para Judy que para mí.

Pero Celia, por una vez, se mantuvo en sus trece. Hubiese querido que Dermot se quedara con aquel cuarto, pero no quiso dar su brazo a torcer.

De todos modos, Dermot resultó ser buen perdedor. Consideró el episodio como una derrota dolorosa, pero recobró de inmediato el buen humor, pretendiendo que era un marido avasallado y un padre de segunda clase.

Tenían muchos vecinos por los alrededores que tenían muchos hijos. Todo el mundo era sumamente amable con ellos y les invitaban a menudo. Pero a Dermot no le apetecían las cenas.

—Mira, Celia, llego cada noche de Londres completamente

agotado y espero que no me obligues a vestirme para volver a salir y llegar a casa después de medianoche. Aunque quisiera, no puedo.

—No digo que lo hagas todas las noches. Solo una vez por semana.

—No. Ve tú sola si quieres.

—No puedo ir sola, porque se invita a la pareja. Por otra parte, quedaría mal que yo anduviese diciendo por ahí que tú no sales por las noches. Al fin y al cabo no eres viejo.

—Estoy seguro de que podrías arreglártelas sin mí.

Pero no era tan fácil. En el campo, como Celia le había dicho, la gente acostumbraba invitar parejas, no a individuos. Pero comprendía que Dermot llegaba cansado. Y dado que era él quien traía el dinero a casa, las cosas habían de hacerse como él decía. De modo que rehusaba las invitaciones y se quedaban las noches en casa. Dermot leía libros sobre economía y administración de empresas y Celia cosía, o simplemente se quedaba sentada cerca de él, con las manos enlazadas. En esas ocasiones pensaba en su familia, la de los pescadores de Cornualles.

Celia deseaba otro hijo.

Dermot, en cambio, no.

—En Londres decías que no teníamos sitio suficiente y que no nos alcanzaría el dinero. Ahora la situación ha cambiado por completo. Espacio es lo que sobra aquí. Por lo demás, dos niños no dan más trabajo que uno.

—No. Pero no quiero más críos, por ahora. Déjame de embrollos, llantos y biberones.

—Creo que siempre pensarás igual.

—Pues te equívocas. Quisiera tener dos hijos más, pero no enseguida. Tiempo es lo que nos sobra, puesto que ambos somos jóvenes. Los tendremos cuando comencemos a cansarnos de la rutina. Por ahora, a divertirnos. No creo que tengas ganas de volver a las náuseas.

Hizo una pausa.

—Te aseguro que he estado esperando este día.

—¿Qué sucede?

—Un coche. Ese de segunda mano estaba hecho un asco. Davis

me puso sobre la pista de otro que… Se trata de un coche deportivo, que solo ha recorrido trece mil kilómetros. Nada, para un auto así.

¡Cómo le quiero!, pensaba Celia. Es como un chaval. Tan imaginativo y turbulento… Por otra parte, ha trabajado mucho. ¿Por qué no había de tener lo que le apetece? Ya vendrán otros niños más adelante. Entretanto, que se divierta con su nuevo coche. Por otra parte, él me importa más que todos los niños que podamos tener…

A Celia le intrigaba que Dermot nunca invitase a sus amigos a pasar unos días en la casa.

—Antes eras tan amigo de Andrews…

—Sí; pero ahora casi nunca le veo. Hemos perdido contacto. En la vida uno cambia y también los demás.

—¿Y Jim Lucas? Erais inseparables en la época en que nos comprometimos.

—Oh, me aburren los viejos camaradas del ejército.

Un día Celia recibió carta de Ellie Maitland, o Ellie Peterson, como se llamaba ahora.

—Dermot, mi vieja amiga Ellie Peterson ha vuelto de la India. Yo fui dama de honor cuando ella se casó. ¿Podría invitarles a ella y a su marido a pasar con nosotros este fin de semana?

—Sí, naturalmente, si así lo quieres. ¿Sabes si él juega al golf?

—No lo sé.

—Pues si no juega, no será muy divertido. De todos modos, es lo mismo. Aunque no pretenderás que me quede en casa y les agasaje, ¿verdad?

—¿No podríamos jugar al tenis?

Existían por allí unas cuantas pistas de tenis, destinadas a los que vivían en la urbanización.

—Ellie jugaba muy bien antes de casarse y sé que Tom, su esposo, también. Creo que era muy bueno.

—Mira, Celia, a mí no me apetece jugar al tenis. Y además, el tenis no va bien con el golf. Es malo para el pulso. Y dentro de tres semanas se celebra el campeonato de copa de Dalton Heath.

—Se diría que el golf es lo único que te importa. Me pones las

cosas difíciles, Dermot.

—¿No te parece que la vida sería mucho más cómoda si cada uno hiciese lo que le gustara? A mí me gusta el golf y a tu amiga el tenis. Les invitas, vienen, y cada uno practica el deporte que le atrae más. Ya sabes que nunca me interpongo en lo que tú deseas hacer.

Era cierto, absolutamente cierto. Pero aquellas certezas complicaban la vida de Celia. Al casarse, pensaba, la mujer queda tan atada a su marido… Nadie parece considerarla como una entidad en sí misma. Todo estaría bien si Ellie viniese sola; pero algo habría que hacer con su marido.

Después de todo, cuando Davis (con quien Dermot jugaba al golf casi todos los fines de semana) les visitaba con su mujer, Celia tenía que dedicar a la señora Davis todo el día. No era mala persona. Por el contrario; pero sí muy aburrida. Se sentaba en el living y era preciso hablarle y hablarle.

Pero no dijo nada de todo aquello a Dermot, porque sabía que detestaba las discusiones. Limitándose a invitar a los Peterson, esperó lo mejor.

Ellie apenas había cambiado. Las dos se divirtieron mucho, hablando de los viejos tiempos. Tom era un hombre muy tranquilo. Tenía ya algunas canas en las sienes y parecía ser un hombre excelente, según Celia. A menudo estaba en las nubes, pero siempre era simpático.

Dermot se comportó admirablemente. Explicó que debía jugar necesariamente un partido de golf el sábado (el marido de Ellie no jugaba), pero que el domingo lo dedicaría íntegramente a sus huéspedes. Así fue. Los llevó al río y allí pasaron la tarde. El programa era uno de los que más odiaba Dermot y Celia lo sabía perfectamente; sin embargo, no lo demostró en ningún momento.

Cuando se marcharon, le dijo a Celia:

—Dime, ¿he estado bien? ¿Me he portado noblemente o no?

«Noble» era una palabra muy propia de Dermot y, al oírla, Celia se reía.

—Muy noblemente. Como un ángel.

—Bueno, pues ya he cumplido por un tiempo, ¿no te parece?

Celia asintió. Dos semanas después sintió la tentación de invitar a, otra amiga con su marido, pero como sabía que él no jugaba al

golf, decidió no estropear a Dermot otro fin de semana.

Era difícil, pensaba Celia, vivir con alguien que se sacrifica. Como mártir, Dermot era más bien malo. Resultaba mejor aprovechar su alegría…

De todos modos, no le interesaban los viejos amigos, aunque fueran los suyos. En opinión de Dermot, las viejas amistades eran más bien aburridas.

También en esto Judy se parecía a su padre. Cuando, días más tarde, Celia le mencionó a Margaret, la pequeña la miró extrañada.

—¿Quién es Margaret?

—¿No recuerdas a Margaret? Solías jugar con ella en el parque, cuando vivíamos en Londres.

—No, no recuerdo. No creo haber conocido nunca a nadie llamada así. Bromeas.

—Pero Judy, tienes que recordarla. ¡Si hace apenas unos años!

Pero Judy no recordaba a ninguna Margaret, ni tampoco a nadie con quien hubiera jugado en Londres.

—Solo conozco a mis amigas del colegio —afirmó.

Algo bastante gracioso iba a suceder. Todo empezó cuando la llamaron por teléfono para preguntarle si quería ocupar el lugar de una persona, que había fallado en el último momento, en una cena.

—Pensé que no te importaría, Celia…

No, no le importaba. Por el contrario, la divertía.

Fue a la cena y se divirtió mucho.

Ya no era tímida y le resultaba fácil charlar de cualquier tema. No tenía por qué preocuparse de si se comportaba o no torpemente, puesto que los ojos críticos de Dermot no la estaban juzgando.

A veces sentía como si hubiese vuelto a la infancia, libre de vigilancias molestas.

A su derecha estaba sentado un hombre que había viajado mucho por los países del Lejano Oriente. Por encima de todo, Celia soñaba con viajar.

Se le ocurría pensar a veces que, si se le presentara la oportunidad de hacerlo, era capaz de dejar a Dermot, a Judy y a Aubrey, para lanzarse a vagabundear por el mundo.

El hombre hablaba de Bagdad, Cachemira, Ispahan, Teherán,

Shiraz… Encantadores nombres, hermosos de oír, aunque carecieran de sentido concreto para ella. También le contó que había viajado por Beluchistán, país que pocos viajeros conocían.

Era un hombre maduro, muy amable. Le gustaba la joven y radiante criatura sentada a su lado, que le contemplaba con la admiración pintada en el rostro, mientras él se refería a remotos y encantadores lugares.

Algo tenía que ver con libros, según ella creyó entender, de modo que le narró, en tono de broma, lo de su novela fracasada. El hombre le repuso que quería ver el manuscrito y Celia tuvo que decirle que se trataba de algo muy malo.

—De todos modos sí me gustaría echarle un vistazo. ¿Me lo enviará usted?

—Si así lo desea, pero le aseguro que es algo sumamente torpe.

El hombre la observó, pensando que lo más probable era que estuviese diciendo la verdad. Aquella mujer de aspecto escandinavo, de hermoso pelo rubio, no parecía una escritora. Pero como se sentía atraído por ella, deseaba ver aquel manuscrito.

Celia volvió a casa a la una de la madrugada y encontró a Dermot profundamente dormido. Tan excitada se sentía que le despertó.

—Dermot, lo he pasado tan bien… Me he divertido muchísimo. Estaba sentada en la mesa junto a un hombre que me habló de sus viajes por Persia y Beluchistán. Es editor. Y después de cenar me pidieron que cantara. Por cierto que lo hice muy mal, pero nadie pareció darse cuenta. Luego salimos al jardín y con el editor fui hasta el estanque, que estaba rodeado de lirios. Fíjate que quiso besarme… Pero en un plan puramente amistoso… Todo fue estupendo, con la luna, los lirios y demás… Casi le dejo que me besara, pero luego me contuve, porque pensé que a ti no te gustaría.

—Bien —dijo Dermot.

—No te importa, ¿verdad?

—Oh, no. Me alegro de que te hayas divertido. Lo que no entiendo es para qué me has despertado.

—Para decirte que me divertí tanto… —le dijo en tono de disculpa—. Aunque ya sé que a ti te disgusta que te lo diga.

—No me disgusta. Simplemente me parece todo un poco tonto. Creo que uno puede divertirse mucho sin tener necesidad de

decirlo.

—Pues yo debo decirlo —exclamó Celia, muy decidida y con acento franco—. Si no lo digo, me parece que reventaría.

—Bueno —repuso Dermot dándose la vuelta—. Pues ya me lo has dicho.

Y volvió a dormirse.

Así era él, pensó Celia mientras se desvestía. Un poco brusco, pero bondadoso…

Celia había olvidado enviar su libro al editor, a pesar de que así se lo había prometido. Con gran sorpresa, a la tarde siguiente le vio llegar. La visitaba porque quería leer lo que había escrito.

Se puso a buscar en el desván, donde creía haber escondido el manuscrito. Tras mucho trabajo, dio con él y lo puso en manos del hombre, reiterándole que se trataba de algo realmente sin importancia.

Quince días más tarde recibió una carta, en la que el editor le pedía que fuera a la ciudad para hablar con él.

Desde detrás de una mesa, desordenada y cubierta de papeles de toda clase, la contempló alegremente a través de sus gafas.

—Creí entender que había escrito usted un libro, pero aquí tengo poco más de la mitad. ¿Dónde está el resto? ¿No lo habrá perdido?

Intrigada, Celia cogió el manuscrito.

Abrió la boca, desolada.

—Es que le he dado uno equivocado. Éste es el viejo, que quedó sin concluir.

Enseguida pasó a explicarle lo sucedido y el hombre escuchó con gran atención. Luego pidió que le enviara la versión revisada. De momento guardaría la primera.

Pasó una semana y Celia recibió otra carta solicitándole que volviera a casa del editor. Esta vez los ojos del hombre brillaban.

—La segunda versión no es buena —afirmó—. Nunca encontrará usted un editor que se la publique. En cambio, la original me interesa. ¿Piensa usted que podría terminarla?

—Pero está muy mal… contiene una serie de defectos y de errores…

—Mire usted, querida niña. Le hablaré con toda la franqueza del mundo. No es usted probablemente uno de esos genios enviados por el cielo. No creo que jamás llegue a escribir lo que se llama una obra maestra. En cambio, usted es, sin ninguna duda, una narradora de historia nata. Habla de espiritismo y de médiums que se encuentran con predicadores galeses, rodeándolo todo de un aura romántica. Es probable que, cuanto usted dice, sea absolutamente inverosímil; pero como el noventa y nueve por ciento de los lectores coinciden con usted en las mismas ignorancias, el punto en contra se convierte en punto a favor; usted ve todo eso igual que el noventa y nueve por ciento. Y eso es lo que importa. Por otra parte, ese porcentaje no se interesa por los hechos reales meticulosamente tratados. De ser así, leería libros especializados. Si prefiere lo que usted narra es porque le gusta la ficción, y la ficción no es más que mentira plausible. Observe que digo plausible, es decir digna de atención y, de algún modo, verosímil. Si escribe usted sobre esa familia de pescadores de Cornualles, tenga esto presente. Escriba el libro, pero no vaya usted a viajar a Cornualles, por favor, ni se interese de momento en la forma de vivir de los pescadores de esa zona. Ya podrá ir, si eso le interesa, una vez que el libro esté concluido. Por ahora dé usted al público la clase de seudorrealismo que la gente considera buena cada vez que se habla de pescadores de Cornualles o que lee sobre éstos. No debe ir allí por ahora, porque podría descubrir que son personas como todo el mundo y que se parecen mucho a los fontaneros de Walworth, lo cual no encajaría con la opinión general. Usted nunca escribirá bien sobre nada que conozca realmente, porque es una persona sincera y honesta, de la clase de seres que pueden ser deshonestos con la imaginación, pero no en los hechos. Nunca podría escribir mentiras sobre algo que conoce. En cambio, sí que es capaz de contar las más espléndidas mentiras sobre algo que ignora. Tiene que escribir sobre lo fabuloso (es decir, fabuloso para usted) y no sobre lo real. Vaya y ponga manos a la obra.

Un año más tarde se publicaba, por fin, la primera novela de Celia. Llevaba por título *Puerto solitario*. El editor se cuidó de suprimir algunas incorrecciones demasiado evidentes.

A Miriam le resultó maravilloso y a Dermot, terrible.

Celia sabía que Dermot llevaba toda la razón; pero estaba

agradecida a su madre, por el estímulo que le brindaba.

Ahora, pensaba, se supone que pretendo ser una escritora. Creo que es un poquito más extraño que hacer las veces de esposa y madre.

16. PÉRDIDA

Miriam estaba enferma. Cada vez que Celia veía a su madre después de una temporada, aunque ésta no hubiera sido demasiado larga, su corazón sufría un ligero escalofrío.

Su madre parecía pequeñita y presentaba un aspecto patético.

Estaba tan sola en aquella casa… Celia había querido que se fuese a vivir con ellos; pero Miriam siempre se había negado rotundamente.

—Nunca da buenos resultados. No sería justo para Dermot.

—Pero mamá, le he preguntado que qué le parecía el proyecto y me ha dicho que está enteramente de acuerdo.

—Es muy amable de su parte. De la mía, ni hablar. La gente joven ha de vivir a su aire, sin intromisiones de la familia.

Lo dijo con vehemencia. Celia no quiso seguir discutiendo el punto.

Miriam continuó diciendo:

—Hace tiempo que quería decirte algo. Que estaba equivocada sobre Dermot. Cuando te casaste con él, no le tenía confianza. Ni siquiera pensaba que fuese honesto y leal… Pensé que tarde o temprano aparecerían en escena otras mujeres.

Celia se rió.

—Oh, no lo creas, mamá. Dermot solo mira con interés las pelotas de golf.

Miriam esbozó una sonrisa cansada.

—Estaba equivocada… Me alegro… Ahora veo que, cuando muera, te dejo con alguien que cuidará de ti.

—Siempre lo ha hecho y lo seguirá haciendo.

—Sí… Estoy satisfecha… Es muy atractivo… Es muy atractivo para las mujeres. Recuerda siempre eso, Celia…

—Pero le gusta mucho quedarse en casa, mamá.

—Sí; felizmente es así. Por otra parte, quiere verdaderamente a

Judy, que se parece muchísimo a él. Poco tiene de ti la chiquilla, sabes. Es el vivo retrato de su padre.

—Lo sé.

—Me tranquiliza saber que es bondadoso contigo. No lo pensé así al principio. Me parecía un poco cruel, poco considerado…

—Nada de eso. Es extraordinariamente bueno y siempre lo ha sido, antes y después de nacer Judy. Pero no puede decir frases sentimentales, aunque lo intente. Todo se lo guarda. Es como de roca.

Miriam suspiró.

—Yo estaba celosa. Fueron los celos los que me impidieron reconocer sus buenas cualidades. Deseo con tantas fuerzas que seas feliz…

—Es que lo soy, mamá querida. Lo soy.

—Sí; creo que lo eres.

Se produjo un silencio durante un minuto o dos.

—Solo hay una cosa que desearía: tener otro hijo —murmuró Celia—. No me importaría que fuera niño o niña.

Pensaba que su madre secundaría su deseo, pero ésta frunció el entrecejo.

—Me pregunto si sería sensato, hija. Dermot significa tanto para ti… Ten en cuenta que los niños te apartan necesariamente del marido. Dicen que sirven como vínculo de unión, pero no estoy de acuerdo con esta idea. No. No unen.

—Pero papá y tú…

—Era muy dificultoso… Que te dejen a un lado y de otro… Es dificultoso. Suspiró.

—Pero fuisteis muy felices, hasta que él murió… —dijo Celia.

—Sí; pero me preocupaba. Me preocupaban muchas cosas. Renunciar a programas o a planes por culpa de los niños era algo que le contrariaba sobremanera. Cierto que os quería muchísimo, tanto a ti como a Cyril; pero nuestros momentos de suprema felicidad eran cuando nos íbamos de vacaciones él y yo solos… Nunca dejes a tu marido muchos días, querida. Recuerda que los hombres tienen una extraña capacidad para olvidar.

—Papá nunca pensó en otra mujer más que en ti.

Miriam la contempló meditativamente.

—Sí; creo que llevas razón. Pero en verdad, yo vigilaba sin

cesar. Teníamos una doncella, una chica alta y muy hermosa, que tenía precisamente el aspecto que siempre elogiaba tu padre al hablar de mujeres. Cierto día, tu padre estaba ocupado con una pequeña faena de bricolaje y ella le tendía el martillo y los clavos cuando él se los solicitaba. En cierto momento, como por azar, la mano de ella fue a posarse sobre la de él. Aunque acaso no fuera por azar. El hecho es que tu padre, apenas lo advirtió, dejó ver un gesto de sorpresa. No creo que pensara que la chica había actuado premeditadamente; ¡los hombres son tan ingenuos…! Pero yo, que había visto la escena, despedí a la mujer en cuanto se me presentó la ocasión. Le di una carta con excelentes referencias, pero le dije que no me servía.

Celia estaba sorprendida.

—Pero papá nunca…

—Tal vez no. Pero yo no estaba dispuesta a correr riesgos. He visto tantas cosas… Cuando una mujer está enferma y una institutriz o dama de compañía la suple en la casa, entonces hay peligro, Celia; sobre todo si la empleada es joven y bonita. Prométeme, Celia, que cuidarás mucho el aspecto que pueda tener la institutriz de Judy.

Celia se echó a reír y besó a su madre.

—No contrataré a ninguna chica alta y guapa, mamá —le prometió—. La que se cuide de Judy tendrá que ser flaca, vieja y con gafas.

Miriam murió cuando Judy tenía ocho años. En aquel momento, Celia no estaba en Inglaterra, porque Dermot había logrado obtener diez días de descanso y la invitó a aprovecharlos viajando por Italia. A Celia no le atraía en aquellos momentos viajar al extranjero, porque el médico de Miriam le había dicho que la salud de su madre empeoraba. Tenía una asistenta que cuidaba de ella y Celia iba a verla siempre que podía, aunque a veces se pasaba semanas sin poder hacerlo.

Pero su madre jamás hubiera querido que Celia dejase a Dermot viajar solo. Así se lo dijo y se trasladó a Londres con la prima Lottie, que era ya viuda. Ambas colaboraban con la niñera de Judy en la tarea de cuidar a la pequeña.

En Como, Celia recibió un telegrama, en el que se la aconsejaba volver. Así que se apresuró a coger el primer tren. Dermot quiso acompañarla, pero ella le persuadió para que se quedara en Italia hasta el fin de sus vacaciones. Necesitaba, realmente, un cambio de aires y de escenarios.

Mientras cenaba en el vagón comedor del tren, cuando éste atravesaba Francia, una sensación extraña, como de frío, la invadió.

Seguro que ya nunca volveré a verla con vida, pensó. Ha muerto.

Al llegar, supo que Miriam había fallecido aproximadamente en el mismo momento en que había tenido aquel presentimiento doloroso.

Su madre… su querida madre… tan valerosa…

Yacía ante los ojos de Celia, inmóvil y extraña, entre flores, rodeada de blancura. Su rostro frío era apacible…

Su mamá, con sus arranques de alegría y sus depresiones súbitas, con sus encantadores cambios de aspecto y de talante, con toda su capacidad de amar y de proteger, estaba allí, ante ella, muerta.

Ahora estoy sola, pensó Celia.

Dermot y Judy le resultaban, en aquellos momentos, dos extraños…

Ya no tengo, como antes, a quien recurrir, pensó. Estoy sola.

La invadió momentáneamente el pánico. Pero luego sintió como un remordimiento…

Cuánto le habían ocupado Dermot y Judy durante los últimos tiempos… Había pensado tan poco en su madre… Y sin embargo entonces estaba viva, estaba *allí*… Su presencia latía, discreta, detrás de cada pensamiento.

Conocía muy bien a Miriam, y ella conocía a su hija.

De pequeña encontraba a su madre encantadora y servicial y así siguió siendo siempre.

Pero ahora ya no estaría más.

El mundo de Celia se veía desfondado, privado de base y estructura. Su mamá…

17. DESASTRE

Dermot tenía la intención de ser bondadoso. Odiaba los problemas y las desgracias, pero quería ser bondadoso. Le escribió desde París proponiéndole que fuese allí a pasar dos o tres días, con el fin de levantarle el ánimo.

Tal vez fuera bondad. O quizá solo buscara esquivar la responsabilidad de hallarse presente en una casa enlutada…

Eso era, sin embargo, lo que su deber le imponía.

Llegó a su casa poco antes de la cena. Celia estaba echada en la cama, esperándole con apasionada intensidad. Las tensiones, que habían seguido a la muerte y al funeral, ya habían pasado y durante todo aquel doloroso período hizo cuanto estuvo en sus manos para que la pequeña Judy no sintiera una atmósfera de dolor y pesadumbre. La niña debía de conservar su alegría y seguir ocupada en sus importantes asuntos… Cuando se enteró de la muerte de su abuela, lloró, pero al poco tiempo parecía haber olvidado todo. Así tenía que ser. Los niños deben olvidar.

Pronto estaría Dermot allí y así ella se podría consolar.

Qué maravilloso es tener a Dermot, pensó. Si no fuera por él, no tendría ahora ningún deseo de seguir viviendo.

Cuando llegó, Dermot estaba nervioso. Y los nervios fueron los que le hicieron entrar en la habitación, donde Celia le esperaba, exclamando:

—Bueno, bueno ¿cómo estáis todos? ¿Alegres y contentos?

En otra ocasión Celia hubiera comprendido el motivo que le había hecho hablar con tal inoportunidad y desapego. Pero, en aquel momento, la actitud de Dermot le sentó como una bofetada.

Dándose la vuelta, estalló en sollozos.

Dermot, sin saber qué hacer, le pedía disculpas, tratando de explicarse.

Finalmente, Celia se quedó dormida reteniendo entre las suyas

una mano de su marido. Éste la extrajo con alivio al ver que ella dormía.

Saliendo del dormitorio, fue en busca de Judy, que estaba en la habitación de los juguetes. La niña le saludó agitando en el aire una cuchara. Estaba bebiendo una taza de leche.

—Hola, papá. ¿A qué jugaremos?

A la pequeña no le gustaba perder el tiempo en cortesías y convencionalismos.

—A algo que no sea demasiado ruidoso —repuso su padre—. Mamá duerme.

Judy asintió comprensivamente.

—¿A la solterona?

Jugaron pues a la solterona.

La vida continuó, casi igual.

Celia, ocupada con sus tareas habituales, no demostraba ninguna señal de dolor. Pero, por el momento, parecía haber perdido toda vivacidad. Dermot y Judy notaron el cambio y no les gustó.

Quince días más tarde Dermot quiso invitar a unos amigos a pasar un fin de semana con ellos. Celia, sin poder contenerse, exclamó:

—¡Oh, por ahora no! ¡Por muchos esfuerzos que hiciera, no podría hablar con mujeres que no conozco!

Sin embargo, no tardó en arrepentirse, de modo que fue en busca de Dermot para decirle que no había sido su intención ser brusca. Por supuesto, podía convidar a sus amigos. Éstos aceptaron, pero la visita no tuvo mucho éxito.

Días después, Celia recibió carta de Ellie Maitland. Su contenido la sorprendió y la afligió mucho:

> Mi querida Celia:
>
> Creo que será mejor que yo misma te cuente lo que ha sucedido con Tom, antes de que te lleguen versiones disparatadas, que sin duda te llegarán. Mi marido me abandonó por una chica que conocimos en el barco cuando veníamos de vuelta a Inglaterra. Como podrás imaginarte, eso me sorprendió y me dolió mucho. Éramos muy felices y Tom adoraba a los niños. Me parece que estoy viviendo una pesadilla. Siento que se

me ha destrozado el corazón y no acierto a saber qué conducta asumir. Tom era el marido perfecto. Nunca llegamos a reñir, ni siquiera por motivos accidentales.

A Celia le afectó mucho la desgracia de su amiga.

—Qué cantidad de cosas tristes tiene la vida —dijo a Dermot.

—El marido de tu amiga tiene que ser un cerdo —repuso éste—. Sé que a menudo piensas que yo soy egoísta, Celia. Pero te pudieron caer encima cosas mucho peores. Al menos soy un marido decente, franco e incapaz de engañar a su mujer. ¿O no es así?

Había un acento cómico en su voz. Celia se echó a reír y le besó.

Tres semanas más tarde fue a casa de su madre, llevando a Judy con ella. Tenía que levantar la casa y ocuparse de cuanto Miriam había dejado inconcluso. Nadie más que ella podía llevar a cabo aquel trabajo.

La que fuera su casa por tanto tiempo ya no sería nada sin su madre que, sonriente, le daba la bienvenida. Si Dermot quisiera acompañarla…

No podía; pero, dentro de lo posible, trató de animarla.

—Verás como no te resulta tan triste, Celia. Encontrarás muchas cosas que habías olvidado. Y en esta época, el campo es encantador. Te sentará muy bien un cambio de aire. Piensa que yo no puedo darme ese lujo y he de permanecer todo el día en el despacho.

Dermot era tan poco oportuno… Reiteradamente mostraba desconocer la tensión emocional a que ella estaba sometida. Parecía querer evitarla a todo trance.

Por una vez, Celia se enfadó.

—¡Hablas como si fuera a divertirme! —exclamó.

Dermot dirigió su mirada hacia otra parte.

—Bueno —dijo—. Así será, en cierto modo.

Qué poco bondadoso es, pensaba Celia. Qué poco delicado…

Una gran ola de soledad pareció azotarla en su interior. Se sintió asustada…

¡Qué frío era el mundo sin su madre!

Recuerdos…

La casa estaba muy sola y extraña.

Miriam no estaba…

Solo baúles repletos de ropa vieja, cajones llenos de cartas y fotografías…

Era doloroso… Terriblemente doloroso.

Una caja japonesa, con una cigüeña en la tapa, que ella había querido tanto de niña. Dentro, cartas cuidadosamente dobladas. Una era de la propia Miriam. «Mi queridísimo cariñito, corderito mío…». Ardientes lágrimas brotaron de los ojos de Celia, y corrieron por sus mejillas…

Un vestido de seda color rosa, con pequeños ramitos de pimpollos, metido de cualquier manera en un baúl por si algún día pudiera ser «renovado»… estaba allí, completamente olvidado. Uno de sus primeros vestidos de noche… Celia recordaba haberla visto con él; recordaba la última vez que se lo había puesto…

Las cartas de Grannie ocupaban un baúl entero. Seguro que su abuela las había llevado, al dejar su casa de Wimbledon e instalarse en la de Miriam.

El retrato de un grave caballero sentado en un banco, en un balneario. «Siempre tu devoto admirador». Y abajo, unas letras ininteligibles a modo de firma. Grannie y «los hombres»… Siempre con los hombres en la mente, aunque éstos estuvieran tratándose con aguas termales…

Un pichel, con dos gatos dibujados, que Susan le había regalado una vez por su cumpleaños…

El recuerdo era lejano y vivo.

¿Por qué era tan doloroso?

¿Por qué era tan abominablemente doloroso?

Si, al menos, no se encontrara completamente sola en la casa… Si Dermot estuviese allí con ella.

Pero Dermot hubiese dicho: «¿Por qué no quemas todo sin mirar?».

Claro que tendría razón, pero ella no hubiese podido seguir su consejo.

Siguió abriendo baúles.

Poemas, hojas y hojas con poemas escritos con letra minuciosa y fluida… la letra de su madre cuando era muy joven. Celia les echó un vistazo.

Eran versos sentimentales, altisonantes, retóricos; versos de una

generación que se estaba muriendo. Pero aquí y allá un rápido pensamiento, la súbita originalidad de una frase, eran típicas de su madre, de aquella mente rápida, inesperada como el vuelo de un pájaro joven.

«Poema para John en su cumpleaños».

Su padre; su jovial padre, cuya barba se elevaba por los aires al reír.

Aquí un daguerrotipo suyo, tomado cuando era un joven lampiño y algo solemne.

Ser joven, crecer, envejecer… qué misterioso proceso. Qué temible. ¿Había algún momento en la vida en el que uno fuera más uno mismo que en algún otro?

El futuro… ¿Dónde estaba? Y sin embargo Celia se encaminaba hacia él…

En principio, el futuro, estaba claro: Dermot se enriquecería más y más, cambiarían la casa por otra mayor, vendría otro hijo, o quizá dos, habría enfermedades infantiles, preocupaciones, Dermot se volvería más y más egoísta, más difícil, más impaciente ante los obstáculos interpuestos en su camino, Judy se haría mayor y se iría haciendo más hermosa, más lúcida y decidida, más intensamente viva.

Dermot y Judy… En cambio, Celia se iría desvaneciendo, engordaría y ellos dos la tratarían con divertido desdén: «Madre, ¿sabes que eres en verdad un poco ingenua?». Si, a medida que su belleza se esfumara, más tonta parecería y ellos no tendrían reparos de decir lo que pensaban al respecto. (Un pensamiento fugaz, una frase: «Prométeme que siempre serás tan hermosa como ahora, Celia»). Ahora, frases como aquélla ya no tenían sentido. Habían vivido juntos el tiempo suficiente como para quitarles todo sentido. Dermot estaba en su sangre y Celia en la de él. Se pertenecían a pesar de ser esencialmente distintos. Ella le amaba porque era diferente; porque, aunque supiese cómo reaccionaría ante cada episodio o cada frase, nunca había sabido, y nunca sabría, *por qué* reaccionaba de aquel modo. Acaso él pensara lo mismo de su mujer. Pero no, Dermot aceptaba las cosas tal como eran, sin pensar nunca en motivaciones ni sacar conclusiones. Eso sería perder el tiempo. Es lo acertado, pensaba Celia. Sin duda, lo más acertado es casarse con el hombre al que una quiere. El dinero y todo lo demás no

cuentan. Siempre sería feliz con Dermot, aunque tuvieran que vivir en una casita y hubiera de encargarse de cocinar y de hacer todo el trabajo doméstico. Pero, de todas maneras, Dermot sabía evitar la pobreza. Nunca sería pobre porque, desde que había nacido, era un ganador y porque siempre ganaría. Era de esa clase de hombres. Pero sus digestiones… Eso, naturalmente, empeoraría con los años. Seguiría jugando al golf en Dalton Heath o en otra parte… entretanto, ella nunca iba a ver realizado su deseo de viajar. Jamás pasearía por la India, China, Japón o Beluchistán, ni contemplaría las maravillas de Persia, donde los nombres geográficos sonaban a música: Ispahan, Teherán, Shiraz…

A Celia, pequeños escalofríos le recorrieron el cuerpo… Si los seres humanos llegaran a ser realmente libres… Si nada les atara a nada… Si pertenencias, casas, familias y niños no obrasen como ataduras que retienen el corazón…

Deseo huir, pensó Celia.

El mismo pensamiento que tantas veces había asaltado a su madre.

Amaba a su marido y a sus hijos; pero solía pensar en huir…

Celia abrió otro cajón. Cartas. Cartas de su padre a su madre. Cogió la primera. Estaba fechada el año anterior a su muerte.

> Mi querida Miriam:
>
> Espero que pronto te encuentres en condiciones de reunirte conmigo. Mamá está muy bien y en excelente estado de espíritu. Su vista decrece cada vez más, a pesar de lo cual sigue tejiendo calcetines para sus galantes y maduros amigos.
>
> Tuve una larga charla con Armour acerca de Cyril. Sostiene que el chico no tiene nada de tonto, que solo se muestra indiferente. Mantuvo, asimismo, una seria conversación con Cyril y, según creo, consiguió causarle cierta impresión.
>
> A ver si podemos estar juntos desde el viernes, mi amor, para festejar nuestro vigésimo segundo aniversario de bodas. No sé cómo expresar en palabras todo cuanto has significado en mi vida. Has sido la más bondadosa y devota mujer que un hombre haya podido soñar jamás. Humildemente doy gracias a Dios por su bondad, puesto que Él fue quien te puso en mi camino, querida.
>
> Besos a nuestra muñequita.

Tu fiel marido,

JOHN

De nuevo las lágrimas inundaron los ojos de Celia.

Algún día, ella y Dermot contarían veintidós años de casados. Cierto que Dermot jamás le escribiría una carta como aquélla, pero acaso, en el fondo de su corazón, se dijera frases parecidas a las que acababa de leer.

Pobre Dermot. Sin duda le había resultado triste tener durante el mes anterior a su mujer tan abrumada e infeliz. Le disgustaba la desgracia. En cuanto terminara con todo aquello que la había llevado a casa de su madre, pensó Celia, trataría de dejar atrás sus pesares. Cuando vivía, Miriam jamás se había interpuesto entre ella y Dermot. Ahora que estaba muerta, tampoco hubiera querido hacerlo.

Dermot y ella seguirían adelante… felices y disfrutando de las cosas de este mundo.

Eso era lo que su madre hubiese deseado más.

Sacó del cajón todas las cartas de su padre y, llevándolas hasta el hogar, les prendió fuego. Pertenecían a los muertos. Solo guardó las que había leído.

Al coger las cartas, vio algo en el fondo del cajón. Era una vieja libreta, cuyas tapas estaban bordadas con hilos dorados. Dentro, había una hoja doblada, muy vieja y gastada. En ella se leía: «Poema enviado por Miriam el día de mi cumpleaños».

Sentimiento…

El mundo de ahora despreciaba el sentimiento… Sin embargo, para Celia, en aquel momento, el papel era casi intolerablemente dulce…

Celia cayó enferma. La soledad de la casa le afectaba los nervios. Hubiese querido tener a alguien con quien hablar. Cierto que estaban allí Judy y la señorita Hood, pero pertenecían a un mundo tan distinto, que estar con ellas le aportaba más tensión que alivio. Celia ansiaba, por otra parte, que sus propios dolores no empañaran la alegría de la pequeña, siempre vivaz y llena de entusiasmo. Cuando estaba con la niña Celia trataba de mostrarse animosa y

bien dispuesta. Las dos se extenuaban jugando a la pelota, al escondite y a la gallina ciega.

Pero después de que Judy se acostaba, el silencio de la casa la envolvía como una mortaja y sentía un gran vacío.

Ya no quedaba nadie con quien hablar…

Las cartas de Dermot eran escasas y breves. Le decía que había hecho setenta y dos golpes en el campo, que su compañero había sido Andrews y que Rossiter estaba allí con su sobrina. Felizmente, Marjorie Connell había aceptado formar pareja para jugar cuatro y fueron a Hillborough, que era un campo pesado y malo. En parte, este hecho se debía a que las mujeres eran una molestia para jugar. Esperaba que Celia lo pasara bien y le pedía que agradeciera a Judy la carta que le había mandado.

Celia comenzó a llorar y ya no pudo contenerse. Los recuerdos del pasado no le permitían dormir. A veces despertaba en medio de la noche, muy atemorizada, sin saber qué era lo que tanto la había asustado. Se contempló en el espejo y comprendió que estaba enferma.

Decidió escribir a Dermot, pidiéndole que fuera a pasar con ella el fin de semana.

Él contestó en estos términos:

Querida Celia:

He mirado los horarios de los trenes y no me vienen bien. Tendría que volverme a Londres el domingo por la mañana o el lunes de madrugada, a eso de las dos. El coche no va muy bien en estos momentos y tengo que llevarlo a revisar. Espero que comprendas que después de trabajar tanto durante toda la semana, me siento extenuado y no es lógico pasarme el sábado y el domingo en los trenes.

Dentro de tres semanas me tocan vacaciones. Pienso que tu idea de ir a Dinand es excelente. Escribiré para que nos reserven habitaciones en algún hotel bueno. No trabajes demasiado y trata de tomar el aire.

¿Recuerdas a Marjorie Connell, aquella morena, bastante simpática, sobrina de los Barrett? Pues acaba de perder su empleo, pero creo que podré obtenerle uno en la oficina. Me parece una persona sumamente eficiente. La llevé al teatro la otra noche para ver si la animaba.

Cuídate mucho y no te tomes las cosas por la tremenda. Creo que harías bien en no vender la casa por ahora. La situación económica, en general, parece tender a una mejoría y tal vez consiguieras un precio mejor más adelante. Por mi parte, no creo necesario ni importante guardarla para nosotros; pero, si te sientes sentimental, quizá valiera la pena cerrarla o poner a cargo de ella a una persona de confianza. En este caso, podrías dejarla amueblada. El dinero que sacas con tus libros bastará para mantenerla e incluso para pagar a un buen jardinero. Te ayudaré en la búsqueda del personal requerido, si así lo deseas. Trabajo muchísimo. La mayor parte de las noches vuelvo a casa con dolor de cabeza.

Será estupendo largarnos de vacaciones.

Cariños a Judy.

Te quiere,

DERMONT

La última semana, Celia decidió visitar al médico y pedirle que le recetara algo para poder dormir. Le conocía de toda la vida. El hombre le hizo unas cuantas preguntas, la examinó cuidadosamente y luego dijo:

—¿No puedes tener a alguien que te acompañe?

—Mi marido llegará la semana que viene. Haremos un viaje al extranjero, juntos.

—¡Excelente! Porque has de saber, niña, que si esto no cambia, te arriesgas a sufrir un ataque de nervios. Estás muy deprimida a causa del *shock* que te produjo la muerte de tu madre y, desde entonces, no creo que hayas descansado realmente. Todo muy lógico y natural, pero malo para tu salud. Sé perfectamente lo unidas que estabais Miriam y tú. Una vez que salgáis de viaje, te sentirás como nueva.

Le dio unas palmaditas en el hombro, le extendió la receta y Celia salió de su consultorio.

Celia contaba, uno por uno, los días que faltaban para la llegada de Dermot. En cuanto estuviese allí, todo iría bien. Debía llegar el día antes del cumpleaños de Judy. Tendrían que celebrarlo adecuadamente. Luego saldrían rumbo a Dinand.

Una nueva vida… Pesares y recuerdos quedarían atrás… Dermot y ella se encaminarían hacia el futuro.

Cuatro días después llegaría él…
Tres días…
Dos…
¡Hoy!

Algo iba mal… Dermot llegó; pero no parecía ser Dermot, sino un extraño que la miraba rápidamente de reojo y luego dirigía la mirada hacia otra parte.

Algo le sucedía…
Estaría enfermo…
Tendría problemas…
No; era algo diferente…
Era… un extraño…

—¿Te sucede algo, Dermot?

—¿Qué habría de sucederme?

Estaban los dos en el dormitorio de Celia, que preparaba los regalos para Judy. Los envolvía en papeles de colores, atando los paquetes con cintas.

¿Por qué se sentía Celia tan aterrada? ¿A qué se debía aquella sensación de pánico?

Los ojos de él, aquellos ojos movedizos e indagadores, la miraban de pronto y enseguida se dirigían a otra parte, para volver a contemplarla.

No parecía Dermot. Dermot era erguido, guapo, sonriente…

En cambio, el que estaba allí, era un ser furtivo. Un hombre que parecía agobiado y nervioso. Parecía… casi… un criminal.

—Dermot, ¿no sucederá algo con el dinero? —le preguntó Celia —. Quiero decir que no habrás hecho nada que…

¿Cómo expresarlo en palabras? Dermot, que era un hombre honorable, ¿podía haberse metido en algo turbio? Era algo increíble, inverosímil…

Pero aquella mirada evasiva e inquieta…

Era la de alguien que se siente culpable por lo que ha hecho.

La miró sorprendido.

—¿Dinero? Oh, no. Todo lo que tiene que ver con dinero va

perfectamente.

Celia sintió alivio.

—Pensé… Bueno, pensé algo absurdo.

—No obstante, sí, sucede algo, Celia, que espero tú sepas ya, o que intuyas.

Pero Celia no acertaba a intuir nada y no sabía de lo que Dermot hablaba. Si no se trataba de problemas económicos (por un momento temió que la firma, para la cual trabajaba, hubiese quebrado), no podía imaginar de qué podía tratarse.

—Dime.

¿Una enfermedad, tal vez? No, no podía ser…

¿Cáncer? No; sin embargo, a veces atacaba a la gente joven y fuerte.

Dermot se puso en pie. Cuando habló, su voz tenía un eco extraño y rígido.

—Se trata… bueno, de Marjorie Connell. La he visto bastante estos últimos tiempos. Le tengo mucho afecto.

¡Qué alivio! No era cáncer. Pero ¿qué tenía que ver Marjorie Connell con ellos? ¿Acaso Dermot, que nunca se había detenido a mirar a una mujer…?

—No importa, Dermot, que te hayas conducido un poco tontamente —le dijo con suavidad.

Un *flirt*. Dermot no estaba acostumbrado a flirtear. Sin embargo, Celia se sentía intrigada. Intrigada y también herida. De modo que, mientras ella sufría en casa de su madre, esperando a Dermot para que acudiese a consolarla con su presencia, él salía a divertirse con Marjorie Connell… Marjorie era muy simpática y muy guapa. Grannie no se hubiese sorprendido, pensó, y le pasó por la cabeza la idea de que Grannie realmente había llegado a conocer bien a los hombres.

—No entiendes —exclamó Dermot violentamente—. Las cosas no son como tú piensas. No ha habido nada… nada…

Celia se sonrojó.

—Naturalmente. Nunca pensé que…

—No sé cómo hacer para que entiendas —continuó Dermot—. No ha sido culpa de ella… Se siente desolada por ti, por ti. ¡Oh, Dios!

Dejándose caer en un sillón, sepultó la cabeza entre sus manos.

—Te atrae, ya lo veo —dijo Celia, sin pensar mucho en sus palabras—. Oh, Dermot, me apenas tanto…

Pobre Dermot. La pasión lo dominaba. Sería tan desgraciado. Era preciso que ella no se mostrara cruel; eso, sobre todo. Tendría que ayudarle para que superara aquella situación. No era cuestión de hacerle reproches, puesto que no era culpable. Celia no estaba allí, él se había sentido muy solo… Era muy natural…

Se mostró serena.

—Lo siento tanto por ti…

Dermot volvió a ponerse en pie.

—Sigues sin entender. No necesitas tener piedad de mí. Soy un cerdo. Me siento vil. Soy un hombre ruin y despreciable, que no ha sido capaz de portarse decentemente contigo. Ya no te serviré de nada. Ni a Judy.

—¿Quieres decir —preguntó Celia, mirándole intensamente— que ya no me amas? ¿Que todo ha terminado entre nosotros? Pero si hemos sido tan felices juntos… tan felices…

—Sí, en cierto modo. De una manera tranquila y serena… Pero esto es diferente.

—Yo creía que el amor sin sobresaltos era el mejor del mundo.

Dermot hizo una mueca.

—¿Quieres dejarnos? ¿Es eso lo que quieres? —preguntó Celia asombrada—. ¿No quieres vernos más, ni a Judy ni a mí? Pero tú eres el padre de la pequeña… y ella te quiere.

—Lo sé y eso me tortura. Pero no hay remedio. Nunca he servido para hacer lo que no tengo ganas de hacer. No podría portarme adecuadamente siendo tan desgraciado. A pesar mío, he de comportarme brutalmente…

—¿De modo que piensas irte con ella? —le interrumpió Celia.

—No, claro que no. No es de esa clase de mujeres. Nunca le propondría algo así.

Parecía ofendido.

—No lo entiendo —siguió Celia—. ¿Quieres dejarnos, pero no irte con ella?

—No os merezco. No os serviría de nada. Solo ensuciaría vuestras vidas.

—Pero si hemos sido tan felices… tan felices…

—Sí, claro que lo hemos sido —exclamó él con vehemencia—.

Lo hemos sido, en el pasado. Pero hace once años que estamos casados. Y tras once años, un hombre necesita cambios.

Ella retrocedió un poco.

Dermot continuó hablando. Su voz se hacía más familiar y persuasiva.

—Estoy ganando bastante dinero, de modo que te pasaría una buena cantidad para la educación de Judy. Y como tú, por tu parte, también te lo ganas, podrías viajar y hacer realidad todos los proyectos que tú siempre quisiste hacer.

Celia levantó una mano como para evitar que siguiese golpeándola.

—Estoy seguro de que os divertiríais. Seríais más felices que conmigo…

—Oh, detente, Dermot…

Se hizo un silencio. Tras un minuto, Celia habló.

—Fue una noche como la de hoy, hace nueve años, cuando nació Judy. ¿Lo recuerdas? ¿No significan nada para ti esos recuerdos? ¿No hay una diferencia entre yo y esa amante a la que piensas dedicarte?

—Ya he dicho que lo siento muchísimo por Judy… Pero tú y yo siempre hemos estado de acuerdo en que cada uno sería libre, si el otro…

—¿Cuándo hicimos tal acuerdo?

—No recuerdo cuándo, pero sé que así lo convinimos. Es el único modo aceptable de encarar el matrimonio.

—Yo diría que lo único verdaderamente aceptable es que, cuando se ha traído un niño al mundo, se actúe en consecuencia y con constancia.

—Muchos amigos míos —dijo Dermot— opinan que el matrimonio ideal sería aquél en el que la libertad no saliese perjudicada.

Celia se rió. Sus amigos. Qué gracioso era Dermot. Ahora traía a colación a sus amigos.

—Eres libre. Puedes dejarnos, si así lo quieres… Pero ¿por qué no esperar un poco? Un espacio de tiempo para asegurarte de que actúas del único modo posible. Son once años de felicidad contra un mes de pasión. Espera un año… asegúrate antes de tirar tres vidas por el aire.

—No quiero esperar. No podría soportar la tensión de una espera.

De pronto Celia extendió el brazo, cogiendo el picaporte de la puerta, para no caerse.

Nada de aquello era real… No podía ser real…

—¡Dermot! —exclamó.

La habitación pareció quedar en tinieblas. Todo giraba en torno a ella.

Cuando recobró la conciencia, se hallaba tumbada en la cama. Dermot estaba junto a ella, con un vaso de agua en la mano.

—No quise trastornarte —dijo él.

Celia se reía histéricamente… En cuanto pudo, cogió el vaso y bebió un poco.

—Estoy bien —dijo—. Bueno. Haz lo que quieras. Puedes irte ahora mismo, si así lo deseas. Yo estoy bien. Procede como quieras. Pero que Judy tenga mañana su fiesta de cumpleaños.

—Sí, claro… Si crees estar bien…

Se marchó lentamente, encaminándose a su habitación. Una vez en ella, cerró la puerta tras de sí.

Mañana sería el cumpleaños de Judy…

Nueve años antes, ella y Dermot habían paseado lentamente por el jardín, para separarse luego. Ella para enfrentarse al dolor y al miedo, él para debatirse en la ansiedad.

Ciertamente, nadie en el mundo podía ser más cruel que Dermot… Elegir precisamente aquel día para decirle todo aquello…

Nadie, nadie, más que Dermot…

Cruel… cruel… cruel…

Su corazón exclamó apasionadamente:

—¿Cómo es posible, cómo puede ser tan cruel conmigo?

Judy debía de tener su fiesta de cumpleaños.

Regalos, desayuno especial, *picnic*, vestido especial para la noche, cena en la mesa, juegos…

Nunca pasaré un día tan interminable, pensaba Celia. Nunca. Otro día como éste y me volvería loca. Si al menos Dermot fingiera un poco mejor…

Por suerte, Judy no advirtió nada. Solo veía los regalos, la risa,

la rapidez con que todos atendían sus deseos.

Era muy feliz. Su inconsciencia desgarraba el corazón de Celia.

Al día siguiente de la fiesta, Dermot se marchó.

—Te escribiré desde Londres. ¿Te quedarás aquí por ahora?

No. Aquí no…

¿Aquí, sola, en medio de la soledad y el vacío, sin Miriam para consolarla?

Oh, mamá, mamá… vuelve a mí, mamá…

Si estuvieses aquí, conmigo…

¿Quedarse aquí, en esta casa llena de recuerdos felices, de recuerdos de Dermot?

—Prefiero volver a casa. Mañana emprenderemos el viaje de regreso.

—Como quieras. Yo me instalaré en Londres. Pensaba que preferirías quedarte aquí, en esta casa que siempre te gustó tanto.

Celia no respondió. A veces ocurre que no hay nada que responder.

Cuando Dermot se hubo marchado, jugó un rato con Judy. Le dijo que, a fin de cuentas, no irían a Francia. La niña aceptó la decisión con calma, sin interés.

Celia se sentía enferma. Le dolían las piernas y tenía vértigos. Se sentía como una mujer muy, muy vieja. La cabeza le dolía y el dolor se fue acentuando hasta tal punto que pensó que iba a gritar. Tomó aspirinas, pero fue inútil. Sentía náuseas y solo pensar en la comida la enfermaba más.

Celia temía, sobre todo, dos cosas: la locura y el hecho de que Judy llegara a darse cuenta…

No sabía si la señorita Hood estaba enterada de algo. Era tan tranquila, que resultaba reconfortante tenerla cerca. Nunca se sobresaltaba y carecía de curiosidad.

Fue la señorita Hood la encargada de preparar el viaje de vuelta. Seguramente pensaría que era normal que el matrimonio hubiese renunciado a efectuar el viaje a Francia.

Celia se sintió feliz al verse nuevamente en la casita de campo.

Me siento mejor aquí, pensó. No creo que me vuelva loca.

Su cabeza estaba mejor y su cuerpo peor. Se sentía como si la hubiesen apaleado. Tanto le dolían las piernas que, por momentos, pensaba que sería incapaz de andar. Eso y las mortales náuseas la hacían parecer muy vacilante y extremadamente débil.

Pensó que se iba a poner muy enferma. ¿Por qué la mente llegaba a afectar tanto al cuerpo?

Dermot volvió dos días después de llegar ella.

Pero no era Dermot… Era extraño aquello de encontrar a otro hombre dentro del cuerpo de tu propio marido…

Tan asustada estaba Celia al verle que sentía deseos de gritar…

Dermot estaba tenso, habló rígidamente de temas intrascendentes.

Como si viniera de visita, pensó Celia. Pero de pronto dijo:

—¿No crees que es lo mejor? Quiero decir, lo de separarnos.

—¿Lo mejor para quién?

—Mujer, para ambos.

—No creo que sea lo mejor para Judy ni para mí. Ya sabes cuál es mi punto de vista.

—Todos tenemos derecho a ser felices —dijo Dermot.

—La verdad es que tú te dispones a ser feliz, mientras que Judy y yo, no… Lo que no logro comprender es por qué ese derecho solo te beneficia a ti. Oh, Dermot, ¿no puedes irte y dejarnos? Te viste en la necesidad de elegir entre Marjorie y yo. O tal vez no sea así y simplemente te aburriste de mí. Tal vez sea culpa mía. Debí sentir que algo, como lo que ha sucedido, se avecinaba; debí haber luchado. Pero estaba tan segura de que me querías… Creía en ti como en Dios. Era una tontería, como me hubiera dicho Grannie. Ahora pienso que la elección que te tocaba realmente hacer era entre Marjorie y Judy. Tú quieres a Judy, porque es de tu propia sangre. Yo nunca podré ser para ella lo que tú. Existe un vínculo entre vosotros dos que no existe entre ella y yo. La quiero, pero no la comprendo. Es por eso que no quisiera que la abandonaras, su vida entera podría resultar perjudicada. No lucharé por mí, pero sí por la pequeña. Abandonar a un hijo es algo sumamente ruin. Creo que si lo haces, nunca podrás ser feliz. Dermot, querido Dermot, ¿pensarás en lo que te digo? ¿Estás seguro que no quieres probar un año de espera? Si al término del mismo crees que no puedes seguir

y que has de volver a Marjorie, entonces debes irte con ella. Pero por lo menos sabremos que has luchado.

—No quiero esperar… Ya te lo he dicho. Un año es demasiado tiempo.

Celia esbozó un ademán de desaliento.

(Si al menos no se sintiera tan mareada y débil…).

—Muy bien —dijo por fin—. Has elegido. Pero si algún día quisieras volver, nos encontrarás esperándote. No te haré reproches… Anda y sé… feliz. Acaso algún día vuelvas con nosotras. Creo que así será… Pienso que debajo de tu pasión, Judy y yo somos aún lo más importante para ti. Y también pienso que, más allá de todo eso, eres un hombre recto y leal…

Dermot se aclaró la garganta. Parecía muy confundido.

Celia deseaba que se fuese ya. Aquel hablar incesante a nada conducía. Le amaba tanto que sufría con solo mirarle. Mejor sería que se marchara de una vez y que hiciera lo que tanto deseaba aparentemente. Era doloroso prolongar aquella agonía inútil.

—Ahora lo importante —dijo Dermot— es saber cuándo podré tener mi libertad.

—Eres libre. Puedes tomártela ya.

—Creo que no entiendes lo que quiero decir. Los amigos, con quienes he consultado la situación, me dicen que debería iniciar los procedimientos de divorcio. Y que he de hacerlo cuanto antes.

Celia le miró.

—Creía haberte oído decir que no había… que no había motivos de divorcio.

—Claro que no los hay. Marjorie es en estas cosas tan decente como la que más.

Celia tuvo que contener sus súbitos deseos de estallar en carcajadas.

—¿Y bien? —se limitó a decir.

—Nunca le he hablado de este tema, pero creo… creo que si fuese libre, se casaría conmigo.

—Pero tú estás casado conmigo… —repuso Celia, intrigada.

—Pues es precisamente por eso por lo que ha de tramitarse el divorcio. Todo podría llevarse a efecto con la mayor claridad y rápidamente. No tendrías que molestarte y todos los gastos correrían de mi cargo.

—¿De modo que Marjorie y tú os vais juntos, después de todo?

—¿Qué? ¿Crees que arrastraría a una chica como ella por los tribunales en el proceso del divorcio? No. Todo el asunto puede llevarse adelante sin esas violencias. Y su nombre no ha de salir para nada a la luz.

Celia, repentinamente, se puso en pie. Sus ojos relampagueaban de ira.

—¿Quieres decir…? ¿Quieres decir…? ¡Oh, creo que todo esto es verdaderamente repugnante! Si yo amara a un hombre en tu situación no me importaría lo que me pudiera suceder, ni pensaría en mi nombre, bueno o malo. Acaso yo le quitara el esposo a una mujer, aunque no sé si se lo quitaría con un hijo suyo, porque le amara por encima de todo en el mundo, pero actuaría con franqueza y a cara descubierta. No me quedaría en la sombra esperando a que los demás hicieran el trabajo sucio por mí, mientras yo asumo el papel de la intocable. Creo que tanto tú como Marjorie sois repulsivos, verdaderamente malvados. Si realmente os amarais y no pudieseis vivir el uno sin el otro, por lo menos, os respetaría. No creo que me opusiera en absoluto al divorcio, aunque no soy, en principio, partidaria de él. Pero no contéis conmigo para mentir, ni para que os saque las castañas del fuego.

—Tonterías. Es lo que todo el mundo hace.

—Pues no me importa.

Dermot fue hacia ella.

—Óyeme bien, Celia. Estoy dispuesto a divorciarme. Ya he decidido no esperar y, cuando tomo decisiones, me atengo a ellas, como tú sabes. He decidido que no habrá dilaciones y también que Marjorie no será arrastrada ante los tribunales. Así que tendrás que dar tu consentimiento.

Celia fijó sus ojos en los de él.

—Pues no lo daré.

18. TEMOR

Naturalmente, Dermot había cometido la gran equivocación.

Si hubiera acudido a Celia poniéndose a su merced —pensaba— y diciéndole que amaba a Marjorie, que la deseaba y que no podía vivir sin ella, Celia se hubiera amedrentado y plegado a todo cuanto él solicitaba, por mucho que con ello contrariara sus propios sentimientos. Seguro que ella no quería ver a su marido sufrir. No lo habría resistido. Siempre, hasta entonces, le había otorgado todo lo que él le había pedido y, en esta ocasión, hubiera actuado del mismo modo.

Estaba del lado de Judy contra él. De haber elegido Dermot el camino adecuado, Celia acaso hubiera sacrificado a la pequeña por la felicidad del hombre que ambas amaban, aunque, al hacerlo así, se hubiera odiado a sí misma.

Pero Dermot optó por una vía completamente distinta. Exigía lo que él deseaba, como si solo de su derecho se tratara, intentando obligarla a someterse a su voluntad.

Su mujer se había mostrado siempre tan suave y contemporizadora, que Dermot no esperaba aquella súbita actitud de resistencia. Celia prácticamente no comía ni dormía. Sus piernas apenas podían sostenerla y constantemente sufría neuralgias y jaquecas. Sin embargo, permaneció firme en su decisión y Dermot no consiguió su consentimiento.

Le dijo que se estaba comportando de manera poco noble, que su actitud era vulgar, que trataba de conservar junto a sí a alguien que no la amaba, que debiera avergonzarse y que él mismo sentía vergüenza de ella. Pero todo fue inútil.

Su actitud irreductible era pura apariencia, pues interiormente sus palabras la herían como afilados cuchillos. Le dolía que Dermot pensara así de ella…

Celia comenzó a preocuparse en serio por su salud. A menudo

perdía el hilo de lo que estaba diciendo y sus propios pensamientos eran confusos.

A veces despertaba en medio de la noche, aterrorizada. Pensaba que Dermot se disponía a envenenarla para quitarla de su camino. Al llegar el día, lograba darse cuenta de que aquello era puramente fantástico; pero llegó a encerrar bajo llave el veneno que se guardaba en el cobertizo del jardín, destinado a combatir plagas y ratones. Mientras lo hacía, no dejaba de pensar que su conducta no era la de una persona en su sano juicio; sin duda, se estaba volviendo loca.

Otras veces se levantaba en plena noche y vagaba por la casa, buscando algo que ella misma ignoraba. Hasta que un día supo que buscaba a su madre…

Tenía que encontrarla. Se vistió, se cubrió con un abrigo, se puso el sombrero y, buscando una fotografía de Miriam, la colocó en su bolso. Iría al puesto de policía más próximo para pedir que la buscaran. Su madre había desaparecido, pero ellos podrían encontrarla. Y una vez que lo lograran, todo marcharía bien…

Bajo la lluvia y contra el viento, anduvo largo rato. Poco a poco fue olvidando el motivo por el cual obraba así. Oh, sí, buscaba el puesto de policía. ¿Dónde estaba el puesto? Sin duda en la ciudad, no en pleno campo, donde ella estaba.

Dio la vuelta y empezó a caminar en dirección contraria.

La policía se mostraría bondadosa y servicial. Le daría el nombre y la dirección de su madre… Pero ¿cuál era el nombre de su madre? Curioso, no lograba recordarlo… ¿Cómo se llamaba ella misma?

¡Qué aterrador! No podía recordar…

Sybil… Ivonne… Era terrible no poder recordar la propia identidad.

Tenía que acordarse de su propio nombre…

Tropezó en una zanja…

La zanja estaba llena de agua…

Te puedes ahogar en el agua…

Sería mejor ahogarse que colgarse de una cuerda… Si te dejas caer en el agua…

Oh, qué frío… No era capaz de dejarse caer allí…

Tenía que encontrar a su madre. Ella, como siempre, arreglaría todo…

Celia le diría:

—Casi me ahogo en una zanja.

Y su madre le respondería:

—Eso hubiese sido una tontería, hija.

Una tontería, eso es; una tontería. Dermot la consideraba tonta, hacía ya tiempo. Entonces recordó algo.

¡Naturalmente! ¡El hombre del fusil!

Ahora comprendía el horror del hombre del fusil. Desde el principio Dermot había sido el hombre del fusil.

El terror la paralizó.

Tenía que volver a casa… Era preciso esconderse… El hombre del fusil estaba tras su pista… Dermot la perseguía…

Por fin llegó a su casa. Eran las dos de la madrugada y todos dormían…

Subió las escaleras…

¡Horror! ¡El hombre del fusil estaba allí, detrás de la puerta! Podía escuchar su respiración… Dermot, Dermot era el hombre del fusil…

No se atrevió a entrar a su dormitorio. Dermot quería deshacerse de ella. Acaso caminaba sigilosamente hacia ella…

Se precipitó hacia las escaleras. La señorita Hood, la institutriz de Judy, estaba allí.

—Que no me encuentre, que no me encuentre…

La señorita Hood se mostró admirablemente bondadosa y comprensiva.

Bajó con ella y la condujo a su dormitorio, quedándose a su lado.

Celia sintió que el sueño se apoderaba de ella. Pero antes murmuró súbitamente.

—Qué tonta soy… Salir en busca de mamá. Ahora recuerdo que está muerta…

La señorita Hood llamó al médico, un hombre bueno y comprensivo, aunque algo enfático. Celia debía ponerse al cuidado de la señorita Hood.

Luego tuvo una entrevista con Dermot, durante la cual le notificó que Celia se encontraba muy enferma. Le advirtió que algo

fatal podría sucederle y que sería preciso ahorrarle cualquier preocupación.

La señorita Hood cumplió su tarea con gran eficiencia. Siempre que le era posible evitaba que Celia y Dermot quedasen solos. Celia se aferraba a ella. Con la señorita Hood se sentía segura… Era tan buena…

Un día Dermot fue a verla, situándose junto al lecho.

—Lamento verte enferma —dijo.

Era Dermot quien hablaba, no el extraño.

Sintió que se le anudaba la garganta…

A la mañana siguiente, la señorita Hood entró en la habitación. Parecía atribulada.

—Se ha ido, ¿no es así? —preguntó Celia.

La señorita Hood asintió en silencio. La actitud pacífica de Celia la tranquilizaba.

Permaneció inmóvil. No sentía pesar ni dolores. Solo paz…

Se había marchado…

Algún día habría de levantarse para continuar su vida… con Judy…

Todo había terminado…

Pobre Dermot.

Durmió. Durmió casi ininterrumpidamente durante un par de días.

Hasta que Dermot volvió.

Era Dermot, no el extraño.

Dijo que lamentaba mucho todo, que en cuanto se hubo marchado se había dado cuenta de lo miserable que había sido. Agregó que Celia llevaba la razón y que su deber era el de permanecer junto a ella y Judy. Al menos intentaría hacerlo.

—Pero ante todo has de reponerte. No puedo soportar las enfermedades… y tampoco la desgracia. En parte, fue porque tú eras desgraciada por lo que este verano hice amistad con Marjorie. Necesitaba una compañera de juegos…

—Lo sé. Debí «preservar la belleza», como tú me lo has pedido siempre.

Celia se detuvo, vacilante.

—¿Estás dispuesto a probar? Quiero decir que, por mi parte, no puedo más… Si quieres intentarlo de buena fe durante tres meses… Al final, si no puedes…, todo quedará terminado. Pero… pero…, ayúdame, temo enloquecer otra vez…

Dermot aceptó el plazo de tres meses. En el transcurso de ellos no vería a Marjorie. Dijo que lamentaba aquella situación.

Pero las cosas no quedaron así.

La señorita Hood, Celia lo sabía, no había visto con buenos ojos la vuelta de Dermot.

Y, como más tarde tuvo que admitirlo, la institutriz tenía razón.

Empezó gradualmente.

Dermot se mostraba malhumorado.

Celia se daba cuenta, lo sentía muchísimo, pero prefirió no decir nada.

Las cosas fueron haciéndose, poco a poco, peores.

Si Celia entraba en una habitación, Dermot se marchaba.

Si le hablaba, él no respondía.

Solo hablaba con Judy y, con menos frecuencia, con la señorita Hood.

A Celia nunca le dirigía la palabra. Ni siquiera la miraba. A veces se llevaba a la pequeña a dar una vuelta en coche.

—¿No viene mamá? —preguntaba Judy.

—Sí, si lo desea.

Cuando Celia estaba lista, Dermot parecía perder el interés.

—Será mejor que mamá te lleve. Estoy ocupado.

A veces Celia decía que le era imposible acompañarles porque estaba ocupada. Entonces Judy y su padre salían.

Increíblemente Judy no percibió nada. O, al menos, eso era lo que su madre creía.

Sin embargo, a veces decía frases sorprendentes.

Había estado hablando de Aubrey y de la necesidad de ser bondadosa con él. El perro era ahora el ser más popular en la casa.

—Tú eres bondadosa… muy bondadosa —dijo de pronto la pequeña—. Papá es alegre, pero no bueno.

Otro día habló con aspecto reflexivo.

—A papá no le gustas mucho.

Y luego agregó con gran satisfacción:

—Pero yo sí que le gusto.

Cierta vez, Celia decidió hablarle.

—Judy, tu padre quiere dejarnos. Cree que sería más feliz si viviese con otra persona. ¿Piensas que lo más indicado sería dejarle ir?

—¡No quiero que se marche! —repuso Judy prestamente—. Por favor, mamá; por favor ¡no le dejes ir! A papá le gusta mucho jugar conmigo. Y por otra parte…, por otra parte, ¡es mi padre!

«Es mi padre…». Había tanto orgullo, tanta certidumbre en aquella frase…

¿Judy o Dermot?, pensaba Celia. He de decidirme por uno de los dos bandos. Pero Judy no es sino una niña. He de estar a su lado.

Sin embargo, no se sentía con fuerzas para permanecer junto a Dermot mucho más tiempo. «Es tan seco y hostil… De nuevo me parece perder la cabeza… Estoy asustada».

El Dermot de antes había desaparecido. Ahora era otra vez un extraño. La contemplaba a veces con ojos agresivos y duros.

Es terrible que la persona a quien más se ama en el mundo te mire así. Celia podía entender la infidelidad, pero era incapaz de comprender que el efecto de once largos años se transformase de pronto —casi de la noche a la mañana— en animosidad.

La pasión podía desvanecerse, pero ¿no había habido entre ellos otra cosa? Celia le había amado, juntos habían vivido y le había dado una hija. Juntos habían pasado momentos de estrechez… y ahora Dermot se mostraba dispuesto a no verla nunca más… Era horrible, verdaderamente horrible…

Ella era el obstáculo… Si muriese…

Dermot desearía verla muerta…

Tenía que desearlo. De otro modo, ella no se sentiría tan asustada…

Celia miró desde la puerta del dormitorio de Judy. La pequeña dormía profundamente.

Cerró la puerta con cuidado y, volviendo a la sala, se encaminó a la puerta exterior.

Aubrey iba tras ella.

Hola, parecían decir los ojos del perro. ¿Una vueltecita? ¿A esta hora de la noche? Bueno, pues no me opongo…

Pero su dueña pensaba de otro modo. Cogió la cabeza de Aubrey con ambas manos y le besó en la nariz.

Quédate en casa, perrito. No puedes venir con tu ama.

No podía ir con su ama. Verdaderamente, no. Nadie podía ir adonde iba su ama…

Ahora sabía que era incapaz de soportar la situación por más tiempo. Necesitaba escapar…

Se sentía exhausta y también desesperada. Tenía que escapar…

La señorita Hood estaba en Londres. Había ido a la ciudad a recibir a una hermana que llegaba del extranjero y Dermot aprovechó su ausencia para «aclarar bien las cosas».

Comenzó por admitir que había seguido viéndose con Marjorie. Cierto que le había prometido a Celia no verla, pero fue incapaz de mantener su promesa.

Nada de aquello importaba, pensaba Celia. Lo que se le hacía insoportable era la actitud de Dermot con ella. La hería constantemente.

No recordaba ahora exactamente sus procedimientos. Palabras crueles, hirientes… Aquellos extraños y hostiles ojos… Dermot, a quien ella amaba, la odiaba…

Y ella no podía soportar su odio…

Conocía el camino que debía tomar…

Cuando él le había dicho, poco antes, que se marchaba pero que volvería, ella le repuso que quizá no la encontrara ya.

Por la expresión de sus ojos, Celia comprendió que sabía a lo que se estaba refiriendo…

Con rapidez le había respondido:

—Bueno, naturalmente; si quieres marcharte…

Celia no había contestado… Más tarde, cuando todo hubiese pasado, podría explicar a todo el mundo (e incluso convencerse a sí mismo) que no había comprendido lo que ella había querido decir… Así sería más fácil…

En aquel momento lo supo… Celia vio en sus ojos un relámpago de esperanza. Acaso ni él mismo se apercibió; pero el relámpago estaba allí, en sus ojos.

Naturalmente que él no deseaba su fin. Lo que a Dermot le

hubiese agradado, hubiera sido que ella hubiese preferido «un cambio». Quería que también Celia deseara la libertad. Que ambos hiciesen lo que les viniera en gana y que las ganas de Celia coincidieran con las suyas. De esta manera, todo hubiese resultado cómodo. Hubiera querido, por ejemplo, que ella se dedicara a viajar y encontrara en ello alegría y placer. Si hubiera sido así, habría podido exclamar: «¡Hemos encontrado la solución ideal! ¡La solución mejor para ambos!».

Dermot quería ser feliz y para ello necesitaba estar en paz con su conciencia. No quería afrontar las cosas como eran, sino como él quería que fuesen.

Pero la muerte era realmente la solución… Dermot no tendría que echarse culpas, podría decir que ella no había estado nunca bien desde la muerte de su madre. Era tan hábil para engañarse a sí mismo…

Celia jugó momentáneamente con la idea de que Dermot se sentiría desolado, de que sería víctima de remordimientos… Como una niña, pensó: Cuando yo haya muerto, se arrepentirá.

Pero de inmediato rechazó el pensamiento. Sabía que no iba a ser así… Si hubiese tenido que admitir, solo por un momento, que él era culpable, hubiese sufrido un gran golpe; pero se salvaría pensando que él nada tenía que ver. Y al pensar así, se engañaría…

Huiría de todo y para siempre.

No podía soportar más la vida.

Era demasiado dura…

Ya no pensó en Judy. Todo lo había superado. Ahora solo importaba su propia suerte y su inmenso anhelo de escapar…

El río…

Mucho tiempo atrás había un río que atravesaba cierto valle, donde abundaban las flores silvestres… Hacía mucho tiempo… Antes de que sucediera todo aquello…

Había caminado con rapidez. Llegó hasta donde el camino desembocaba en el puente.

El río corría allí abajo…

No se veía a nadie…

Se preguntó dónde estaría Peter Maitland. Casado, sí. Poco después de la guerra. Había sido bueno con ella. Con él hubiera sido feliz… y también hubiese llevado una vida segura.

Pero nunca hubiese podido amarle como a Dermot…
Dermot… Dermot…
Tan cruel…
Todo el mundo era, en realidad, cruel. Cruel y traicionero…
El río era mejor…
Subió al parapeto y saltó…

Libro tercero

La isla

1. RENDICIÓN

La historia de Celia, aunque no su vida, queda terminada con lo que se ha narrado.

Todo cuanto sucedió luego no parecía importarle gran cosa a ella. Vinieron los procedimientos policiales, el muchacho de los alrededores que la extrajo del río, las recriminaciones del comisario, las noticias en la prensa, el fastidio de Dermot, la lealtad de la señorita Hood… Todo eso le parecía a Celia poco importante e irreal, cuando, sentada en su cama, me contaba los hechos.

No pensaba volver a intentar el suicidio.

Admitía que, el solo hecho de haberlo intentado, constituía algo perverso de su parte, puesto que, en verdad, significaba hacer lo que ella reprochaba precisamente a Dermot: el abandono de Judy.

—Comprendí —me dijo— que lo único que podía hacer para compensar mi acción era vivir solo para Judy y no pensar nunca más en mí. Me sentí avergonzada…

Celia, la señorita Hood y Judy salieron poco después para Suiza.

Allí recibió carta de Dermot, en la que adjuntaba cierta documentación necesaria para los trámites de divorcio.

Por algún tiempo, ella había olvidado por completo aquel problema.

—Es que, sabe usted, estaba intrigada. Hice todo lo que me pidió para que me dejara en paz… Me asustaba que apareciesen más papeles, más actividades. No sabía, pues, qué hacer con todo aquello… Dermot pensó que, si no hacía nada, era porque deseaba vengarme, y no era eso. Le había prometido a Judy que impediría que su padre se marchara y, por lo tanto, no quería facilitarle la huida. Deseaba ardientemente que él y Marjorie se fuesen juntos y darles el divorcio ante los hechos consumados. Así, podría decir un día a Judy que lo hice porque no podía actuar de otro modo. Entretanto, Dermot me escribía diciéndome que todos sus amigos

pensaban que estaba actuando de forma ruin… Todos sus amigos… ¡siempre la misma invocación!

»Esperé… Quería descansar. Nada más que descansar, sentirme segura en un lugar donde Dermot no pudiera alcanzarme. Me aterraba la idea de que él pudiese llegar un día y comenzasen otra vez aquellas discusiones… Pero no es posible abandonar el terreno solo porque una esté atemorizada. No está bien. Sé que soy cobarde. Siempre lo he sido. Detesto los ruidos, las escenas tensas… Daría cualquier cosa, sí, cualquier cosa, para vivir en paz… Pero en este caso no quería abandonar el terreno porque, simplemente, tenía miedo.

»En Suiza fui recuperando mis fuerzas… No puedo decirle lo maravilloso que era advertir que de nuevo comenzaba a ser la de antes, no sentir más deseos de llorar por cualquier cosa, no sufrir más náuseas al ver un plato de comida… También me desaparecieron las jaquecas y las neuralgias. El dolor mental o emotivo y los malestares físicos se hacen insoportables cuando se presentan juntos y son muy intensos… Se puede soportar uno o el otro, pero ambos a la vez…

»Finalmente me sentí de nuevo fuerte y decidí volver a Inglaterra. Escribí a Dermot diciéndole que yo, personalmente, no creía en las ventajas del divorcio y sí en el hecho de que el matrimonio permaneciese vigente por el bien de los hijos, aunque comprendía que mis puntos de vista eran anticuados. Le dije que las personas suelen opinar lo contrario, es decir que los hijos sufren menos si los esposos que ya no se quieren se separan. Pero afirmé que yo no compartía tal opinión. Los hijos necesitan a sus padres, a ambos, puesto que son de su misma sangre. Las disputas y las tensiones no les importan tanto como las personas mayores piensan. Quizá hasta resulten experiencias que a la larga comporten beneficios, pues suministran un anticipo de lo que es frecuente en la vida… Mi hogar fue demasiado feliz y, sin duda, a eso le debo haber sido tan tonta. Agregaba en mi carta que él y yo, en realidad, nunca habíamos discutido, que siempre pudimos jactarnos de llevarnos bien…

»También le decía que los pequeños enredos amorosos con otras personas carecían de mayor trascendencia… Que podía ser tan libre como quisiera, mientras fuese un buen padre para Judy. Reconocía

que para la pequeña él era más importante que yo… que Judy le prefería y que yo nunca podría suplantarle. Judy solo me necesitaba a mí de manera biológica, como un animalillo precisa de su madre cuando está enfermo, pero la verdad era que ella se sentía más vinculada a él, y que, con los años, aquella vinculación solo podía aumentar, mientras disminuía la que tuviera conmigo.

»También le decía en la carta que, si él volviera, yo nunca le haría reproches, ni le echaría nada en cara. Le preguntaba si no podíamos ser exteriormente tolerantes, puesto que tanto habíamos sufrido.

»Agregaba que la elección quedaba en sus manos. Le repetía que no creía en el divorcio y que, por mi parte, no lo deseaba. Si éste tenía lugar, la responsabilidad era solo suya.

Celia hizo una pausa.

—Al responderme, me envió nuevos documentos para firmar. Así pues, nos divorciamos. Fue bastante deprimente todo el procedimiento. El divorcio es…

»Eso de estar ante toda una audiencia, contestando preguntas íntimas, atendiendo al testimonio de las doncellas y criados… Detestaba aquella situación, a la que se me había arrastrado; me provocaba malestar físico.

»El divorcio debiera ser mucho más simple. Las personas interesadas no tendrían que encontrarse presentes.

»En fin, después de todo, terminé por ceder. Dermot se salió con la suya. Luego pensé que hubiera sido mucho mejor que, desde el principio, le hubiera permitido obtener lo que buscaba. Así, me habría ahorrado tanto dolor… tantos pesares…

»En verdad, no sé a partir de qué momento cedí. Solo sabía que estaba cansada y necesitaba paz, que era lo único que podía hacerse. Aunque, tal vez, en el fondo de mi alma deseara que Dermot fuera feliz.

»Muchas veces pienso que fue esto último lo que me llevó a ceder definitivamente…

»Y es por eso por lo que luego, cuando todo había pasado, me asaltaba un sentimiento de culpabilidad cada vez que la pequeña me miraba…

»La verdad, no sé si debí someterme a su voluntad o no.

»De todos modos, al final terminé por traicionar a Judy en

beneficio de Dermot.

2. REFLEXIÓN

Dermot contrajo matrimonio con Marjorie pocos días después de quedar firme la sentencia de divorcio.

La actitud de Celia, con respecto a la otra mujer, era curiosa y extraña. Apenas se había referido a ella al narrarme los hechos, como si la otra fuese algo incorporal. Nunca sostuvo que Dermot hubiera sido arrastrado por debilidad, aunque éste sea el argumento más frecuente de las mujeres en su situación.

Contestó mi pregunta de inmediato y con total franqueza.

—No creo que haya sido… arrastrado, no. ¿Marjorie? ¿Qué es lo que pienso de ella? Pues no lo sé. No recuerdo nada sobre ella. No era Marjorie la que importaba, sino Dermot. Dermot y yo. Fueron sus crueldades para conmigo las que me importaban y lo que no podía soportar…

Así fue, creo yo, cómo pude ver lo que aparentemente Celia nunca había visto hasta entonces. Era una mujer sustancialmente tierna ante el sufrimiento ajeno. En cambio, si Dermot hubiese llevado en su sombrero una mariposa, aún viva, clavada con un alfiler, nunca se hubiera sentido afectado. Tal vez se hubiera hecho a la idea de que a la mariposa le gustaba verse tratada de aquel modo.

Tal fue la actitud que tomó con Celia. Sentía cariño por su mujer, pero deseaba a Marjorie. Esencialmente era un hombre de principios y, por lo mismo, necesitaba casarse con Marjorie. En consecuencia, Celia debía hacerse a un lado. Sus principios le inspiraron la idea de que Celia debía comprender las cosas y de que ella también debía sacar partido de las mismas, alegremente. Al notar que no era así, su ira creció. Y al considerar que había tratado inútilmente de que Celia no sufriera, la hirió más y más, hasta ser absurdamente brutal. Puedo comprenderlo… Casi llego a justificarlo.

Si hubiese llegado a advertir que se estaba comportando cruelmente desde el principio, no la habría hecho sufrir tanto… Como todo hombre toscamente honesto, se mintió a sí mismo. Creía ser un individuo más decente y bondadoso de lo que en realidad era.

Deseaba a Marjorie y tenía que apoderarse de ella, puesto que estaba acostumbrado a conseguir lo que buscaba. La vida con Celia no le sirvió precisamente para mejorar ese aspecto de su personalidad.

Creo que amó a Celia por su belleza y solo por eso…

Ella, a su vez, le amó constantemente… para siempre. Dermot estaba, como ella misma lo ha dicho, en su propia sangre…

Por eso se pegó a él como la hiedra. Y Dermot no era la clase de hombres que aceptan que los demás, aun se trate de seres queridos, dependan de él. Por otra parte, Celia tenía muy poca malicia. Lo cual es algo que no resulta conveniente en el trato con los hombres.

Su madre, en cambio, sí que la tenía. Por mucho que hubiese amado a su John, no creo que éste las tuviera todas consigo. Ella le adoraba, sin duda; pero también le sometió seguramente a pruebas. Hay un animal dentro de cada hombre que desea ser maltratado…

Miriam tenía algo que le faltaba a Celia. Eso que vulgarmente se llama empuje, supongo…

Cuando Celia decidió presentar batalla a Dermot, ya era tarde…

Admitió mucho más tarde que había cambiado su opinión sobre Dermot. Fue cuando su súbita y aparentemente injustificada crueldad dejó de asombrarla.

—Al principio —me dijo— me parecía como si siempre le hubiese amado, como si siempre hubiera hecho cuanto él quería. Hasta que cuando le necesité, porque mi vida se había complicado, pude ver que, de pronto, me abandonaba para apuñalarme por la espalda. Se lo digo en términos de crónica policial, pero la frase expresa lo que sentí.

»La Biblia tiene una referencia que se puede aplicar al caso —siguió—. Creo que dice así: «Pues no es un declarado enemigo quien me ha causado este deshonor. En tal caso, lo hubiese podido enfrentar… Quien me lo causó fuiste tú, mi compañero, mi guía y mi propio y familiar amigo». Fue aquello lo que más me hirió: el hecho de que el culpable del daño fuera mi «propio y familiar

amigo».

»Si Dermot podía ser traidor, nadie podía dejar de serlo eventualmente en el mundo, de modo que el mundo entero se tornó inseguro para mí. En el futuro, ya no podría confiar en nada ni en nadie…

»Es algo tremendamente aterrador. No puede usted imaginarse lo aterradora que resulta tal idea. La seguridad era, de repente, algo que ya no existía.

»Veía al hombre del fusil por doquier…

»Claro que la culpa era mía. Confié en Dermot demasiado. No es posible confiar en alguien hasta este punto. Ni siquiera puede considerarse justo.

»Durante todos estos años, mientras Judy crecía, tuve tiempo de pensar… He pensado mucho, sí… Para llegar a la conclusión de que era una tonta. Éste fue mi problema. He sido estúpida y arrogante también.

»Amé a Dermot y no supe conservarle. Tenía que haberme dado cuenta de lo que él quería y deseaba, para mostrarme a la altura de lo que él esperaba de mí. Tenía que haber comprendido (como muchas veces me lo dije luego) que él ansiaba un cambio. Mamá me solía repetir que no me alejara de él, que no le dejara solo… Pero le dejé solo. Tan arrogante fue mi actitud que nunca me pasó por la cabeza que pudiera ser suplantada por otra y esto fue lo que, en realidad, sucedió. Tan segura estaba de que yo era la persona que él amaba y que siempre amaría… Como le he dicho, hoy creo que no es justo confiar tanto en las personas… colocarlas muy alto, en pedestales, nada más que porque una desea verlas allá arriba. No supe ver a Dermot objetivamente y con claridad… Pude haberlo visto así; pero era demasiado engreída para adoptar tal actitud.

»Lo que sucedía a otras mujeres no tenía por qué sucederme *a mí*… Fui muy tonta.

»Por eso, actualmente, no echo las culpas a Dermot. Simplemente, así era él. Esto es algo que yo debía haber sabido desde el principio, para no ser tan complaciente, para no haberme sentido tan orgullosa. Si hay algo en la vida que te importe sobre todas las cosas, es preciso que te muestres muy astuta, muy vigilante…

»Y esto fue lo que no supe comprender. No fui astuta…

»La mía es una historia vulgar. Ahora lo comprendo muy bien. Basta echar un vistazo a los periódicos, especialmente a las ediciones dominicales, para darse cuenta de ello. Esas mujeres que meten la cabeza en el horno del gas o ingieren un tubo de barbitúricos, hubiesen contado historias diversas, pero en el fondo todas similares. Así es el mundo, realmente. Está lleno de crueldad y de dolor por culpa de la abundancia de tontos.

»Fui tonta y torpe. Viví en un mundo propio y personal. Sí… fui muy tonta…

3. HUIDA

—¿Y luego? —pregunté a Celia—. ¿Qué hizo usted? El tiempo ha pasado, desde entonces.

—Sí. Diez años. Bueno, he viajado. He visto lugares que deseaba ver. He hecho muchas amistades, he vivido aventuras. En resumidas cuentas, creo haberme divertido bastante.

Pero al hablar así, no parecía muy inclinada a puntualizar.

—Estaban, además, las vacaciones de Judy, naturalmente. Siempre me sentí culpable ante ella y creo que la pequeña lo advertía, aunque nunca mencionó el hecho. Pienso que, en el fondo, me guardaba rencor porque me consideraba la culpable de la pérdida de su padre… Y, desde luego, llevaba toda la razón. Cierta vez me dijo: «Es a ti a quien papá no quería. Conmigo se llevaba muy bien». Fui yo, pues, quien le hizo aquel mal. Una madre tiene la obligación de mantener el cariño de su esposo; no solo por ella, sino también, y sobre todo, por sus hijos. Éste es uno de los deberes de una madre y yo lo olvidé. Aunque Judy era a menudo cruel conmigo, su actitud era inconsciente. De todos modos, me hizo bien. Siempre fue franca en cualquier circunstancia.

»Sin embargo, no sé si en realidad fracasé rotundamente con Judy. Aunque, a decir verdad, ignoro asimismo si ella me quiere o no. Le di mucho, pero más que nada cosas materiales. No fui capaz de darle otras, que son las que en verdad más importan. Pero aquí he de decir que, si no se las di, no se debió a que me negara a dárselas, sino a que no parecía necesitarlas. Hice, pues, lo que pude; y, como la quería, opté porque ella hiciera lo que quería hacer. No podía someterla a la violencia de imponerle mis puntos de vista. Creí mejor dejarle ver que estaba allí, si llegaba a necesitarme. Pero, sabe usted, no pareció sentir necesidad de mí. La clase de persona a la que pertenezco sirve de poco al tipo de persona que ella es. Sólo para cosas materiales… La quiero. Tanto como quise a

su padre. Pero no puedo decir honradamente que la entiendo. Traté de dejarla en libertad, aunque sin darle la impresión (que no era cierta) de que, si me conducía así, era por cobardía. Nunca sabré si llegué a serle de utilidad. Creo y espero… que así haya sido. La quiero tanto…

—¿Dónde está ahora?

—Se casó. Por eso he venido aquí. Quiero decir que antes no era del todo libre, puesto que debía velar por ella. Se casó a los dieciocho años. Su marido es un hombre muy simpático —bastante mayor que ella— y puede decirse que lo tiene todo: es honrado, bondadoso, rico y posee muy buen carácter. Yo hubiese preferido que esperara un poco, como es natural; pero Judy no quiso saber nada. Es imposible hacer esperar a personas como ella y su padre. Las cosas han de hacerse como ellas quieren y cuanto antes. Por otra parte, ¿quién podría decir que yo tenía razón y no ella? Acaso yo hubiese arruinado su vida tratando de hacerle un bien. No creo que sea bueno interferir…

»Vive lejos. En África oriental. A veces me escribe. Cartas breves, alegres. Se parecen a las de Dermot. Solo narran hechos, no pensamientos. Pero a mí me parece muy bien que así sea.

—Y entonces —dije— vino usted aquí. ¿Por qué?

Me miró serenamente.

—No sé si lograré que usted me entienda… Algo que un hombre me dijo cierta vez me causó una impresión duradera. Yo le había narrado algo de mi vida. Era una persona comprensiva. De pronto me dijo: «¿Y qué hará usted con su vida? Es una mujer joven». Le repuse que tenía a mi hija y que el mundo estaba lleno de lugares dignos de verse.

»Entonces me dijo: «Eso es insuficiente. Necesita un amante. O varios. A usted le corresponde decidir».

»Y me asustó un poco porque yo sabía que llevaba la razón…

»La gente, quiero decir, el común de la gente, me decía: «Pero querida, ya te volverás a casar algún día. Con algún hombre que te hará olvidar lo que has pasado». Pero me aterraría volver a casarme. En la actualidad, ya nadie puede causarme daño. Excepto un marido.

—Pero —interrumpí yo— no quería decirle que su futuro tuviera necesariamente que ver con los hombres…

—Sin embargo, aquel hombre me asustó… Aún no soy vieja… no lo soy del todo… Pensé que acaso, si solo fuese mi amante… Un amante nunca es tan temible como un marido, porque una no depende tanto de él. Son las innumerables intimidades compartidas con un marido las que le quitan a una mujer sus defensas y hacen insufrible la separación. Con un amante solo se tienen encuentros ocasionales. Grandes sectores de la personalidad de una mujer permanecen intactos…

»Son mejores los amantes. Siempre se está más segura con ellos…

»Sin embargo, también traté de evitar eso. Esperaba aprender a vivir sola. Y traté…

Guardó silencio unos instantes. Había dicho que *trató*; y aquella palabra contenía muchas eventualidades.

—¿Y…? —dije yo al fin.

—Cuando Judy tenía quince años conocí a alguien… Se parecía un poco a Peter Maitland… Bondadoso… no muy inteligente… Se enamoró de mí. Me decía que todo cuanto yo necesitaba era bondad y ternura. Fue muy considerado conmigo. Su esposa había muerto al dar a luz el primer hijo, que también murió con ella. Por tal motivo, su vida había sido desde entonces muy desgraciada y podía comprenderme.

»Lo pasamos muy bien. Parecía que fuéramos capaces de compartirlo todo y a él le gustaba mi modo de ser. Quiero decir, que podía manifestar mi alegría, mostrarme entusiasta… Yo sabía que él no me consideraría tonta por eso. Era…, parece raro cuando se describe la situación con palabras… Era como una madre para mí. Una madre, no un padre. Tan amable…

Su voz parecía apagarse. Su rostro era el de una niña feliz y confiada.

—Quería casarse conmigo y yo le dije que no tenía intención de volver a casarme. Le aseguré que había perdido para siempre la ilusión. También fue capaz de entender eso…

»Desde entonces han pasado tres años, durante los cuales hemos sido amigos. Fue un amigo maravilloso. Siempre estaba allí cuando yo lo necesitaba. Me sentía amada… Se trata de un sentimiento

maravilloso…

»Casada Judy, volvió a pedirme que me casara con él.

»Sostenía que ya podía confiar plenamente en él y que cuidaría de mí. Me propuso que volviéramos a la casa que había sido mi hogar de pequeña y que había estado a cargo de un casero durante todos aquellos años. Yo no podía soportar la idea de volver y, sin embargo, algo parecía llamarme. Se hubiese dicho que la casa me esperaba… que me esperaba… Me dijo que podríamos volver, allí y que todos aquellos años de sufrimiento se desvanecerían como un mal sueño.

»Pensé que tenía razón… Pero, por algún extraño motivo, no me decidí. Le dije que, si quería, podíamos ser amantes. Ahora que Judy se había casado, no me importaba. Además, en cuanto quisiera tendría su libertad. Yo nunca sería un obstáculo para él, de modo que jamás tendría oportunidad de odiarme porque yo me interpusiera en su camino, si decidiera casarse con otra mujer.

—Pero no quiso aceptar mi proyecto. Fue muy amable, pero categórico. Era médico, sabe usted, cirujano. Bastante conocido. Insistía en que yo debía vencer mis temores…, que en cuanto estuviese casada con él, todo marcharía bien…

»Hasta que finalmente accedí a su petición.

—Nos prometimos y me sentía muy feliz —dijo Celia después de una larga pausa—. Verdaderamente feliz.

»Otra vez en paz y con la impresión de hallarme segura…

»Hasta que sucedió aquello. El día antes de la boda.

»Habíamos salido de la ciudad, para ir a cenar a una posada de los alrededores. La noche era calurosa y estábamos sentados en el jardín, que daba al río. Besándome, me dijo que estaba encantadora… Tengo treinta y nueve años y me siento gastada y vieja. Pero él me decía que estaba encantadora.

»De pronto dijo algo que me aterrorizó, que rompió de golpe el sueño.

—¿Qué fue?

—Dijo: «No dejes nunca de ser hermosa». El acento de su voz era idéntico al de Dermot cuando pronunciaba esta misma frase, años atrás.

De nuevo se produjo un silencio.

—No espero que usted me entienda. Nadie podría… *De nuevo*

estaba ante el hombre del fusil…

»Todo era felicidad y paz, y de pronto sentí que *él* estaba ante mí…

»Volví a tener miedo, terror… No podía enfrentarme a aquello otra vez… Ser feliz durante unos años… y un día sentirme enferma, o algo así… y volver a revivir aquel miserable episodio…

»No podía correr el riesgo de que todo volviera a comenzar.

»Creo que me sentía incapaz de enfrentarme nuevamente a la misma situación, de tener que pasar por todo aquello otra vez, de sentir cada día más y más miedo. No hubiese podido soportar la incertidumbre.

»De modo que huí. Le dejé. No creo que Michael lo comprendiera, aunque recuerdo que murmuré alguna excusa. Corriendo atravesé el edificio de la posada. Pregunté por la estación de ferrocarril, supe que estaba a diez minutos de allí y, al llegar, cogí el tren. Ya en Londres, me fui rápidamente a casa, donde me apoderé del pasaporte y de algunas ropas. De inmediato, me dirigí a la estación Victoria y, sentada en un banco, esperé a que amaneciera. Temía que Michael me encontrara y lograra persuadirme de mi irracionalidad, lo cual no podía costarle mucho trabajo, puesto que yo le amaba… Había sido siempre tan bueno conmigo…

»Pero es que no podía enfrentarme a la perspectiva de pasar de nuevo por todo aquello.

»*No puedo*.

»Es terrible vivir con miedo…

»Y también lo es sentir que ya no le queda a una la capacidad de confiar…

»No puedo confiar en nadie… Ni siquiera en Michael.

»Nos esperaba un verdadero infierno. A él y a mí.

»Eso fue hace un año.

»Nunca le escribí…

»No le di explicación alguna…

»Le traté tan desconsideradamente…

»Pero no me importa. Desde lo de Dermot, he sido dura… No me ha importado herir o no a la gente. Cuando te han herido tan en lo hondo, pierdes la capacidad de sufrir por los demás.

»Desde entonces he viajado, tratando de interesarme en diversas

cosas y en rehacer mi propia vida…

»La verdad es que no lo he logrado. No puedo vivir sola… Ni tampoco puedo inventar historias sobre otras personas. Ya nada se me ocurre.

»Esto significa que he de vivir sola para siempre; sola aun estando en medio de una muchedumbre.

»No puedo vivir ya con nadie… Tengo tanto miedo… Estoy herida, magullada…

Celia suspiró. Sus párpados se cerraban…

—Recordé este lugar y de inmediato vine hasta aquí. Es muy bonito…

»Qué historia tan larga… Qué pesada… Creo que he hablado tanto… seguro que ya es de día.

Se quedó dormida…

4. COMIENZOS

Bueno, y aquí quedamos. Solo me resta narrar un episodio al que me he referido al principio de esta historia.

Pero ¿contiene un significado o no?

Si las cosas son como yo creo, toda la vida de Celia quedó concentrada en aquel momento, en el que yo me despedía de ella.

Poco antes de la hora, estaba profundamente dormida. Me costó mucho que se despertara y lograr que se vistiese. Yo deseaba que abandonara la isla cuanto antes.

Parecía una niña adormecida: obediente, dulce y como atontada.

Acaso me equivocara; pero pensé que el peor momento del peligro había quedado atrás.

Sin embargo, ya en el barco, cuando le decía adiós, pareció despertarse. Por su expresión se hubiese dicho que me veía por primera vez.

—Ni siquiera sé su nombre… —me dijo.

—No importa —repuse—. Pronto lo olvidaría. Apenas soy un apreciado pintor de retratos. Mejor dicho, lo era.

—¿Ya no?

—No. Tuve mala suerte en la guerra.

—¿Qué le sucedió?

—Esto.

Y le mostré el muñón que llevaba donde en un tiempo tenía una mano.

Sonó la campana y hube de correr…

Solo tuve una impresión… Aunque muy clara.

Horror… y luego, *alivio*.

Pero la palabra alivio no es suficiente. Era algo más que alivio. *Liberación* sería un término más adecuado.

El hombre del fusil estaba allí de nuevo, saben ustedes, su símbolo del miedo…

El hombre del fusil la había perseguido durante todos aquellos años…

Y ahora, por fin, le había visto de frente…

Para comprender que solo era un ser humano.

Era yo…

Así he visto yo las cosas.

Creo firmemente que Celia terminó por volver al mundo para empezar una nueva vida…

Volvió teniendo ya treinta y nueve años. Volvió para ser por fin adulta…

Y me dejó su historia y sus terrores…

Ignoro dónde fue. Ni siquiera sé su nombre. Si la he llamado Celia es porque me parece que le va bien. Podría saber su nombre completo. Con ir a su hotel y preguntarlo… Pero eso es algo que no puedo hacer… Supongo que nunca más la volveré a ver…

AGATHA CHRISTIE. Escritora inglesa nacida en Torquay (Inglaterra) el 15 de septiembre de 1890, es considerada como una de las más grandes autoras de crimen y misterio de la literatura universal. Su prolífica obra todavía arrastra a una legión de seguidores, siendo una de las autoras más traducidas del mundo y cuyas novelas y relatos todavía son objeto de reediciones, representaciones y adaptaciones al cine.

Christie fue la creadora de grandes personajes dedicados al mundo del misterio, como la entrañable *miss* Marple o el detective belga Hércules Poirot. Hasta hoy, se calcula que se han vendido más de cuatro mil millones de copias de sus libros traducidos a más de 100 idiomas en todo el mundo. Además, su obra de teatro *La ratonera* ha permanecido en cartel más de 50 años con más de
23 000
representaciones.

Nacida en una familia de clase media, Agatha Christie fue enfermera durante la Primera Guerra Mundial. Su primera novela se publicó en 1920 y mantuvo una gran actividad mandando relatos a periódicos y revistas.

Tras un primer divorcio, Christie se casó con el arqueólogo Max

Mallowan, con quien realizó varias excavaciones en Oriente Medio que luego le servirían para ambientar alguna de sus más famosas historias, al igual que su trabajo en la farmacia de un hospital, que le ayudó para perfeccionar su conocimiento de los venenos.

De entre sus novelas habría que destacar títulos como *Diez negritos, Asesinato en el Orient Express, Tres ratones ciegos, Muerte en el Nilo, El asesinato de Roger Ackroyd* o *Matar es fácil*, entre otros muchos. Las adaptaciones al cine de su obra se cuentan por decenas.

Además de estas obras, Agatha Christie también se dedicó a la novela romántica bajo el seudónimo de Mary Westmacott.

Christie recibió numerosos premios y distinciones a lo largo de su carrera, como el título de Dama del Imperio Británico o el primer Grand Master Award concedido por la Asociación de Escritores de misterio.

Agatha Christie murió en Wallingford (Inglaterra) el 12 de enero de 1976.

Notas

[1] Juego intraducible de palabras. En inglés elbow es codo y elbow grease, trabajo duro. (N. del T.) < <

[2] Juego intraducible de palabras. En inglés, single significa a la vez solo y soltero. Grannie ha usado el término en su primera acepción. (N. Del T) < <